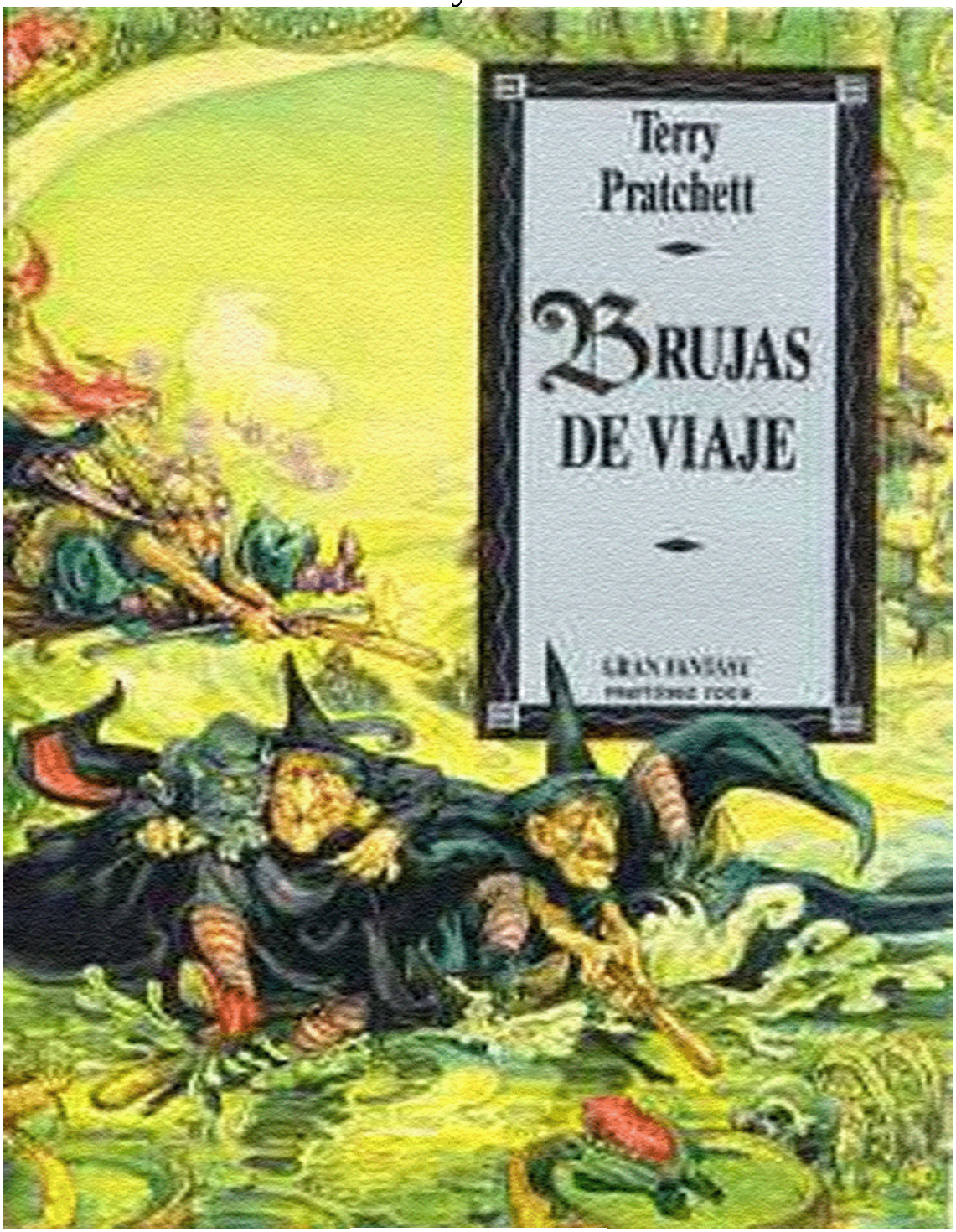
BRUJAS DE VIAJE

Terry Prattchet



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicado a todas esas personas (¿y por qué no?) que, después de la publicación de "Brujerías", inundaron al autor con sus respectivas versiones de la letra de "La Canción del Puercoespín".

Ay, si lo llego a saber...

BRUJAS DE VIAJE

Esto es el Mundodisco, que viaja por el espacio sobre los lomos de cuatro elefantes, que a su vez reposan sobre el caparazón de Gran A'Tuin, la tortuga del cielo.

Érase una vez un tiempo en el que semejante universo se consideraba poco usual y, posiblemente, imposible.

Pero claro, es que en los tiempos de érase una vez las cosas eran más sencillas.

Porque el universo estaba lleno a rebosar de ignorancia, y los científicos se movían por él como un buscador de oro acuclillado sobre el riachuelo de una montaña, en busca de la riqueza del conocimiento entre la arenilla de la sinrazón, la gravilla de la inseguridad y el nadar de cosas con muchas patas y bigotes de la superstición.

De cuando en cuando, el científico investigador se levantaba y decía cosas del tipo: "Hurra, acabo de descubrir la Tercera Ley de Boyle". Así, todo el mundo sabía a qué atenerse. Pero el problema fue que la ignorancia empezó a hacerse más interesante, sobre todo la fascinante ignorancia acerca de las cosas grandes e importantes, como la materia y la creación, y la gente dejó de construir con paciencia sus casitas de estacas racionales en el caos del universo: empezaron a mostrar más interés por el caos en sí..., en parte porque era mucho más sencillo hacerse experto en caos, pero sobre todo porque en el caos había motivos y dibujos muy bonitos que quedaban muy bien estampados en una camiseta.

Así que, en vez de seguir adelante con la ciencia, como debe ser[1], de repente los científicos se pusieron a decir lo imposible que era saber nada, y que no había ninguna cosa concreta llamada realidad sobre la que se pudiera saber algo, y que todo esto era de lo más emocionante, y por cierto, ¿sabías que posiblemente existan montones de universos pequeñitos por todas partes, pero nadie los ve porque están curvados sobre ellos mismos? Por cierto, ¿no te parece que esta camiseta es tope?

Comparado con todo esto, una tortuga grande con un mundo sobre su caparazón es algo prácticamente cotidiano. Al menos, no va por la vida fingiendo que no existe, y a nadie en el Mundodisco se le ha ocurrido intentar demostrar que no existe, por si acaso resulta que es verdad y se encuentran de repente flotando en el vacío del espacio. Esto se debe a que el Mundodisco existe justo bordeando la realidad. La cosita más mínima puede abrir una brecha hacia el otro lado. Por eso, en el Mundodisco la gente se lo toma todo muy en serio.

Como los cuentos.

Porque los cuentos son importantes.

La gente cree que son las personas las que dan forma a los cuentos. En realidad, es justo al revés.

Los cuentos existen con independencia de los que participan en ellos. Si uno sabe todo eso, el conocimiento es poder.

Los cuentos, grandes jirones aleteantes de espaciotiempo, llevan revoloteando y desenrollándose por el universo desde el principio de los tiempos. Y además, han evolucionado. Los más débiles han muerto, y los más fuertes han sobrevivido, crecido y engordado de tanto contarlos una y otra vez... Los cuentos se retuercen, reptan por la oscuridad.

El hecho mismo de su existencia superpone una pauta sutil, pero insistente, al caos que es la historia. Las estrías de los cuentos están grabadas con tanta profundidad, que la gente las sigue de la misma manera que el agua sigue determinados senderos montaña abajo. Y cada vez que un actor nuevo se cruza en el camino del cuento, la estría se profundiza aún más.

A esto se lo denomina "teoría de la causalidad narrativa", y quiere decir que el cuento, una vez ha comenzado, toma forma propia. Recoge las vibraciones de todas las elaboraciones de ese mismo cuento que ha habido a lo largo de los tiempos.

Por eso, la historia siempre se repite.

Por eso, un millar de héroes han robado fuego a los dioses. Un millar de lobos se han comido a la abuela. Un millar de princesas han recibido sus respectivos besos. Un millón de actores, sin saberlo, han recorrido, sin saberlo, los senderos del cuento.

Ahora mismo, es completamente imposible que el tercer hijo de cualquier rey, el más joven, se embarque en una aventura en la que han fracasado ya sus hermanos mayores, y no tenga éxito.

A los cuentos les importa un rábano quién toma parte en ellos. Lo único que les importa es que se cuente el cuento, que el cuento se repita. O, si lo preferís, se puede mirar de la siguiente manera: los cuentos son una forma de vida parasitaria, moldean las vidas a su servicio, en función tan sólo del cuento en sí.[2]

Hay que ser una persona muy especial para combatirlos, para convertirse en el bicarbonato de la historia.

Érase una vez...

Unas manos grises asieron el martillo y lo empuñaron, golpeando el poste con tanta fuerza, que se clavó treinta centímetros en la tierra blanda.

Dos golpes más, y quedó fijado de manera inamovible.

Desde los árboles que rodeaban el claro, las serpientes y los pájaros observaban en silencio. Más allá, en el pantano, los caimanes se movían como inquietantes parches de agua.

Las manos grises cogieron el travesaño y lo colocaron en su sitio, atándolo acto seguido con unas lianas. Las apretó tanto que crujieron.

Ella lo observaba. Y, cuando terminó, cogió un trozo de espejo y lo ató a la punta del poste.

-La chaqueta ?le dijo.

Él se quitó la chaqueta y la colocó sobre el travesaño. No era lo suficientemente largo, así que los últimos centímetros de las mangas quedaron colgando vacíos.

-Y el sombrero -añadió ella.

Era alto, negro, redondo. Brillaba.

El trozo de espejo centelleaba entre la oscuridad del sombrero y la de la chaqueta.

-¿Funcionará? -preguntó él.
-?Sí -le aseguró ella-. Hasta los espejos tienen su reflejo. Hay que combatir a los espejos con espejos. -Alzó la vista hacia los árboles, y miró en dirección a una esbelta torre blanca que se alzaba a lo lejos-. Tenemos que encontrar el reflejo de ella.

-Pues tendrá que llegar muy lejos.

-Sí. Vamos a necesitar toda la ayuda posible.

Contempló el claro donde se encontraban. Había invocado al Señor Camino Seguro, Lady Bon Anna, Hotaloga Andrews y Hombre Zancada Larga. Lo más probable era que no se tratara de unos dioses demasiado buenos.

Pero eran los mejores que ella había sido capaz de fabricar.

Éste es un cuento acerca de los cuentos.

O de lo que significa de verdad ser un hada madrina.

Pero también trata, sobre todo, de reflejos y espejos.

Por todo lo largo y ancho del multiverso hay tribus primitivas[3] que desconfían de los espejos y de las imágenes, porque, según dicen ellos, roban un fragmento del alma de la persona, y cada persona sólo tiene una cantidad limitada para toda la vida. Y la gente que lleva más ropa dice que eso no es más que una superstición, a pesar del hecho comprobado de que las personas que, se pasan la vida apareciendo en imágenes de un tipo u otro desarrollan una especie de "delgadez" consustancial. Se suele atribuir a un exceso de trabajo, cuando en realidad se debe a la "sobreexposición".

No es más que una superstición. Pero las supersticiones no tienen por qué ir desencaminadas.

Los espejos pueden absorber un fragmento del alma. Un espejo puede contener el reflejo de todo el universo, todo un cielo lleno de estrellas, en un trozo de cristal azogado no más grueso que un suspiro.

Mirad el interior del espejo...

... mirad más...

... hacia una luz anaranjada, en la fría cima de una montaña, a miles de kilómetros de la calidez vegetal del pantano...

La gente que vive por los alrededores la llama "Montaña del Oso". Esto se debe a que hay un gran "foso" en la montaña, no a que en ella vivan muchos osos. El caso es que la nomenclatura ha causado gran cantidad de provechosas confusiones. A menudo llegaba gente al pueblo más cercano. Iban cargados de ballestas, trampas y redes, y preguntaban con tono arrogante por los guías nativos que pudieran guiarlos hasta los osos. Como en la zona la gente se ganaba la vida holgadamente gracias a esto, con la venta de guías turísticas, mapas de las cuevas de los osos, relojes de cuco con osos, bastones de paseo con puño en forma de oso y bizcochos cortados en forma de oso, nadie encontraba nunca el momento adecuado para ir a corregir el error de ortografía del cartel.[4]

Aparte del foso, en la montaña había bien poca cosa más.

La mayor parte de los árboles se rendían a medio camino hacia la cima, sólo unos cuantos pinos retorcidos producían un efecto muy similar al de ese par de mechones patéticos que un calvo optimista se repeina por encima del cuero cabelludo.

Era un lugar donde se reunían las brujas.

Aquella noche, un fuego chisporroteaba en la cima de la montaña. Unas figuras oscuras se movían ante la luz parpadeante.

La luna se deslizaba entre un encaje de nubes.

Por fin, una de las figuras, tocada con un alto sombrero puntiagudo, rompió el silencio:

-¿Queréis decir que TODAS hemos traído ensaladilla rusa?

Una de las brujas de las Montañas del Carnero no asistía al aquelarre. A las brujas les gusta tanto como al que más salir una noche de cuando en cuando, pero, en este caso concreto, ella tenía una cita más apremiante. Y no era de esas citas que uno puede dejar para otra ocasión.

Desiderata Cavidad estaba haciendo testamento.

Cuando Desiderata Cavidad era niña, su abuela le había dado cuatro consejos de la mayor importancia, unos consejos que guiarían sus jóvenes pasos por el retorcido sendero de la vida.

Eran los siguientes:

"Nunca te fíes de un perro que tenga las cejas naranja."

"Que el chico te diga siempre su apellido y su dirección."

"Nunca te pongas entre dos espejos."

"Y lleva siempre ropa interior completamente limpia, todos los días, porque nunca se sabe cuándo te va a arrollar un caballo desbocado y, si estás ahí muerta y la gente se da cuenta de que no llevas la ropa interior inmaculada, te morirás de vergüenza."

Más adelante, cuando creció, Desiderata se hizo bruja. Uno de los beneficios secundarios que se obtienen con esta profesión es saber exactamente cuándo vas a morir, de manera que puedes llevar la ropa interior como te dé la gana.[5]

Eso había sido hacía ya ochenta años, cuando la idea de saber exactamente cuándo ibas a morir tenía sus atractivos. Porque, por supuesto, para sus adentros estaba segura de que iba a vivir eternamente.

Eso fue entonces.

Y esto era ahora.

El concepto <<eternamente>> parecía haber perdido buena parte de su durabilidad.

En la chimenea, otro tronco se desmoronó convertido en cenizas. Desiderata no se había molestado en encargar combustible para todo el invierno. No habría tenido mucho sentido.

Y claro, además estaba también este otro asuntillo...

La había envuelto cuidadosamente hasta formar un paquete largo, delgado. Ahora estaba doblando la carta. Le puso las señas y la metió debajo del cordel. Asunto zanjado.

Alzó la vista. Desiderata llevaba más de treinta años ciega, pero eso nunca le supuso un problema. Había tenido la bendición, si es que así se la puede llamar, de la "segunda visión". De manera que, cuando los ojos normales se rindieron, sólo tuvo que entrenarse para ver el presente, que además era mucho más sencillo que el futuro. Y como la pupila de lo oculto no depende de la luz, se ahorraba un buen dinero en velas. Todas las cosas tienen su lado bueno cuando se sabe mirar. Es una manera de hablar.

En la pared, delante de ella, había un espejo.

La cara que aparecía en él no era la suya, redonda y sonrosada.

Era la cara de una mujer acostumbrada a dar órdenes. Desiderata no era de las que daban órdenes. Más bien todo lo contrario.

-Te estás muriendo, Desiderata ?dijo la mujer.

-Muy cierto, muy cierto.

-Te has hecho vieja. La gente como tú siempre se hace vieja. Casi no te queda poder.

-Tienes toda la razón, Lilith ?asintió Desiderata con voz suave.

-Así que ya no la puedes proteger más.

-Eso me temo -suspiró Desiderata.

-Entonces, ahora todo queda entre yo y esa malvada mujer del pantano. Y yo venceré.

-Sí, parece que así serán las cosas.

-Debiste buscarte una sucesora.

-Nunca encontré la ocasión. No soy de las que hacen planes, ya me conoces.

El rostro del espejo se acercó más, como si la figura se hubiera adelantado un paso desde su lado del cristal azogado.

-Has perdido, Desiderata Cavidad.

-Así son las cosas.

Desiderata se levantó, un poco tambaleante, y cogió un trapo.

La figura pareció enfurecerse. Tenía la clara sensación de que, cuando uno ha perdido, debería mostrarse más deprimido, y no como si te acabaran de gastar una broma pesada.

-¿Es que no entiendes lo que significa perder?

-Hay gente que se encarga de dejarlo muy claro -replicó Desiderata-. Adiós, querida.

Colgó el trapo sobre el espejo.

Se oyó una aspiración furiosa. Después, se hizo el silencio.

Desiderata se quedó allí, de pie, sumida en sus pensamientos.

Luego, alzó la cabeza.

-Tengo el agua a punto de hervir. ¿Quieres una taza de té? -ofreció.

NO, MUCHAS GRACIAS -respondió una voz justo detrás de ella.

-¿Cuánto tiempo llevas esperando?

DESDE SIEMPRE.

-Espero no estarte retrasando demasiado...

TENGO UNA NOCHE TRANQUILA, POCO TRABAJO.

-Bueno, yo sí quiero esa taza de té. Creo que también queda un bizcocho...

NO, GRACIAS.

-Si te entra hambre, está en aquel tarro de encima de la chimenea. Es auténtica cerámica klatchiana, ¿sabes? Fabricada por un auténtico artesano klatchiano. De Klatch -añadió.

¿DE VERAS?

-En mi juventud, viajé mucho.

¿SÍ?

-Eran buenos tiempos. ?Desiderata atizó el fuego?. Lo hacía por cuestiones de trabajo, ya te puedes imaginar. Aunque claro, supongo que a ti te pasa lo mismo.

SÍ.

-Nunca sabía cuándo me iban a llamar. Bueno, tú ya sabes todo eso, claro. Eran sobre todo cocinas. Bailes también, de cuando en cuando, pero casi siempre cocinas.

Cogió el recipiente donde hervía el agua y la vertió en la tetera de la chimenea.

CIERTO.

-Yo les concedía sus deseos.

La Muerte pareció desconcertada.

¿QUÉ? ?¿QUIERES DECIR COSAS COMO... ARMARIOS A MEDIDA? ¿GRIFOS NUEVOS? ¿ESE TIPO DE DESEOS?

-No, no. A la gente. -Desiderata suspiró-. Ser hada madrina es una gran responsabilidad. Lo más importante es saber cuándo parar, no sé si me entiendes. La gente que consigue a menudo lo que quiere acaba por ser gente poco agradable. ¿Qué hay que darles, lo que desean... o lo que necesitan?

La Muerte asintió por cortesía. Desde su punto de vista, la gente recibía aquello que se le daba. Y punto.

-Como ese asunto de Genua... ?empezó Desiderata.

La Muerte alzó la vista bruscamente.

¿GENUA?

-¿Lo conoces? Bueno, ya me imagino que sí.

CONOZCO... TODOS LOS LUGARES, POR SUPUESTO.

La expresión de Desiderata se suavizó. Su vista interior estaba mirando hacia otro lugar.

-Éramos dos. Las hadas madrinas siempre van por parejas, ya sabes. Lady Lilith y yo. Un hada madrina tiene un gran poder. Es como formar parte de un cuento. El caso es que la chica esta nació fuera del matrimonio, pero bueno, qué más da. No fue que no pudieran casarse, es que no se pusieron a ello..., y Lilith deseó que tuviera belleza, y poder, y que se casara con un príncipe. ¡Nada menos! Desde entonces, lleva trabajando en el asunto. ¿Qué podía hacer yo? Con deseos como ése, no hay quien discuta. Lilith conoce bien el poder de un buen cuento. Yo hice todo lo que pude, pero era Lilith la que tenía el poder. Tengo entendido que, ahora, ella dirige la ciudad. ¡Ha cambiado un país entero, sólo para que un cuento se desarrollara según su dictado! En fin, el caso es que ahora es demasiado tarde. Para mí. Así que voy a traspasar la responsabilidad. Así es como funcionan las cosas en esto de las hadas madrinas. Nadie, nadie QUIERE ser hada madrina. Excepto Lilith, claro. Está obcecada con eso. De manera que pienso enviar a alguien. Me he desentendido del asunto demasiado tiempo, puede que ya sea tarde.

Desiderata era buena persona. Las hadas madrinas suelen llegar a comprender bien la naturaleza humana, por lo que las buenas son bondadosas y las malas son poderosas. Ella no era propensa a utilizar un lenguaje brusco, pero resultaba evidente que, cuando utilizaba una expresión suave, como "está obcecada", era para definir a alguien que había traspasado el horizonte de la locura y se alejaba a muchos kilómetros por hora con aceleración constante.

Se sirvió el té.

-Eso es lo malo de conocer el futuro ?suspiró?. Puedes ver lo que está sucediendo, pero no sabes qué significa. He visto el futuro. Hay un carruaje que era una calabaza. Y eso es imposible. Hay cocheros que eran ratones, cosa que también parece improbable. También hay un reloj que da las doce de la medianoche, y no sé qué de una zapatilla de cristal. Todo eso va a suceder. Porque así es como funcionan los cuentos. Pero luego pensé... hay gente que hace que los cuentos funcionen a su manera.

Suspiró de nuevo.

-Ojalá fuera yo a Genua ?continuó?. Me vendría bien cambiar de clima, un poco de calor. Y se acerca el Jueves Graso. En los viejos tiempos, siempre iba a Genua a celebrar el Jueves Graso.

Se hizo un silencio expectante.

¡¿No ME ESTARÁS PIDIENDO QUE TE CONCEDA UN DESEO?! -se sorprendió la Muerte.

-¡Ja! A las hadas madrinas nadie les concede sus deseos. ?Desiderata volvió a mirar hacia el futuro, habló como si sólo ella se escuchara?. ¿Lo ves? Tengo que hacer que vayan las tres a Genua. Las tres, es necesario que vayan las tres. Y con gente como ellas no será sencillo, desde luego. Hay que encontrar la manera de que vayan voluntariamente. Si alguien le dice a Esme Ceravieja que tiene que ir a alguna parte, no irá, aunque sólo sea por llevar la contraria. En cambio, dile que no vaya e irá aunque tenga que caminar sobre cristales rotos. Todos los Ceravieja son así. No saben perder.

Algo pareció hacerle mucha gracia.

-Pero alguien de la familia tendrá que aprender -sonrió.

La Muerte no dijo nada. "Claro -pensó Desiderata-. Desde su punto de vista todos aprendemos a perder. Tarde o temprano."

Se bebió el último sorbo de té. Luego, se levantó. Se puso el sombrero puntiagudo con toda ceremonia, y atravesó cojeando la puerta trasera.

Había una zanja profunda excavada entre los árboles, a poca distancia de la casa. En el fondo, alguien había tenido la amabilidad de poner una escalerita corta. Desiderata descendió y luego, no sin ciertas dificultades, levantó la escalera para dejarla sobre las hojas, al borde de la fosa. Después, se tendió. Y se incorporó.

-El señor Chert, el troll que vive junto al aserradero, tiene ataúdes a muy buen precio, aunque sean de pino.

LO TENDRÉ EN CUENTA.

-Le pedí a Hurker, el cazador furtivo, que me cavara una fosa aquí fuera -siguió la mujer alegremente-. Luego pasará a rellenarla, camino de su casa. A mí me gusta dejarlo todo bien limpio y arreglado. Bueno, adelante, maestro.

¿QuÉ? AH. UNA MANERA DE HABLAR.

Alzó la guadaña.

Desiderata Cavidad descansó en paz.

-Bueno -dijo-, ha sido sencillo. ¿Qué viene ahora?

Y esto es Genua. El reino mágico. La ciudad de diamante. El país afortunado.

En el centro de la ciudad, una mujer está de pie entre dos espejos y contempla su reflejo repetido, que se pierde en el infinito.

Los espejos en sí se encontraban en el centro de un octógono de espejos, bajo el cielo raso, en la torre más alta del palacio. De hecho, había tantos reflejos que costaba mucho trabajo discernir dónde acababan los espejos y dónde empezaba la persona.

Su nombre era Lady Lilith de Tempscire, aunque había respondido a muchos otros en el transcurso de una vida larga y azarosa. Había descubierto que eso era algo que se aprendía muy pronto. Si uno quería llegar a algo en este mundo ?y ella había decidido desde el principio que quería llegar lo más lejos posible?, se tenía que tomar los nombres a la ligera y coger el poder allí donde lo encontrara. Había enterrado a tres maridos y, como mínimo, dos de ellos ya estaban muertos en el momento de la inhumación.

Además, se viajaba mucho. Porque la mayor parte de la gente no viaja. Cambia de país, cambia de nombre y, si tienes los modales adecuados, el mundo estará a tus pies. Ella misma, por ejemplo, no había tenido que desplazarse ni doscientos kilómetros para convertirse en Lady.

Ahora podía llegar a donde quisiera...

Los dos espejos principales estaban casi frente a frente, pero no del todo, de manera que Lilith podía mirar por encima de su hombro y observar cómo sus imágenes se alejaban en una curva que rodeaba todo el universo, dentro del espejo.

Podía sentir cómo se derramaba hacia sí misma, multiplicándose a través de los reflejos infinitos.

Cuando Lilith suspiró y salió del Espacio entre los espejos, el efecto fue sorprendente. Las imágenes de Lilith quedaron suspendidas en el aire tras ella durante un momento, como sombras tridimensionales, antes de esfumarse.

Así que Desiderata se estaba muriendo. Maldita vieja entrometida. Se merecía la muerte. Nunca había llegado a comprender la clase de poder que tenía Lilith. Era una de esas personas que tenían miedo de hacer el bien por temor a hacer el mal, que se lo tomaban todo tan en serio como para coger una colitis de angustia moral antes de concederle un deseo a una simple hormiga.

Lilith contempló la ciudad que se extendía a sus pies. Bueno, ahora ya no quedaban obstáculos. La estúpida mujer vudú del pantano no era más que una simple distracción, alguien que no entendía en absoluto lo que sucedía.

Ya nada se interponía en el camino hacia lo que Lilith adoraba por encima de todo.

Un final feliz.

En la cima de la montaña, el aquelarre se había calmado un poco.

Los pintores y los escritores siempre han tenido un concepto un tanto exagerado de lo que sucede en un aquelarre de brujas. Eso les sucede por pasarse demasiado tiempo en habitaciones pequeñas, con las cortinas corridas, en vez de salir a tomar el aire fresco, que es más sano.

Por ejemplo, está lo de bailar desnudas. En un típico clima templado hay muy pocas noches en las que alguien pueda tener ganas de salir a bailar a medianoche sin ropa, por no mencionar ya los guijarros, los cardos y la posibilidad de pisar un puercoespín.

Luego, está toda la cuestión de los dioses con cabeza de cabra. La mayor parte de las brujas no creen en los dioses. Saben que los dioses existen, claro. Incluso tienen tratos con ellos de cuando en cuando. Pero no creen en los dioses. Los conocen demasiado bien. Sería como creer en el cartero.

Y en cuanto a la comida y la bebida, los trocitos de reptil y todo eso..., la verdad es que las brujas no son partidarias de esas cosas. Lo peor que se puede decir de las brujas, sobre todo de las más ancianas, es que les suelen gustar los bizcochos de jengibre, y que los mojan en un té con tanto azúcar que la cucharilla no se mueve. Y si se encuentran con que está demasiado caliente, se lo beben del plato. Además, lo hacen con un acompañamiento de ruiditos de aprobación, que uno imaginaría que provienen de una cañería barata. Quizá al fin y al cabo sean mejores las ancas de rana.

También está el asunto de los ungüentos místicos. Aquí, los pintores y escritores han acertado, pero de pura casualidad. La mayor parte de las brujas son de edad avanzada, en un momento de la vida en que los ungüentos empiezan a tener un atractivo especial, y al menos dos de las presentes en el aquelarre de aquella noche llevaban extendido sobre el pecho el famoso linimento de grasa de ganso y salvia fabricado por Yaya Ceravieja. El ungüento no hacía volar, ni ver visiones, pero servía para prevenir los catarros, aunque sólo fuera porque el molesto olor que envolvía al usuario hacia la segunda semana hacía que nadie se le acercara lo suficiente como para propiciar un contagio.

Y, por fin, estaban los aquelarres en sí. La bruja típica no es un animal social por naturaleza, sobre todo en lo que respecta a relacionarse con otras brujas. Siempre existe un conflicto de personalidades dominantes. Hay un grupo de jefas de pista, sin pistas. La regla básica no escrita de la brujería es: "No hagas lo que tú quieres, haz lo que yo digo". El número más habitual de asistentes a un aquelarre es de uno. Las brujas solamente se reúnen cuando no tienen otro remedio.

Como en esta ocasión.

Dada la ausencia de Desiderata, la conversación se había centrado en el tema de la creciente falta de brujas.[6]

-¿Cómo, ninguna? -se asombró Yaya Ceravieja.

-Ninguna -asintió Tía Brevis.

-Me parece espantoso -bufó Yaya-. ¡Yo digo que es un desastre!

-¿Eh? -quiso saber Madre Dismass.

-¡Ella dice que es un desastre! -gritó Tía Brevis.

-¿Eh?

-¡No hay ninguna chica que la suceda! ¡Nadie va a ocupar el puesto de Desiderata!

-Oh.

Todas empezaron a caer en la cuenta de lo que aquello implicaba.

-Si nadie más quiere sus pertenencias, me las quedo yo -dijo Tata Ogg.

-Cuando yo era joven, no pasaban estas cosas -bufó Yaya-. A este lado de la montaña, sin ir más lejos, había docenas de brujas. Claro, que eso era antes de todo este "diviértase usted solo". -Hizo una mueca de desaprobación-. En estos tiempos, hay demasiado "diviértase usted solo". Cuando yo era joven, nunca organizábamos nuestra propia diversión. Nunca teníamos tiempo para esas cosas.

-Trempes fuggit -dijo Tata Ogg.

-¿Qué?

-Trempes fuggit. Significa que eso era entonces, y esto es ahora -aclaró la anciana.

-No hace falta que nadie me lo diga, Gytha Ogg. Sé muy bien cuándo es ahora.

-Tenemos que avanzar con los tiempos.

-No sé por qué. No sé por qué vamos a...

-Bueno, pues parece que tendremos que volver a cambiar los territorios -intervino Tía Brevis.

-Imposible -se apresuró a replicar Yaya Ceravieja-. Ya me encargo de cuatro aldeas. Apenas me da tiempo a que se me enfríe la escoba.

-Pues, desde luego, con la muerte de Madre Cavidad vamos más que escasas de personal -insistió Tía Brevis-. Ya sé que la pobre no hacía gran cosa porque tenía ese otro trabajo, pero al menos estaba ahí. Y de eso se trata. Tiene que haber una bruja local. Las cuatro brujas se quedaron contemplando el fuego, en sombría meditación. Bueno, al menos tres de ellas meditaban sombrías. Tata Ogg, que tenía tendencia a mirar las cosas por el lado más alegre, se animó a hacer un brindis.

-En Arroyo Primavera, el poblado de abajo, tienen un mago -comentó Tía Brevis-. Cuando falleció la anciana Yaya Hopliss, no había nadie que la sucediera, así que pidieron un mago a Ankh-Morpork. Un mago de verdad. Con su cayado y todo. Tiene una tienda en el pueblo, con un cartel de latón en la puerta, que dice "mago".

Las brujas suspiraron.

-La señora Singe murió -siguió Tía Brevis-. Y Tía Garfio también.

-¿De verdad? ¿La anciana Mabel Garfio? -se interesó Tata Ogg en medio de una lluvia de miguitas-. ¿Cuántos años tenía?

-Ciento diecinueve -respondió Tía Brevis-. Ya se lo decía yo, "A tu edad no hay que ir por ahí escalando montañas". Pero nada, ella ni caso.

-Así son algunas personas -asintió Yaya-. Testarudas como mulas. Les dices que no tienen que hacer algo, y no paran hasta que no lo intentan.

-Yo incluso llegué a oír sus últimas palabras -suspiró Tía.

-¿Qué dijo? -se interesó Yaya.

-Si mal no recuerdo, fue "Oh, mierda".

-Ella habría querido morir así -dijo Tata Ogg.

Todas las demás brujas asintieron.

-¿Sabéis una cosa? Quizá estemos presenciando el fin de la brujería en esta zona -dijo Tía Brevis.

Contemplaron el fuego de nuevo.

-Supongo que nadie habrá traído palomitas... -preguntó Tata Ogg, esperanzada.

Yaya Ceravieja observó a sus hermanas brujas. No soportaba a Tía Brevis. La anciana enseñaba en la escuela, al otro lado de la montaña, y tenía la molesta costumbre de mostrarse razonable cuando la provocaban. La Madre Dismass era, con toda probabilidad, la sibila más inútil en la historia de los oráculos y las revelaciones. Y Yaya no aguantaba a Tata Ogg, que era su mejor amiga.

-¿Y qué hay de la joven Magrat? -inquirió Madre Dismass con inocencia-. Su zona cae al lado de la de Desiderata. A lo mejor puede hacerse cargo de un poco más de trabajo...

Yaya Ceravieja y Tata Ogg intercambiaron una mirada.

-Le han entrado ideas raras -bufó Yaya.

-Vamos, vamos, Esme... -la aplacó Tata Ogg.

-Pues a mí me parecen raras -insistió Yaya-. ¡No me irás a decir que, eso de pasarse la vida hablando de pender de una miasma, no es tener la cabeza desquiciada!

-No es exactamente eso -la corrigió Tata-. Lo que dice es que quiere depender de sí misma.

-Pues eso es lo que he dicho -gruñó Yaya Ceravieja-. Y a ella también se lo dije. Le dije: "Simplicia Ajostiernos era tu madre, Araminta Ajostiernos era tu abuela, Yolanda Ajostiernos es tu tía, y tú eres tu..., tú eres tu tú".

Volvió a sentarse, con el gesto satisfecho de quien ha resuelto todo lo que uno puede desear saber en la vida sobre una crisis de identidad.

-Y no hizo caso -añadió.

Tía Brevis frunció el ceño.

-¿Magrat? -titubeó.

Trató de recordar la imagen de la bruja más joven de las Montañas del Carnero, pero sólo le vino a la mente una cara..., no, más que una cara fue una expresión de ojos acuosos, de desesperada buena voluntad, una expresión encajada entre un cuerpo semejante a una espingarda y una cabellera como un haz de heno después de un vendaval. Una bienhechora impenitente. Eternamente preocupada. El tipo de persona que suele dedicarse a rescatar perdidos polluelos de pájaro y luego llora cuando se mueren, que es la función que la bondadosa madre naturaleza tiene por costumbre reservar a los perdidos polluelos de pájaro.

-No parece propio de ella -dijo al final.

-Y también dijo que quería autoafirmarse -insistió Yaya.

-No hay nada de malo en autoafirmarse -intervino Tata-. En eso se basa la brujería.

-Yo no he dicho que hubiera nada de malo -replicó Yaya-. Ni a ella tampoco se lo dije. Le dije que podía estar todo lo autoafirmada que le diera la gana, siempre y cuando hiciera lo que le mandaban.

-Frótate con esto y se te pasará en una o dos semanas -dijo Madre Dismass.

Las otras tres brujas la miraron con expectación, por si acaso decía algo más. Pronto resultó evidente que no iba a ser así.

-Y está dando clases de..., ¿de qué da clases, Gytha? -preguntó Yaya.

-De defensa personal.

-¡Pero si es una bruja! -señaló Tía Brevis.

-Eso mismo le dije yo -gruñó Yaya Ceravieja, que había caminado de noche sin temor por los bosques plagados de bandidos toda su vida, con la seguridad absoluta de que la oscuridad no podía albergar nada más terrible que ella misma-. Y me respondió que no se trataba de eso. Que no se trataba de eso. ¡Imaginaos!

Tata Ogg se encogió de hombros.

-De todos modos, a sus clases no asiste nadie...

-Tenía entendido que se iba a casar con el rey -señaló Tía Brevis.

-Eso pensaba todo el mundo -asintió Tata-. Pero ya conoces a Magrat. Tiene tendencia a ser de Ideas Abiertas. Ahora dice que se niega a ser un objeto sexual.

Todas meditaron unos momentos sobre el concepto. Por fin, Tía Brevis sacudió la cabeza lentamente, como quien sale de las profundidades de un razonamiento fascinante.

-¡Pero si ella NUNCA ha sido un objeto sexual!

-Estoy orgullosa de poder decir que ni siquiera sé qué es un objeto sexual -replicó Yaya Ceravieja con firmeza.

-Yo sí -apuntó Tata Ogg.

Las brujas la miraron.

-Mi Shane trajo uno a casa una vez, al volver de un viaje por el extranjero.

Las brujas siguieron mirándola.

-Era marrón, muy gordo, tenía como una especie de bultos, y una cara, y dos agujeros para pasar el cordel.

Las brujas no tenían intención de apartar la mirada.

-Pues nos dijo que era eso -tuvo que defenderse Tata.

-Me parece que estás hablando de un ídolo de la fertilidad -trató de contribuir Tía Brevis.

Yaya sacudió la cabeza.

-Por la descripción, no se parece demasiado a Magrat... -empezó.

-No me puedes decir en serio que vale dos peniques -dijo Madre Dismass, desde cualquiera que fuera el momento en el que vivía en aquel instante.

Nadie sabía a ciencia cierta cuál era.

Las personas con capacidad para ver el futuro tienen una profesión de alto riesgo. Para ser sinceros, la mente humana no fue diseñada con la idea de que fuera por ahí rebotando de atrás adelante en la gran autopista del tiempo..., y cuando lo hace, puede suceder que pierda el punto de anclaje, que viaje del pasado al futuro y sólo haga escalas ocasionales en el presente. La anciana Madre Dismass tenía un desenfoque temporal. Eso quería decir que, si le decías algo en agosto, quizá te estuviera oyendo en marzo. Con ella, la actitud más pragmática era decir algo ahora, con la esperanza de que recogiera el recado la próxima vez que su mente pasara por allí.

Yaya agitó las manos de manera experimental ante los ojos inexpresivos de Madre Dismass.

-Ya ha vuelto a marcharse -dijo.

-Bueno, pues si Magrat no se puede hacer cargo, también está Millie Salyitos, la que vive en Tajada -indicó Tía Brevis-. Es una chica muy trabajadora. Aunque, la verdad, es aún más bizca que Magrat.

-Eso no tiene nada de malo. A las brujas les queda bien ser bizcas -dijo Yaya Ceravieja.

-Pero hay que saber tenerlo en cuenta -replicó Tata Ogg-. La vieja Gertie Simmons era tan bizca, que siempre se echaba el mal de ojo a su propia nariz. No podemos permitir que la gente crea que, cuando molestan a una bruja y ella gruñe y maldice, hará que se le pudra su propia nariz.

Todas volvieron a contemplar el fuego.

-Supongo que Desiderata no habrá elegido a su sucesora... -empezó Tía Brevis.

-Imposible, no podía hacerlo -replicó Yaya Ceravieja-. En esta zona no hacemos las cosas así.

-Cierto, pero no se puede decir que Desiderata pasara mucho tiempo en esta zona. Era por su otro trabajo. Siempre estaba fuera, en el extranjero.

-No soporto el extranjero -aseguró Yaya Ceravieja.

-Pues has estado en Ankh-Morpork -señaló Tata con tono inocente-. Eso es el extranjero.

-No, no es el extranjero. Lo único que pasa es que está muy lejos. Pero no es como si fuera el extranjero. El extranjero es donde la gente se pone a charlar contigo en lenguas bárbaras, y comen estiércol extranjero, y son adoradores de..., ya sabéis, de COSAS -explicó Yaya Ceravieja, siempre embajadora de buena voluntad-. Desde luego, en el extranjero pudo contagiarse de cualquier costumbre y traerla a esta zona.

-A mí me trajo una vez una bandeja azul y blanca, muy bonita -señaló Tata Ogg.

-Ésa es otra cosa -asintió Tía Brevis-. Más vale que alguien vaya a echar un vistazo a su casa. Tenía un montón de cosas de valor. No quiero ni pensar que entre un ladrón allí y ponga sus manos sobre todo.

-No creo que ningún ladrón se atreva a entrar en la casa de una bru... -empezó Yaya.

Entonces, se interrumpió bruscamente.

-Sí -añadió con voz suave-. Buena idea. Yo me encargaré de ir.

-Yo, ya me encargo yo -intervino Tata Ogg, quien también había tenido tiempo de sacar sus conclusiones-. Me cae de camino hacia casa. No me cuesta nada.

-No, no, seguro que prefieres llegar a casa temprano -replicó Yaya-. No te molestes, para mí sí que no será ningún problema.

-No, no, para mí tampoco es ningún problema -la tranquilizó Tata.

-Vamos, mujer, a tu edad no conviene hacer esfuerzos. Tú no te preocupes.

Se miraron la una a la otra.

-No veo que tenga tanta importancia -dijo Tía Brevis-. En vez de discutir, ¿por qué no vais las dos juntas?

-Mañana tengo bastante trabajo -asintió Yaya-. ¿Qué tal después de comer?

-Perfecto -aceptó Tata Ogg-. Nos reuniremos junto a su casa. Justo después de comer.

-Nosotros tuvimos uno, pero el trozo de arriba, el que se desenrosca, se cayó y se perdió -explicó Madre Dismass.

Hurker, el cazador furtivo, echó la última palada de tierra a la fosa. Se sintió obligado a pronunciar algunas palabras.

-Bueno, pues se acabó -dijo.

Desde luego, había sido una de las mejores brujas que jamás hubo, meditó mientras volvía a entrar en la casita bajo la tenue luz previa al amanecer. Algunas de las

otras -que, por supuesto, eran unas personas maravillosas, mujeres excelentes, de lo mejor que uno puede esquivar en la vida- resultaban un poco demasiado imponentes.

Sobre la mesa de la cocina había un paquete alargado, un montoncito de monedas y un sobre.

Abrió el sobre, aunque no iba dirigido a él.

Dentro, había un sobre más pequeño y una nota.

La nota decía: "Albert Hurker, te estoy vigilando. Entrega el paquete y este sobre, y si te atreves a curiosear el contenido te sucederá algo espantoso. Como Hada Madrina Buena profesional no se me permite maldecir a nadie, pero sí puedo predecir que tu destino estará muy relacionado con los colmillos de un lobo rabioso, que la pierna se te pondrá verde y supurante, y que se te caerá. Y no me preguntes cómo lo sé, porque además no puedes, estoy muerta. Con mis mejores deseos. Desiderata".

El cazador cogió el paquete con los ojos cerrados.

La luz viaja muy despacio en el vasto campo mágico del Mundodisco, así que el tiempo también tiene que ir más despacio. Como habría dicho Tata Ogg, cuando en Genua es la hora del té, aquí aún es martes...

De hecho, en Genua estaba amaneciendo. Lilith se encontraba sentada en su torre, y con un espejo enviaba su propia imagen al exterior para explorar el mundo. Estaba buscando algo.

Lilith sabía que podía mirar hacia cualquier lugar donde hubiera un centelleo, en la cresta de una ola, un charquito helado, un espejo, un reflejo. No necesitaba para nada un espejo mágico. Le bastaba con cualquier espejo. Si se saben utilizar, todos los espejos son mágicos. Y Lilith, que chisporroteaba con el poder que dan un millón de imágenes, sabía utilizarlos mejor que nadie.

Sólo persistía una duda. Era de suponer que Desiderata se habría librado de ella. Típico en personas de su estilo. Conscientes. Y también era de suponer que la habría entregado a la chica medio idiota de los ojos llorosos, la que la visitaba de cuando en cuando, la que lucía toda aquella joyería barata y tenía el peor gusto del mundo a la hora de vestirse. Eso también sería típico de Desiderata.

Pero Lilith quería estar segura. Si había llegado hasta donde había llegado era gracias a estar siempre segura.

El rostro de Lilith fue apareciendo por un instante en todos los charcos y ventanas de Lancre, antes de seguir su camino...

Y ahora estaba amaneciendo en Lancre. Las nieblas otoñales serpenteaban por el bosque.

Yaya Ceravieja empujó la puerta de la casita. No estaba cerrada. El único visitante que Desiderata había estado esperando no era de los que se desaniman ante la visión de una cerradura.

-Se hizo enterrar en la parte de atrás del jardín -dijo una voz tras ella.

Era Tata Ogg.

Yaya calculó su próxima jugada. Si señalaba que Tata había llegado temprano adrede, con intención de revisar la casa ella sola, sin duda se llegaría al tema de la presencia allí de la propia Yaya. Habría preguntas. Podría darles respuesta, sin duda, si tuviera un poco de tiempo. Pero, quizá lo mejor fuera dejar correr el asunto.

-Ah -dijo con un asentimiento-. Sí, Desiderata siempre fue muy pulcra.

-Bueno, en su trabajo es imprescindible -replicó Tata Ogg, que pasó ante ella para contemplar con gesto especulativo el contenido de la habitación---. En un trabajo como el que tenía Desiderata, hay que mantenerse al tanto de las cosas. Caray, ese gato es enorme.

-Es un león -la corrigió Yaya Ceravieja mirando también la cabeza disecada que colgaba sobre la chimenea.

-Pues, fuera lo que fuese, debió de chocar contra la pared a una velocidad de vértigo.

-Lo mataron -le explicó Yaya sin dejar de pasear la vista por la habitación.

-No me extraña -asintió Tata-. Si veo que un bicho de ese tamaño se está abriendo camino a bocados por mi pared, yo misma le doy con el atizador.

Por supuesto, no existe lo que se podría llamar una "típica" casa de bruja. Pero si existiera una "atípica" casa de bruja, seguro que sería aquélla. Aparte de las diversas cabezas de animales con ojos de vidrio, las paredes estaban cubiertas de estanterías y acuarelas. En el paragüero había una lanza. En el aparador, en vez de la loza y los cacharros de alfarería habituales, había pucheros de latón con aspecto exótico y porcelana fina color azul. En toda la casa no había ni una hierba seca, pero sí montones de libros, muchos de ellos anotados con la caligrafía menuda y pulcra de Desiderata. Una mesa entera estaba cubierta por algo que parecían mapas, dibujados con todo esmero y meticulosidad.

A Yaya Ceravieja no le gustaban los mapas. Tenía la sensación instintiva de que empequeñecían el mundo.

-Es evidente que viajaba mucho -señaló Tata Ogg.

Cogió un abanico de marfil labrado y lo sacudió con coquetería.[7]

-Bueno, para ella era sencillo -comentó Yaya al tiempo que abría un par de cajones.

Pasó los dedos por la repisa de la chimenea, y se los miró con gesto crítico.

-Pues ya podría haber encontrado un momento para pasar el plumero por su casa -dijo en tono distraído-. A mí no se me ocurriría morirme y dejar el comedor en semejante estado.

-¿Dónde crees que habrá dejado..., ya sabes..., eso? -preguntó Tata.

Abrió la puerta del reloj de pie y echó un vistazo al interior.

-Vergüenza debería darte, Gytha Ogg -bufó Yaya-. No hemos venido a buscar eso.

-Claro que no, sólo era curiosidad...

Tata Ogg trató de ponerse de puntillas disimuladamente para mirar encima del aparador.

-¡Gytha! ¡Qué vergüenza! ¡Ve a preparar un par de tazas de té!

-Bueno, bueno.

Tata Ogg desapareció hacia el patio trasero refunfuñando. Tras unos segundos, se oyó el chirrido de una bomba de agua.

Yaya Ceravieja se dirigió hacia la silla y palpó rápidamente bajo el cojín.

En la habitación contigua se oyó el ruido de algo al caer. Yaya se irguió a toda prisa.

-¡No creo que esté bajo el fregadero! -gritó.

La respuesta de Tata Ogg fue ininteligible.

Yaya aguardó un instante, y luego caminó a toda velocidad hacia la chimenea. Se adentró en ella y palpó con cautela las cenizas.

-¿Buscas algo, Esme? -preguntó Tata Ogg detrás de ella.

-Aquí hay una cantidad espantosa de hollín -dijo, apresurándose a levantarse-. Una cantidad espantosa de hollín, sí.

-Entonces, ¿eso tampoco está ahí? -preguntó dulcemente Tata.

-No sé de qué hablas.

-Conmigo no tienes por qué disimular. Todo el mundo sabe que Desiderata debía de tener una -dijo Tata Ogg-. Es imprescindible para su trabajo. La verdad es que, prácticamente, es su trabajo.

-Bien..., es posible que quizá quisiera echarle un vistazo -admitió Yaya-. Nada, sólo tocarla un momento. Pero nada de usarla. A mí no me verás usar una de esas cosas. Es más, sólo he visto un par de ellas. En estos tiempos, ya no circulan tantas como antes.

Tata Ogg asintió.

-Es que no se encuentra la madera adecuada -dijo.

-No pensarás que la han enterrado con eso, ¿verdad?

-No, no creo. A mí, personalmente, no me gustaría que me enterraran con eso. No sé, me parece toda una responsabilidad. Además, eso no querría permanecer bajo tierra mucho tiempo. Seguro que quiere que lo usen. Se pasaría las horas golpeando contra las tablas del ataúd. Ya sabes lo molestos que son esos trastos.

Se relajó un poco.

-Yo pondré las cosas para el té -dijo-. Tú ve encendiendo el fuego.

Yaya Ceravieja palpó la repisa de la chimenea en busca de cerillas, y entonces se dio cuenta de que no las encontraría. Desiderata siempre había dicho que estaba demasiado ocupada como para no utilizar la magia en su casa. Hasta la colada se hacía sola.

Yaya no era partidaria de la utilización de la magia para usos domésticos, pero se sentía molesta. También quería la taza de té.

Echó un par de troncos en la chimenea, y los miró fijamente hasta que empezaron a arder de pura vergüenza.

En aquel momento, advirtió la presencia del espejo cubierto por el trapo.

-¿Por qué lo habría tapado? -murmuró para sus adentros-. No sabía que Desiderata tuviera miedo de las tormentas eléctricas.

Tiró del trapo.

Miró el espejo.

Había pocas personas en el mundo que tuvieran un autocontrol como Yaya Ceravieja. Era tan rígido como una barra de hierro fundido. Y aproximadamente igual de flexible.

Hizo pedazos el espejo.

En su torre de espejos, Lilith se incorporó como movida por un resorte.

¿Ella?

La cara era diferente, por supuesto. Más vieja. Había pasado mucho, mucho tiempo. Pero los ojos no cambian, y las brujas siempre miran a los ojos.

¡Ella!

Magrat Ajostiernos, de profesión bruja, también estaba de pie ante un espejo. En su caso, se trataba de un espejo absolutamente desprovisto de magia. Además, seguía de una sola pieza, aunque en un par de ocasiones se había salvado por los pelos.

Frunció el ceño ante su reflejo, y luego volvió a consultar el pequeño folleto mal ilustrado que había recibido el día anterior.

Masculló algunas palabras entre dientes, se irguió, extendió las manos ante ella y golpeó el aire con todas sus fuerzas.

-¡HAAAAiiiiieeeeeeehgh! Mmm -gritó.

Magrat habría sido la primera en reconocer que tenía una mente abierta. Era tan abierta como un prado, tan abierta como el cielo. Ninguna mente podía estar más abierta, a no ser que contara con la ayuda de instrumental quirúrgico especializado. Y siempre estaba a la espera de cualquier cosa con que llenarla.

En aquellos momentos lo que la llenaba era la búsqueda de la paz interior, la armonía cósmica y la auténtica esencia del Ser.

Cuando alguien dice "Me ha venido una idea", no se trata de una simple metáfora. Las inspiraciones puras, las pequeñas partículas de pensamiento autocontenido están siempre lloviznando por el cosmos. Se sienten atraídas hacia cabezas como la de Magrat, de la misma manera que el agua corre hacia un agujero en el desierto.

En opinión de Magrat, la culpa de todo la tenía el despiste de su madre en cuestiones de ortografía. Un progenitor más atento habría escrito con más cuidado el nombre de Margaret. De esa manera, todo el mundo habría acabado por llamarla Peggy, o Maggie..., nombres recios, robustos, dignos de toda confianza. En cambio, con Magrat no se podía hacer gran cosa. El nombre sonaba a algo que viviera en la orilla de un río, corriendo un riesgo constante de morir ahogado.

Había considerado la posibilidad de cambiárselo, pero en su fuero interno sabía que no serviría de nada. Aunque superficialmente pudiera convertirse en una Chloe, o en una Isobel, por dentro siempre sería una Magrat. Pero le habría gustado intentarlo. Sería bonito dejar de ser una Magrat, aunque sólo fuera por unas horas.

Este tipo de pensamientos son los que hacen que la gente se ponga a Buscarse A Sí Misma. Y una de las primeras cosas que Magrat había descubierto sobre eso de

Buscarse A Sí Misma era que no sería buena idea contárselo a Yaya Ceravieja, quien pensaba que la emancipación de la mujer era una dolencia femenina de la que no se debería hablar en presencia de los hombres.

Tata Ogg era algo más comprensiva, aunque en opinión de Magrat tenía una tendencia excesiva a hablar con segundas intenciones. En cambio, desde el punto de vista de Tata, sus intenciones eran siempre primeras, y bien orgullosas de serlo.

En resumidas cuentas, Magrat había renunciado a aprender algo de sus compañeras brujas más veteranas, y ahora lanzaba sus redes en aguas más profundas. Mucho más profundas. Tan profundas como podían ser unas enaguas.

Todos los que se dedican a buscar la sabiduría tienen, por extraño que parezca, algo en común: estén donde estén, siempre buscan esa sabiduría en un lugar muy lejano. La sabiduría es una de las pocas cosas que, cuanto más lejos está, más grande nos parece.[8]

En aquellos momentos Magrat se buscaba a sí misma por el Camino del Escorpión, que ofrecía armonía cósmica, unicidad interior y la posibilidad de hacer que a un agresor le salieran los riñones por las orejas. Era un gran curso por correspondencia.

Por desgracia, existían algunos problemas. El autor, el Gran Maestro Lobsang Escurridizo, residía en Ankh-Morpork. Aquello no parecía el lugar apropiado para un refugio de sabiduría cósmica. Y, aunque hacía especial hincapié en que el Camino no se debía utilizar como arma agresiva, sino sólo para buscar la sabiduría cósmica, estas advertencias estaban en letra muy pequeñita, entre dibujos entusiastas de personas que se golpeaban unas a otras con una especie de rodillos de cocina y gritaban "¡Hai!". Más avanzado el curso, uno aprendía a partir ladrillos con el canto de la mano, a caminar sobre carbones al rojo y otras muchas cosas cósmicas.

Magrat pensaba que Ninja era un nombre muy bonito para una chica.

Volvió a erguirse ante el espejo.

Alguien llamó a la puerta. Magrat fue a abrirla.

-¿Hai? -dijo.

Hurker, el cazador furtivo, dio un paso hacia atrás. El pobre ya estaba bastante agitado. Un lobo hambriento lo había seguido durante buena parte del camino a través del bosque.

-Eh... -titubeó. Se inclinó hacia adelante, con el temor trocado en preocupación. ¿Se ha hecho daño en la cabeza, señorita?

Magrat lo miró sin comprender. Luego, se dio cuenta de la situación. Alzó la mano y se quitó de la frente la cinta con el dibujo del crisantemo, sin la cual era prácticamente imposible buscar la sabiduría cósmica mediante el sistema de retorcer 360 grados los codos de tu adversario.

-No -replicó-. ¿Qué quiere?

-Traigo un paquete para usted -respondió Hurker al tiempo ue se lo ofrecía.

Medía unos sesenta centímetros de largo, y era muy fino.

-Hay una nota -se apresuró a explicar Hurker.

Mientras Magrat la desdoblaba, trató de acercarse discretamente para leerla por encima de su hombro.

-Es privada -dijo la joven.

-¿De verdad? -asintió Hurker, mostrándose conforme.

-¡Sí!

-Me han dicho que me daría usted un penique por entregársela -explicó el cazador furtivo.

Magrat rebuscó en su bolso.

-El dinero forja las cadenas que atan a la clase trabajadora -le advirtió al tiempo que le tendía la moneda.

Hurker, que jamás se había considerado miembro de la clase trabajadora, pero que en cambio estaba dispuesto a escuchar casi cualquier estupidez a cambio de un penique, asintió con inocencia.

-Y espero que se le cure lo de la cabeza, señorita -le dijo.

Cuando Magrat se hubo quedado a solas en su cocina-cum-dojo, abrió el paquete. Dentro había una delgada vara blanca.

Volvió a leer la nota. Decía así: "Nunca tuve tiempo para entrenar a una sustituta, así que me tendré que conformar contigo. Tienes que ir a la ciudad de Genua. Yo misma me encargaría, de no estar muerta. Enta Sábado NO debe casarse con el príncipe. P.D.: Esto es importante".

Magrat contempló su reflejo en el espejo.

Magrat contempló la nota de nuevo.

"Otra P.D.: Diles a esas dos entrometidas que no vayan contigo, lo único que lograrían sería estropearlo todo".

Y aún había más.

"Otra P.D. más: Tiene tendencia a pasarse al modo calabaza, pero pronto le cogerás el tranquillo".

Magrat contempló el espejo una vez más. Luego bajó la vista hacia la varita.

En un momento dado la vida es sencilla, y al siguiente se presenta llena de complicaciones.

-Oh, no -gimió-. ¡Soy un hada madrina!

Yaya Ceravieja seguía de pie, mirando los diminutos fragmentos del espejo, cuando Tata Ogg entró en la sala.

-Esme Ceravieja, ¿qué has hecho? Eso trae mala suerte, no es... ¿Esme?

-¿Ella? ¿Ella?

-¿Te encuentras bien?

Yaya Ceravieja alzó la vista un instante; luego sacudió la cabeza como si intentara quitarse de la mente una idea impensable.

-¿Qué?

-Te has quedado toda pálida. Nunca te había visto quedarte así, toda pálida.

Con gestos lentos, Yaya se quitó un trozo de cristal del sombrero.

-Bueno..., es que me he sobresaltado un poco... cuando se ha roto el espejo... -murmuró.

Tata miró la mano de Yaya Ceravieja. Estaba sangrando. Luego alzó la vista para mirar el rostro de la anciana, y tomó la decisión de no admitir jamás que le había visto la mano a Yaya.

-Puede que sea una señal -dijo al azar, en busca de un tema poco comprometido-. Son cosas que pasan cuando se muere alguien. Los cuadros se caen de las paredes, los relojes se paran, enormes armarios roperos se desploman escaleras abajo..., todo ese tipo de cosas.

-Yo nunca he creído en eso, es una..., ¿cómo que armarios roperos que se desploman escaleras abajo? -preguntó Yaya.

Estaba respirando hondo. Si no fuese de dominio público que Yaya Ceravieja era dura, cualquiera habría pensado que acababa de recibir el susto de su vida y que estaba prácticamente desesperada por tomar parte en cualquier tipo de charla vulgar y cotidiana.

-Pues es lo que pasó cuando murió mi tía abuela Sophie -explicó Tata Ogg-. Exactamente tres días, cuatro horas y seis minutos después de que muriera, su armario ropero cayó rodando por la escalera. Mi Daren y mi Jason lo estaban intentando hacer pasar por el rellano, y sintieron como si se les resbalara. Como lo oyes. Fue increíble. Bueeeno, y qué quieres, no iba a dejarlo ahí para su Agatha, ¿verdad? Ella casi nunca iba a verla, sólo el Día de la Vigilia de los Puercos, y fui yo quien cuidó a Sophie hasta el final...

Yaya permitió que la letanía conocida, arrulladora, de las discusiones familiares de Tata Ogg, la envolviera mientras ponía las tazas de té.

Los Ogg eran lo que se suele denominar una familia numerosa. En realidad, más que numerosa era cuantiosa, expandida y persistente. No había hoja de papel en la que cupiera su árbol genealógico, que, además, si se pudiera plasmar gráficamente, se parecería más a un manglar. Para colmo, todas y cada una de las ramas tenían una pequeña venganza crónica pendiente contra todas y cada una de las demás, basadas en "causes célébres" tan fundamentadas como Lo Que Su Kevin Dijo De Nuestro Stan En La Boda De Di, y Quién Se Quedó Con La Cubertería De Plata Que Tía Em Prometió Dejar A Nuestra Doreen Cuando Ella Muriera, A Ver Quién Es Capaz De Explicármelo, Si No Es Molestia.

Tata Ogg, la matriarca indiscutible, alentaba indiscriminadamente a todos los bandos en contienda. Era lo más parecido que tenía a un pasatiempo.

Siendo una sola familia, los Ogg tenían suficientes discusiones internas como para mantener surtidos de argumentos a muchos guionistas de teleseries durante cientos de episodios.

En algunas ocasiones, esta actitud propiciaba que algún forastero inconsciente se uniera a la conversación e hiciera un comentario poco amable a un Ogg sobre otro Ogg. En ese momento, todos los Ogg, del primero al último, se volvían contra él; todos los miembros de la familia cerraban filas como si fueran partes de un motor de acero bien engrasado y destruían inmediata y despiadadamente al atrevido.

En las Montañas del Carnero, la gente pensaba que las riñas de los Ogg eran una bendición. Resultaba aterrador imaginarlos a todos volviendo su inmenso caudal de energía contra el mundo en general. Por suerte, los Ogg preferían pelear entre ellos. Por algo eran una familia.

La verdad es que, cuando uno se para a pensarlo, las familias son una cosa muy rara.

-¿Esme? ¿Te encuentras bien?

-¿Qué?

-Estás haciendo que las tazas tiemblen, has derramado el té por toda la bandeja.

Yaya contempló el pequeño desastre, y se zafó como mejor pudo.

-Yo no tengo la culpa de que las tazas sean tan pequeñas -refunfuñó.

La puerta se abrió.

-Buenos días, Magrat -añadió, sin siquiera darse la vuelta-. ¿Qué te trae por aquí?

Había sido por la manera en que chirriaron las bisagras. Magrat podía hacer que hasta el hecho de abrir una puerta sonara a humilde disculpa.

La bruja más joven entró en la habitación sin abrir la boca, con el rostro color remolacha y los brazos a la espalda.

-Nosotras acabamos de llegar para arreglar las cosas de Desiderata, como es nuestro deber para con una hermana bruja -explicó Yaya en voz alta.

-Y no para buscar su varita mágica -añadió alegremente Tata.

-¡Gytha Ogg!

Tata Ogg se mordió la lengua con gesto culpable y agachó la cabeza.

-Perdona, Esme.

Magrat les mostró lo que tenía a la espalda.

-Eh... -empezó, poniéndose todavía más colorada.

-¡La has encontrado! -exclamó Tata.

-Pues... no -respondió Magrat, sin atreverse a mirar a Yaya a los ojos-. Me la dio... Desiderata.

El silencio zumbó y chisporroteó.

-¿Que te la dio a ti?

-Eh..., sí.

Tata y Yaya se miraron.

-¡Vaya! -exclamó Tata.

-Ella te conocía, ¿verdad? -quiso saber Yaya al tiempo que se volvía hacia Magrat.

-Sí, venía aquí a menudo a leer sus libros -confesó la joven bruja-. Además..., además, a ella le gustaba cocinar platos extranjeros, y por aquí nadie más quería probarlos, así que venía también para hacerle compañía.

-¡Ajá! -exclamó Yaya-. ¡Así que le hacías la pelota, ¿eh?!

-¡Nunca imaginé que me legaría la varita! -le aseguró Magrat-. ¡De verdad!

-Seguro que ha sido un error -intervino Tata Ogg con tono amable-. Lo más probable es que Desiderata querría que nos la entregaras a una de nosotras.

-Sí, debe de ser eso, seguro -asintió Yaya-. Sabía que se te da muy bien hacer los recados y todo eso. A ver, deja que le eche un vistazo.

Extendió la mano.

Los nudillos de Magrat se tensaron sobre la varita.

-... me la dio a mí... -insistió con un hilo de voz.

-En los últimos tiempos tenía la cabeza trastornada -dijo Yaya.

-... me la dio a mí...

-Ser hada madrina es una responsabilidad terrible -señaló Tata-. Hay que ser resuelta y flexible, hay que tener tacto y ser capaz de resolver los complicados asuntos del corazón, y todo eso. Desiderata lo sabía muy bien.

-Sí, pero me la dio a mí...

-Magrat Ajostiernos, como bruja veterana te ordeno que me entregues esa varita -rugió Yaya-. ¡Esos trastos sólo dan problemas!

-Un momento, un momento -se apresuró a decir Tata-. Eso está yendo demasiado...

-... no... -gimió Magrat.

-Además, no eres la bruja más veterana -insistió Tata-. Madre Dismass es mayor que tú.

-Cállate. Además, ella es mentalmente inestable -replicó Yaya.

-... no me puedes dar órdenes. Las brujas no tienen una estructura jerárquica...

-¡Tu comportamiento es libertino, Magrat Ajostiernos!

-No es cierto -señaló Tata Ogg, que trataba de mantener la paz-. Un comportamiento libertino es cuando vas por ahí sin nada de ropa en...

Se interrumpió. Las dos ancianas brujas vieron cómo una hojita de papel caía de la manga de Magrat y bajaba en zigzag hacia el suelo. Yaya se adelantó rápidamente y la cogió con gesto triunfal.

-¡Ajá! -exclamó-. Vamos a ver qué decía de verdad Desiderata...

Movió los labios al tiempo que leía la nota. Magrat intentó recuperar la compostura.

-Justo lo que pensaba -asintió-. Desiderata dice que tenemos que prestar toda la ayuda posible a Magrat, porque es joven y todo eso. ¿No es cierto, Magrat?

La chica alzó la vista hacia el rostro de Yaya.

Podría dejarla en evidencia, pensó. La nota era muy clara al respecto..., bueno, al menos era muy clara en lo relativo a las dos ancianas. Y también podía hacer que la leyera en voz alta. Lo que decía estaba claro como el agua. ¿Acaso quería seguir siendo eternamente la tercera bruja? Pero la llama de la rebelión, que ardía en una chimenea muy poco familiar, se extinguió.

-Sí -murmuró, derrotada-. Algo por el estilo.

-Dice que es muy importante que vayamos a no sé dónde, para ayudar a que no sé quién se case con un príncipe -continuó Yaya.

-A Genua -aclaró Magrat-. Lo busqué en uno de los libros de Desiderata. Y lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que no se case con el príncipe.

-¿Un hada madrina impidiendo que una chica se case con un príncipe? -se sorprendió Tata-. No sé..., parece un poco... contradictorio.

-Pues a mí me parece un deseo muy fácil de conceder -replicó Yaya- Hay millones de chicas que no se casan con un príncipe.

Magrat hizo todo un esfuerzo.

-Genua está muy lejos... -empezó.

-Por suerte -bufó Yaya Ceravieja-. Lo que menos falta nos hace es que el extranjero esté cerca.

-No, lo que quiero decir es que habrá que viajar mucho -insistió la joven a la desesperada-. Y vosotras..., bueno, ya no sois tan jóvenes como antes.

El silencio que siguió fue largo, cargado.

-Saldremos mañana -dijo al final Yaya Ceravieja con toda firmeza.

-Escuchad -insistió Magrat casi con un gemido-, ¿por qué no dejáis que vaya yo sola?

-Porque no tienes ninguna experiencia en el trabajo de hada madrina -replicó Yaya.

Aquello fue demasiado, incluso para el alma generosa de Magrat.

-Bueno, vosotras tampoco -dijo.

-Es cierto -tuvo que reconocer Yaya-. Pero lo que importa es..., lo que importa es..., lo que importa es que nosotras llevamos mucho más tiempo que tú sin tener experiencia.

-Sí, tenemos más experiencia en no tener experiencia -asintió Tata Ogg alegremente.

-Y eso es lo fundamental -zanjó Yaya.

En casa de Yaya sólo había un espejo pequeño. Cuando llegó, lo cogió y salió a enterrarlo en el rincón más alejado del jardín.

-Ya está -dijo-. A ver cómo me espías ahora.

La gente nunca había acabado de creerse que Jason Ogg, excepcional herrero y herrador, fuera hijo de Tata Ogg. No parecía haber nacido, sino que daba la sensación de que lo hubieran construido. En unos astilleros. La genética había optado por añadir a sus movimientos pausados y a su naturaleza amable unos músculos que habrían sido más apropiados para un par de bueyes, unos brazos como troncos de árboles y unas piernas como barriles de cerveza en pilas de a dos.

Ante su forja brillante se presentaban los garañones, los reyes de los caballos, con sus ojos enrojecidos y cubiertos de espuma, bestias con cascos del tamaño de platos soperos, capaces de lograr, de una coz, que hombres más menudos atravesaran una pared. Pero Jason Ogg conocía el secreto de la Palabra Mística del Jinete. Entraba a solas en la forja, cerraba la puerta con toda educación y, al cabo de media hora, volvía a salir con el animal, que ahora llevaba herraduras nuevas y se mostraba extrañamente dócil.[9]

Tras su corpulenta forma se arremolinaba el resto de la interminable familia de Tata Ogg, junto a unos cuantos conciudadanos que, al ver que estaba teniendo lugar una actividad interesante relacionada con las brujas, no pudieron resistirse a la tentación de lo que en las Montañas del Carnero se denomina "echar un buen vistazo".

-Pues mira, Jason, nos vamos -dijo Tata Ogg-. He oído decir que, en el extranjero, las calles están pavimentadas con oro. A lo mejor vuelvo con una fortuna, ¿eh?

El velludo entrecejo de Jason se frunció, en gesto de intensa concentración.

-No nos vendría mal un yunque nuevo para la forja -le aseguró.

-Si vuelvo con una fortuna, nunca más tendrás que trabajar en la forja -le aseguró Tata.

Jason frunció el ceño.

-Es que a mí me gusta la forja -dijo lentamente.

Tata se quedó desconcertada un instante.

-Bueno, pues entonces... te compraré un yunque de plata maciza.

-No serviría de mucho, mamá. Sería demasiado blando -señaló Jason.

-Si yo te traigo un yunque de plata maciza, utilizarás un yunque de plata maciza, chico. ¡Te guste o no!

Jason agachó la enorme cabeza.

-Sí, mamá -dijo.

-Encárgate de que alguien venga a ventilar la casa todos los días sin falta -ordenó Tata-. Y quiero que haya fuego en la chimenea todas las mañanas.

-Sí, mamá.

-Y que todo el mundo entre y salga por la puerta de atrás, ¿me oyes bien? He puesto una maldición en el porche de delante. ¿Dónde se han metido esas chicas con mi equipaje?

Se alejó rápidamente, como un pequeño gallo gris asustando a su paso a las gallinas.

Magrat había escuchado toda la conversación con interés. Sus preparativos para el viaje se habían concretado en una bolsa grande, donde llevaba varias mudas de ropa pensadas para los diferentes climas que pudiera encontrar en el extranjero, y en otra más pequeña, donde llevaba algunos libros que le habían parecido útiles, sacados de la casita de Desiderata Cavidad. Desiderata había dedicado mucho tiempo a tomar notas, y tenía docenas de libretitas atiborradas con su pulcra caligrafía, llenas de capítulos con títulos como "Con Varita y Escoba por el Gran Desierto de Nef".

Por desgracia, nunca se había tomado la molestia de poner por escrito las instrucciones de uso de la varita. Que Magrat supiera, lo único que había que hacer era agitarla y formular un deseo.

A lo largo del camino que llevaba a su casa, muchas calabazas imprevistas eran prueba de lo poco fiable de esta estrategia. Una de las calabazas aún seguía creyendo ser un armiño.

Ahora, Magrat se había quedado a solas con Jason, que se contemplaba inquieto los pies.

El joven se tocó la frente. Lo habían educado para que fuera respetuoso con las mujeres. Y si se daba una interpretación amplia al concepto, Magrat entraría de lleno en él.

-Cuidará usted de nuestra madre, ¿verdad, señora Ajostiernos? -dijo, con un cierto tono de preocupación en la voz-. En estos últimos tiempos se comporta de una manera muy extraña.

Magrat le dio una amable palmadita en el hombro.

-No te preocupes, es más corriente de lo que parece -dijo-. Mira, cuando una mujer ha sacado adelante a una familia y todas esas cosas, siente la necesidad de empezar a vivir su propia vida.

-¿Y de quién era la vida que ha estado viviendo hasta ahora?

Magrat lo miró, desconcertada. La primera vez que se le ocurrió aquella idea, no le había pasado por la cabeza cuestionar su validez.

-Mira, lo cierto es... -empezó, inventando la explicación a medida que hablaba- que llega un momento en la vida de una mujer en que quiere encontrarse a sí misma.

-Entonces, ¿por qué no ha empezado a buscar por aquí? -insistió Jason con voz quejumbrosa-. La verdad, señorita Ajostiernos, no quisiera meterme donde no me llaman, pero confiábamos en que usted las convenciera, a ella y a la señora Ceravieja, de que no hicieran el viaje.

-Lo intenté -suspiró Magrat-. Te lo prometo, vaya que si lo intenté. Les dije que no sería bueno para ellas. "Anno Domini", les dije. "Ya no sois tan jóvenes como para estos trotes", les dije. "Es una tontería viajar cientos de kilómetros por una tontería como ésta, y más a vuestra edad."

Jason puso los ojos en blanco. Jason Ogg no llegaría a la final del Mundodisco en la especialidad de agudeza mental, pero conocía bien a su madre.

-¿Le dijo todo eso a mamá?

-Oye, no tienes que preocuparte -le aseguró Magrat-. Seguro que no pasará nada malo...

En algún lugar situado por encima de sus cabezas se oyó el ruido de un golpe. Unas cuantas hojas otoñales descendieron suavemente hacia el suelo.

-Maldito árbol..., ¿quién ha puesto aquí este maldito árbol? -les llegó una voz desde arriba.

-Debe de ser Yaya -señaló Magrat.

Una de las escasas lacras en la personalidad de Yaya Ceravieja era que jamás se molestaba en aprender a maniobrar con nada. El concepto mismo chocaba de frente con su naturaleza. Actuaba según la idea de que su labor consistía en moverse, y la del resto del mundo en redistribuirse de manera que ella llegara a su destino sin encontrar obstáculos. En la práctica, esto implicaba que a veces se veía obligada a descender de árboles a los que no había trepado. Fue lo que tuvo que hacer en esta ocasión: salvó de

un salto los últimos metros que la separaban del suelo, y retó con una mirada a los presentes por si alguien había pensado hacer algún comentario.

-Bueno, pues ya estamos todas -comentó Magrat con tono alegre.

No le sirvió de nada. Los ojos de Yaya Ceravieja se clavaron inmediatamente en un punto alrededor de las rodillas de Magrat.

-¿Qué diantres te has puesto? -la interrogó.

-Eh. .. Ah... Bueno, es que he pensado..., en esos sitios hará frío..., y además, el viento y todo eso... -empezó Magrat.

Había estado temiendo este momento y detestándose a sí misma por ser tan débil. Al fin y al cabo, eran de lo más práctico. Se le había ocurrido la idea una noche. Aparte de todos los demás argumentos era prácticamente imposible practicar las patadas de armonía cósmica del señor Lobsang Escurridizo con una falda que se te estuviera enredando constantemente en las piernas.

-¿Pantalones?

-Bueno, no son exactamente unos pantalones normales como...

-¡Y hay hombres mirando! -se escandalizó Yaya-. ¡Me parece una vergüenza!

-¿Qué pasa? -preguntó Tata Ogg, acercándose a ella.

-¡Magrat Ajostiernos, que está ahí, toda bifurcada! -bufó Yaya, con la nariz alzada hacia el cielo.

-Bueno, mientras sepa el apellido y la dirección del joven... -sonrió Tata Ogg.

-¡Tata! -exclamó Magrat.

-Tienen pinta de ser muy cómodos -insistió la anciana-. Aunque un poco sueltos, ¿no?

-No lo apruebo -replicó Yaya-. Ahora cualquiera le puede ver las piernas.

-No, no le pueden ver las piernas -señaló Tata-. La tela se interpone.

-Sí, pero cualquiera puede ver dónde tiene las piernas -insistió Yaya Ceravieja.

-Qué tontería. Eso es como decir que todo el mundo va desnudo por debajo de la ropa -señaló Magrat.

-¡Que los dioses te perdonen, Magrat Ajostiernos! -gritó Yaya Ceravieja.

-Pero ¡si es verdad!

-Yo no -bufó Yaya-. Llevo tres camisetas.

Miró a Tata de arriba abajo. También Gytha Ogg había preparado su ropa para el viaje al extranjero. Yaya Ceravieja vio poca cosa que pudiera desaprobar, aunque lo intentó con todas sus fuerzas.

-¡Mira qué sombrero me llevas! -gruñó.

Tata, que conocía a Esme Ceravieja desde hacía setenta años, se limitó a sonreír.

-Muy adecuado, ¿verdad? -dijo-. Fabricado por el señor Vernissage, de la zona de Tajada. Tiene refuerzos de sauce que llegan hasta la punta, y dentro hay dieciocho bolsillos. Este sombrero podría parar un martillazo. Y dime, ¿qué te parece esto?

Tata se levantó un poquito la falda. Llevaba botas nuevas. Tata Ceravieja no pudo encontrar en ellas ningún motivo de queja. Eran de estructura brujeril, lo cual significa que les podría pasar un carro por encima sin hacer ni una muesca en el grueso cuero. Lo único que tenían de malo era el color.

-¿Rojas? -exclamó Yaya-. ¡No es un color apropiado para unas botas de bruja!

-Pues a mí me gustan -señaló Tata.

Yaya bufó.

-Por mí puedes hacer lo que quieras, desde luego -dijo-. Estoy segura de que en el extranjero se toleran muchas cosas que aquí consideraríamos inadmisibles. Pero ya sabes lo que se dice de las mujeres que se ponen botas rojas.

-Me da igual, mientras se diga también que llevan los pies calentitos -replicó Tata alegremente.

Puso la llave de la puerta en la ancha mano de Jason.

-Te escribiré cartas, pero prométeme que buscarás a alguien para que te las lea -dijo.

-Sí, mamá. ¿Qué hago con el gato, mamá? -preguntó Jason.

-Oh, Greebo viene con nosotras -replicó Tata Ogg.

-¿Qué? ¡Pero si es un gato! -saltó Yaya Ceravieja-. ¡No podemos llevar gatos en el viaje! ¡No pienso ir por el mundo con ningún gato! ¡Ya es bastante tener que viajar con pantalones y botas provocativas!

-Si lo dejara aquí, echaría de menos a su mamaíta, ¿a que sí? -canturreó Tata Ogg al tiempo que cogía a Greebo.

El gato se quedó inerte, como una bolsa de agua caliente agarrada por el centro.

Para Tata Ogg, Greebo seguía siendo aquel gatito tan mono que perseguía ovillos de lana por el suelo. Para el resto del mundo, era un gigantesco gato macho, un paquete de fuerzas vitales increíblemente destructivas, envuelto en una piel que no parecía piel, sino más bien una hogaza de pan que alguien se hubiera dejado a la intemperie durante dos semanas. Los que no lo conocían solían sentir pena por el animalito, porque sus orejas eran casi inexistentes, y su cara tenía el mismo aspecto que si un oso hubiera acampado en ella. No podían saber que esto se debía a que Greebo, como cuestión de orgullo felino, intentaba pelear o violar absolutamente a cualquier cosa igual o menor que un carro tirado por cuatro caballos. Los perros más feroces gimoteaban y se escondían bajo las escaleras cuando Greebo vagaba calle abajo. Los zorros no se atrevían a acercarse al pueblo. Los lobos daban un rodeo.

-Pero si es un buenazo, de verdad -aseguró Tata.

Greebo clavó en Yaya Ceravieja una mirada amarillenta de maldad satisfecha, la mirada que los gatos reservan para la gente que no los aprecia, y ronroneó. Greebo era probablemente el único gato capaz de reírse disimuladamente en un dulce ronroneo.

-Además -insistió Tata-, se supone que a las brujas les gustan los gatos.

-Los gatos como éste, no.

-A ti no te gustan los gatos en general, Esme -insistió Tata, al tiempo que abrazaba con más fuerza a Greebo.

Jason Ogg hizo un aparte con Magrat.

-Nuestro Sean me ha leído en el almanaque que en el extranjero hay todo tipo de bestias salvajes y temibles -susurró-. Enormes fieras peludas que se lanzan sobre los viajeros, eso mismo decía. No quiero ni pensar lo que pasaría si alguna se lanza sobre mamá y sobre Yaya.

Magrat contempló el amplio y rubicundo rostro.

-Se encargará usted de que no les pase nada, ¿verdad? -insistió Jason.

-No hay por qué preocuparse -asintió ella, con la esperanza de parecer convincente-. Haré todo lo posible.

Jason asintió.

-Lo digo porque en el almanaque ponía que algunas casi se habían extinguido.

El sol estaba ya muy alto en el cielo cuando las tres brujas ascendieron dibujando espirales. Se habían entretenido más de la cuenta, debido a lo poco razonable de la escoba de Yaya, que necesitaba una buena dosis de carreras arriba y abajo para decidirse a arrancar. Nunca parecía captar la idea, hasta que se veía lanzada hacia los aires a una velocidad frenética. Los ingenieros enanos de todo el mundo se habían

confesado absolutamente desconcertados ante aquel trasto. Le habían cambiado el palo y todas las cerdas en docenas de ocasiones.

Cuando por fin se remontó, los aplausos retumbaron en toda la zona.

El pequeño reino de Lancre ocupaba poco más de una cornisa ancha, en una ladera de las Montañas del Carnero. Tras él, se erguían montañas con picachos como cuchillos, se hundían los valles oscuros azotados por los vientos, adentrándose más y más en la cordillera.

Frente al reino, la tierra descendía bruscamente hacia las llanuras de Sto, una neblina azulada de bosques, una amplia extensión de océano y, en medio de todo aquello, una mancha oscura denominada Ankh-Morpork.

Una alondra cantó, o al menos empezó a cantar. La punta ascendente del sombrero de Yaya Ceravieja, que apareció justo debajo de ella, hizo que perdiera el ritmo por completo.

-No pienso subir más -bufó la anciana.

-Si ascendemos lo suficiente, quizá veamos el lugar adonde vamos -señaló Magrat.

-Dijiste que habías consultado los mapas de Desiderata -dijo Yaya.

-Sí, pero desde aquí todo se ve diferente -respondió Magrat- Más... en relieve. Pero creo que tenemos que ir... hacia allí.

-¿Estás segura?

Eso es exactamente lo que nunca se le debe preguntar a una bruja, y menos si la que pregunta es Yaya Ceravieja.

-Completamente segura -asintió Magrat.

Tata Ogg alzó la vista hacia las imponentes cumbres.

-Por allí hay un montón de montañas enormes -señaló.

Se alzaban hilera tras hilera, salpicadas de nieve, con sus galardones de hielo en las cumbres. Nadie esquiaba en las Montañas del Carnero. Al menos, nadie esquiaba más de unos pocos metros antes de lanzar un grito y desaparecer. No eran simples montañas heladas. Eran la clase de montañas adonde van los inviernos para pasar las vacaciones de verano.

-Hay algunos pasos y cosas así entre las montañas -aseguró Magrat, nada segura.

-Claro -asintió Tata.

Es una forma de utilizar dos espejos, si se sabe cómo hacerlo: hay que colocarlos de manera que se reflejen el uno al otro. Porque si las imágenes pueden robarte una parte de ti mismo, las imágenes de las imágenes te pueden amplificar, devolverte a ti mismo, darte poder...

Y tu imagen se perpetúa eternamente, en reflejos de reflejos de reflejos. Y todas las imágenes, a lo largo de toda la curvatura de la luz, son siempre la misma.

Pero no es así.

Los espejos contienen el infinito.

Y el infinito contiene más cosas de las que uno cree.

Para empezar, lo contiene todo.

Incluso un hambre atroz.

Porque hay billones de imágenes que beben de tan sólo un alma.

Los espejos dan mucho, pero también se llevan muchas cosas.

Las montañas dejaban paso a más montañas. Las nubes se arremolinaban, grises, pesadas.

-Estoy segura de que vamos en la dirección correcta -dijo Magrat.

La roca helada se perdía en la distancia. Las brujas sobrevolaban un entramado de estrechos cañones, cada uno igual que el anterior.

-Sí -dijo Yaya.

-Bueno, es que no me habéis dejado volar a más altura -se quejó Magrat.

-De un momento a otro va a caer una nevada de mil diablos -anunció Tata Ogg.

Empezaba a anochecer. La luz huía de los valles, derramándose como un flan.

-Pensaba... que habría pueblos y esas cosas -suspiró Magrat-. Aldeas donde podríamos comprar interesante artesanía nativa y buscar refugio en chozas rústicas.

-Aquí no hay ni trolls -bufó Yaya.

Las tres escobas descendieron planeando hacia un valle yermo, una simple muesca en la ladera de la montaña.

-Y hace un frío de narices -insistió Tata Ogg. Sonrió-. ¿Hay alguna choza rústica a la vista?

Yaya Ceravieja se apeó de la escoba y contempló las rocas que la rodeaban. Cogió una piedra y la olisqueó. Caminó hasta un montón de guijarros que, a los ojos de Magrat, era igual que todos los demás montones de guijarros, y lo palpó.

-Mmm -dijo.

Unos cuantos copos de nieve aterrizaron sobre su sombrero.

-Vaya, vaya -siguió.

-¿Qué haces, Yaya? --quiso saber Magrat.

-Estoy meditando.

Yaya se acercó hasta la empinada ladera del valle, y la recorrió sin dejar de contemplar la roca. Tata Ogg fue junto a ella.

-¿Aquí arriba? -preguntó.

-Creo que sí.

-¿No es un lugar un poco alto para ellos?

-Esos diablillos se meten por todas partes. Una vez se me coló uno en la cocina -dijo Yaya-. "¡Iba siguiendo una veta!", me dijo.

-Sí, son capaces de todo -asintió Tata.

-¿Os importaría decirme qué estáis haciendo? -casi gritó Magrat-. ¿Qué tienen de interesante esos montones de piedras?

La nieve caía más densa.

-No son piedras, son escombros -informó Yaya.

Se inclinó junto a una zona lisa de roca, cubierta de hielo, que a los ojos de Magrat no se diferenciaba en nada de la multitud de rocas, en todas las formas y tamaños, que había en las montañas. En cambio, Yaya se acercó aún más a ella e hizo una pausa como si escuchara.

Luego, se irguió y golpeó la roca bruscamente con el palo de la escoba.

-¡Abrid ahora mismo, renacuajos! -gruñó.

Tata Ogg dio una patada a la piedra. Sonó a hueco.

-¡Aquí fuera hay gente muriéndose de frío! -corroboró.

Durante unos momentos, no pasó nada. Luego, una parte de la roca se giró unos centímetros. Magrat vio el brillo de unos ojillos desconfiados.

-¿Sí?

-¿Enanos? -se asombró Magrat.

Yaya Ceravieja se inclinó hasta poner la nariz a la altura de aquellos ojos.

-Me llamo Yaya Ceravieja -dijo.

Volvió a erguirse con la cara resplandeciente, rebosante de satisfacción.

-¿Y a mí qué? -gruñó una voz que provenía de un punto algo por debajo de los ojos.

La expresión de Yaya se congeló en su rostro.

Tata Ogg le dio un codazo.

-Debemos de estar a más de setenta kilómetros de casa -dijo-. Quizá por aquí no hayan oído hablar de ti.

Yaya volvió a inclinarse. Los copos de nieve acumulados cayeron como una avalancha desde su sombrero.

-No te lo tendré en cuenta -dijo-, pero sé que debéis de tener un rey ahí dentro, así que ve a decirle que ha venido Yaya Ceravieja.

-Está muy ocupado -dijo la voz-. Acabamos de tener algunos problemas.

-En ese caso, seguro que no querrá tener más -se limitó a replicar Yaya.

El interpelado invisible pareció meditar esta afirmación unos instantes.

-Pusimos un aviso en la puerta -dijo, de mal humor-. En runas invisibles. Y las runas invisibles bien hechas salen carísimas.

-No voy por ahí leyendo puertas -bufó Yaya.

El hombrecillo titubeó.

-¿Ha dicho "Ceravieja"?

-Exacto. Cera-Vieja. Con "V". No con "B" de "bruja".

La puerta se cerró de golpe. Una vez cerrada, quedaba una ranura apenas visible en la roca.

La nieve caía ahora densa, espesa. Yaya Ceravieja dio unos saltitos para entrar en calor.

-Así son los extranjeros -gruñó, dirigiéndose al mundo nevado en general.

-No creo que se pueda decir que los enanos son extranjeros -señaló Tata Ogg.

-No veo por qué no -replicó Yaya-. Un enano que vive muylejos tiene que ser extranjero. Eso es lo que significa la palabra.

-¿Sí? Vaya, no me lo había planteado -reflexionó Tata.

Siguieron contemplando la puerta. Su aliento formaba tres nubecillas blancas en el aire cada vez más oscuro. Magrat escudriñó la roca.

-No veo ninguna runa invisible -dijo.

-Claro que no -respondió Tata-. Por eso son invisibles.

-Exacto -asintió Yaya Ceravieja-. No seas tonta.

La puerta volvió a abrirse.

-He hablado con el rey -dijo la voz.

-¿Y qué ha dicho? -inquirió Yaya, expectante.

-Ha dicho: "¡Oh, no! ¡Como si no tuviéramos ya suficiente!".

El rostro de Yaya se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Sabía que habría oído hablar de mí! -dijo.

Hay miles de reyes de los gitanos. De la misma manera, hay miles de reyes de los enanos. El término viene a significar algo así como "ingeniero jefe". En cambio, no hay reinas de los enanos. A los enanos no les gusta hacer público su sexo y muchos, además, lo consideran algo de escasa importancia, sobre todo comparado con cosas como la metalurgia y la hidráulica.

Este rey en concreto estaba de pie, en medio de una multitud de mineros que gritaban. Él [10] alzó la vista hacia las brujas, con la expresión que tendría un hombre que se ahoga al mirar un vaso de agua.

-¿Eres eficaz? -preguntó.

Tata Ogg y Yaya Ceravieja se miraron.

-Creo que habla contigo, Magrat -señaló Yaya.

-Acabamos de tener un hundimiento terrible en la galería nueve -Siguió el rey-. Tiene muy mala pinta. Quizá hayamos perdido para siempre una veta muy rica de oro y cuarzo.

Uno de los enanos situados detrás de él le murmuró algo al oído. -Ah, sí. También han quedado atrapados algunos de los muchachos -asintió el rey, con tono distraído-. Y entonces, vais y aparecéis vosotras. En mi opinión, debe de ser cosa del destino.

Yaya Ceravieja se sacudió la nieve del sombrero, y miró a su alrededor.

Muy a su pesar, se sintió impresionada. En los últimos tiempos no era frecuente ver una buena sala de enanos. La mayor parte de los enanos se habían marchado a las ciudades de las tierras bajas para ganar dinero. En las ciudades resultaba mucho más sencillo ser enano. Para empezar, uno no tenía que pasarse el día bajo tierra, ni se machacaba el pulgar a martillazos, ni cogía jaquecas de tanto preocuparse por la fluctuación del mercado internacional de metales. Lo malo de los tiempos modernos era que se había perdido el respeto a la tradición. No había más que ver a los trolls. Ahora había más trolls en Ankh-Morpork que en todas las cordilleras del Disco. Yaya Ceravieja no tenía nada contra los trolls, por supuesto, pero creía instintivamente que si tantos dejaran de llevar traje y de caminar erguidos, y volvieran a vivir bajo los puentes, a saltar sobre los viajeros desprevenidos y a devorarlos, el mundo sería un lugar mucho más feliz.

-Será mejor que nos enseñéis el lugar del accidente -dijo al final-. Han caído muchas rocas, ¿no?

-¿Cómo dices? -se sorprendió el rey.

Se suele decir que los esquimales tienen cincuenta palabras diferentes para denominar la nieve.[11]

No es verdad.

También se dice que los enanos tienen doscientas cincuenta palabras diferentes para denominar las rocas.

No es así. No conocen ninguna palabra que signifique "roca", de la misma manera que los peces no conocen ninguna palabra que signifique "agua". En cambio, su idioma sí cuenta con palabras que denominan a la roca ígnea, la roca sedimentaria, la roca metamórfica, la roca que se pisa, la roca que te cae del techo y te abolla el casco, la roca que tenía un aspecto interesante y la roca que habrías jurado que dejaste aquí mismo ayer. Pero no conocen ninguna palabra que signifique "roca" en abstracto. Si le enseñas una roca a un enano, él verá, por ejemplo, un fragmento de calidad inferior de sulfito de bario cristalizado.

O, como en este caso, unas doscientas toneladas de esquisto de baja calidad. Cuando las brujas llegaron a la zona del desastre, ya había docenas de enanos trabajando febrilmente para apuntalar el techo agrietado y llevarse los escombros en carretillas. Algunos de ellos tenían los ojos llenos de lágrimas.

-Es espantoso..., espantoso -murmuró uno de ellos-. Qué cosa tan horrible.

Magrat le tendió su pañuelo. El enano se sonó estruendosamente la nariz.

-Esto puede provocar un hundimiento general en toda la falla, y entonces perderemos toda la veta -dijo, sacudiendo la cabeza.

Otro enano le dio unas palmaditas en la espalda.

-Míralo por el lado bueno -trató de consolarlo-. Siempre nos queda la posibilidad de derivar un pozo horizontal desde la galería quince. Seguro que volvemos a encontrar la veta, no te preocupes.

-Disculpad -intervino Magrat-. Hay enanos atrapados ahí abajo, ¿no?

-Oh, sí -asintió el rey.

Su tono sugería que aquello no era más que un lamentable efecto secundario del desastre, porque conseguir enanos nuevos sólo era cuestión de tiempo, mientras que la buena roca aurífera era un recurso limitado.

Yaya Ceravieja inspeccionó con gesto crítico los cascotes del derrumbamiento.

-Hay que hacer que todo el mundo salga de aquí -anunció al final-. Tendremos que hacer esto en privado.

-Lo comprendo -asintió el rey-. Secretos de la profesión, claro.

-Algo por el estilo -dijo Yaya.

El rey hizo que el resto de los enanos saliera por el túnel y las brujas quedaron por fin solas, a la luz de los faroles. Unos pocos fragmentos de roca volvieron a caer del techo.

-Mmm -murmuró Yaya.

-Tú dirás por dónde empezamos, porque lo que soy yo... ni idea -señaló Tata Ogg.

-Cualquier cosa es posible si uno lo intenta con tenacidad --replicó Yaya vagamente.

-Pues más vale que lo intentes en serio, Esme. Si el Creador hubiera querido que usáramos la brujería para mover rocas, no habría inventado las palas. Ser bruja consiste en saber cuándo hay que usar una pala. Y haz el favor de soltar esa carretilla, Magrat. Tú no entiendes nada de maquinaria.

-De acuerdo, de acuerdo -asintió la joven-. ¿Por qué no probamos con la varita?

Yaya Ceravieja lanzó un bufido.

-¡Ja! ¿Aquí? ¿Cuándo se ha visto a un hada madrina en una mina?

-Si yo estuviera atrapada bajo un montón de rocas, me parecería un buen momento para verla -replicó Magrat acaloradamente.

Tata Ogg asintió.

-En eso no le falta razón, Esme. No hay ninguna ley que marque dónde puede trabajar un hada madrina.

-No confío en esa varita -insistió Yaya-. Me parece cosa de magos.

-Oh, anda ya -replicó Magrat-. La han utilizado generaciones de hadas madrinas.

Yaya Ceravieja hizo un gesto de resignación.

-De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo -gruñó-. ¡Adelante! ¡Ponte en ridículo!

Magrat abrió su bolsa y sacó la varita. Éste era el momento que tanto había temido.

El instrumento era de hueso. O marfil. Magrat tenía la esperanza de que fuera marfil. En el pasado había lucido algunas marcas y grabados, pero generaciones de gordezuelas manos hadamadrinales la habían dejado casi pulida. En un extremo tenía varios anillos de oro y plata. Pero ni una runa, ni un símbolo en toda su longitud, que indicara o sugiriese qué había que hacer con ella.

-Supongo que tienes que agitarla -trató de ayudarla Tata-. Sí, estoy casi segura de que es algo así.

Yaya Ceravieja cruzó los brazos.

-Eso no es brujería como debe ser -bufó.

Magrat agitó la varita con gesto experimental. No sucedió nada.

-A lo mejor tienes que decir algo -sugirió Tata.

Magrat estaba cada vez más nerviosa.

-¿Qué dicen las hadas madrinas? -gimió.

-Eh..., ni idea -respondió Tata.

-¡Ja! -exclamó Yaya.

Tata Ogg suspiró.

-¿Es que Desiderata no te enseñó nada?

-¡Nada! Tata se encogió de hombros.

-Bueno, haz lo que puedas.

La joven contempló fijamente el montón de rocas. Cerró los ojos. Respiró hondo. Trató de fijar su mente en una imagen serena de armonía cósmica. Eso de hablar y hablar de la armonía cósmica estaba muy bien para los monjes, reflexionó, que estaban tan ricamente aislados en sus montañas nevadas y sólo tenían que preocuparse de los yetis. Seguro que nunca habían intentado buscar la paz interior mientras los miraba Yaya Ceravieja.

Agitó la varita de manera tímida, e intentó con todas sus fuerzas no pensar en calabazas.

Sintió que el aire se agitaba. Oyó atragantarse a Tata.

-¿Ha pasado algo? -quiso saber.

-Sí -respondió Tata Ogg tras unos momentos-. Más o menos. Lo único que espero es que tengan mucha hambre.

-Eso es lo que hacen las hadas madrinas, ¿eh? -oyó comentar a Yaya Ceravieja.

Magrat se atrevió a abrir los ojos.

El montón seguía estando allí, pero ya no era de rocas.

-Ahí dentro..., esperad un momento, escuchad..., ahí dentro suena como un chof -dijo Tata.

Magrat abrió los ojos aún más.

-¿Otra vez calabazas?

-Como un chof. Chof -insistió Tata, por si alguien no lo había oído.

La cima del montón se movió. Un par de calabazas de las más pequeñas rodaron hasta los pies de Magrat, y un menudo rostro de enano apareció por el agujero.

Se quedó mirando a las brujas.

-¿Va todo bien? -consiguió preguntar por fin Tata Ogg.

El enano asintió. No dejaba de contemplar el montón de calabazas que llenaban el túnel desde el suelo hasta el techo.

-Eh..., sí -dijo- ¿Está aquí papi?

-¿Papi?

-El rey.

-Oh.

Tata Ogg se llevó las manos a la boca para hacer bocina y se giró hacia el túnel de salida.

-¡Eh, rey!

Los enanos aparecieron en la entrada. También ellos se quedaron mirando las calabazas. El rey dio un paso adelante y clavó la vista en la cara de su hijo.

-¿Va todo bien, hijo?

-Perfectamente, papi. No hay desprendimientos ni nada.

El rey dejó escapar un suspiro de alivio.

-¿Están todos vivos? -preguntó después, como si se le acabara de ocurrir.

-Sí, papi.

-La verdad es que me había preocupado mucho. Pensé que a lo mejor habíamos tropezado con una zona de conglomerado o algo así.

-No, papi, no era más que una bolsa de esquisto suelto.

-Excelente. -El rey volvió a contemplar el montón. Se rascó la barba-. No he podido dejar de advertir que habéis tropezado con una veta de calabazas.

-A mí me parecía arenisca, papi.

El rey se acercó a las brujas.

-¿,Podéis transformar cualquier cosa en cualquier cosa? --preguntó esperanzado.

Tata Ogg miró de reojo a Magrat, que seguía con la varita en la mano y en una especie de shock.

-De momento, sólo hacemos calabazas -respondió con cautela.

El rey se quedó algo decepcionado.

-Bueno, qué se le va a hacer -suspiró-. Si hay algo que pueda hacer por vosotras, señoras..., no sé, una taza de té o algo así...

Yaya Ceravieja dio un paso al frente.

-Eso mismo estaba pensando yo -dijo.

El rey sonrió.

-Sólo que más caro -añadió Yaya.

El rey dejó de sonreír.

Tata Ogg se acercó discretamente a Magrat, que no dejaba de agitar la varita y de mirarla.

-Muy inteligente -susurró-. ¿Por qué has pensado en calabazas?

-¡Si no he pensado en calabazas!

-¿No sabes cómo funciona?

-¡No! Creía que sólo había que.... ya sabes, que desear que sucediera algo.

-Seguro que tiene más truco, no creo que baste con desearlo -señaló Tata, tratando de mostrarse lo más comprensiva posible-. Por lo general, eso no basta.

Cuando ya empezaba a amanecer, teniendo en cuenta lo que es el amanecer dentro de una mina, los enanos guiaron a las brujas hasta un río que discurría por el interior de las montañas. Allí había amarradas un par de barcazas. Acercaron un pequeño bote hasta el muelle de piedra.

-Esto os ayudará a cruzar las montañas -dijo el rey-, En realidad, creo que el río llega hasta Genua. -Cogió una gran cesta de manos de un ayudante enano-. Y os hemos puesto un poco de comida estupenda -añadió.

-¿Vamos a hacer todo el viaje en bote? -dijo Magrat. Hizo unos movimientos discretos con la varita-. La verdad es que los botes no se me dan muy bien.

-Escucha -la interrumpió Yaya, al tiempo que subía a bordo-, el río conoce el camino de salida de las montañas, y nosotras no. Ya tendremos tiempo de usar las escobas más adelante, cuando el terreno se comporte de una manera más sensata.

-Además, así podremos descansar un poco -corroboró Tata, sentándose tras ella.

Magrat miró a las dos ancianas brujas, que se estaban acomodando en la popa del bote como un par de gallinas en su nido.

-¿Sabéis remar? -preguntó.

-No nos hace falta -replicó Yaya.

Magrat asintió, sombría. Trató de salvar algo de la catástrofe.

-Yo tampoco sé -aventuró.

-No pasa nada -replicó Tata-. Si vemos que haces algo mal te lo diremos enseguida, tú tranquila. Hasta otra, su majestad.

Magrat suspiró y cogió los remos.

-Los extremos planos van al agua -contribuyó Yaya.

Los enanos agitaron las manos en gesto de despedida. El bote se adentró en el río, moviéndose lentamente en el círculo de luz de los faroles. Magrat se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era mantener el bote en el centro, a favor de la corriente.

-No tengo ni idea de por qué se empeñan en poner runas invisibles en las puertas -oyó decir a Tata-. Es decir, pagas a un mago para que te ponga runas invisibles en la puerta, ¿y cómo sabes si lo ha hecho?

-Es muy fácil -fue la réplica de Yaya-. Si no las ves, es que son runas invisibles.

-Ah -siguió la voz de Tata-. Claro. Bueno, a ver qué tenemos para almorzar.

Se oyó el crujido del papel.

-Vaya, vaya, vaya.

-¿Qué es, Gytha?

-Calabaza.

-¿Calabaza cómo?

-Como calabaza. Calabaza de calabaza.

-Bueno, la verdad es que ahora deben de tener calabazas de sobra -dijo Magrat-. Ya sabes lo que suele pasar a finales del verano, en el jardín hay de todo. Se me acaba la imaginación tratando de hacer nuevos tipos de conservas y salmueras...

A pesar de la escasa luz alcanzó a ver la cara de Yaya, que parecía sugerir que la imaginación de Magrat se acababa muy poco después de empezar.

-Lo que es yo, no he hecho ni un bote de salmuera en mi vida -dijo Yaya.

-Pero te encantan las salmueras -señaló Magrat.

Las brujas y las salmueras iban siempre juntas como..., titubeó ante la posibilidad nauseabunda de añadir "las fresas y la nata", y agregó mentalmente "como cosas que siempre van juntas". El espectáculo del único diente que le quedaba a Tata Ogg enfrentándose a una cebolla en escabeche haría llorar a cualquiera.

-Me gustan, claro que sí -asintió Yaya-. Pero me gusta que me las den.

-¿Sabes una cosa? -siguió Tata, mientras investigaba en las profundidades de la cesta-. Siempre que tengo tratos con enanos, me vienen a la mente expresiones que seguro que no aprobarías.

-Son unos diablos, desde luego -corroboró Yaya Ceravieja-. Tendrías que ver los precios que intentan cobrarme cada vez que llevo la escoba para que me la arreglen.

-Sí, pero nunca pagas -señaló Magrat.

-No se trata de eso -replicó Yaya- Lo que digo es que no se debería permitir que pusieran esos precios. Es un robo, te lo aseguro.

-No pueden robarte, puesto que no les pagas -insistió la joven.

-Yo nunca pago nada -dijo Yaya-. La gente nunca me deja pagar. No puedo evitar que todo el mundo me regale cosas. Cuando voy por la calle, los vecinos siempre salen corriendo de sus casas con bizcochos recién horneados, sidra fresca y ropa vieja casi sin usar. Me dicen: "Oh, señora Ceravieja, por favor, acepte esta cesta de huevos". La gente siempre es muy amable. Si tratas bien a todo el mundo, todo el mundo te trata bien a ti. Eso es mostrar respeto. Ser bruja -terminó con tono firme-, consiste en no tener que pagar.

-Vaya, ¿qué es esto? -intervino Tata, que había encontrado un pequeño paquete en el fondo de la cesta.

Lo desenvolvió y mostró a las demás varios discos marrones, duros.

-Cielos -se sorprendió Yaya Ceravieja-. Retiro todo lo dicho. Eso es nada más y nada menos que el famoso pan de los enanos. No se lo dan a cualquiera.

Tata le dio unos golpecitos contra la borda del bote. Hizo un ruido muy semejante a esos que hacen los críos golpeando reglas de madera contra los pupitres. Una especie de bo¡o¡o¡ng hueco, retumbante.

-Se dice que nunca se pone rancio, aunque lo tengas guardado durante años -siguió Yaya.

-Te mantiene en pie días y días -asintió Tata Ogg.

Magrat extendió la mano y cogió una de las hogazas planas. Trató de romperla, pero pronto tuvo que darse por vencida.

-¿Y esto se come? -se sorprendió.

-Bueno, me parece que no es para comerlo -titubeó Tata-. Más bien es para...

-... para mantenerte en pie -terminó Yaya-. La gente dice que...

Se interrumpió.

Por encima del ruido del río y del goteo ocasional del agua que se filtraba por el techo, todas podían oír ahora el sonido rítmico de otro bote, que avanzaba hacia ellas.

-¡Alguien nos sigue! -siseó Magrat.

Dos nebulosos puntos de luz aparecieron casi al borde de la zona iluminada por el farol. Resultaron ser los ojos de una pequeña criatura gris, que recordaba vagamente a una rana y remaba hacia ellos montada en un tronco.

Llegó junto al bote. Unos dedos húmedos se aferraron a la borda y una cara lúgubre se alzó hasta quedar al nivel de la de Tata Ogg.

-Hola -dijo-. Hoy esss mi cumpleañosss.

Las tres se la quedaron mirando unos instantes. Después, Yaya Ceravieja cogió un remo y le dio un golpe firme en la cabeza. Se oyó un chapoteo, y luego una maldición a lo lejos.

-¡Qué bichejo tan repugnante! -dijo Yaya, mientras se dejaban llevar por la corriente-. Tenía pinta de ser un buscapleitos.

-Cierto -asintió Tata Ogg-. Los babosos son los más peligrosos.

-¿Qué querría? -se preguntó Magrat, casi para sus adentros.

Cerca de media hora más tarde, el bote salió a la superficie por la entrada de una cueva, y enfiló un estrecho desfiladero entre barrancos. El hielo brillaba en las paredes, y en algunos de los salientes se acumulaba la nieve.

Tata Ogg miró a su alrededor con candidez, y luego rebuscó entre los innumerables pliegues de sus muchos faldones, hasta dar con una pequeña botella. Se oyó una especie de gorgoteo.

-Seguro que aquí hay un eco estupendo -dijo, tras unos momentos.

-Ah, no, ni hablar, ni se te ocurra -le advirtió Yaya con firmeza.

-¿Que no se me ocurra qué?

-No cantes Esa Canción.

-¿Disculpa, Esme?

-No lo haré si te empeñas en cantar Esa Canción -bufó Yaya.

-¿A qué canción te refieres?

-Ya sabes de sobra a qué canción me refiero -replicó Yaya con voz gélida-. Siempre te emborrachas y me avergúenzas cantando Esa Canción.

-Pues ahora mismo no caigo, Esme -respondió Tata, todo dulzura.

-Esa que habla sobre un roedor...

-¡Ah! -sonrió Tata-. Te refieres a "El Puercoespin no Puede..."

-¡Sí, a ésa!

-¡Pero si es tradicional! -protestó la anciana-. De todos modos, no importa. En el extranjero, nadie entenderá la letra.

-Tal como tú sueles cantar ese tipo de canciones -bufó Yaya-, tal como tú las cantas, hasta las criaturas que viven en el fondo de los estanques entienden la letra.

Magrat miró por la borda. Las ondulaciones del agua tenían una pequeña cresta de espuma blanca. La corriente era ahora más rápida, y arrastraba trozos de hielo.

-No es más que una canción popular, Esme -la tranquilizó Tata Ogg.

-¡Ja! -se burló Yaya Ceravieja-. ¡Y tanto que es una canción popular! Conozco muy bien esas canciones populares. ¡Ja! Uno se cree que está escuchando una bonita canción acerca de..., acerca de cucos, y jilgueros, y ruiseñores, y yo qué sé qué más, y luego resulta que va de..., de otra cosa muy diferente -terminó con el ceño fruncido-. No se puede confiar en las canciones populares. Siempre te dan gato por liebre.

Magrat las apartó de una roca. Un remolino las hizo girar suavemente.

-Me sé una que va de dos pequeños azulejos -anunció Tata Ogg.

-Mmm -murmuró Magrat.

-Puede que sean azulejos al principio, pero me juego lo que sea que al final son una especie de metefuera -gruñó Yaya.

-Eh..., Yaya... -empezó Magrat.

-Ya tuve bastante con que Magrat me hablara de las abejas y las flores, y de lo que hay tras ellas -insistió Yaya-. Antes, me gustaba contemplar a las abejas en una mañana de primavera -añadió, pensativa.

-Creo que el río se está poniendo así como muy agitado -dijo Magrat.

-No comprendo por qué la gente no se limita a dejarlas cosas tal como están -siguió Yaya.

-La verdad es que se está poniendo muy, muy agitado... -insistió Magrat, al tiempo que maniobraba bruscamente para esquivar una roca escarpada.

-Oye, ¿sabes que es verdad? -se sorprendió Tata Ogg-. Esto empieza a moverse bastante.

Yaya miró por encima del hombro de Magrat, hacia el río que se perdía a lo lejos. Más que perderse, parecía cortado. Era como si hubiera una catarata inminente, por poner un ejemplo. Ahora, el bote avanzaba a toda velocidad. Se oía un retumbar sordo.

-Los enanos no dijeron nada de cataratas -señaló.

-Supongo que se imaginaron que no tardaríamos en descubrirlo -dijo Tata Ogg, al tiempo que recogía sus pertenencias y agarraba a Greebo por el pellejo del cuello-. Los enanos, por regla general, no facilitan información así como así. Menos mal que las brujas flotamos. Bueno, al fin y al cabo sabían que llevábamos las escobas.

-Vosotras tenéis escobas -la interrumpió Yaya Ceravieja-. Pero ¿cómo voy a conseguir que la mía arranque desde un bote? No Puedo correr para coger impulso, no sé si lo habréis notado. Y deja de moverte tanto, vas a hacer que nos caigamos al agua...

-Quita el pie de en medio, Esme...

El bote se tambaleó violentamente.

Magrat se mostró a la altura de las circunstancias. Sacó la varita justo en el momento en que una ola barría el bote.

-No os preocupéis -dijo-. Utilizaré la varita. Creo que ya le he cogido el truco...

-¡No! -aullaron Yaya Ceravieja y Tata Ogg al unísono.

Se oyó un ruido retumbante, hueco. El bote cambió de forma. También cambió de color. Ahora era de una alegre tonalidad naranja

-¡Calabazas! -gritó Tata Ogg al tiempo que caía al agua-. ¡Más jodidas calabazas!

Lilith se acomodó en el asiento. El hielo que rodeaba el río no había funcionado tan bien como un espejo, pero de todos modos había cumplido su misión.

Vaya, vaya, vaya. Una inconstante niña grande, más digna de recibir ayuda de un hada madrina que de serlo, y una anciana tipo lavandera que se emborrachaba y cantaba canciones obscenas. Y una varita que la idiota de la chica no sabía utilizar.

Todo aquello era muy molesto. Y más aún, era degradante. Des¡derata y la señora Gogol tendrían que haber conseguido algo mejo que aquello. El estatus de una persona se mide por la fuerza de sus enemigos.

Pero claro, también estaba ELLA. Después de tanto tiempo...

Claro, sí. A ella le parecía muy bien. Porque tenían que ser tres. El tres era un número importante en los cuentos. Tres deseos, tres príncipes, tres cabras, tres oportunidades para descubrir una respuesta... tres brujas. La doncella, la madre y..., y la otra. Ése era el más antiguo de todos los cuentos.

Esme Ceravieja nunca había comprendido los cuentos. Nunca había comprendido lo reales que eran los reflejos. Si lo hubiera comprendido, a estas alturas probablemente estaría dominando el mundo

-¡Siempre te estás mirando en los espejos! -dijo una voz petulante-. ¡No me gusta que siempre te estés mirando en los espejos!

El Duc se dejó caer en la silla de un rincón, con un revuelo de sed negra y piernas bien torneadas. Por lo general, Lilith no permitía qu nadie entrara en su nido de espejos, pero el castillo era de aquel hombre, al menos técnicamente. Además, era demasiado vanidoso e ¡diota como para enterarse de lo que estaba pasando. Ella misma se había encargado de que lo fuera. Por lo menos, eso creía. últimamente, el Duc había empezado a sumar dos y dos...

-No entiendo por qué lo haces -gimoteó-. Yo pensaba que la magia era cuestión de señalar algo y... ¡uooosh!

Lilith recogió el sombrero y se lo colocó delante del espejo.

-Así va mejor -explicó-. Es autosuficiente. Cuando se utiliza la magia de los espejos, no tienes que depender de nadie más. Por eso, nadie ha conquistado el mundo usando la magia..., hasta ahora. Intentan sacarla de... otros sitios. Y eso tiene siempre su precio. Con los espejos no le debes nada a nadie, sólo a tu propia alma.

Se bajó el velo que pendía del ala del sombrero. Le gustaba la intimidad que le proporcionaba el velo cuando se alejaba de la protección de los espejos.

-Detesto los espejos -murmuró el Duc.

-Eso es porque te dicen la verdad, muchacho.

-Pues es una magia muy cruel.

Lilith retorció el velo para darle una forma atractiva.

-Oh, sí. Con los espejos, el único poder que cuenta es el tuyo. El poder no puede venir de ninguna otra fuente -siguió.

-La mujer del pantano lo saca del pantano -señaló el Duc.

-¡Ja! Y tarde o temprano, el pantano se lo cobrará. Esa mujer no comprende lo que está haciendo.

-¿Y tú sí?

Lilith sintió una punzada de orgullo. ¡El Duc la envidiaba! Desde luego, podía felicitarse por haber hecho un buen trabajo.

-Yo comprendo los cuentos -dijo-. Con eso basta.

-Pero aún no me has traído a la chica -señaló el Duc-. Me prometiste a la chica. Y entonces todo se acabará, y podré dormir en una cama de verdad, y ya no necesitaré más magia de reflejos...

Es posible excederse en todo, hasta en hacer un buen trabajo.

-¿Qué pasa, estás harto de magia? -preguntó Lilith dulcemente-. ¿Quieres que me detenga? Sería de lo más sencillo. Te encontré en las cloacas. ¿Quieres que te envíe allí de vuelta?

El rostro del Duc se convirtió en una máscara de terror.

-¡No quería decir eso! Sólo es que..., bueno, que todo será real. Me dijiste que bastará con un beso. No entiendo por qué es tan difícil.

-El beso adecuado y en el momento adecuado -corrigió Lilith-. Tiene que ser en el momento adecuado; si no, no servirá de nada.

Sonrió. Él estaba temblando, en parte de expectación, pero sobre todo de miedo, y también un poco por herencia.

-No te preocupes -lo tranquilizó-. Es imposible que no suceda.

-¿Y esas brujas que me enseñaste?

-Sólo son... parte del cuento. No te preocupes por ellas. El cuento las absorberá. Y tendrás a la chica, porque así son los cuentos. Qué bien, ¿verdad? Bueno, ahora... ¿nos vamos? Supongo que tienes que gobernar un rato.

Él captó la inflexión de la voz. Era una orden. Se levantó, extendió un brazo para entrelazarlo con el suyo, y bajaron juntos a la sala de audiencias de palacio.

Lilith estaba orgullosa del Duc. Quedaba, por supuesto, ese pequeño problema nocturno, bastante embarazoso, porque el campo mórfico del gobernante se debilitaba cuando dormía, pero de momento no era una dificultad importante. También estaba el asunto de los espejos, que lo mostraban tal como era, pero también eso había sido fácil de resolver, bastó con que Lilith le hiciera prohibir todos los espejos, excepto los suyos. Y luego, los ojos. Con respecto a eso, no podía hacer nada. No existe prácticamente ningún tipo de magia que pueda cambiar los ojos de alguien. Lo único que se le había ocurrido para solucionarlo fue ponerle unas gafas oscuras.

Así y todo, el Duc era un triunfo. Le estaba agradecido. Había hecho mucho por él.

Para empezar, lo había hecho hombre.

Un trecho más adelante, río abajo, pasada ya la catarata, que era la segunda más alta del Disco y la había descubierto el famoso explorador Guy de Yoyo [12] en el Año del Cangrejo Giratorio, Yaya Ceravieja se sentó ante la pequeña hoguera con una toalla sobre los hombros.

-Bueno, mira el lado bueno -dijo Tata Ogg-. Al menos, pude agarraros a mi escoba y a ti al mismo tiempo. Y Magrat también ha salvado la suya. Si no, las tres estaríamos contemplando la catarata desde abajo.

-Qué bien. Ataúdes con forro plateado -bufó Yaya, cuyos ojos brillaban de ira.

-Venga, pero si ha sido toda una aventura -insistió Tata, con una sonrisa alentadora-. Dentro de poco, nos acordaremos de esto y nos reiremos.

-Qué bien -repitió Yaya.

Tata se dio un golpecito cariñoso en las marcas de arañazos que tenía en el brazo. Greebo, con genuinos instintos de autoconservación felina, había trepado por su dueña hasta llegar al sombrero, desde donde se puso a salvo de un salto. Ahora estaba acurrucado junto al fuego, dormitando, y sin duda abrigando sueños de gato.

Una sombra cayó sobre ellas. Era Magrat, que había estado buscando en las orillas del río.

-Creo que lo tengo casi todo -dijo al tiempo que aterrizaba-. Aquí está la escoba de Yaya. Y además..., ah, sí..., la varita. -Les dirigió una sonrisa valerosa-. Había calabacitas saliendo a la superficie, como burbujas. Por eso la pude encontrar.

-Vaya, vaya, qué suerte -dijo Tata Ogg con fingida alegría-. ¿Lo has oído, Esme? Desde luego, no nos faltará comida.

-Y también he encontrado la cesta con el pan de los enanos -siguió Magrat-. Pero mucho me temo que se habrá echado a perder.

-Imposible, te lo digo yo -respondió Tata Ogg-. No hay manera de echar a perder el pan de los enanos. Bueno, bueno -dijo al tiempo que se sentaba de nuevo-. Hemos montado aquí un bonito picnic, ¿verdad? Tenemos una hoguera estupenda... y un lugar agradable para sentarnos y... seguro que hay montones de personas pobres en Howandalandia y esos sitios que darían cualquier cosa por estar ahora mismo en nuestro lugar...

-Gytha Ogg, si no dejas de mostrarte tan alegre, te retorceré la oreja a base de bien -la amenazó Yaya Ceravieja.

-¿Seguro que no te estás resfriando? -se interesó Tata Ogg.

-Me estoy secando -replicó la anciana-. Desde dentro.

-Lo siento muchísimo, en serio -dijo Magrat-. Ya os he pedido perdón.

Aunque no sabía muy bien por qué, se dijo. Lo de ir en bote no había sido idea suya. Y no era ella la que había puesto allí la catarata. Tampoco había estado en una posición adecuada para verla venir. Había transformado el bote en calabaza, cierto, pero fue sin querer. Le podría haber pasado a cualquiera.

-También he conseguido salvar las notas de Desiderata -añadió.

-Qué bien, eso sí que es una suerte -asintió Tata Ogg-. Ahora sabremos dónde estamos perdidas.

Miró a su alrededor. Ya habían atravesado la peor parte de las montañas. pero aún quedaban picos a su alrededor, y prados que se extendían hasta las nieves perpetuas. Les llegó desde lejos el sonido de los cencerros de unas cabras.

Magrat desplegó un mapa. Estaba arrugado, mojado y se había corrido la tinta. Señaló con cautela una zona emborronada.

-Creo que estamos aquí -dijo.

-Vaya, increíble -se asombró Tata Ogg, cuyos conocimientos sobre cartografía eran aún más etéreos que los de Yaya-. Qué cosas, ¡y que quepamos las tres en ese trocito de papel ... !

-Me parece que, por el momento, lo mejor será que nos limitemos a seguir el río -dijo Magrat-. Sin meternos en él, claro -se apresuró a añadir.

-Supongo que no habrás encontrado mi bolsa -gruñó Yaya Ceravieja-. Llevaba objetos personales.

-Lo más probable es que se hundiera como una piedra -dijo Tata Ogg.

Yaya Ceravieja se levantó como un general a quien acabaran de informar de que su ejército ha quedado el segundo.

-Adelante -dijo- ¿Adónde vamos a continuación?

A continuación fueron hacia un bosque, oscuro, ferozmente conífero. Las brujas lo sobrevolaron en silencio. De cuando en cuando se divisaba alguna casita aislada, medio oculta entre los árboles. Aquí y allá, un despeñadero se abría en la penumbra selvática, envuelto en nieblas a pesar de que sólo era media tarde. En un par de ocasiones volaron sobre castillos, por llamarlos de alguna manera; no parecían construidos, sino que más bien brotaban del paisaje.

Y esos paisajes tienen, obligatoriamente, una historia ligada a ellos, una historia en la que juegan un papel importante los lobos, el ajo y las mujeres aterradas. Una

historia de oscuridad y sed, una historia cuyas alas negras se divisan contra el resplandor de la luna...

-Der flabberghast -murmuró Tata.

-¿Qué es eso? -quiso saber Magrat.

-Murciélago, en extranjero.

-A mí siempre me han gustado los murciélagos -dijo la joven-. En general.

Las brujas se dieron cuenta de que, sin previo acuerdo, ahora volaban más juntas.

-Empiezo a tener hambre -dijo Yaya Ceravieja-. Y que nadie mencione la calabaza.

-También tenemos el pan de enano -señaló Tata.

-Siempre tendremos el pan de enano -replicó Yaya-. La verdad es que prefiero algo cocinado este año, si te da lo mismo.

Sobrevolaron otro castillo, que ocupaba toda la parte superior de un despeñadero.

-Lo que necesitamos es un pueblecito agradable, o algo así -dijo Magrat.

-Pero tendremos que conformarnos con el de ahí abajo -respondió Yaya.

Todas miraron. No era tanto un pueblecito como un grupo de casas amontonadas, arremolinadas para defenderse del ataque de los árboles. Parecía tan falto de alegría como una chimenea apagada, pero las sombras de las montañas caían ya sobre el bosque, y el paisaje tenía un algo que desaconsejaba tácitamente el vuelo nocturno.

-No se ve a mucha gente -dijo Yaya.

-Quizá por aquí se acuestan muy temprano -sugirió Tata Ogg.

-¡Pero si casi no ha anochecido! -se sorprendió Magrat-. Quizá sería mejor que fuéramos a aquel castillo...

Todas miraron en dirección al castillo.

-Nooo -dijo Yaya, verbalizando el sentimiento general-. Sabemos cuál es nuestro lugar.

Así que, en vez de eso, aterrizaron en lo que cabía suponer era la plaza del pueblo. Un perro ladró detrás de los edificios. Una contraventana se cerró de golpe.

-Qué gente tan amable -gruñó Yaya.

Caminó hacia uno de los edificios más grandes, cuya puerta lucía un cartel, ilegible bajo la capa de mugre. Dio un par de golpes secos en la madera.

-¡Abran! -exclamó.

-No, no, no se dice eso -respondió Magrat. Se acercó a la puerta y llamó con suavidad-. ¡Disculpen! ¡Viajeras bona fide!

-¿Bonaqué? -quiso saber Tata.

-Es lo que hay que decir -dijo Magrat-. Una posada tiene la obligación de abrir a los viajeros bona fide y darles socorro.

-¿De verdad? -Tata parecía francamente interesada-. Siempre viene bien saberlo.

La puerta permaneció cerrada.

-Deja que pruebe yo --ofreció Tata-. Conozco un poco de jerga extranjera.

Golpeó la puerta.

-¡Abriz bous sivuplé, venga, y más vale que sea deprísa! -exclamó.

Yaya Ceravieja escuchó con atención.

-¿Eso es hablar en extranjero?

-Mi nieto Shane es marinero -respondió Tata Ogg-. No te imaginarías la de palabras que aprende por esos lugares.

-Desde luego -bufó Yaya-. Pero espero que a él le funcionen mejor.

Volvió a golpear la puerta. En esta ocasión se abrió muy despacio. Un rostro pálido se asomó un poquito.

-Disculpe... -empezó Magrat.

Yaya abrió la puerta de golpe. El propietario del rostro había estado apoyado contra ella. Oyeron como las botas se arrastraban contra el suelo, mientras lo desplazaban de mala gana hacia atrás.

-Que las bendiciones caigan sobre esta casa -dijo Yaya en tono profesional.

Siempre era una buena frase de bruja para empezar una conversación. Hacía que la gente pensara en las OTRAS cosas que podían caer sobre la casa, y les recordaba la existencia de bizcochos recién hechos, pan blanco y fardos de ropa seminueva, cosas que de otra manera quizá habrían pasado por alto.

Al parecer, una de las otras cosas había caído ya sobre la casa.

Era una posada, en cierto modo. Las tres brujas no habían visto en sus vidas un lugar tan carente de alegría. Pero, en cambio, estaba abarrotado. Un montón de personas, también pálidas, las miraron desde bancos situados junto a las paredes.

Tata Ogg olfateó el ambiente.

-Vaya -dijo-. ¡Qué cantidad de ajo! -Era cierto, había ristras enteras colgando de cada viga-. Bueno, siempre he dicho que el ajo nunca está de más. Me parece que este lugar me va a gustar.

Hizo un gesto de saludo al hombre de rostro demudado que estaba tras la barra del bar.

-¡Gud día, camarerou! Trois cervezas, pur favur si vous tanqueshen.

-¿Qué tienen que ver los tanques con esto? -quiso saber Yaya.

-Es una palabra extranjera que significa "gracias" -le explicó Tata.

-Me apuesto lo que sea a que no -bufó Yaya-. Te lo estás inventando sobre la marcha.

El tabernero, que se guiaba por el sencillo principio de que cualquiera que entrara por la puerta debía de querer beber algo, sirvió tres cervezas.

-¿Lo ves? -se jactó Tata, triunfal.

-Todo el mundo nos está mirando de una manera que no me gusta nada -dijo Magrat mientras Tata seguía parloteando al desconcertado tabernero en su muy particular esperanto-. Uno de esos hombres me ha sonreído.

Yaya Ceravieja se sentó en uno de los bancos tratando de ocupar el mínimo espacio posible para minimizar el contacto con la madera, por si acaso lo de ser extranjero era contagioso.

-Mirad qué fácil ha sido -dijo Tata, que llevaba una bandeja-. Sólo he tenido que maldecirlo hasta que me ha entendido.

-Tiene un aspecto espantoso -gruñó Yaya.

-Salchichas de ajo y pan de ajo -dijo Tata, al tiempo que inspeccionaba el contenido-. Mi comida favorita.

-Tendrías que haber pedido algo de verdura fresca -señaló Magrat, la dietista.

-Ya lo he hecho. Hay ajo -replicó alegremente Tata, mientras cortaba una generosa rodaja de salchicha que le llenó los ojos de lágrirnas-. Y estoy segura de que en uno de esos estantes he visto cebolletas en salmuera.

-¿Sí? Entonces, para esta noche vamos a necesitar como mínimo dos habitaciones -bufó Yaya.

-Tres -se apresuró a corregirla Magrat.

Se arriesgaron a echar otro vistazo a la habitación. Los silenciosos aldeanos las miraban fijamente, con una expresión que la joven sólo pudo describir como de tristeza esperanzada. Por supuesto, cualquiera que pasara mucho tiempo en compañía de Yaya Ceravieja y Tata Ogg se acostumbraba a las miradas. Eran ese tipo de personas que llenan todo el espacio disponible. Seguramente, la gente de aquella zona no veía forasteros muy a menudo, rodeados como estaban de espesos bosques. Y la visión de Tata Ogg comiéndose una salchicha con verdadero entusiasmo no era de las que se olvidan fácilmente.

De todos modos..., las miradas de aquella gente...

Afuera, entre los árboles, un lobo aulló.

Los aldeanos se estremecieron al unísono, como si hubieran estado practicando. El propietario de la posada les susurró algo. Todos se levantaron de mala gana y se dirigieron en fila hacia la puerta, tratando por todos los medios de no separarse demasiado. Una anciana puso la mano sobre el hombro de Magrat durante un instante, sacudió la cabeza con tristeza, suspiró y se alejó arrastrando los pies. Pero Magrat también estaba acostumbrada a aquello. La gente solía compadecerse de ella a menudo, cuando la veían en compañía de Yaya.

Por último, el posadero encendió una antorcha, se acercó a ellas y les hizo una señal para que le siguieran.

-¿Cómo le has hecho entender lo de las camas? -quiso saber Magrat.

-Le dije: "Eh, oiga, truás caimas ñigu-ñigu" -explicó Tata Ogg.

Yaya Ceravieja repasó la frase mentalmente, y asintió.

-Tu nieto, Shane, entiende mucho de determinadas cosas, ¿verdad? -señaló.

-Dice que nunca le ha fallado -asintió Tata Ogg.

En realidad, sólo había dos habitaciones en el piso superior, al que se accedía tras ascender por una escalera decrépita. Y Magrat se quedó con una para ella sola. Hasta el posadero parecía desearlo. Se había mostrado muy atento con la joven.

De todos modos, a ella le habría gustado más que no se hubiera empeñado en cerrar las ventanas. Magrat prefería dormir con la ventana abierta. La habitación era demasiado oscura y olía a moho.

"En fin -pensó-, el hada madrina soy yo. Las otras sólo me acompañan."

Se contempló sin esperanza en el pequeño espejo roto de la habitación. Luego, se tumbó en la cama y escuchó a sus compañeras a través de la pared, fina como el papel de fumar.

-¿Por qué vuelves el espejo contra la pared, Esme?

-Porque no me gustan los espejos, no paran de mirarme.

-Sólo te miran si tú los miras, Esme.

Hubo un momento de silencio.

-Oye, ¿para qué es esta cosa redonda?

-Supongo que debe de ser una almohada, Esme.

-¡Ja! Yo no lo llamaría almohada. Y ni siquiera las mantas son como deben ser. ¿Cómo dijiste que se llamaba esto?

-Creo que es un duvit, Esme.

-Pues en casa los llamamos edredones. ¡Ja!

Otra bendita pausa.

-¿Te has cepillado los dientes?

Más instantes de silencio.

-Oooh, Esme, no tienes los pies nada fríos.

-Claro que no. Los tengo calentitos.

Un nuevo silencio.

-¡Botas! ¡Las botas! ¡Llevas las botas puestas!

-¡Por supuesto que llevo las botas, Gytha Ogg!

-¡Y la ropa! ¡Ni siquiera te has desnudado !

-En el extranjero, todas las precauciones son pocas. Puede haber cualquier tipo de bichos.

Magrat se arrebujó bajo el comosellamara, el duvit ese, y se dio media vuelta. Por lo visto, Yaya Ceravieja no necesitaba dormir más allá de una hora, mientras que Tata Ogg roncaba como un serrucho.

-¿Gytha? ¡Gytha! ¡GYTHA!

-¿Qué ... ?

-¿Estás despierta?

-Ahora sí...

-¡Oigo algo!

_... yo también...

Magrat se adormiló unos momentos.

-¿Gytha? ¡GYTHA!

-... ¿gué pasahora...?

-¡Estoy segura de que alguien está golpeando las contraventanas desde fuera!

-... imposible, a nuestra edad..., venga, duérmete...

El ambiente de la habitación era cada vez más caluroso, más cargado. Magrat salió de la cama, corrió los cerrojos de las ventanas y las abrió con gesto teatral.

Se oyó un gruñido y el ruido lejano de algo al caer contra el suelo. La luz de la luna bañó la habitación. Magrat se sintió mucho mejor, y volvió a la cama.

Le pareció que no había pasado apenas tiempo, cuando la voz de la habitación contigua volvió a despertarla.

-Gytha Ogg, ¿qué estás haciendo?

-Comer algo.

-¿Es que no puedes dormir?

-No cojo el sueño, Esme -se quejó Tata Ogg-. Y la verdad, no entiendo por qué.

-¡Oye, estás comiendo una salchicha de ajo! ¡Comparto la cama con alguien que está comiendo salchichas de ajo!

-¡Eh, que es mía! ¡Devuélvemela...!

Magrat oyó unas pisadas de botas en la noche, y el sonido de una ventana al cerrarse de golpe.

También le pareció oír un ligero "uuf", y otro golpe contra el suelo.

-Creía que te gustaba el ajo, Esme -dijo la voz resentida de Tata Ogg.

-Las salchichas de ajo están muy bien, en su lugar y en su momento, y su lugar y su momento no son la cama y la noche. No quiero oír ni una palabra más. Y échate a un lado, que te estás quedando con todo el duvit.

Tras unos momentos, el silencio aterciopelado se vio roto por los ronquidos graves, retumbantes, de Yaya Ceravieja. Poco después hicieron coro con los más suaves de Tata, que había dormido acompañada muchas más veces que Yaya y, por tanto, conseguido desarrollar una orquesta nasal mucho menos agresiva. Los ronquidos de Yaya habrían podido serrar troncos.

Magrat se rodeó las orejas con la almohada redonda, espantosamente dura, y metió la cabeza bajo las sábanas.

En algún lugar de los gélidos alrededores, un murciélago enorme trataba de remontar el vuelo otra vez. Ya había recibido dos buenos golpes, uno propinado por una contraventana que alguien abrió descuidadamente, y el segundo por un proyectil en forma de salchicha de ajo. Por tanto, no se encontraba nada bien. "Un contratiempo más y vuelvo al castillo -estaba pensando-. Además, está a punto de amanecer."

Sus ojillos rojos brillaron al posarse en la ventana abierta de Magrat. Se tensó...

Una zarpa aterrizó sobre él.

El murciélago miró a su alrededor.

Greebo no había pasado una buena noche. Se había dedicado a investigar aquel lugar en busca de gatas, sin encontrar ninguna. Después, recorrió los estercoleros sin obtener mejor resultado. En aquella zona, la gente no tiraba la basura. Se la comía.

También había trotado por el bosque hasta dar con algunos lobos. Se sentó frente a ellos y les sonrió, hasta que se sintieron incómodos y se marcharon.

Sí, había sido una noche de lo más aburrida. Hasta aquel momento.

El murciélago se retorció bajo su zarpa. Al pequeño cerebro felino de Greebo le dio la sensación de que el bicho intentaba cambiar de forma, y eso sí que no se lo iba a consentir a un ratón con alas. Y menos ahora, que por fin había encontrado a alguien con quien jugar.

Genua era una ciudad de cuento de hadas. La gente sonreía y era feliz de la mañana a la noche. Sobre todo, si querían vivir para ver otra mañana y otra noche.

De eso se encargaba Lilith. Por supuesto, la gente también había creído ser feliz antes de que ella hiciera que el Duc sustituyera al viejo Barón, pero aquélla era una felicidad aleatoria, desordenada. Por eso le resultó tan fácil entrar en escena.

Pero no era manera de vivir. Aquella felicidad carecía de organización.

Lilith estaba segura de que, algún día, le darían las gracias.

Pero, claro, siempre había quien se lo ponía difícil. Algunas personas no sabían comportarse, desde luego. Lilith hacía lo que más les convenía: dirigía bien la ciudad, se aseguraba de que sus vidas fueran alegres y llenas de felicidad en todo momento, y luego, sin motivo alguno, se volvían contra ella.

La sala de audiencias estaba rodeada de guardias. Y se estaba celebrando una. Desde el punto de vista técnico, claro, era el gobernante el que la celebraba, pero a Lilith le gustaba que también hubiera público. Un kilo de ejemplo valía más que una tonelada de castigo.

En aquellos tiempos, no había mucho crimen en Genua. Por lo menos, no ese tipo de crimen que se habría considerado como tal en otros lugares. Las cosas como el robo se solucionaban con facilidad, y rara vez requerían procesos judiciales o cosas por el estilo. En opinión de Lilith eran mucho más graves los crímenes contra el desarrollo de la narración. Sí, algunas personas no sabían comportarse.

Lilith ponía un espejo ante la Vida, y cortaba todos los trocitos de Vida que no encajaban bien...

El Duc se desparramaba como un flan en el trono, con una pierna por encima del reposabrazos. No tenía cogido el tranquillo a las sillas.

-¿Qué ha hecho éste? -preguntó.

Bostezó. Eso sí que se le daba bien, abrir la boca de par en par.

Un anciano menudo temblaba entre dos guardias.

Siempre hay gente que se presta a hacer de guardia, hasta en lugares como Genua. Además, te dan un uniforme tope guapo, con pantalones azules, casaca roja y un sombrero alto, con una escarapela y todo.

-P-pero... si no sé silbar... -tartamudeó el viejecito-. No..., no sabía que fuera obligatorio...

-Eres un fabricante de juguetes -dijo el Duc-. Los fabricantes de juguetes se pasan el día silbando y cantando.

Miró de soslayo a Lilith. Ésta asintió.

-N-no me sé ninguna... c-canción -insistió el juguetero-. No llegué a aprender a c-cantar. Sólo me enseñaron a hacer juguetes. Estuve como aprendiz con un juguetero...

-Aquí dice -siguió el Duc, al tiempo que hacía una convincente imitación de alguien que leyera un pliego de acusaciones-, que no cuentas cuentos a los niños.

-Nadie me dijo que tenía que contar cuentos -gimoteó el juguetero-. Oiga, yo me dedico a fabricar juguetes. Juguetes. Es lo único que sé hacer. Juguetes. Y son juguetes estupendos. No soy más que un fabricante de juguetes.

-No puedes ser un buen fabricante de juguetes si no cuentas cuentos a los niños -dijo Lilith, al tiempo que se inclinaba hacia adelante.

El fabricante de juguetes alzó la vista hacia el rostro oculto tras el velo.

-Es que no me sé ninguno -dijo.

-¿No sabes ninguno?

-Les podría contar c-cómo se fabrican los ju-juguetes -tartamudeó el anciano.

Lilith se volvió a acomodar en el asiento. El velo impedía ver su expresión.

-Me parece que sería buena idea que la Guardia del Pueblo te sacara de aquí -dijo-. Que te llevaran a un lugar donde, sin duda, aprenderías a cantar. Y es posible que con el tiempo aprendas incluso a silbar. ¿A que sería estupendo?

En tiempos del viejo Barón, las mazmorras habían sido repugnantes. Lilith las había hecho pintar y amueblar de nuevo. Y había colocado muchos espejos.

Cuando terminó la audiencia, una de las personas que integraban la multitud de espectadores se dirigió a hurtadillas hacia las cocinas del palacio. Los guardias de la puerta lateral no intentaron cortarle el paso. En el irrelevante rumbo de sus vidas, era una persona muy importante.

-Hola, señora Pleasant.

La mujer se detuvo, rebuscó en su cesta y sacó un par de muslos de pollo asado.

-Estoy probando un nuevo rebozado con frutos secos -dijo-. Me gustaría mucho conocer vuestra opinión, muchachos.

Ellos aceptaron la comida, agradecidos. A todo el mundo le encantaba ver a la señora Pleasant. Sólo ella podía hacerle a un pollo cosas por las que casi se alegrara de que lo hubieran matado.

-Bueno, pues voy a salir a recoger unas hierbas -dijo la mujer.

La vieron alejarse, como una flecha gordezuela y decidida, en dirección a la plaza del mercado que estaba en la orilla del río. Luego, se comieron los muslos de pollo.

La señora Pleasant rebuscó en todos los tenderetes del mercado; se aseguró de rebuscar en todos. Hasta en Genua había siempre alguien dispuesto a contar una historia. Sobre todo en Genua. Ella era cocinera, así que rebuscaba en los tenderetes. Se

aseguraba también de estar siempre regordeta y era, por suerte, alegre. Otra de las cosas que no olvidaba era mostrar siempre sus gordezuelos brazos. Si tenía la sensación de que alguien sospechaba de ella, exclamaba cosas como "¡Canastos!". Hasta la fecha, todo le iba bien.

Estaba buscando el cartel. Y por fin lo encontró. Posado sobre la viga central de un tenderete atiborrado de jaulas con gallinas, cuervos, abubillas y otras aves, había un gallito negro. La Doctora Vudú Estaba En Casa.

En el momento en que lo vio, el gallo volvió la cabeza para mirarla.

A cierta distancia del resto de los tenderetes había una tienda pequeña, semejante a otras muchas dispersas por todo el mercado. Frente a ella hervía un caldero sobre un fuego de carbón. Junto al caldero había cuencos, un cucharón para servir y una bandeja con monedas. Había bastantes monedas. Por los guisos de la señora Gogol la gente pagaba lo que creyera que valían, y la bandeja apenas daba abasto.

El espeso líquido del caldero era de un color marrón poco apetitoso. La señora Pleasant se sirvió un cuenco, y aguardó. Desde luego, la senora Gogol tenía talento.

-¿Qué se cuenta, señora Pleasant? -preguntó al cabo del rato una voz procedente de la tienda.

-Ha encerrado al fabricante de juguetes -dijo la señora Pleasant al aire en general-. Y ayer encerró al viejo Devereaux, el tabernero, por no ser gordo ni tener la cara sonrosada. Ya van cuatro veces este mes.

-Pase, pase, señora Pleasant.

El interior de la tienda estaba oscuro y hacía calor. Había otra hoguera dentro, y otro caldero. La señora Gogol estaba acuclillada ante él, removiéndolo. Hizo un gesto a la cocinera para que cogiera un fuelle.

-Avive un poco las brasas, a ver qué sale -dijo.

La señora Pleasant obedeció. Ella, personalmente, no utilizaba mucho la magia, sólo lo necesario como para que se espesase la salsa o subiese la masa del pan, pero respetaba a quienes sí lo hacían. Sobre todo a personas como la señora Gogol.

Las brasas se pusieron al rojo blanco. El líquido espeso del caldero empezó a agitarse. La señora Gogol escudriñó entre los vapores.

-¿Qué hace ahora, señora Gogol? -preguntó la cocinera con ansiedad.

-Trato de ver qué va a suceder -replicó la mujer vudú.

Su voz era el gruñido ronco de los que tienen poderes psíquicos.

La señora Pleasant echó un vistazo al líquido hirviente.

-¿Alguien va a comer gambas? -dijo, en un intento de colaborar.

-¿Ve ese trocito de okra? -siguió la señora Gogol-. ¿Ve cómo suben justo ahí las patas del cangrejo?

-Usted nunca ha sido de las que se quedan cortas a la hora de echar carne de cangrejo -la alabó la señora Pleasant.

-¿Ve cuántas burbujas hay junto a las hojas de oku? ¿Ve como todo gira en espirales en torno a esa cebolla morada?

-¡Lo veo, lo veo! -exclamó la señora Pleasant.

-¿Y sabe lo que significa eso?

-¡Significa que va a saber de maravilla!

-Desde luego -corroboró bondadosamente la señora Gogol-. también significa que viene gente.

-¡Uauh! ¿Cuánta gente?

La señora Gogol sumergió una cuchara en el líquido hirviente, y lo probó.

-Tres personas -dijo. Se lamió los labios con gesto pensativo-. Tres mujeres.

Volvió a sumergir la cuchara.

-Pruébelo -dijo-. También hay un gato. Se nota enseguida, por el sasafrás. -Chasqueó los labios-. Gris. Un ojo. -Se hurgó una caries con la punta de la lengua-. El..., el izquierdo.

La señora Pleasant se quedó boquiabierta.

-La encontrarán a usted antes que a mí -continuó la señora Gogol-. Tiene que guiarlas hasta aquí.

La señora Pleasant contempló la sonrisa sombría de la señora Gogol, y volvió a clavar la vista en el líquido del caldero.

-¿Vienen hasta aquí para probar esto? -se sorprendió.

-Sin duda. -La señora Gogol se sentó-. ¿Ha ido a ver a la chica de la casita blanca?

La señora Pleasant asintió.

-Sí, a la joven Brasas -dijo-. Voy siempre que puedo. Cuando las Hermanas van al palacio. La tienen muy asustada, señora Gogol.

Volvió a mirar al caldero y a la señora Gogol alternativamente.

-¿De verdad puede usted ver ... ?

-Supongo que tendrá que poner cosas a marinar -señaló la señora Gogol.

-Sí. Sí, claro.

La señora Pleasant retrocedió unos pasos, pero de mala gana. Luego, se detuvo. Uno no se podía librar fácilmente de la señora Pleasant, a menos que ella quisiera.

-Esa mujer, Lilith, dice que puede ver el mundo entero en los espejos -dijo, con un dejo acusador.

La señora Gogol sacudió la cabeza.

-Cuando uno mira en un espejo, sólo se ve a sí mismo -replicó-. En cambio, cuando se mira en un buen gumbo, se puede ver todo.

La señora Pleasant asintió. Eso era un hecho irrebatible, todo el mundo lo sabía.

Cuando la cocinera se marchó, la señora Gogol sacudió la cabeza con tristeza. Como mujer vudú, se veía obligada a poner en práctica todo tipo de estratagemas con tal de aparentar conocimientos, pero le daba cierta vergüenza permitir que una mujer honrada creyera que podía ver el futuro en un caldero de gumbo. Porque, en un caldero del gumbo de la señora Gogol, sólo se podía ver un hecho del futuro: que alguien iba a comer de maravilla.

En realidad, todo lo había visto en un cuenco de jambalaya que había preparado antes.

Magrat estaba tumbada en la cama, con la varita bajo la almohada, en un agradable entresueño.

Sin lugar a dudas, era la más adecuada para llevar la varita. Eso era un hecho. En ocasiones (y apenas se atrevía a pensar en ello cuando se encontraba bajo el mismo techo que Yaya Ceravieja) había llegado a preguntarse hasta qué punto estaban las otras comprometidas con la brujería. La mitad de las veces no parecía que les importara un bledo.

Por ejemplo, estaba la cuestión de la medicina. Magrat sabía que a ella se le daban mucho mejor las hierbas que a las otras dos. De Tía Whemper, su predecesora en la casita, había heredado varios libros muy gruesos sobre el tema, y también había hecho unas cuantas anotaciones por su cuenta. Cuando hablaba a alguien de las propiedades de la Sama del Diablo, todos se mostraban tan interesados que salían corriendo, presumiblemente en busca de alguien a quien contárselo a su vez. Magrat sabía hacer destilados fraccionales, y dobles destilados, y otras cosas que implicaban quedarse toda la noche sentada, vigilando los cambios en el color de la llama bajo la retorta. Magrat trabajaba el tema.

Tata se solía limitar a poner una cataplasma caliente sobre cualquier cosa y a recomendar un buen vaso de lo que más le gustara al paciente, basándose en el principio de que, ya que uno iba a estar enfermo de todas todas, al menos podía disfrutarlo un poco. (Magrat prohibía el alcohol a sus pacientes, porque les afectaba al hígado; y si no sabían de qué manera les afectaba al hígado, invertía el tiempo que fuera necesario en explicárselo.)

En cuanto a Yaya..., Yaya daba a sus pacientes una botella de agua con colorante, y les decía que se encontraban mucho mejor.

Lo más molesto era que, casi siempre, era así.

¿Qué tenía eso que ver con la brujería?

En cambio, con una varita, las cosas podían ser muy diferentes. Con una varita se podía ayudar mucho a la gente. La magia existía para hacer más fácil la vida. Magrat lo sabía en lo más profundo del vaporoso tocador rosa que era su corazón.

Volvió a sumergirse en el sueño.

Y esta vez, tuvo un sueño de lo más extraño. Nunca llegó a contárselo a nadie, porque.... bueno, porque no. Porque uno no va por ahí contando esas cosas.

Pero tuvo la sensación de haberse levantado en medio de la noche, de que la había despertado el silencio. Y de que, al pasar junto al espejo, había visto un movimiento en su interior.

El rostro que había allí no era el suyo. Se parecía mucho al de Yaya Ceravieja. Le había sonreído, recordó más tarde Magrat, con una sonrisa bastante más afectuosa que todas las que había obtenido de Yaya. Y luego desapareció, la nebulosa superficie plateada se cerró sobre él.

Se apresuró a volver a la cama, y despertó con el sonido de una banda musical que tocaba alegremente a todo volumen. La gente gritaba y reía.

Magrat se vistió rápidamente, salió al pasillo y llamó a la puerta de las ancianas brujas. No obtuvo respuesta. Hizo girar el picaporte.

Tras un par de intentos y empujones, se oyó golpear contra el suelo una silla colocada bajo el picaporte, lo mejor para disuadir a los violadores, atracadores y todo tipo de intrusos nocturnos.

Las botas de Yaya Ceravieja sobresalían por debajo de las mantas en un lado de la cama. Los pies desnudos de Tata Ogg, que a veces daba muchas vueltas por la noche, asomaban al otro lado. Los ligeros ronquidos hacían temblar la jarra situada sobre el palanganero. Ya no eran los ronquiditos de una cabezada, sino los gruñidos acompasados de quien pretende aprovechar la noche al máximo.

Magrat dio unos golpecitos en la suela de la bota de Yaya.

-¡Eh, despertaos ya! ¡No sé qué pasa!

El espectáculo de Yaya Ceravieja al despertarse era impresionante. Pocos lo habían presenciado.

La mayoría de la gente, cuando se despierta, atraviesa una rápida fase de autochequeo aterrorizado: ¿Quién soy, dónde estoy, quién es éste/ésta, Dios mío, por qué estoy abrazado a una gorra de policía, qué sucedió anoche?

Esto se debe a que la gente está acuciada por la Duda. Es el motor que los impulsa a lo largo de sus vidas. Es la goma elástica del pequeño avión de juguete que es su alma, y se pasan todo el tiempo dándole cuerda hasta que se hace un nudo. El primer momento de la mañana es el peor. Siempre hay un instante de pánico, por si acaso Tú te has perdido en la noche, y Otra Cosa ha ocupado tu lugar. En cambio, a Yaya Ceravieja no le ocurría jamás. Pasaba directamente del sueño más profundo al pleno funcionamiento de un seis cilindros en plena aceleración. Nunca tenía que buscarse a sí misma, porque sabía perfectamente quién era la buscadora.

Olfateó el aire.

-Se está quemando algo -dijo.

-Sí, han encendido una hoguera -asintió Magrat.

Yaya olfateó de nuevo.

-¿Están asando ajos? -se sorprendió.

-Ya lo sé. No tengo ni idea de por qué. Han arrancado todos los cerrojos de las ventanas, los están quemando en la plaza del pueblo y bailan alrededor de la hoguera.

Yaya Ceravieja dio un buen codazo a Tata Ogg.

-Eh, despierta.

-¿Qups?

-No me has dejado pegar ojo en toda la noche con tanto ronquido -le reprochó Yaya.

Tata Ogg se tapó cuidadosamente.

-Es demasiado temprano como para ser tan temprano -dijo.

-Vamos -dijo Yaya-. Necesitamos tus conocimientos de ¡diomas.

El propietario de la posada agitó los brazos de arriba abajo, y corrió en círculos. Luego señaló en dirección al castillo que se alzaba en medio del bosque. Luego se chupó enérgicamente la muñeca. Luego se dejó caer de espaldas. Y luego miró expectante a Tata Ogg, mientras, tras él, chisporroteaba alegremente una hoguera de ajos, estacas de madera y pesados cerrojos de ventanas.

-No -dijo Tata Ogg tras unos momentos-. Sigou sin conprendez vus, main ger.

El hombre se puso en pie y se sacudió el polvo de sus calzones de cuero.

-Creo que quiere decir que se ha muerto alguien -intervino Magrat-. Alguien del castillo.

-Pues la verdad es que todo el mundo parece alegrarse -señaló Yaya Ceravieja con tono severo.

A la luz del nuevo día, el pueblo parecía mucho más animado. Todo el mundo saludaba cariñosamente a las tres brujas.

-Seguro que se ha muerto el propietario de las tierras -dijo Tata Ogg-. Me parece que dice que era un chupasangre.

-Ah, sí, debe de ser eso. -Yaya se frotó las manos y contempló con aprobación la mesa del desayuno, que alguien había sacado al sol-. Desde luego, la comida ha mejorado mucho. Pásame el pan, Magrat.

-La gente no para de sonreírnos y de saludarnos -dijo la joven-. ¡Y mirad qué desayuno!

-Era de esperar -asintió Yaya, con la boca llena-. Sólo hemos pasado con ellos una noche, y enseguida se han dado cuenta de que trae buena suerte portarse bien con las brujas. Ayúdame a destapar esta miel.

Debajo de la mesa, Greebo se lavaba la cara con las zarpas. De cuando en cuando, eructaba.

Los vampiros podían salir de entre los muertos, de las tumbas y de las criptas, pero, hasta la fecha, nunca habían logrado salir de un gato.

<<Querido Jason y los del Nº 21, Nº 34, Nº 15, Nº 87 y Nº 61, pero no la del Nº 18 hasta que me devuelva el cuenco que le presté, porque diga lo que diga es mío.

Bueno, pues aquí estamos, canastos las cosas que pasan, no quiero ni oír hablar de calabazas, pero bueno no pasa nada. Estoy dibujando el sitio donde hemos dormido y he puesto una X donde está nuestra habitación. Hace un tiempo...>>

-¿Qué haces, Gytha? Tenemos que irnos ya.

Tata Ogg alzó la vista, con el ceño aún fruncido por el esfuerzo de la redacción.

-Me pareció que estaría bien enviarle cuatro letras a mi Jason. Ya sabes, para que no se preocupe. Así que he hecho un dibujo de este lugar en una cartulina, y el amigo Mainger se lo dará a alguien que vaya en dirección al pueblo. Nunca se sabe, a lo mejor llega y todo.

<<... muy bueno y no llueve nada.>>

Tata Ogg lamió la punta del lápiz. No era la primera vez en la historia del universo que alguien para quien la comunicación no solía representar ningún problema se veía abandonado por la inspiración al enfrentarse a unas líneas en la parte trasera de una postal.

<<Bueno pues creo que eso es todo, ya -hescri- escriviré otra vez pronto. P.D. El gato está muy raro creo que echa de menos la casa.>>

-¿Vienes de una vez o no, Gytha? Magrat me está poniendo en marcha la escoba.

<<Otra P.D.: Yaya os manda besos.>>

Tata Ogg se acomodó en el asiento, satisfecha por el trabajo bien .realizado. [13]

Magrat llegó a un extremo de la plaza, y se detuvo para descansar. Se había reunido mucha gente para ver a una mujer con piernas. Todos se mostraban muy educados al respecto. Por el motivo que fuera, eso no hacía más que empeorar las cosas.

-No vuela, a menos que antes corras muy deprisa -explicó la joven, perfectamente consciente de lo estúpido que sonaba aquello, sobre todo para quien lo oyera en un idioma extranjero-. Creo que se llama "arranque en caliente".

Respiró hondo, frunció el ceño en un gesto de concentración, y echó a correr de nuevo.

En esta ocasión, la escoba arrancó. Vibró entre sus manos. Las cerdas crepitaron. Consiguió ponerla en punto muerto antes de que la arrastrara por toda la plaza. Si algo tenía de bueno la escoba de Yaya Ceravieja (que era de esas construidas a la antigua, para durar eternamente, no de las que se caen a pedazos por la carcoma a los diez años) era que, aunque costara un poco ponerla en marcha, cuando arrancaba no se andaba con chiquitas.

En cierta ocasión, Magrat había acariciado la idea de explicar a Yaya Ceravieja el simbolismo de las escobas de las brujas, pero decidió no hacerlo. Aquello habría sido aún peor que la pelea sobre el significado de las abejas y las flores.

Aún tardaron cierto tiempo en poder marcharse. Los aldeanos insistieron en hacerles pequeños regalos, paquetitos con comida. Tata Ogg hizo un discurso que nadie

entendió, pero que todos aplaudieron con generosidad. Greebo, que tenía un ataque de hipo, dormitaba en su lugar habitual entre las cerdas de la escoba de Tata.

Mientras se elevaban sobre el bosque, una columna de humo se elevó a su vez del castillo. Y luego llegaron las llamas.

-Veo gente bailando delante -señaló Magrat.

-Sí, arrendar propiedades siempre ha sido un negocio peligroso -asintió Yaya Ceravieja-. Supongo que nunca quería pagar la pintura, ni arreglar los techos, ni todas esas cosas. A la gente no le gusta nada esa actitud. El dueño de mi casa nunca me ha remozado la casa en todo el tiempo que llevo allí -añadió-. Y soy una anciana. Es una vergüenza.

-Creía que la casa era tuya -dijo Magrat, mientras las escobas sobrevolaban el bosque.

-No, lo que pasa es que hace sesenta años que no paga el alquiler -le explicó Tata Ogg.

-¿Y eso es culpa mía? -bufó Yaya Ceravieja-. Pues no, no es culpa mía. A mí no me importaría pagar. -Esbozó una sonrisa confiada- Lo único que tiene que hacer es pedírmelo -añadió.

Ahí está el Mundodisco visto desde arriba, con sus nubes formando dibujos redondeados.

Tres puntos emergieron por encima de la capa de nubes.

-Comprendo perfectamente que a la gente no le guste viajar. Esto es un aburrimiento. No se ven más que bosques durante horas y horas.

-Sí, pero volando se llega deprisa a cualquier sitio, Yaya.

-Bueno, ¿cuánto tiempo llevamos volando?

-Unos diez minutos más que la última vez que preguntaste, Esme.

-¿Lo veis? Un aburrimiento.

-A mí, lo que no me gusta es ir sentada en la escoba. Creo que debería haber una escoba especial para viajes largos, ¿no os parece? Una en la que te pudieras tumbar y echar una siestecita.

Todas consideraron la posibilidad.

-Una escoba donde se pudiera comer -añadió Tata-. Me refiero a comidas de verdad. Con salsa. Nada de bocadillos y esas cosas.

Un experimento de cocina aérea, en un hornillo de aceite, había sido cancelado a toda velocidad cuando la escoba de Tata estuvo a punto de arder.

-Supongo que sería posible, pero tendría que tratarse de una escoba muy grande -dijo Magrat-. Como del tamaño de un árbol, digo yo. Así, una de nosotras podría pilotarla y otra se encargaría de cocinar.

-Pero no podrá ser -replicó Tata Ogg-. Los enanos nos querrían cobrar una fortuna por fabricar una escoba tan grande.

-Sí, pero hay otra posibilidad -insistió Magrat, que le había cogido cariño al tema- Podríamos llevar a la gente, y que nos pagaran. Seguro que hay montones de viajeros que están hartos de los salteadores de caminos, y..., y que se marean en los barcos, y todo eso.

-¿Qué te parece, Esme? -preguntó Tata Ogg-. Yo me encargaría de pilotar la escoba, y Magrat podría preparar las comidas.

-Entonces, ¿qué haría yo? -se mosqueó Yaya Ceravieja.

-Oh..., bueno..., pues supongo que alguien debería..., ya sabes, dar la bienvenida a la gente y servir las comidas -respondió Magrat-. Y decirles lo que hay que hacer sí falla la magia, por ejemplo.

-Si la magia falla, todo el mundo se estrellará y se matará -señaló Yaya.

-Sí, pero alguien tendrá que explicarles cómo hacerlo -replicó Tata Ogg, al tiempo que guiñaba un ojo a Magrat-. No sabrán, porque no tienen experiencia con esto del vuelo.

-Y podríamos llamarnos...

Hizo una pausa. Como siempre sucedía en el Mundodisco, que estaba justo al borde de la irrealidad, algunos fragmentos de realidad se colaban en la mente de quienes estuvieran pensando. Eso fue lo que sucedió en aquel momento.

-Tres Brujas en el Aire [14] -dijo-. ¿Qué os parece?

-Escobas en el Aire -sugirió Magrat-. O Pan... Aire...

-No hay necesidad de meter la religión en esto -bufó Yaya.

Tata Ogg dirigió una mirada astuta a Yaya y a Magrat.

-Podríamos llamarla Vir... -empezó.

En aquel momento, las tres escobas entraron en una turbulencia de aire que las envió hacia arriba. Hubo un breve momento de pánico hasta que las brujas consiguieron recuperar el control.

-Qué tontería -murmuró Yaya.

-Bueno, pero así se nos pasa mejor el tiempo -dijo Tata Ogg. Yaya contempló con acritud la extensión verde del paisaje.

-La gente no querría volar -dijo-. Qué tontería.

<<Querido Jason i familia:

Al otro lado de la hoja os he puesto para que lo veáis un dibujo de un sitio donde se murió un rey y lo enterraron, ni idea de por qué. Está al lado de un pueblo que es donde pasamos la noche de ayer. Comimos una cosa que era como chicle y no os lo vais a creer pero eran caracoles, y no estaban nada mal y Esme repitió tres veces antes de darse cuenta y luego se peleó con el cocinero y Magrat se puso mala toda la noche y tuvo una díarrea. Pienso mucho en vosotros, MAMA. P.D., aquí los retretes son ASKEROSOS, los tienen DENTRO DE KASA, no hay nada de IGIENE.>>

Pasaron muchos días.

En una tranquila posada de un pequeño país, Yaya Ceravieja se sentó y examinó la comida con cautela. El propietario del establecimiento las atendía con la expresión angustiada de quien sabe, incluso antes de empezar, que no va a salir bien parado de la situación.

-Es lo único que pido -dijo Yaya-. Una sencilla comida casera, nada más. Ya me conocéis. No soy de las exigentes. Nadie puede decir que soy de las exigentes. No quiero más que una sencilla comida. Nada de tanta grasa y cosas de ésas. Te quejas porque hay un bicho en la lechuga, y resulta que es lo que has pedido.

Tata Ogg se puso la servilleta al cuello, y no dijo nada.

-Como ese lugar donde estuvimos anoche -siguió Yaya-. Uno pensaría que unos bocadillos son fáciles de preparar, ¿no? O sea, unos bocadillos, nada. No hay una comida más sencilla en el mundo. Ni siquiera los extranjeros podrían preparar mal los bocadillos. ¡Ja!

-Es que no los llamaban "bocadillos", Yaya -dijo Magrat, que no apartaba los ojos de la sartén del posadero-. Los llamaban..., creo que era algo así como "tostarradas".

-A mí me gustó el arenque ahumado -señaló Tata Ogg-. No estaba nada mal.

-Pero ¿qué creían, que somos idiotas y no nos íbamos a dar cuenta de que no habían puesto la rebanada de arriba? -exclamó Yaya en tono triunfal-. ¡Bueno, pues les dije un par de verdades! ¡La próxima vez se lo pensarán dos veces antes de intentar robarle a la gente una rebanada de pan que les corresponde por derecho!

-Sí, sospecho que sí -replicó Magrat, sombría.

-Y no apruebo que pongan todos esos nombres raros a las cosas, para que la gente no sepa qué está comiendo -siguió Yaya, decidida a explorar hasta el fondo las inconveniencias de la cocina internacional-. A mí me gustan los nombres que te explican claramente lo que comes, como..., bueno, como... Olla Podrida..., o..., o...

-O Ropa Vieja -contribuyóTata con tono ausente.

Observaba con cierta expectación los progresos de las tortitas.

-Exacto. Comida honrada, como debe ser. Por ejemplo, eso que hemos tomado para comer. No digo que no estuviera bueno -concedió Yaya con generosidad-. A su manera extranjera, claro. Pero lo llamaban "Cuiss de Grenuil"... ¿Quién sabe qué significa eso?

-Ancas de rana -tradujo Tata, sin pensar.

La brusca inhalación de Yaya Ceravieja llenó el silencio, y la cara de Magrat adquirió una tonalidad verdosa. En aquel momento, Tata Ogg pensó mucho más deprisa de lo que había pensado en toda su vida.

-Pero no eran ancas de rana de verdad -se apresuró a añadir-. Es como lo del perrito caliente, que en realidad no es más que una salchicha dentro de un panecillo, con mucha mostaza. Sólo es un nombre gracioso.

-Pues a mí no me hace ninguna gracia -bufó Yaya.

Se volvió para vigilar las tortitas.

-Al menos, seguro que no pueden estropear unas sencillas tortitas -dijo-. ¿Cómo las llamarán aquí?

-Creo que "crepsusets" -respondió Tata.

Yaya se abstuvo de hacer ningún comentario. Pero observó con sombría satisfacción al posadero, que estaba terminando los platos y le dirigía una sonrisa esperanzada.

-¡Ah, y ahora querrá que nos las comamos! -bufó-. ¡No te digo que les ha prendido fuego, y encima quiere que nos las comamos ... !

Más adelante, mediante una buena encuesta demográfica, habría sido posible cartografiar el recorrido de las brujas por el continente. Mucho tiempo después, en algunas cocinas tranquilas llenas de ristras de cebollas, en pueblos diminutos perdidos entre las montañas, quizá fuera posible encontrar a un cocinero que no temblara y

tratara de esconderse tras la puerta cada vez que un desconocido se acercaba a su cocina.

<<Querido Jason:

Aquí desde luego que hace más calor, Magrat dice que es porque estamos más lejos del Eje, mira qué cosas, y las monedas que usan también son diferentes. Tienes que cambiarlo por otro dinero que viene en formas diferentes y que en mi opinión no es un dinero como debe ser. Por lo general dejamos que Esme se encargue de eso, consigue un cambio estupendo, es increíble. Magrat dice que va a escribir un libro que se va a titular Viajar por un Dólar al Día, y que siempre va a ser el mismo Dólar. Esme empieza a portarse igualito que los extranjeros, ayer sin ir más lejos fue y se quitó el chal, el día menos pensado hasta se pondrá a bailar sobre las mesas. Os he hecho un dibujo de un puente que es muy famoso. Muchos besos, MAMA.>>

El sol caía de pleno sobre los guijarros de la calle y, sobre todo, en el patio de la pequeña posada.

-Cuesta creer que allí, en el pueblo, ahora es otoño -dijo Magrat.

-¿Garsón? Muchou vinou con gasosa, mersibocú.

El tabernero, que no había entendido ni una palabra y era una buena persona, que desde luego no se merecía que lo llamaran "garsón", sonrió a Tata. Sonreiría a cualquiera con una capacidad de beber tan ¡limitada.

-Pero no apruebo que pongan todas estas mesas así, en la calle -dijo Yaya Ceravieja, aunque sin demasiada severidad.

Hacía un calorcillo agradable. No era que no le gustase el otoño, era una estación que siempre había aguardado con impaciencia. Pero, en aquella etapa de su vida, era grato saber que tenía lugar a cientos de kilómetros, y mientras ella no estaba.

Bajo la mesa, Greebo dormitaba de espaldas, con las patas en el aire. De cuando en cuando, se estremecía y perseguía lobos en sus sueños.

-Según las notas de Desiderata -dijo Magrat, al tiempo que pasaba las páginas con cuidado-, en los últimos días del verano tienen una ceremonia especial, una especie de tradición. Sueltan a los toros para que corran por la calle.

-Eso valdría la pena verlo -señaló Yaya Ceravieja-. ¿Por qué lo hacen?

-Para que los jóvenes los persigan y demuestren lo valientes que son -explicó Magrat-. Al parecer, les quitan los rosetones de los cuernos.

El rostro de Tata Ogg, que parecía un paisaje volcánico, reflejó toda una variedad de expresiones.

-Qué cosa más rara -dijo al final-. ¿Y para qué lo hacen?

-Eso no lo explica -respondió Magrat.

Pasó otra página. Movía los labios al tiempo que leía.

-¿Por qué hablará aquí de los huevos? -preguntó.

Las otras dos se encogieron de hombros.

-Oye, más vale que vayas con cuidado con esa bebida -recomendó Yaya, al ver que el camarero ponía otra botella ante Tata Ogg-. Yo no me fiaría de ninguna bebida de color verde.

-No es como si fuera bebida de verdad -se defendió Tata- En la etiqueta pone que está hecha de hierbas. No se puede hacer una bebida seria sólo con hierbas. Prueba un poquito, anda.

Yaya olfateó la botella abierta.

-Huele como el anís.

-Aquí pone que se llama "absenta" -leyó Tata.

-Ah, sí. Es uno de los nombres del ajenjo -asintió Magrat, la experta en hierbas. Según mis libros, es lo mejor para las dolorencias del estómago, y previene las indigestaciones después de comer.

-Mira, ahí lo tienes -asintió Tata-. Hierbas. Es casi como una medicina. -Sirvió dos generosas raciones para sus compañeras-. Pruébala tú también, Magrat.

Yaya Ceravieja se aflojó las botas a escondidas. También se estaba planteando la posibilidad de quitarse la camiseta. Probablemente no sería deshonroso llevar menos de tres.

-Deberíamos ponernos en marcha -dijo.

-Oh, estoy harta de escobas -dijo Tata-. Después de un par de horas sentada en la escoba, se me pone rígida esa parte del cuerpo donde la espalda pierde su nombre.

Miró a las otras dos con expectación.

-Bueno, son cosas que se dicen en el extranjero -añadió-. Si cambian todas las palabras, es mejor ser lo más explícito posible. Sin pasarse, claro. En el fondo, es divertido.

-Me parto de risa -replicó Yaya.

-Aquí el río es bastante ancho -les dijo Magrat-. Hay botes muy grandes. Nunca he estado en un bote de los grandes, ¿sabéis? De esos que no se hunden así como así...

-Las escobas son más apropiadas para unas brujas -replicó Yaya, aunque sin demasiada convicción.

Ella no sentía la misma necesidad que Tata Ogg de hacer comprender a los extranjeros de qué parte de su anatomía estaba hablando. Pero algunas zonas de su cuerpo, que siempre negaría conocer, se estaban quejando a gritos.

-He visto esos botes -asintió Tata-. Parecían unas barcazas enormes con casas encima. Casi ni te darás cuenta de que vas en un bote, Esme. Oye, ¿qué hace ése?

El posadero había salido a toda prisa del establecimiento, y estaba metiendo las alegres mesitas en el interior. Hizo un gesto en dirección a Tata, y lanzó una retahíla de palabras en tono apremiante.

-Creo que quiere que pasemos adentro -dijo Magrat.

-Pues a mí me gusta más estar aquí fuera -replicó Yaya- ¡ME GUSTA MÁS ESTAR AQUí FUERA, GRACIAS! -repitió.

Cuando se enfrentaba a un idioma extranjero, Yaya Ceravieja resolvía el asunto hablando lo más alto y despacio posible.

-¡Oiga, no intente llevarse nuestra mesa! -exclamó Tata, dando puñetazo sobre la madera.

El tabernero añadió algo a toda velocidad, y señaló hacia un punto calle abajo.

Yaya y Magrat miraron a Tata Ogg con gesto interrogante. Ésta se encogió de hombros.

-No he entendido nada -tuvo que admitir.

-¡PREFERIMOS QUEDARNOS DONDE ESTAMOS, GRACIAS! -insistió Yaya.

El posadero cometió el error de tratar de sostener la mirada de Yaya. Pronto se rindió, agitó las manos en gesto de exasperación y entró en el establecimiento.

-Creen que, como somos mujeres, pueden aprovecharse de nosotras -bufó Magrat.

Disimuló un discreto eructo, y cogió de nuevo la botella verde. Tenía ya el estómago mucho mejor.

-Y que lo digas, es verdad. ¿A que no sabéis una cosa? -empezó Tata Ogg-. Anoche me encerré en mi habitación, y no intentó entrar ni un solo hombre.

-Gytha Ogg, es que a veces te...

Yaya se interrumpió al ver algo por encima del hombro de Tata.

-Eh, hay un montón de vacas que se acercan por la calle -dijo.

Tata se volvió en la silla.

-Debe de ser esa cosa de los toros que nos mencionó Magrat -replicó-. Qué suerte, vamos a verlo.

Magrat alzó la vista. A lo largo de toda la calle, la gente había ocupado las ventanas situadas a la altura del segundo piso. Un revoltijo de cuernos, cascos y cuerpos humeantes por el sudor se acercaba a toda velocidad.

-Esa gente de ahí arriba se está riendo de nosotras -dijo en tono acusador.

Debajo de la mesa, Greebo se desperezó y dio media vuelta. Abrió su único ojo, lo fijó en los toros que se aproximaban y se incorporó. Aquello podía resultar divertido.

-¿Se ríen? -gruñó Yaya.

Era verdad, la gente de los pisos superiores parecía estar disfrutando de lo lindo.

La bruja entrecerró los ojos.

-Me da igual, seguiremos como si no pasara nada -anunció.

-Pero es que... son unos toros muy grandes -insistió Magrat, nerviosa.

-No tienen nada que ver con nosotras -replicó Yaya-. A nosotras no nos importa si un montón de extranjeros se ponen nerviosos con sus fiestas. Venga, pásame ese vino de hierbas.

Por lo que respecta a Lagro te Kabona, posadero, los acontecimientos del día se desarrollaron de la siguiente manera:

Era ya casi la hora de la Cosa con los Toros. ¡Y aquellas tres chaladas estaban allí, sentadas, bebiendo absenta como si fuera agua! Había intentado hacerlas pasar al interior, pero la anciana, la más flaca, le había replicado a gritos. Así que dejó que se las apañaran, pero no cerró la puerta..., la gente no tardaba en captar la idea, sobre todo cuando empezaban a bajar por la calle los toros perseguidos por los jóvenes del pueblo. Aquel que consiguiera coger el gran rosetón rojo de entre los cuernos del toro más grande, se ganaba el asiento de honor en el festín de aquella noche, además de... Lagro sonrió ante los recuerdos de cuarenta años atrás..., además de una relación informal, pero de lo más agradable, con las jóvenes del pueblo durante los meses siguientes...

Y aquellas tres locas allí, sentadas.

El primer toro se había mostrado algo sorprendido. En él, lo natural habría sido mugir y dar unas cuantas patadas al suelo de manera que sus futuros objetivos echaran a correr de manera interesante, y su mente no sabía cómo enfrentarse a aquella falta de atención. Pero no fue ése el mayor de sus problemas. El mayor de sus problemas fueron los otros veinte toros que venían corriendo tras él.

Y también eso dejó de ser el mayor de sus problemas, porque aquella anciana terrible, la que iba toda de negro, se levantó, le murmuró no sé qué, y le dio un puñetazo entre los ojos. Luego, la anciana terrible regordeta, la que tenía un estómago con la capacidad y la resistencia de un tanque de agua, se cayó de la silla de risa, y la joven..., es decir, la que era más joven que las otras dos... empezó a hacer gestos con las manos a los toros, como si fueran una bandada de patos.

La calle se llenó de toros furiosos, perplejos, de gritos, y de un montón de jóvenes aterrorizados. Porque una cosa es perseguir a un montón de toros aterrados y otra muy diferente es encontrarte con que, de repente, los bichos echan a correr en dirección contraria.

El posadero, desde el refugio de la ventana de su dormitorio, alcanzaba a ver a las horribles mujeres gritándose cosas unas a otras. La regordeta no paraba de reír y de lanzar una especie de grito de batalla: <<¡PruebaconeltrucodelherreroEsme!>>, mientras la joven, la que se abría paso entre los animales como si la posibilidad de que la pisotearan hasta matarla fuera harto improbable, encontraba al primer toro y le quitaba el rosetón, con el mismo gesto de preocupación con que una anciana podría quitarle a su gato una espina de la pata. Lo sostuvo corno si no supiera qué era o qué debía hacer con él...

El silencio repentino afectó incluso a los toros. Sus diminutos cerebros inyectados en sangre detectaron que algo andaba mal. Los toros estaban muertos de vergüenza.

Por suerte, las horribles mujeres se marcharon aquella tarde en uno de los barcos, después de que una de ellas rescatara a su gato, que había arrinconado a 25 quintales de confuso toro y trataba de lanzarlo al aire para jugar con él.

Aquella noche, Lagro te Kabona hizo firme propósito de portarse muy, muy bien con su anciana madre.

Al año siguiente, el pueblo celebró un festival de flores y nadie, nadie, nadie, volvió a hablar de la Cosa con los Toros.

Al menos, no delante de los hombres.

La enorme rueda de palas azotaba la espesa sopa marronácea del río. La fuerza motriz eran varias docenas de trolls sentados bajo un toldo que caminaban sobre una cinta sin fin. En las orillas lejanas, los pájaros trinaban. El aroma del hibisco flotaba sobre el agua, pero por desgracia no era tan pungente como el hedor del río en sí.

-Esto ya está mejor -dijo Tata Ogg.

Se estiró en la hamaca de cubierta, y se volvió para mirar a Yaya Ceravieja, que tenía el ceño fruncido con la concentración de la lectura.

Los labios de Tata se distendieron en una sonrisa malévola.

-¿Sabes cómo se llama este río? -preguntó.

-No.

-Pues lo llaman Vieux River.

-¿Sí?

-¿Sabes lo que significa?

-No.

-Río Viejo, en masculino -le explicó Tata.

-¿Sí?

-Aquí, en el extranjero, los nombres tienen sexo -insistió Tat esperanzada.

Yaya no mordió el anzuelo.

-Ya nada me sorprende -murmuró.

Tata perdió interés.

-Ese libro es uno de los de Desiderata, ¿verdad?

-Sí -respondió Yaya.

Se lamió el pulgar con todo decoro para pasar la página.

-¿Adónde ha ido Magrat?

-Se está echando una siestecita en el camarote -respondió Yaya sin alzar la vista.

-¿Ya se ha mareado?

-No, esta vez le duele la cabeza. Y haz el favor de callarte, Gytha, estoy intentando leer.

-¿De qué va? -preguntó alegremente Tata.

Yaya Ceravieja suspiró y puso el dedo sobre la página para marcar el punto.

-De ese lugar al que vamos -le explicó-. De Genua. Desiderata dice que es decadente.

La sonrisa de Tata Ogg permaneció inmutable.

-¿Sí? -dijo-. Qué bien, ¿no? Nunca he estado en una ciudad.

Yaya Ceravieja hizo una pausa. Llevaba un buen rato intrigada. No estaba nada segura del significado de la palabra "decadente". Ya había desechado la posibilidad de que significara "tener diez dientes" en el mismo sentido en que Tata Ogg, por ejemplo, era "unidente". Significara lo que significase, Desiderata había considerado necesario tomar nota de ello. Por lo general, Yaya Ceravieja no confiaba en los libros como fuentes de información, pero ahora no le quedaba más remedio.

Tenía la idea, un tanto vaga, de que "decadente" tenía algo que ver con no abrir las cortinas en todo el día.

-También dice que es una ciudad de arte, ingenio y cultura -siguió Yaya.

-Entonces, estaremos como en casa -respondió Tata con confianza.

-Y que destaca por la belleza de sus mujeres.

-Así que podremos confundirnos entre la población; nos tomarán por nativas.

Yaya pasó las páginas con sumo cuidado. Desiderata había tenido buen cuidado en narrar asuntos de todo el Disco. Pero, por desgracia, no había escrito para otros lectores que no fueran ella misma, de manera que sus notas tenían tendencia a resultar un tanto crípticas. Eran más "aides mémoire" que relatos coherentes.

Yaya siguió leyendo: "Ahora L. gobierna la ciudad desde detrás del trono y se dice que el Barón S. ha sido asesinado, que lo ahogaron en el río. Era un hombre cruel, pero no creo que fuera tan cruel como L., porque ella pretende convertir Genua en un Reino Mágico, en un lugar Feliz y Pacífico, y cuando eso sucede, hay que empezar a buscar espías por todas partes y nadie se atreve a hablar en voz alta, porque ¿quién osa denunciar el Mal que se hace en nombre de la Felicidad y la Paz? Todas las calles están limpias y las hachas afiladas. En fin, E. está a salvo, al menos por ahora. L. tiene planes para ella. Y la señora G., que fue la gran amante del Barón, se oculta en el pantano y lucha con magia del pantano, pero no se puede luchar contra la magia de espejos, que es todo Reflejo".

Las hadas madrinas iban en parejas, eso lo sabía bien Yaya. Así que allí estaban Desiderata y..., y L... Pero ¿quién podía ser esa mujer del pantano?

-¿Gytha? -empezó Yaya.

-¿Qups? -gruñó Tata Ogg, que estaba adormilada.

-Desiderata dice que una mujer de aquí es la "manta" de alguien.

-Debe de ser una metefuera -señaló Tata Ogg.

-Ah -asintió Yaya, sombría-. Una de esas cosas.

"Pero nadie puede detener el carnaval -siguió leyendo-. Si es posible hacer algo, tendrá que ser durante la Samedi Nuit Morte, la última noche del carnaval, la noche a medio camino entre los Vivos y los Muertos, cuando la magia fluye por las calles. Si L. es vulnerable en algún momento, será entonces, porque el Carnaval representa todo lo que ella detesta..."

Yaya Ceravieja se bajó el sombrero sobre los ojos para protegerse del sol.

-Aquí dice que hay un gran festival cada año -dijo-. Lo llaman "Carnaval".

-Eso es como nuestro Día del Gran Atracón -explicó Tata Ogg, la experta en tradiciones internacionales- ¡Garsón! ¡Etcétera gran Mint Tulipa avec petí bol de cacahuetes, pur favour!

Yaya Ceravieja cerró el libro.

Jamás lo admitiría ante otra persona, por supuesto, y menos aún ante otra bruja. Pero, a medida que se encontraban más cerca de Genua, Yaya iba perdiendo más y más confianza.

ELLA aguardaba en Genua. ¡Después de tanto tiempo! ¡La miraba desde el otro lado del espejo! ¡Y sonreía!

El sol caía de plano. Ella trataba de plantarle cara, pero tarde o temprano iba a tener que rendirse. Se acercaba el momento de quitarse otra camiseta.

Tata Ogg se dedicó durante un buen rato a dibujar postales para sus pacientes, y luego bostezó. Era una bruja a la que le gustaba tener ruido y gente a su alrededor. En resumen, Tata Ogg empezaba a aburrirse. Aquel bote era muy grande, más bien parecía una posada flotante. Estaba segura de que, en alguna parte, habría emociones fuertes.

Dejó el bolso en el asiento, y partió en busca de ellas.

Los trolls la siguieron, arrastrándose.

El sol era una bola redonda, roja, baja y gruesa, cuando Yaya Ceravieja se despertó. Miró a su alrededor con gesto culpable desde el refugio que le ofrecía el ala del sombrero, por si alguien se había dado cuenta de que se había dormido. Dormitar durante el día era algo que sólo hacían las ancianas, y Yaya Ceravieja sólo era una anciana cuando convenía a sus propósitos.

El único espectador era Greebo, acurrucado en la hamaca de Tata. Tenía su único ojo clavado en ella, pero no resultaba tan aterrador como la mirada lechosa, blanca, del otro ojo, el ciego.

-Sólo estaba preparando nuestra estrategia -murmuró, por si acaso.

Cerró el libro y se dirigió al camarote a zancadas. No era un camarote muy grande. Había otros que parecían enormes, pero, con la cuestión del vino de hierbas y todo eso, Yaya no se había sentido en condiciones de usar su Influencia para que les dieran uno.

Magrat y Tata Ogg estaban sentadas en una litera, en sombrío silencio.

-Me siento un poco famélica -dijo Yaya-. Cuando venía hacia aquí me llegó olor a estofado, ¿por qué no vamos a echar un vistazo?

¿Qué os parece?

Las otras dos siguieron mirando el suelo.

-Bueno, siempre nos queda la calabaza -dijo Magrat-. Y siempre nos queda el pan de los enanos. 1

-Siempre nos queda el pan de los enanos -repitió Tata automáticamente

Alzó la vista. Su rostro era una máscara de vergüenza.

-Eh..., Esme.... ¿te acuerdas del dinero ... ?

-¿El dinero que te dimos para que lo guardaras en tus bragas y que así no se perdiera?

-Sí, me refiero a ese dinero..., eh...

-¿El dinero de la bolsa de piel, el que teníamos que racionar al máximo y gastar con cautela? -insistió Yaya.

_Pues verás..., el dinero...

-Ah, ese dinero -asintió Yaya.

-... ya no lo tenemos... -dijo Tata.

-¿Nos lo han robado?

-¡Ha estado apostando! -intervino Magrat, con tono de remilgado espanto-. ¡Con hombres!

-¡No estuve apostando! -exclamó Tata- ¡Yo nunca apuesto! ¡Si apenas sabían jugar a las cartas! ¡Gané casi todas las partidas!

-Pero perdiste el dinero -dijo Yaya.

Tata Ogg bajó la vista de nuevo y murmuró algo.

-¿Qué? -preguntó Yaya.

-He dicho que gané casi todas las partidas -suspiró Tata-. Y luego pensé, oye, no estaría mal que tuviéramos un poco más de dinero, ya sabes, para gastar en la ciudad..., y siempre se me ha dado muy bien jugar al Porque...

-Así que decidiste apostar fuerte.

-¿Cómo lo sabes?

-Nada, una intuición -suspiró Yaya con cansancio-. Y, de repente, todos los demás empezaron a tener suerte. ¿Me equivoco?

-Fue una cosa rarísima -asintió Tata.

-Mmm.

-Pero no fue apostar -insistió Tata-. A mí no me pareció que fuera apostar. Cuando empecé a jugar, ellos no tenían ni idea. Jugar contra alguien que no tiene ni idea, no es apostar. Es puro sentido común.

-En esa bolsa había casi catorce dólares -gimió Magrat-. Sin contar la moneda extranjera.

-Mmm.

Yaya Ceravieja se sentó en la litera y tamborileó los dedos contra la madera. Sus ojos tenían una expresión distante. La palabra "fullero" nunca había llegado a su región de las Montañas del Carnero, donde la gente era amable y directa, y si se encontraran con un tramposo profesional, seguramente le clavarían la mano a la mesa de una manera amable y directa, sin preguntar con qué nombre se autodenominaba. Pero la naturaleza humana era idéntica en todas partes.

-No estás enfadada, ¿verdad, Esme? -preguntó Tata con ansiedad.

-Mmm.

-Supongo que podré conseguir una escoba nueva en cuanto volvamos a casa.

-Mm... ¿qué?

-Cuando perdió todo el dinero, se jugó la escoba -explicó Magrat, triunfal.

-¿Nos queda algo de dinero? -preguntó Yaya.

Tras registrar todos los bolsillos y las bragas, reunieron cuarenta y siete peniques.

-Bien -asintió Yaya. Recogió las monedas-. Con esto será suficiente. Al menos, para empezar. ¿Dónde están ahora esos hombres?

-¿Qué vas a hacer? -quiso saber Magrat.

-Voy a jugar a las cartas -replicó Yaya.

-¡No puedes! -exclamó la joven, que conocía bien aquel brillo en los ojos de Yaya-. ¡Vas a utilizar la magia para ganar! ¡No se puede usar la magia para cambiar las leyes del azar! ¡Eso es malo!

El barco era prácticamente una ciudad flotante, y el aire cálido de la noche hacía que a nadie le apeteciera demasiado pasar al interior. En la cubierta de la inmensa barcaza había grupos y más grupos de enanos, trolls y humanos que remoloneaban entre el cargamento. Yaya se abrió camino entre ellos y se dirigió hacia la taberna, una sala alargada que ocupaba casi toda la longitud del barco. Desde dentro le llegaron los sonidos de la juerga.

Los barcos fluviales eran el medio de transporte más rápido y sencillo en cientos de kilómetros. En ellos viajaba todo tipo de gentuza en busca de determinadas oportunidades, sobre todo ahora que se acercaban las celebraciones del Carnaval.

Entró en la taberna. A cualquier observador casual le habría parecido que la puerta era mágica. Yaya Ceravieja caminó hacia ella como de costumbre, con zancadas firmes. Pero en cuanto la atravesó, se convirtió en una anciana encorvada con una pronunciada cojera. Un espectáculo que sólo podía dejar de conmover a los corazones más encallecidos.

Se acercó a la barra, y se detuvo de repente. Tras ella se encontraba el espejo más grande que Yaya había visto en su vida. Lo miró fijamente, pero no le pareció amenazador. En cualquier caso, tendría que arriesgarse.

Encorvó la espalda un poco más y se dirigió hacia el camarero.

-Exquiusme mua, jouven -empezó.[15]

El camarero la miró sin demasiado interés, y siguió secando un vaso.

-¿Qué puedo hacer por usted, abuela? -dijo.

Apenas hubo un destello de algo en la expresión de senilidad de Yaya.

-Oh..., ¿me entiende?

-En el río se conoce a todo tipo de gente -respondió el camarero.

-Bueno.... querría saber si tendría la amabilidad de prestarme una.... ¿cómo se llaman esas cosas?.... una baraja de cartas -pidió Yaya con voz quebrada.

-¿Qué, va a jugar al Burro? -sonrió el joven.

Por los ojos de Yaya volvió a pasar un brillo gélido.

-No. Me gustan los solitarios. A ver si les cojo el tranquillo...

El camarero rebuscó debajo del mostrador, y le tendió una baraja mugrienta.

Yaya le dio las gracias con efusividad, y cojeó hasta una pequeña mesa entre las sombras. Repartió unas cuantas cartas al azar por la superficie llena de círculos de vaso y se las quedó mirando.

Tan sólo pasaron unos minutos antes de que una mano amable se posara sobre su hombro. Yaya alzó la vista hacia un rostro sincero y amable, un rostro al que cualquiera prestaría dinero. Cuando el hombre habló, un diente de oro centelleó entre sus labios.

-Disculpe, buena mujer -dijo-. Pero mis amigos y yo... -hizo un gesto en dirección a más rostros acogedores, sentados a una mesa cercana- nos sentiríamos mucho más satisfechos de nosotros mismos s¡ se sentara con nosotros. Es peligroso que una mujer viaje sola.

Yaya Ceravieja le dirigió una sonrisa bondadosa, y luego señaló los naipes con gesto distraído.

-Nunca me acuerdo de si los unos valen más o menos que las figuritas -dijo-. ¡El día menos pensado, me olvidaré de cómo me llamo!

Todos se echaron a reír. Yaya cojeó hasta la mesa contigua. Ocupó una silla vacía, de manera que el espejo quedaba tras ella.

Sonrió para sí y se inclinó hacia adelante, toda expectación.

-Díganme, díganme -cloqueó-. ¿Cómo se juega a esto?

Todas las brujas son perfectamente conscientes del valor de los cuentos. SIENTEN los cuentos de la misma manera que un bañista, en un estanque pequeño, siente las vibraciones causadas por una trucha inesperada.

Casi todo depende de saber cómo funcionan los cuentos.

Por ejemplo, cuando una persona obviamente inocente se sienta a la mesa con tres fulleros y pregunta "¿Cómo se juega a esto?", es evidente que alguien se va a llevar una buena sorpresa.

Magrat y Tata Ogg estaban sentadas codo con codo en la estrecha litera. Tata se distraía rascándole la barriga a Greebo, que ronroneaba.

-Si utiliza la magia para ganar, se va a meter en un lío espantoso -gimió Magrat. Y ya sabes lo mal que le sienta perder -añadió.

Yaya Ceravieja no era buena perdedora. Desde su punto de vista, perder era algo que sólo les sucedía a los demás.

-Es por eso del eggo que tiene -asintió Tata Ogg-. Todo el mundo tiene uno. Un eggo. Pero el de ella es muy grande. Claro que eso de los eggos grandes es típico de las brujas.

-Seguro que usa la magia, ya lo verás.

-Usar la magia en un juego de azar es tentar al Destino -dijo Tata Ogg-. Si haces trampas, no pasa nada. Es prácticamente legal. Es decir, las trampas están al alcance de cualquiera. En cambio, la magia..., en fin, que es tentar al Destino.

-No. Al Destino, no -replicó Magrat, sombría.

Tata Ogg se estremeció.

-Vamos -indicó la joven- No podemos permitir que lo haga.

-Es su eggo -insistió Tata Ogg con voz débil-. Un eggo grande es terrible.

-Tengo -recitó Yaya- tres dibujitos de reyes y esas cosas, y tres de esos números uno tan graciosos.

Los tres hombres sonrieron de oreja a oreja y se guiñaron los ojos unos a otros.

-¡Eso es un Reporque! -dijo el que había guiado a Yaya hasta la mesa, y al que todos llamaban "Señor Frank".

-Y eso es bueno, ¿verdad? -preguntó Yaya con inocencia.

-¡Eso quiere decir que vuelve a ganar usted, mi querida señora! -Empujó un montón de peniques hacia ella.

-Caray -dijo Yaya-. Entonces, ya tengo..., ¿cuánto es?... Casi cinco dólares...

-No lo entiendo -dijo el Señor Frank-. Debe de ser la famosa suerte del principiante, ¿eh?

-Si esto sigue así, pronto seremos pobres -dijo uno de sus compañeros.

-Desde luego, nos va a quitar hasta las chaquetas -añadió el tercer hombre-. Ja ja.

-Me parece que deberíamos rendirnos ya -asintió el Señor Frank-. Ja ja.

-Ja ja.

-Ja ja.

-¡Oh, yo quiero seguir! -exclamó Yaya, con una sonrisa ansiosa-. Le estoy cogiendo el tranquillo.

-Eso, sea deportiva, dénos ocasión de recuperar un poco de dinero, ja ja -dijo el Señor Frank- Ja ja.

-Ja ja.

-Ja ja.

-Ja ja. ¿Qué tal si subimos las apuestas a medio dólar? ¿Ja ja?

-Oh, seguro que una señora tan deportiva querrá subirlas a un dólar -dijo el tercer hombre.

-¡Ja ja!

Yaya contempló su montoncito de peniques. Por un momento pareció titubear, pero después todos vieron claramente que pensaba: "Tal como me vienen las cartas, ¿cuánto puedo perder?".

-¡Sí! -exclamó-. ¡A un dólar! -Se sonrojó-. Esto es muy emocionante, ¿verdad?

-Verdad -asintió el Señor Frank.

Cogió el mazo de cartas.

-En aquel momento, se oyó un ruido espantoso. Los tres hombres se volvieron hacia la barra, donde los fragmentos de espejo caían al suelo en cascada.

-¿Qué ha pasado?

Yaya le dedicó su mejor sonrisa dulce de anciana. Ella no se había vuelto.

-Supongo que se le ha resbalado el vaso que estaba secando y ha chocado contra el espejo -dijo- Espero que el pobre muchacho no tenga que pagarlo de su sueldo.

Los hombres intercambiaron miradas.

-Vamos -insistió Yaya-. Ya tengo preparado mi dólar.

El Señor Frank contempló nervioso los restos inservibles del espejo. Luego, se encogió de hombros.

El movimiento hizo que algo se moviera de su sitio. Se oyó un chasquido amortiguado, como el último estertor de una ratonera. El Señor Frank se puso blanco y se agarró la manga. Un pequeño mecanismo de metal, todo muelles y metal retorcido, cayó al suelo. Junto a él iba un arrugado As de Copas.

-Uuups -dijo Yaya.

Magrat volvió a mirar por la ventana de la taberna.

-¿Qué hace ahora? -siseó Tata Ogg.

-Está sonriendo otra vez -le dijo la joven.

Tata Ogg sacudió la cabeza.

-El eggo -suspiró.

Yaya Ceravieja jugaba de esa manera que hace que los fulleros profesionales de todo el multiverso se pasen horas al borde de un infarto.

Sujetaba las cartas con fuerza, encerrándolas bien entre las manos, a escasos centímetros de la cara. Sólo dejaba que sobresaliera una diminuta fracción de los naipes. Los miraba como retándolos a que la ofendieran. Y nunca, nunca apartaba la vista de ellos, excepto para vigilar al que repartía.

Y tardaba mucho, demasiado, en hacer sus jugadas. Y nunca, jamás corría riesgos.

Veinticinco minutos más tarde había perdido un dólar, y el Señor Frank sudaba a mares. En tres ocasiones, Yaya le había señalado candorosamente que, por accidente, estaba repartiendo cartas de la base del mazo, e incluso llegó a pedir otra baraja "porque, miren, ésta tiene montones de marquitas".

Seguro que el truco estaba en los ojos de la vieja. En dos ocasiones, el Señor Frank se había retirado con un nada despreciable Terceto, sólo para encontrarse con que ella tenía dos miserables Matrimonios. En la tercera ocasión, creyendo que había descubierto su estilo de juego, lanzó un respetable Porque directo a las fauces de la Escalinata Regia que la maldita vieja debía de haber estado construyendo durante siglos. Y entonces... los nudillos se le pusieron blancos, porque, entonces, la condenada anciana dijo: "¿He ganado? ¿Con todas estas cartas tan pequeñitas? ¡Canastos, qué suerte tengo!".

Y luego, empezó a canturrear cada vez que miraba sus cartas. En circunstancias normales, los tres habrían agradecido semejante cosa. Los golpecitos en los dientes, las cejas arqueadas, los repentinos picores en las orejas..., todos esos gestos eran casi como dinero bajo el colchón para un hombre que supiera leerlos. Pero aquella vieja espantosa era tan transparente como un trozo de carbón. Y el canturreo era... insistente. Uno acababa tratando de seguir la melodía. Hacía que los dientes chirriaran. Lo siguiente que sabían los jugadores es que estaban viéndola mostrar un magro Terceto ante sus aún más magros Matrimonios, y oyéndola decir "¿Otra vez gano yo?".

El Señor Frank intentaba desesperadamente recordar cómo se jugaba sin un mecanismo bajo la manga, un espejo bien colocado y una baraja marcada. Y mientras, escuchaba un canturreo que más bien parecía un tenedor arañando una pizarra.

Y, encima, aquella criatura endemoniada ni siquiera parecía saber jugar.

Una hora más tarde, ya había ganado cuatro dólares. Cuando volvió a decir "¡Soy una chica con suerte! ", el Señor Frank tuvo que morderse la lengua.

Y entonces le llegó a las manos un Reporque. No había manera posible de superar un Reporque. Era algo que sólo te sucedía una o dos veces en la vida.

¡Y ella se retiró! ¡La maldita vieja pasó! ¡Abandonó su miserable dólar y pasó!

Magrat volvió a mirar por la ventana.

-¿Qué está pasando? -quiso saber Tata.

-Todos parecen muy enfadados.

Tata se quitó el sombrero y sacó la pipa. La encendió y tiró la cerilla por la borda.

-Ah. Debe de estar canturreando, te lo digo yo. Esta Esme, es que tiene una manera de canturrear tan molesta...-Tata parecía satisfecha-. ¿Aún no se ha empezado a limpiar la oreja?

-No, creo que no.

-Nadie se limpia la oreja como Esme.

¡Se estaba limpiando la oreja!

Lo hacía de una manera muy femenina, muy señorial, seguro que la maldita vieja ni siquiera se daba cuenta de que lo hacía. Sencillamente, se limitaba a meterse el dedo meñique en la oreja y a retorcerlo. Hacía el mismo ruido que cuando se da tiza a un taco de billar.

Era una maniobra de diversión, ni más ni menos. Al final se doblegaría, como todos...

¡Otra vez había pasado! ¡Y él, que había tardado cinco jodidos minutos en preparar un maldito Porque!

-Recuerdo cuando vino a nuestra casa -dijo Tata Ogg-, a la fiesta por la coronación del rey Verence. Estuvimos jugando al Seis¡llo con los niños, pagábamos el punto a medio penique. Pues bien, acusó al pequeño de Jason de hacer trampas, y luego se pasó una semana de morros.

-¿Y el chico hacía trampas?

-Eso espero -asintió Tata con orgullo-. Lo malo de Esme es que no sabe perder. Es que nunca ha tenido ocasión de practicar.

-Lobsang Escurridizo dice que a veces hay que perder para ganar -señaló Magrat.

-Menuda tontería -replicó Tata-. Eso es Budismo Yen, ¿verdad?

-No. Los budistas yen son los que dicen que, para ganar, hay que tener montones de dinero -le explicó la joven-[16] En el Camino del Escorpión, la manera de ganar es perder todas las peleas, excepto la última. Tienes que usar la fuerza de tu adversario contra sí mismo.

-¿Cómo, haciendo que se pegue puñetazos o algo así? -se sorprendió Tata-. Menuda tontería.

Magrat se enfadó.

-¿Y tú qué sabes? -le espetó con una brusquedad poco habitual en ella.

-¿Qué?

-¡Bueno, pues estoy harta! -insistió la joven-. ¡Yo, por lo menos, hago un esfuerzo, intento aprender cosas! ¡No voy por ahí avasallando a la gente, ni me paso los días enteros de mal humor!

Tata se quitó la pipa de la boca.

-Yo nunca estoy de mal humor -dijo amablemente.

-¡No me refería a ti!

-Bueno, Esme está siempre de mal humor -asintió Tata-. Es su manera de ser.

-Y apenas hace magia de verdad. ¿De qué sirve ser una bruja si no haces magia? ¿Por qué no la utiliza para ayudar a la gente?

Tata la miró fijamente a través del humo de la pipa.

-Supongo que porque sabe lo bien que lo haría -replicó- Además, la conozco desde hace mucho tiempo. He conocido a toda su familia. Los Ceravieja siempre han tenido buena mano para la magia, sí, hasta los hombres. Deben de llevarlo en la sangre. Es como una especie de maldición. Y, de todos modos..., ella piensa que no se puede ayudar a la gente con la magia. Que no sería una buena ayuda. Y es verdad.

-Entonces ¿de qué sirve ... ?

Tata presionó el tabaco con una cerilla.

-Me parece recordar que fue a ayudarte cuando tuviste aquel brote de peste en tu aldea -señaló-. Sí, y trabajó las veinticuatro horas del día. Nunca he sabido de ningún enfermo que la necesitara y no recibiese ayuda, ni siquiera los más repugnantes. Y cuando aquel troll, ya sabes, el que vive bajo Montaña Rota, bajó a buscar ayuda porque su esposa estaba enferma y todo el mundo le tiraba piedras, fue Esme quien volvió con él para hacer de comadrona. Ja..., y cuando el viejo Gallinero Hopkins dio una pedrada a Esme, poco más tarde todos sus graneros se derrumbaron misteriosamente durante la noche. Ella siempre dice que no se puede ayudar a la gente con la magia, pero sí con la piel. Quiere decir que se ayuda más haciendo cosas reales.

-No digo que, en el fondo, no sea buena persona... -empezó Magrat.

-¡Ja! Pues yo, sí. Tendrías que buscar mucho para encontrar a una persona más mala en el fondo que Esme -se burló Tata Ogg-. Y te lo digo yo. Sabe exactamente lo que es. Nació buena, y maldita la gracia que le hace.

Tata dio unos golpecitos a la baranda con la pipa y se volvió hacia la taberna.

-Hay una cosa que debes saber sobre Esme, niña -dijo-. Y es que, además de un eggo inmenso, tiene psicolología. Me alegro de no tenerla yo.

Yaya había ganado ya doce dólares. En la taberna había cesado toda actividad. Se podía oír el chapoteo lejano de la rueda de palas y los gritos del hombre que marcaba el ritmo a los remeros.

Yaya ganó otros cinco dólares con un Terceto.

-¿Que quieres decir con eso de la psicolología? -se sorprendió Magrat-. ¿Es que has estado leyendo libros?

Tata no le hizo caso.

-Ya sé lo que viene a continuación -dijo- Ahora es cuando empieza a chasquear la lengua contra los dientes. Siempre lo hace después de limpiarse la oreja. Por lo general, quiere decir que prepara algo.

El Señor Frank tamborileó con los dedos sobre la mesa, se dio cuenta horrorizado de que lo estaba haciendo y pidió tres cartas más para ocultar su confusión. La vieja chalada no pareció darse cuenta.

El Señor Frank contempló las cartas.

Arriesgó dos dólares y pidió una carta más.

Las miró de nuevo.

Se preguntó cuáles serían las probabilidades en contra de obtener un Reporque dos veces en el mismo día.

Ahora, lo importante era no ponerse nervioso.

-Me parece -se oyó decir a sí mismo- que puedo arriesgar un par de dólares más.

Miró a sus compañeros. Éstos, obedientes, se retiraron uno tras otro.

-Pues yo..., no sé... -dijo Yaya, que al parecer hablaba con sus cartas. Volvió a limpiarse la oreja-. Tch tch tch. ¿Cómo se llama eso, ya saben, cuando uno pone más dinero en la mesa?

-Se llama "subir la apuesta" -respondió el Señor Frank, con los nudillos blancos.

-Pues quiero una subida de puesta de ésas. Cinco dólares, ¿vale?

El Señor Frank apretó las rodillas.

-Los veo y subo diez dólares -dijo, mordiendo las palabras.

-Yo también hago eso -respondió Yaya.

-Yo puedo subir otros veinte dólares.

-Yo..., -Yaya bajó la vista, alicaída de repente-. Tengo... una escoba.

Un pequeño timbre de alarma empezó a sonar en el fondo de la cabeza del Señor Frank, pero ya galopaba de cabeza hacia la victoria.

-¡Acepto!

Extendió sus cartas sobre la mesa.

La multitud suspiró.

Empezó a recoger todas las monedas.

La mano de Yaya se cerró sobre su muñeca.

-Aún no he mostrado mis cartas -dijo con voz maliciosa.

-Ni falta que hace -replicó el Señor Frank-. No puede tener nada mejor que esto, señora.

-Sí que puedo -dijo Yaya-. Puedo tener un Recontraporque, ¿no?

Él titubeó.

-Pero..., pero..., para eso haría falta una escalinata perfecta de color... -se atragantó, perdiéndose en las profundidades de los ojos de Yaya.

La anciana se sentó.

-¿Sabe? -dijo con tranquilidad-, ya me parecía a mí que tenía muchas de estas negras puntiagudas. Me parece que eso es bueno, ¿verdad?

Mostró sus cartas. El público reunido dejó escapar una exclamación al unísono.

El Señor Frank miró a su alrededor como una fiera acorralada.

-Oh, sí, señora, es excelente -dijo un caballero de edad avanzada.

La multitud aplaudió educadamente. Aquella multitud tan inoportuna.

-Eh... sí -gimió el Señor Frank- Sí. Bien hecho. Aprende usted deprisa, ¿eh?

-Más deprisa que usted, desde luego. Me debe veinticinco dólares y una escoba -replicó Yaya.

Magrat y Tata Ogg la estaban esperando cuando salió de la taberna.

-Aquí tienes tu escoba -rugió-. Espero que hayáis recogido vuestras cosas porque nos vamos.

-¿Por qué? -se sorprendió Magrat.

-Porque, en cuanto las cosas se calmen un poco, unos hombres irán a buscarnos.

La siguieron hacia su pequeño camarote.

-¿No utilizaste la magia? -quiso saber Magrat.

-No.

-¿Y no hiciste trampas? -preguntó Tata Ogg.

-No. Sólo era cuestión de cabezología -replicó Yaya.

-¿Dónde aprendiste a jugar tan bien? -se interesó Tata.

Yaya se detuvo. Tropezaron con ella.

-¿Os acordáis del invierno pasado, cuando la anciana Madre Dismass estuvo tan pachucha y yo iba a hacerle compañía todas las noches durante casi un mes?

-¿Sí?

-Pues si te pasas las noches jugando al Porque con alguien que tiene cataratas en su visión de futuro, aprendes a jugar a base de bien -respondió Yaya.

<<Queridos Jason y familia:

Lo que más hay aquí en el extranjero son olores, cada vez los conozco mejor. Esme le grita a todo el mundo, creo que piensa que son extranjeros sólo para molestarla, pero lo que es yo no me había divertido tanto en mi vida. Aunque la verdad es que aquí la gente se porta de lo más raro, nos paramos no me acuerdo dónde a comer y ponía que hacían stik tartar, y se pusieron muy de morros porque pedí el mío muy hecho. Besos a montones, MAMA.>>

Aquí, la luna estaba más cerca.

Dada la órbita de la luna en torno al Mundodisco, el satélite pasaba muy alto sobre las Montañas del Carnero. En cambio, aquí, más cerca de la Periferia, era más grande. Y más naranja.

-Como una calabaza -señaló Tata Ogg.

-Creí que habíamos quedado en que nadie volvería a mencionar las calabazas -dijo Magrat.

-Bueno, es que como no hemos cenado nada... -se quejó Tata.

Y había una cosa más. Excepto en los días más calurosos del verano, las brujas no estaban acostumbradas a las noches cálidas. No les parecía del todo correcto volar bajo una enorme luna anaranjada, sobre el follaje oscuro que se movía y zumbaba por la actividad de los insectos.

-Ya debemos de estar muy lejos del río -dijo Magrat- ¿No podemos aterrizar, Yaya? ¡Es imposible que nos hayan seguido hasta aquí!

Yaya Ceravieja miró hacia abajo. En aquella zona, el río describía meandros, grandes curvas brillantes, con lo que había que recorrer treinta kilómetros para avanzar siete. La tierra que quedaba entre los caracoles de agua era un entramado de colinas y bosques. A lo lejos, brillaban unas luces que quizá fueran Genua.

-Si tengo que ir en escoba toda la noche, me va a doler mucho el itinerante -se quejó Tata.

-¡Oh, de acuerdo, de acuerdo!

-Allí hay una ciudad -señaló Magrat-. Y un castillo.

-¡Oh, no! ¡Otro no!

-Es un castillito que parece muy agradable -insistió la joven-. ¿Por qué no vamos a verlo? Ya estoy harta de posadas...

Yaya miró hacia abajo. Su visión nocturna era excelente.

-¿Seguro que es un castillo? -titubeó.

-Desde aquí veo los torreones y todo eso -asintió Magrat-. Sí es un castillo, sí.

-Mmm. Veo algo más que torreones -dijo Yaya-. Será mejor que vayamos a echar un vistazo, Gytha.

Nunca se oía sonido alguno en el castillo durmiente. Sólo a finales del verano, cuando las fresas maduras caían de las matas y chocaban suavemente contra el suelo. A veces, los pájaros intentaban anidar entre los espinos que ahora cubrían la sala del trono desde el suelo hasta el techo, pero no pasaba mucho tiempo antes de que también ellos cayeran dormidos. Aparte de eso, haría falta un oído finísimo para oír el susurro de los brotes al crecer y de los capullos de las flores al abrirse.

Así estaban las cosas desde hacía diez años. No se oía sonido alguno en...

-¡Eh, abran!

-¡Bonas fiedas viajeras en busca de no sé qué!

"... no se oía sonido alguno en..."

-Pon las manos para que suba, Magrat. Eso es. Ahora...

Sí que se oyó un sonido, el del cristal al romperse.

-¡Has roto la ventana!

"... no se oía sonido alguno en..."

-Tendrás que ofrecerte a pagárselo.

La puerta del castillo se abrió lentamente. Tata Ogg echó un vistazo hacia el interior y se adentró junto con las otras dos brujas, al tiempo que se quitaba espinas y briznas de hierba del pelo.

-Esto es un auténtico asco -dijo-. Hay gente durmiendo por todas partes, tienen telarañas por encima. Estabas en lo cierto, Esme, por aquí ha habido magia.

Las brujas se abrieron camino por el castillo lleno de maleza. El polvo y las hojas secas cubrían las alfombras. Unos jóvenes sicomoros hacían un valiente esfuerzo por apoderarse del patio. Las enredaderas cubrían por completo las paredes.

Yaya Ceravieja puso en pie a un soldado durmiente. De su uniforme cayó una cascada de polvo.

-¡Despierta! -le ordenó.

-Qupsa -murmuró el soldado.

Volvió a derrumbarse.

-Están igual por todo el castillo -dijo Magrat, que se abría camino como podía entre el matorral de helechos que crecía desde la cocina Ahí están los cocineros, todos roncando, ¡y en las cacerolas no hay más que moho! ¡Hasta los ratones de la despensa están dormidos!

-Minin -refunfuñó Yaya- Seguro que en el fondo de todo esto hay una rueca. Os lo digo yo.

-¿Crees que es cosa de Aliss la Negra? -preguntó Tata Ogg.

-Eso parece -asintió Yaya-. O de alguien como ella -añadió en voz más baja.

-Esa bruja sí que sabía cómo funcionan los cuentos --dijo Tata-. A veces, estaba metida hasta en tres a la vez.

Hasta Magrat había oído hablar de Aliss la Negra. Se decía que era la bruja más poderosa de la historia..., no exactamente mala, pero sí tan poderosa que a veces no se notaba la diferencia. Cuando se trataba de hacer dormir un palacio durante cien años, o de conseguir que las princesas tejieran paja y la convirtieran en Odro,[17] no había otra como Aliss la Negra.

-La vi una vez -rememoró Tata, mientras subían por la escalinata principal del castillo-. La vieja Deliria Blandurria me llevó a verla cuando yo era niña. Pero claro, para entonces Aliss ya se estaba volviendo un tanto... excéntrica. Casitas de chocolate, todas esas cosas.

Hablaba con tristeza, como si se refiriese a una pariente anciana a quien de pronto le hubiera dado por usar la ropa interior por encima del vestido.

-Debió de ser antes de que aquellos dos niños la encerraran en su propio horno -dijo Magrat, muy ocupada en desenredar su manga de unas zarzas.

-Sí. Fue una auténtica pena. Es decir, Aliss nunca se llegó a comer a nadie -suspiró Tata-. Bueno, a muy poca gente. Es lo que se decía, ya lo sé, pero...

-Eso es lo que sucede cuando uno se mete en los cuentos -gruñó Yaya-. Lo empieza a ver todo confuso. Llega un momento en que no se sabe qué es real y qué no. Y, al final, los cuentos se apoderan de ti. Te vuelven la cabeza del revés. No me gustan los cuentos. No son reales. Y a mí no me gustan las cosas que no son reales.

Abrió una puerta.

-Ah. Una cámara -dijo con voz despectiva-. Hasta puede que haya un cenador.

-¡Caray, qué deprisa crecen estas cosas! -se sorprendió Magrat.

-Parte de la culpa la tiene el hechizo temporal -explicó Yaya-. Ah, ahí está la chica. Sabía que no tardaríamos en encontrarla.

Había una figura tendida en la cama, en un lecho de rosales con rosas rojas.

-Y ahí tienes la rueca -señaló Tata.

Así era, la forma del instrumento apenas resultaba visible entre la hiedra.

-¡Ni se te ocurra tocarla! -le advirtió Yaya.

-No te preocupes. La cogeré por el pedal y la tiraré por la ventana.

-¿Cómo sabéis todo eso? -preguntó Magrat.

-Porque es un mito rural -dijo Tata-. Ha sucedido montones de veces.

Yaya Ceravieja y Magrat contemplaron la figura durmiente de la niña. Tenía unos trece años, y su piel parecía casi plateada bajo la lapa de polvo y polen.

-¿No es preciosa? -suspiró Magrat, la del corazón de oro.

Detrás de ellas, se oyó el ruido de la rueca al estrellarse contra los guijarros lejanos del patio. Tata Ogg se acercó a ellas, frotándose las manos.

-Lo he visto docenas de veces -aseguró.

-No es verdad -replicó Yaya.

-Bueno, lo he visto por lo menos una vez -insistió Tata, sin avergonzarse en absoluto-. Y me lo han contado docenas de veces. Todo el mundo lo conoce. Es un mito rural, ya os lo he dicho. A todo el mundo le han contado que sucedió en el pueblo del vecino del amigo de un primo...

-Porque es verdad -asintió Yaya.

Cogió una de las muñecas de la chica.

-Está dormida porque tiene que venir un... -empezó Tata.

Yaya se dio la vuelta.

-Ya lo sé, ya lo sé. Ya lo sé, ¿vale? Lo sé tan bien como tú, ¿qué te crees? -Se inclinó sobre la mano inerte-. Esto es lo que hacen las hadas madrinas, ¿eh? Entrometerse siempre, querer controlarlo todo. ¡Ja! Una chica se envenena un poquito, y hala, ¡todos a dormir cien años! Eso es hacerlo por lo fácil. Y todo por un pinchazo. Como si fuera el fin del mundo. -Hizo una pausa. Tata Ogg estaba tras ella. No había manera humana de que viera su expresión-. ¿Gytha?

-¿Sí, Esme?

-Te estoy sintiendo sonreír. Guárdate tu psicolología de baratillo para quien la quiera.

Yaya cerró los ojos y murmuró unas palabras.

-¿Quieres que use la varita? -preguntó Magrat, titubeante.

-Ni se te ocurra -le advirtió Yaya.

Siguió murmurando.

Tata asintió.

-Muy bien, ya le vuelve el color a la cara -dijo.

Unos minutos más tarde, la niña abrió los ojos y miró con ojos nublados a Yaya Ceravieja.

-¡Ya es hora de levantarse! -exclamó Yaya, con una voz desacostumbradamente alegre-. Te estás perdiendo lo mejor de la década.

La niña trató de fijar los ojos en Tata, luego en Magrat, y por fin volvió a mirar a Yaya Ceravieja.

-¿Tú? -dijo.

Yaya arqueó las cejas y miró a las otras dos.

-¿Yo?

-¿Tú... aún estás aquí?

-¿Aún? -repitió Yaya- No había estado aquí en mi vida, guapita.

-Pero...

La niña parecía asombrada. Y, en opinión de Magrat, también asustada.

-Yo también me siento así por las mañanas, cariño -dijo Tata Ogg, al tiempo que daba unas palmaditas en la mano a la niña-. No me entero de nada hasta que no me tomo una buena taza de té. Bueno, supongo que el resto de la gente se despertará de un momento a otro. Claro que quizá tengas que esperar hasta que limpien las teteras, están llenas de ratas... ¿Esme?

Yaya estaba mirando una forma cubierta de polvo, adosada a la pared.

-Entrometida... -susurró.

-¿Qué pasa, Esme?

Yaya Ceravieja recorrió la habitación a zancadas, y sacudió el polvo de un gran espejo lleno de adornos.

-¡Ja! -exclamó. Se dio media vuelta-. Nos vamos ya -ordenó.

-Pero ¿no íbamos a descansar un poco? ¡Si casi está amaneciendo! -se sorprendió Magrat.

-Me parece que aquí estamos de más -replicó Yaya, mientras salía de la habitación.

-Es que ni siquiera hemos... -empezó Magrat.

Volvió la vista hacia el espejo. Era de esos grandes, ovalados, con el marco dorado. Parecía de lo más normal. Y no era propio de Yaya Ceravieja asustarse de su propio reflejo.

-A veces se pone así de rara -suspiró Tata Ogg- Bueno, no servirá de nada que nos quedemos aquí. Vámonos. -Dio una palmadita cariñosa en la cabeza a la asombrada princesa- Hasta la vista, guapita. Con una escoba y un hacha, dentro de un par de semanas tendréis el castillo como nuevo.

-Ha parecido como si reconociera a Yaya -le comentó Magrat, al tiempo que se apresuraban a seguir los pasos de la figura rígida de Esme Ceravieja escalera abajo.

-Bueno, pero nosotras sabemos que no es posible -replicó Tata Ogg- Esme no ha estado por estas tierras en toda su vida.

-Aun así, no entiendo por qué se empeña en que nos vayamos tan deprisa -insistió Magrat-. Supongo que esta gente, cuando despierten, estarán muy agradecidos de que hayamos roto el hechizo y todo eso.

El resto del palacio estaba volviendo a la vida. Pasaron al trote junto a un par de guardias, que miraban asombrados sus uniformes cubiertos de telarañas y los arbustos que crecían por doquier. Mientras recorrían el patio lleno de vegetación, un anciano vestido con una túnica descolorida salió por una puerta lateral y se apoyó contra la pared tratando de recuperar la compostura. En aquel momento, vio a Yaya Ceravieja.

-¿Tú? -gritó- ¡Guardias!

Tata Ogg no titubeó. Cogió a Magrat por el codo y echó a correr. Alcanzaron a Yaya Ceravieja junto a las puertas del castillo. Uno de los guardias, que por lo visto tenía mejor despertar que su colega, dio un paso tambaleante hacia adelante e intentó cortarles el paso con la pica, pero Yaya no tuvo más que empujarla para hacer que el hombre girara suavemente.

Salieron del castillo y corrieron hacia las escobas, que habían dejado apoyadas contra un árbol. Yaya agarró la suya sin detenerse y, por una vez, se puso en marcha casi al primer intento.

Una flecha pasó silbando junto a su sombrero y fue a clavarse en una rama.

-¡No me parecen maneras de demostrar su gratitud! -exclamó Magrat, mientras las escobas ascendían y planeaban sobre los árboles.

-Hay que ver el mal despertar que tienen algunas personas -asintió Tata.

-Parecía como si todo el mundo te conociera, Yaya -dijo Magrat.

El viento sacudió la escoba de Yaya.

-¡Pues no me conocían! -gritó-. ¡No me han visto nunca! ¿Vale?

Volaron en preocupado silencio durante un rato.

Lo rompió Magrat, quien, en opinión de Tata Ogg, tenía un talento inocente para meterse en terreno peligroso.

-¿Creéis que ha sido lo más correcto? -dijo-. En mi opinión, esto tendría que haberlo hecho un apuesto príncipe.

-¡Ja! -bufó Yaya, que volaba por delante de ellas-. ¿Y de qué serviría eso? ¿Es que por abrirse camino entre unos cuantos zarzales demuestra que va a ser un buen marido, o qué? ¡Así piensan las hadas madrinas! ¡Bah! ¡Van por ahí infligiendo finales felices a la gente, tanto si quieren como si no!

-Los finales felices no tienen nada de malo -respondió Magrat, acalorada.

-Atiende, los finales felices están muy bien y resultan ser felices -dijo Yaya, mirando hacia el cielo-. Pero no los puedes fabricar para los demás. Es como pensar que la única manera de garantizar un matrimonio feliz es cortar la cabeza a los novios en cuanto dicen "sí, quiero". No se puede fabricar la felicidad...

Yaya Ceravieja contempló la ciudad a lo lejos.

-Todo lo que se puede hacer -dijo-, es fabricar un final.

Desayunaron en un claro del bosque. El desayuno consistió en calabaza a la brasa. Hasta sacaron el pan de los enanos para echarle un vistazo. Pero ese pan tenía un algo milagroso. Nadie sentía hambre cuando llevaba en la bolsa un pan de los enanos que quisiera evitar comer. Sólo hacía falta mirarlo un momento, y al instante se te ocurrían docenas de cosas que podías comer en su lugar. Unas botas, sin ir más lejos. Montañas. Ovejas crudas. Tu propio pie.

Hasta intentaron dormir un poco. Por lo menos, Tata y Magrat lo intentaron. Pero lo único que consiguieron fue pasar un rato tumbadas, con los ojos abiertos, escuchando el refunfuñar de Yaya Ceravieja. Nunca la habían visto tan disgustada.

Más tarde, Tata sugirió que dieran un paseo. Dijo que hacía un día precioso. Dijo que aquel bosque parecía muy interesante, que seguro que encontrarían muchas hierbas nuevas que examinar. Dijo que todo el mundo se sentiría mejor después de dar un paseo bajo la primera luz del sol. Dijo que aquello las animaría.

Y era un bosque muy bonito, desde luego. Media hora más tarde, hasta Yaya Ceravieja se mostró dispuesta a admitir que, en ciertos aspectos, no era totalmente extranjero ni de pacotilla. De cuando en cuando, Magrat se salía del camino para coger flores. Tata incluso cantó unas cuantas estrofas de "El Cayado De Un Mago Tiene Un Nudo En La Punta" sin que las otras dos protestaran demasiado.

Pese a todo, algo iba mal. Tata Ogg y Magrat notaban que algo las separaba de Yaya Ceravieja, una especie de muro mental, algo importante que les estaba ocultando deliberadamente. Por lo general, las brujas no tenían muchos secretos entre ellas, aunque sólo fuera porque todas eran tan entrometidas que nunca tenían ocasión de guardar secretos. Por tanto, la situación era preocupante.

Y entonces, al dar la vuelta a un recodo del sendero, junto a un grupo de robles gigantescos, se encontraron con la niñita de la capa roja.

Iba saltando por el camino, cantando una canción bastante más sencilla y mucho más limpia que cualquiera del repertorio de Tata Ogg. No vio a las brujas hasta que casi tropezó con ellas. Se detuvo y les dedicó una sonrisa inocente.

-Hola, ancianas -dijo.

-Ejem -carraspeó Magrat.

Yaya Ceravieja se inclinó.

-¿Qué haces tú sola por el bosque, jovencita?

-Le llevo esta cesta con comida a mi abuelita -respondió la niña.

Yaya se irguió con una mirada distante en los ojos.

-Esme -dijo Tata Ogg, apremiante.

-Lo sé, lo sé -replicó Yaya.

Magrat se inclinó y compuso en su rostro la sonrisa idiota que suelen utilizar los adultos a los que les gustaría llevarse bien con los niños, pero que no lo lograrán en su vida.

-Eh..., dime una cosa, señorita..., ¿te ha advertido tu madre que tengas cuidado por si hay lobos malos en el bosque?

-Claro.

-Y tu abuelita... -intervino Tata Ogg-. Seguro que debe de estar enferma últimamente, ¿verdad?

-Sí, por eso le llevo la cesta con comida... -empezó la niña.

-Ya me parecía a mí.

-¿Conocéis a mi abuelita? -preguntó la chiquilla.

-Sssí... -respondió Yaya Ceravieja-. En cierto modo.

-Sucedió camino de Skund, cuando yo era niña -dijo Tata Ogg en voz baja-. Nadie supo qué había sido de la abue...

-¿Dónde está la casa de tu abuelita, pequeña? -preguntó Yaya Ceravieja en voz alta, al tiempo que daba un buen codazo a Tata en las costillas.

La niña señaló un sendero secundario.

-No serás la bruja mala, ¿verdad? -quiso saber.

Tata carraspeó.

-¿Yo? No. Somos..., somos... -empezó Yaya.

-Somos hadas -dijo Magrat.

Yaya Ceravieja se quedó boquiabierta. A ella nunca se le habría ocurrido semejante explicación.

-Ah, es que mi madre también me previno sobre la bruja mala-explicó la niña. Miró a Magrat con gesto inquisitivo-. ¿Qué clase de hadas?

-Eh..., hadas de las flores -respondió la joven-. Mira, tengo una varita...

-¿De cuáles?

-¿Qué?

-¿De qué flores?

-Eh... -titubeó Magrat-. Bueno, yo soy... el Hada Tulipán, y ella es... -Trató de no mirar directamente a Yaya-. Es... el Hada... Margarita..., y ésta es...

-El Hada Puercoespín -terminó Tata Ogg.

Esta añadidura al panteón sobrenatural fue considerada debidamente.

-No puedes ser el Hada Puercoespín -dijo la niña, tras pensar un rato-. Un puercoespín no es una flor.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque tiene espinas.

-También tiene espinas el acebo. Y el cardo.

-Ah.

-Y tengo una varita -insistió Magrat.

Sólo ahora se atrevió a mirar al Hada Margarita.

-Deberíamos ir a echar un vistazo -dijo Yaya Ceravieja-. Quédate aquí con el Hada Tulipán... Te llamabas así, ¿no? Nosotras iremos a asegurarnos de que tu abuelita se encuentra bien. ¿De acuerdo?

-Me apuesto lo que sea a que no es una varita de verdad -dijo la niña haciendo caso omiso de Yaya, con la habilidad infalible de los pequeños para encontrar el eslabón más débil de cualquier cadena-. ¿A que no puedes transformar cosas en cosas?

-Bueno... -empezó Magrat.

-Me apuesto lo que sea -insistió la niña-, me apuesto lo que sea a que no puedes transformar ese tronco de árbol, el de allá, en..., en..., en una calabaza. Ja ja, me apuesto lo que sea a que no puedes. Me apuesto un trillón de dólares a que no puedes transformar ese tronco en una calabaza.

-Ya veo que vosotras dos os vais a llevar muy bien -dijo el Hada Puercoespín-. Volveremos enseguida.

Las dos escobas volaron a poca distancia de los árboles, sobre el sendero del bosque.

-Puede que sea una simple coincidencia -dijo Tata Ogg.

-Imposible -replicó Yaya-. ¡La niña hasta lleva la capa roja!

-Yo también tenía una capa roja a los quince años -señaló Tata.

-Sí, pero tu abuelita vivía en la puerta de al lado. No tenías que preocuparte por los lobos cada vez que ibas a verla -respondió Yaya.

-No. Sólo del viejo Sumpkins, el inquilino.

-Sí, pero aquello no fue más que una coincidencia.

Una columna de humo azulado ascendía entre los árboles, delante de ellas. Poco más allá, a un lado, oyeron el ruido de un árbol al caer.

-¡Leñadores! -exclamo Tata-. Si hay leñadores, no pasa nada. Uno de ellos llega corriendo a...

-Eso es lo que les cuentan a los niños -replicó Yaya, acelerando aún más-. Además, ¿de qué le sirve eso a la abuela? ¡A ella ya se la han comido!

-Siempre he detestado ese cuento -suspiró Tata-. A nadie le importa lo que les pase a las pobres ancianas indefensas.

El sendero desaparecía bruscamente al borde de un claro. Entre los árboles había una extraña cocina al aire libre y un miserable toldo combatía el escaso sol que se filtraba entre el follaje. En el centro del jardín había algo que debía de ser la casita con techo de paja, porque nadie apilaría tan mal un montón de heno.

Saltaron de las escobas en marcha, dejando que se detuvieran solas contra los arbustos, y golpearon la puerta de la casita.

-Puede que lleguemos tarde -dijo Tata-. Quizá el lobo ya haya...

Tras unos momentos oyeron el sonido amortiguado de unos pasos arrastrados en el interior, y la puerta se abrió unos milímetros. En la penumbra, alcanzaron a entrever un ojo desconfiado.

-¿Sí? -inquirió una voz temblorosa, procedente de debajo de aquel ojo.

-¿Es usted la abuela? -preguntó Yaya Ceravieja sin contemplaciones.

-¿Son ustedes cobradoras de impuestos, querida?

-No, señora, somos...

-... hadas -se apresuró a terminar el Hada Puercoespín.

-Nunca abro la puerta a gente que no conozco, querida -dijo la voz. El tono se hizo un poquito más petulante- Y menos a gente que nunca hace la colada, ni aunque le deje un cuenco de leche casi fresca.

-Nos gustaría hablar con usted unos momentos -dijo el Hada Margarita.

-¿Sí? ¿Lleva usted alguna identificación, querida?

-Sabemos que no nos hemos equivocado de abuela -susurró el Hada Puercoespín-. El parecido de familia salta a la vista. Tiene las orejas enormes.

-Oye, no es ella la que tiene las orejas grandes -bufó el Hada Margarita-. El que tiene las orejas grandes es el lobo. De eso se trata el asunto. ¿Es que nunca te enteras de nada?

La abuela las miró con interés. Tras toda una vida de creer en ellas por fin estaba viendo hadas, y era toda una experiencia. Yaya Ceravieja advirtió su expresión de perplejidad.

-A ver cómo se lo diría yo, señora -empezó, en un tono despóticamente razonable-. ¿Le parecería bien que un lobo se la comiera viva?

-Pues no me parecería nada bien, querida, no -respondió la abuela invisible.

-La alternativa somos nosotras -dijo Yaya.

-Canastos. ¿Está segura?

-Palabra de hadas -respondió el Hada Puercoespín.

-Vaya, vaya. ¿De veras? Bueno, pasen. Pero nada de trucos, ¿eh? Y a ver si hacen la colada de una vez. Por cierto, no tendrán una olla con oro, ¿verdad?

-Eso son los duendes.

-No, los duendes son los que viven en los pozos. Se refiere a los goblins.

-No seas idiota, ésos son los que están siempre bajo los puentes.

-No, tú te refieres a los trolls.

-Bueno, el caso es que no tenemos ninguna olla con oro.

-Oh -suspiró la abuela-. Debí imaginarlo.

A Magrat le gustaba pensar que era buena con los niños, y le preocupaba no serlo. No le gustaban demasiado, y eso también le tenía un tanto preocupada. A Tata Ogg no le costaba nada eso de ser buena con los niños, sólo tenía que alternar aleatoriamente los caramelos con los tirones de orejas; Yaya Ceravieja hacía como si no existieran, cosa que también funcionaba. Mientras que Magrat se preocupaba. Aquello no era justo.

-Te apuesto un quintillón de trillones de millones de dólares a que no puedes transformar ese arbusto en una calabaza -señaló la niña.

-Pero, mira, si todos los otros se han transformado en calabazas -señaló Magrat.

-Tarde o temprano te fallará -dijo la niña con placidez.

Magrat contempló impotente la varita. Lo había intentado todo: desear, vocalizar..., incluso, cuando pensó que las otras brujas estaban demasiado lejos como para oírla, la había golpeado contra las cosas al tiempo que gritaba: "¡Cualquier cosa menos calabazas!".

-No sabes manejarla, ¿a que no? -señaló la niña.

-Oye -dijo Magrat-, dijiste que tu madre sabe que hay un gran lobo malo en el bosque, ¿verdad?

-Sí.

-Pero, de todos modos, te ha enviado sola a llevar esa comida a tu abuelita.

-Sí, ¿por qué?

-Nada. Cosas que se me ocurren. Por cierto, me debes un muchillón de quintillones de trillones de millones de dólares.

Existe una cierta masonería entre las abuelas, con la ventaja añadida de que nadie tiene que andar a la pata coja, ni recitar juramentos para entrar a formar parte de ella. Una vez en el interior de la casita, con una tetera sobre el fuego, Tata Ogg se sintió como en casa. Greebo se tendió ante el magro fuego y se echó una siestecita, mientras las brujas trataban de dar explicaciones.

-No entiendo cómo va a entrar aquí ningún lobo, querida -dijo la abuela con voz amable-. Los lobos son lobos, no sé si me entiendes. No saben abrir puertas.

Yaya Ceravieja apartó un harapo que hacía las veces de cortina, y miró en dirección al bosque.

-Ya lo sabemos -dijo.

Tata Ogg señaló una camita, situada en un rincón junto a la chimenea.

-¿Ahí es donde duerme? -preguntó.

-Sí, querida, cuando no me siento muy bien. Si no, subo al desván.

-Yo que usted, subiría ahora mismo. Y, si no le importa, llévese a mi gato. No me gustaría que nos estorbara.

-¿Ahora viene lo de que limpian la casa y hacen toda la colada a cambio de un cuenco de leche? -preguntó la abuela, esperanzada.

-Podría ser. Nunca se sabe.

-Qué cosas, querida. La verdad, imaginaba que eran más pequeñitas...

-Es que vivimos al aire libre -replicó Tata-. Venga, venga, váyase ya.

Se quedaron las dos solas. Yaya Ceravieja recorrió con la vista aquella habitación, semejante a una cueva. Los juncos del suelo iban camino de convertirse en abono. Las telarañas del techo estaban cubiertas de hollín.

La única manera de limpiar aquella casa era con una pala. O mejor aún, con una cerilla.

-Hay que ver, qué cosas -dijo Tata, cuando la anciana hubo subido con dificultades por la escalera-. Y es más joven que yo. Aunque claro, yo hago ejercicio.

-Tú no has hecho ejercicio en tu vida -replicó Yaya Ceravieja, que seguía vigilando los arbustos desde la ventana-. En tu vida has hecho nada que no quisieras hacer.

-A eso me refiero -contestó Tata alegremente-. Mira, Esme, yo insisto en que esto puede ser una simple...

-¡No lo es! Presiento el cuento. Alguien ha estado haciendo que sucedan cuentos por aquí, lo sé.

-Y sabes muy bien quién ha sido, ¿verdad, Esme? -señaló Tata con astucia.

Vio como Yaya examinaba rápidamente las paredes mugrientas.

-Supongo que la abuela es demasiado pobre como para permitirse el lujo de un espejo -insistió Tata-. No estoy ciega, Esme. Sé muy bien que los espejos y las hadas madrinas nunca andan muy lejos. Bueno, ¿qué está pasando?

-No te lo pienso decir. No quiero parecer una idiota si me equivoco. Es una..., ¡algo se acerca!

Tata Ogg apretó la nariz contra la sucia ventana.

-No veo nada.

-Los arbustos se han movido. ¡Métete en la cama!

-¿Yo? ¡Pensaba que eras tú la que se iba a meter en la cama!

-¿Y qué te ha hecho suponer eso?

-Ni idea. Ahora que lo dices, ni idea --replicó Tata con voz cansada.

Cogió el gastado gorro de dormir que colgaba de uno de los postes de la cama, se lo puso y se metió bajo la colcha de cuadros.

-¡Eh, este colchón está relleno de paja!

-No tendrás que estar tumbada mucho rato.

-¡Hace cosquillas! ¡Y creo que hay cosas dentro!

Algo chocó contra la pared de la casa. Las brujas se quedaron en silencio.

Algo olisqueó bajo la puerta trasera.

-No sé si te has dado cuenta -susurró Tata, mientras aguardaban- , pero el fregadero está hecho un asco. No hay nada de leña. Y apenas tiene comida. Sólo hay una jarra de leche que más bien ya parece queso...

Yaya cruzó apresuradamente la habitación, hasta llegar a la chimenea, y luego volvió a su puesto junto a la puerta principal.

Unos momentos más tarde oyeron que el pestillo se movía, corno si lo manejara alguien que no supiera muy bien qué hacer con las puertas y con los dedos.

Poco a poco, la puerta se abrió.

Les llegó un hedor abrumador a almizcle y a pelo húmedo.

Unas pisadas inseguras recorrieron el suelo, en dirección a la figura tendida en la cama.

Tata se levantó el estúpido gorrito de dormir lo justo para ver un poco.

-¡Eeeh! -exclamó- ¡Caray, no me imaginaba que tuvieras unos dientes tan grandes ... !

Yaya Ceravieja abrió la puerta de golpe y dio unos pasos al frente. El lobo se dio media vuelta, con una zarpa alzada para protegerse.

-¡Norrrrr!

Yaya titubeó un instante, y luego le dio un buen golpe en la cabeza con una sartén de hierro fundido.

El lobo se derrumbó.

Tata Ogg se bajó de la cama.

-Cuando sucedió cerca de Skund, dijeron que había sido un hombre-lobo o algo así. Y yo pensé, no, los hombres-lobo no se comportan así -dijo- Nunca creí que fuera un lobo de verdad. Me ha sorprendido mucho.

-Los lobos de verdad no caminan erguidos, ni abren las puertas -replicó Yaya Ceravieja- Vamos, ayúdame a sacarlo de aquí.

-Me puso los pelos de punta ver cómo se me venía encima una cosa tan grande, tan peluda -dijo Tata, al tiempo que agarraba a la aturdida criatura por una pata-. ¿Llegaste a conocer al viejo Sumpkins?

Desde luego parecía un lobo vulgar y corriente, aunque el pobre estaba en los huesos. Las costillas se podían contar bajo la piel, y tenía el pelo enredado y lacio. Yaya sacó un cubo de agua turbia del pozo excavado junto al retrete, y se lo echó por la cabeza.

Luego, se sentó en un tocón de árbol y examinó con cuidado al animal. En las ramas más altas, cantaban algunos pájaros.

-Habló -dijo-. Trató de decir "no".

-Algo así me pareció -asintió Tata-. Pero luego pensé que me lo había imaginado.

-Es inútil que nos imaginemos nada -replicó Yaya-. Las cosas ya están bastante mal.

El lobo gimió. Yaya le tendió la sartén a Tata Ogg.

-Voy a echar un vistazo dentro de su cabeza -dijo al cabo de un rato.

Tata Ogg frunció el ceño.

-Yo, en tu lugar, no lo haría.

-La que está en mi lugar soy yo, y quiero saber qué pasa. Tú estáte atenta con la sartén.

Tata se encogió de hombros.

Yaya se concentró.

Es muy difícil leer una mente humana. La mayor parte de los humanos piensan en tantas cosas a la vez, que es casi imposible localizar una idea concreta entre la marejada.

En cambio, las mentes de los animales son diferentes. Mucho menos enmarañadas. Las de los carnívoros son las más fáciles de todas, sobre todo antes de comer. En el mundo mental no existen los colores, pero, si existieran, la mente de un carnívoro hambriento sería caliente, púrpura y afilada como una flecha- Las mentes de los hervíboros también son sencillas, como muelles enroscados de plata, preparados para saltar.

Pero esta mente no era normal en ningún aspecto. Porque era dos mentes.

En ocasiones, Yaya había conectado con las mentes de los cazadores del bosque, cuando estaba sentada tranquilamente al anochecer y dejaba vagar su mente. Sólo muy de vez en cuando sentía algo semejante a esto; o, mejor dicho, una pálida sombra de esto. Sólo muy de vez en cuando, en esas ocasiones en que el cazador estaba a punto de matar a su presa, las corrientes aleatorias de ideas se reunían. Esto era diferente. Esto era lo contrario. Esto eran intentos desesperados de meditación que nacían en medio de la aguda naturaleza del instinto depredador. Esto era una mente depredadora tratando de pensar.

No era de extrañar que se estuviera volviendo loco.

Abrió los ojos.

Tata Ogg esgrimía la sartén por encima del hombro. Le temblaba el brazo.

-Bueno -dijo-, ¿quién hay ahí?

-Me vendría bien un vaso de agua -dijo Yaya. La precaución natural se abrió paso desde el fondo del torbellino que era su mente-. Pero que no sea de ese pozo, gracias.

Tata se relajó un poco. Cuando una bruja empezaba a hurgar en las mentes ajenas, nunca se podía estar seguro de quién iba a volver. Pero Yaya Ceravieja era la mejor. Magrat siempre se estaba buscando a sí misma, mientras que Yaya ni siquiera entendía el objetivo de esa búsqueda. Si ella no podía encontrar el camino de vuelta hacia su propia mente, era que no existía un sendero.

-Había leche en la casita -ofreció Tata.

-¿De qué color dijiste que era?

-Bueno..., casi blanca.

-De acuerdo.

Cuando Tata Ogg se dio media vuelta y no pudo verla, Yaya se permitió un pequeño escalofrío.

Contempló al lobo, y se preguntó qué podía hacer por aquel animal. Un lobo normal jamás entraría en una casa, aunque fuera capaz de abrir la puerta. Los lobos jamás se acercaban a los seres humanos, excepto si iban en manada y el invierno había sido particularmente duro. Y aún esto se debía, no a que fueran grandes y malvados, sino a que eran lobos.

Este lobo estaba intentando ser humano.

Probablemente no había manera de curarlo.

-Aquí tienes la leche -dijo Tata Ogg.

Yaya alzó la mano y la cogió sin mirar.

-Alguien ha hecho pensar a este lobo que era una persona -dijo-. Han hecho que se creyera una persona, y luego lo han dejado así, sin más. Sucedió hace varios años.

-¿Cómo lo sabes?

-Tengo sus... recuerdos -respondió Yaya.

Y también sus instintos, añadió para sus adentros. Sabía que pasarían varios días antes de que dejara de desear perseguir trineos por la nieve.

-Oh.

-En su mente, está perdido entre dos especies.

-¿Podemos ayudarlo? -quiso saber Tata.

Yaya sacudió la cabeza.

-Lleva así demasiado tiempo. Ya es un hábito para él. Y se está muriendo de hambre. No puede ir hacia un lado ni hacia el otro. No puede comportarse como un lobo, ni consigue ser humano. Y no puede seguir así.

Por primera vez, se volvió hacia Tata. Ésta dio un paso hacia atrás.

-No te puedes imaginar cómo se siente -siguió-. Lleva años vagando. Incapaz de ser humano, incapaz de ser lobo. No te puedes ni imaginar lo que es eso.

-Creo que sí puedo -dijo Tata- Lo estoy viendo en tu cara. Creo que puedo. ¿Quién le hizo eso a la pobre criatura?

-Tengo mis sospechas.

Miraron a su alrededor.

Magrat se acercaba con la niña. Las acompañaba uno de los leñadores.

-Ja -bufó Yaya-. Sí. Claro. Siempre tiene que haber... -escupió las palabras-... un final feliz.

Una zarpa trató de aferrarse a su tobillo.

Yaya Ceravieja bajó la vista hacia la cara del lobo.

-Porrgfavoggg -gruñó el animal-. Umm finalggg... yaggg...

Se arrodilló y cogió la zarpa entre sus manos.

-¿Seguro? -dijo.

-¡Siggrr!

Se levantó de nuevo, toda autoridad, e hizo una señal al trío que se aproximaba.

-Señor leñador -dijo-, tengo un trabajito para usted...

El leñador nunca llegó a comprender por qué el lobo se había mostrado tan dispuesto a poner la cabeza sobre el tocón.

O por qué la anciana, la que tenía los ojos llenos de rabia, insistió después en que lo enterraran decentemente, en vez de despellejarlo y arrojar los restos entre los arbustos. Se había mostrado muy insistente al respecto.

Y ése fue el final del gran lobo feroz.

Había pasado una hora. Muchos otros leñadores se acercaron a la casita, donde por lo visto estaban teniendo lugar actividades de lo más interesante. Cortar árboles no es un trabajo demasiado divertido por lo general.

Magrat estaba fregando el suelo con toda la ayuda mágica que le podían prestar un cubo de agua jabonosa y un cepillo de cerdas fuertes. Hasta la propia Tata Ogg, cuyo caprichoso interés en el importante papel de ama de casa se había desvanecido por completo en cuanto su hija mayor tuvo edad suficiente como para coger un plumero, se dedicaba a limpiar las paredes. La anciana abuela, que no estaba del todo en contacto con la realidad, las seguía ansiosamente con un cuenco de leche. Las arañas, que habían heredado el techo a lo largo de generaciones, se vieron amable pero firmemente expulsadas por la puerta.

Y Yaya Ceravieja paseaba por el claro con el jefe de los leñadores, un joven de pecho amplio que, evidentemente, se creía mucho más atractivo de lo que en realidad resultaba con sus muñequeras de cuero tachonadas de clavos.

-Lleva años rondando por aquí, ¿sabe? -dijo el joven-. Siempre se acerca a las aldeas, y todo eso.

-¿Y nunca intentasteis hablar con él? -preguntó Yaya.

-¿Hablar con él? Es un lobo, ¿sabe? Con los animales no se habla. No saben hablar.

-Mmm. Ya entiendo. ¿Y qué pasa con la anciana? He visto que sois muchos leñadores. No sé, ¿nunca se os ocurrió pasaros a ver cómo estaba?

-¿Eh? ¡Ni hablar!

-¿Por qué?

El jefe de los leñadores se inclinó hacia adelante, como si quisiera comunicarle un secreto.

-Bueno..., se dice que es una bruja, ¿sabe?

-¿De verdad? -fingió sorprenderse Yaya- ¿Cómo lo sabéis?

-Tiene todas las señales, ¿sabe?

-¿Qué señales?

El leñador empezó a sentirse algo intranquilo.

-Bueno, pues... vive sola en el bosque, ¿sabe?

-¿Sí ... ?

-Y .... y.... y tiene la nariz ganchuda, y siempre va hablando sola...

-¿Sí ... ?

-Y no tiene dientes, ¿sabe?

-Canastos -dijo Yaya-. Ya comprendo por qué no queréis ni acercaros a esas mujeres, ¿sabes?

-¡Claro! -asintió el leñador, aliviado.

-Lo más probable es que te transformen en cualquier cosa nada más verte, ¿sabes?

Yaya se metió el dedo en la oreja y se la rascó, meditabunda.

-Pues sí, se dice que son capaces de hacer eso.

-Seguro que sí. Seguro que sí -asintió Yaya-. Menos mal que hay unos muchachotes tan fuertes por aquí para defenderme. Tsch tsch. Mmm. ¿Me dejas ver tu hacha, hijo?

Le tendió el hacha. Yaya se tambaleó teatralmente al agarrarla. Aún quedaban rastros de sangre del lobo en el filo de la hoja.

-Pobre de mí, qué grande es -dijo-. Y supongo que tú la manejarás de maravilla...

-Gané el cinturón de plata dos años seguidos en las fiestas del bosque -dijo el leñador con orgullo.

-¿Dos años seguidos? ¿Dos años seguidos? Canastos. Qué bien. Muy bien. Y yo que casi no puedo levantarla...

Yaya blandió el hacha con una mano, y trazó un arco con gesto inexperto. El leñador dio un salto hacia atrás, justo cuando la hoja pasaba ante su cara, para ir a enterrarse un centímetro en el tronco de un árbol.

-Vaya, cuánto lo siento -siguió Yaya Ceravieja-. ¡Qué vieja más tonta soy! ¡Nunca he sabido manejar estas cosas tan técnicas!

El joven sonrió y trató de arrancar el hacha.

Cayó de rodillas, muy pálido de repente.

Yaya se agachó hasta quedar a la altura de su oreja.

-Podríais haber cuidado de la anciana -dijo con voz tranquila-. Podríais haber hablado con el lobo. Pero no lo hicisteis, ¿sabes?

El joven intentó hablar, pero, sin saber por qué, sus dientes se negaban a separarse.

-Es evidente que lo lamentas en el alma -siguió Yaya-. Es evidente que comprendes lo equivocado que has estado. Seguro que te mueres por arreglar la casa de la anciana, y por ponerle en orden el jardín, y por encargarte de que tenga leche fresca todos los días, ¿verdad? De hecho, no me sorprendería que fueras tan generoso como para construirle una casa nueva, con un pozo decente y todo. Bien cerca del pueblo, para que no tenga que vivir sola, ¿verdad? Es que, ¿sabes?, a veces puedo ver el futuro y estoy segura de que eso es lo que va a suceder, ¿verdad?

El leñador tenía el rostro cubierto de sudor. Ahora eran sus pulmones los que no parecían responder.

-Sé que vas a mantener tu palabra, y eso me satisface tanto que me aseguraré de que tengas mucha, mucha suerte -siguió diciendo Yaya, cuya voz continuaba en el mismo tono monocorde- Sé que cortar madera puede ser un trabajo peligroso. A veces, los leñadores resultan heridos. Los árboles les caen encima por accidente, o se les suelta la cabeza del hacha y les abre una brecha en la frente. -El leñador se estremeció-. Así que voy a lanzar un pequeño hechizo para asegurarme de que a ti no te suceda nada de

eso. Y todo se debe a lo agradecida que te estoy. Por ayudar a la anciana. ¿Sabes? Sólo tienes que asentir.

El joven consiguió mover un poco la cabeza. Yaya Ceravieja sonrió.

-¡Perfecto! -exclamó. Se irguió y se sacudió una brizna de hierba del vestido- ¿Ves lo hermosa que puede ser la vida si todos nos ayudamos unos a otros?

Las brujas se marcharon a la hora de comer. Para entonces, el jardín de la anciana ya estaba lleno de gente, y se oían por todas partes los martillazos y el ruido de las sierras. Noticias como Yaya Ceravieja viajaban deprisa. Ya había tres leñadores limpiando la maleza, mientras otros dos se enfrentaban a la sucia chimenea. Cuatro jóvenes ya habían excavado la mitad del nuevo pozo, que quedaría acabado en un tiempo récord.

La anciana abuela, que era de esas personas que se aferran a una idea hasta que alguien se la arranca a la fuerza, se estaba quedando sin cuencos donde poner la leche.

En medio del ajetreo, las tres brujas se marcharon con disimulo.

-¿Lo veis? -dijo Magrat, mientras se alejaban por el sendero-. Esto demuestra que la gente siempre está dispuesta a ayudar en cuanto alguien da ejemplo. No hay que presionar constantemente a los que nos rodean.

Tata Ogg miró a Yaya.

-Te vi charlando con el jefe de los leñadores -dijo- ¿De qué hablabais?

-Sobre el serrín -replicó Yaya.

-¿De veras?

-Uno de los leñadores me dijo -intervino Magrat- que en este bosque han estado pasando otras cosas extrañas. Me contó que algunos animales se comportan como personas. Había una familia de osos que vivía no lejos de aquí.

-No tiene nada de raro que los osos vivan en familia -señaló Tata-. Son animales gregarios.

-En una casita.

-Eso sí que es raro.

-A eso me refería -dijo Magrat.

-Desde luego, una se sentiría muy extraña al ir a pedir una taza de azúcar -dijo Tata- Supongo que los vecinos tendrían algo que decir.

-Sí -asintió Magrat-. Decían "oink".

-¿Por qué decían "oink"?

-Porque no podían decir otra cosa. Eran cerdos.

-Nosotros también teníamos una familia así cuando vivíamos en... -empezó Tata.

-He dicho cerdos. Cerdos de verdad. Cuatro patas, cola rizada, jamones antes de convertirse en jamones. Cerditos.

-¿Qué les pasó? -quiso saber Tata.

-El lobo se los comió. Por lo visto eran unos animales estúpidos, tan tontos como para dejar que el lobo se les acercara. No quedó nada de ellos, sólo encontraron un nivel.

-Qué pena.

-Según el leñador, la verdad es que las casas que construyeron no eran gran cosa.

Bueno, ¿y qué esperaban? Con las pezuñas y todo eso... -dijo

Las brujas caminaron en silencio.

-Recuerdo que una vez leí algo -dijo Tata, mirando de soslayo a Yaya Ceravieja- sobre una hechicera de la historia que vivía en una isla y convertía en cerdos a los marineros de barcos naufragados.

-Qué cosa tan horrible -respondió Magrat.

-Supongo que todo depende de cómo seas realmente por dentro -dijo Tata-. O sea, mirad a Greebo, por ejemplo. -Greebo, enroscado sobre sus hombros como una apestosa estola, ronroneó-. Es prácticamente humano.

-No dices más que tonterías, Gytha -bufó Yaya Ceravieja.

-Eso es porque ciertas personas no me dicen lo que de verdad creen que está pasando -replicó Tata Ogg con voz sombría.

-Te dije que no estaba segura -dijo Yaya.

-Miraste en la mente del lobo.

-Sí.

-Pues entonces...

Yaya suspiró.

-Alguien ha pasado por aquí antes que nosotras. Ha pasado a fondo. Alguien que conoce el poder de los cuentos, y los utiliza. Y los cuentos se han..., se han quedado. Es lo que sucede cuando se los alimenta...

-¿Y para qué querría nadie hacer semejante cosa? -se sorprendió Tata.

-Para practicar -dijo Yaya.

-¿Practicar? ¿Para qué? -quiso saber Magrat.

-Creo que lo descubriremos muy pronto -dijo Yaya en tono enigmático.

-Deberías decirme lo que piensas -insistió Magrat- Yo soy el hada madrina oficial. Tendrías que informarme. Las dos me lo deberíais contar todo.

Tata Ogg se puso tensa. Era la clase de afirmación que había llegado a conocer muy bien, en su papel de matriarca de los Ogg. Era uno de esos comentarios que, en momentos como aquél, tenían el mismo efecto que el pequeño deslizamiento de nieve que cae de la rama más alta del árbol más alto de las montañas al empezar el deshielo. Era uno de los extremos de un proceso que, sin lugar a dudas, acabaría con una docena de aldeas sepultadas. Ramas enteras de la familia Ogg habían dejado de hablarse con otras ramas de la familia Ogg por un simple "Vaya, muchas gracias", dicho en el tono y el momento menos oportunos. Y esto era mucho peor.

-Bueno -se apresuró a intervenir-. ¿Por qué no ... ?

-No tengo que dar ninguna explicación -gruñó Yaya Ceravieja

-Pero se supone que somos tres brujas -dijo Magrat-. Si es que se nos puede llamar brujas -añadió.

_¿Se puede saber qué quieres decir con eso? -bufó Yava.

"¿Se puede saber ... ?", pensó Tata. Alguien había empezado una frase con un "¿Se puede saber ... ?". Eso era como lo de pegar a alguien con un guante y luego tirarlo al suelo. Cuando alguien empieza una frase con un "¿Se puede saber ... ?", ya no hay marcha atrás. De todos modos, ella lo intentó.

-¿No os apetecería ... ?

Magrat siguió adelante con la valiente desesperación de alguien que está bailando mientras se queman sus propias naves.

-Bueno -dijo-, pues a mí me parece...

-¿Sí? -dijo Yaya.

-A mí me parece -repitió Magrat- que la única magia que hacemos es.... es..., bueno, cabezología. No es lo que los demás consideran magia. Se trata sólo de mirar a

la gente y de engañarla. Nos aprovechamos de su credulidad. Cuando decidí que iba a ser bruja, no me esperaba esto...

-¿Y quién te ha dicho que seas ya una bruja? -preguntó Yaya Ceravieja con voz lenta, deliberada.

-Vaya, qué viento se está levantando, lo mejor sería que... -intentó valientemente Tata Ogg.

-¿Qué has dicho? -exclamó Magrat.

Tata Ogg se tapó los ojos con una mano. Pedirle a alguien que te repitiera una frase, que no sólo habías oído perfectamente, sino que además te había puesto muy, muy furioso, era, como dicen en términos militares, alcanzar Defcon II.

-Creí que me expresaba con toda claridad -dijo Yaya-. Me sorprende mucho que no sea así, porque, lo que es yo, me oigo perfectamente.

-Sí, desde luego se está levantando mucho viento. ¿No sería mejor que...?

-La verdad es que creo que puedo ser tan presuntuosa, tan malhumorada y desconsiderada, como para que se me considere una bruja -gritó Magrat-. Es lo único que hace falta, ¿no?

-¿Desconsiderada? ¿Yo?

-¡Te gustan las personas que necesitan ayuda porque cuando necesitan ayuda son débiles, y ayudarlos te hace sentir fuerte! ¿Qué tendría de malo un poco de magia?

-¡Porque nunca te pararías después de usar sólo un poco, niña idiota!

Magrat retrocedió un paso con el rostro congestionado. Metió la mano en la bolsa y sacó un libro delgado, que esgrimió como si fuera un arma.

-Puede que sea idiota -casi jadeó-, ¡pero yo, al menos, intento aprender cosas! ¿Sabes para qué se puede utilizar la magia? ¡No sólo para crear ilusiones y bravuconear! En este libro hay gente que puede..., ¡que puede caminar sobre carbones al rojo y meter la mano en el fuego, y no les pasa nada!

-¡Trucos baratos! -gritó Yaya.

-¡Es verdad!

-¡Imposible! ¡Nadie puede hacer eso!

-¡Demuestra que pueden controlar las cosas! ¡La magia tiene que consistir en algo más que en saber cosas y en manipular a la gente!

-¿Ah, sí? ¿En pedir deseos a una estrella fugaz, en el polvo de las hadas? ¿En hacer felices a las personas?

-¡Tiene que haber una parte de eso! Si no, ¿de qué sirve nada? Además..., cuando fui a la casa de Desiderata, las dos estabais buscando la varita, ¿no?

-¡Sólo quería que no cayera en malas manos!

-¡Tú consideras malas todas las manos que no sean las tuyas!

Se miraron.

-¿Es que no tienes ni un poquito de romanticismo? -suspiró al final Magrat.

-No -replicó Yaya-. Ni una pizca. ¡Y a las estrellas les importa un rábano lo que desees, y la magia no puede mejorar las cosas, y nadie mete la mano en el fuego sin quemarse! Si quieres llegar a algo como bruja, Magrat Ajostiernos, tienes que aprender tres cosas: qué es real, qué no lo es y cuál es la diferencia...

-Y averigua siempre el apellido y la dirección del caballero -intervino Tata-. A mí me ha dado un resultado fantástico. Era una broma -añadió, cuando ambas la miraron.

El viento soplaba más fuerte en los linderos del bosque. El aire levantaba las briznas de hierba.

-Bueno, al menos vamos en la dirección correcta -insistió Tata a la desesperada, buscando cualquier cosa que las distrajera- Mirad. En ese cartel pone "Genua".

Era cierto. Se trataba de un cartel viejo, carcomido, justo a las afueras del bosque. La punta del cartel estaba recortada de manera que pareciera un dedo.

-Y también hay un camino como debe ser -siguió parloteando Tata.

La pelea pareció enfriarse un poco, sobre todo porque las partes en contienda no se hablaban. No era sencillamente que no hubiera un intercambio de comunicación verbal. Eso es nada más que no hablar. Esto, en cambio, lo atravesaba de lado a lado y entraba de lleno en ese campo espantoso definido por las palabras No Hablarse.

-Baldosas amarillas -señaló Tata-. ¿Dónde se ha visto que alguien haga un camino de baldosas amarillas?

Magrat y Yaya siguieron mirando en direcciones opuestas, con los brazos cruzados.

-Bueno, al fin y al cabo anima un poco este lugar -siguió Tata. En el horizonte, Genua brillaba en medio de los prados verdes. Entre los prados, la carretera se hundía en un amplio valle salpicado de aldeas. Un río serpenteaba entre ellas de camino a la ciudad.

El viento les agitaba las faldas.

-Así no podemos volar, desde luego.

Tata insistía valerosamente en aportar, ella sola, la conversación de tres personas.

-Entonces, iremos andando, ¿de acuerdo? -siguió. Hasta en almas tan inocentes como la de Tata Ogg hay siempre una chispa de rencor, de manera que añadió-: ¿Qué os parece si vamos cantando?

-No me corresponde a mí ocuparme de lo que hacen los demás -bufó Yaya-. No es cosa mía, desde luego. Quizá algunas personas con varitas y grandes ideas tengan alguna sugerencia.

-¡Bah! -replicó Magrat.

Echaron a andar por el camino de baldosas amarillas hacia la ciudad lejana, en fila india, con Tata Ogg en medio a modo de parachoques móvil.

-Lo que algunas personas necesitan -dijo Magrat a quien quisiera escucharla- es un poco más de corazón.

-Lo que algunas personas necesitan -dijo Yaya Ceravieja al cielo tormentoso- es mucho más cerebro.

Lo que yo necesito, pensó Tata Ogg con fervor, es una buena copa de lo que sea.

Tres minutos más tarde, le cayó una granja en la cabeza.

En aquel momento, las brujas caminaban muy distanciadas. Yaya Ceravieja avanzaba la primera, a zancadas decididas; Magrat iba la última, huraña; y Tata caminaba entre las dos.

Como ella misma diría más tarde, ni siquiera iba cantando. Simplemente, en un momento dado, allí estaba una bruja menuda y regordeta; y al siguiente, en el mismo lugar, estaban los restos de una granja de madera.

Yaya Ceravieja se dio media vuelta y se encontró mirando una puerta delantera astillada, sin pintar. Magrat casi se metió por la puerta trasera de la misma madera gris, descolorida.

No se oían más ruidos que los crujidos de la madera al asentarse.

-¿Gytha? -llamó Yaya.

-¿Tata? -gritó Magrat.

Las dos abrieron sus puertas.

Era una casa de diseño sencillo, con dos habitaciones en el piso de abajo, separadas por un pasillo que la recorría en toda su longitud. En medio del pasillo,

rodeada de tablones del suelo astillados y carcomidos, bajo el sombrero puntiagudo que tenía ahora incrustado hasta la barbilla, estaba Tata Ogg. No había ni rastro de Greebo.

-¿Qué ha pasado? -preguntó, aturdida-. ¿Qué ha pasado?

-Te ha caído una granja en la cabeza -le explicó Magrat.

-Ah. Qué cosas -respondió Tata distraídamente.

Yaya la agarró por los hombros.

-¿Gytha? ¿Cuántos dedos tengo levantados? -preguntó, apremiante.

-¿Qué dedos? Todo se ha quedado a oscuras.

Magrat y Yaya agarraron el ala del sombrero de Tata, y medio lo levantaron medio lo desenroscaron hasta quitárselo. La anciana parpadeó y las miró.

-Son los refuerzos de sauce -dijo, mientras el sombrero puntiagudo recuperaba su forma. Tata se tambaleaba suavemente-. Un sombrero con refuerzos de sauce puede parar un martillazo. Es por estos montantes, ¿sabéis? Distribuyen la fuerza del impacto. Escribiré una carta al señor Vernissage.

Magrat, perpleja, examinó la casita.

-¡Ha caído del cielo! -exclamó.

-Ha debido de ser un tornado o algo por el estilo -señaló Tata Ogg- El viento debió de arrancarla, y ahora ha caído. Es lo que suele pasar con estos vientos. ¿Os acordáis del vendaval que tuvimos el año pasado? Una de mis gallinas puso el mismo huevo cuatro veces.

-Está delirando -dijo Magrat.

-No, es mi manera normal de hablar -replicó Tata.

Yaya Ceravieja examinó una de las habitaciones.

-Supongo que no habrá nada de comer o de beber por aquí -dijo.
-A la gente que ha sufrido una conmoción, se le suele dar un poco de coñac -sugirió Tata.

Magrat se asomó a la escalera y miró hacia arriba.

-¡Eeeeh! -llamó, con la extraña voz ahogada de quien quiere hacerse oír, pero sin hacer algo tan poco educado como levantar la voz-. ¿Hay alguien?

Tata, a su vez, miró bajo la escalera. Greebo era una bola temblorosa en un rincón. Lo cogió por el pellejo del cogote, y le dio una palmadita algo desconcertada. Pese a la obra maestra de la sombrerería del señor Vernissage, pese al suelo carcomido, incluso

pese a la legendaria cabeza dura de los Ogg, Tata no se encontraba en su mejor momento y su habitual temperamento alegre estaba teñido de nostalgia. En su pueblo, nadie le tiraba una granja a la cabeza.

-¿Sabes, Greebo? -dijo-. Creo que ya no estamos en Lancre.

-He encontrado un poco de jamón -anunció Yaya Ceravieja desde la cocina.

No hacía falta mucho más para animar a Tata Ogg.

-Perfecto -respondió, también a gritos-. Irá muy bien con el pan de los enanos.

Magrat entró en la habitación.

-Me parece que no deberíamos coger provisiones ajenas -señaló-. Al fin y al cabo, esta casa debe de ser de alguien.

-Oh. ¿Alguien ha dicho algo, Gytha?

Tata puso los ojos en blanco.

-Lo único que decía, Tata -replicó Magrat-, es que lo que hay aquí no es nuestro.

-Dice que esto no es nuestro, Esme.

-Dile a quien quiera saberlo, Gytha, que es como recoger los restos de un naufragio -bufó Yaya.

-Dice que el que lo encuentra se lo queda, Magrat -tradujo Tata.

A través de la ventana, se divisó un movimiento. Magrat echó un vistazo a través del sucio cristal.

-Qué curioso -dijo-. Hay un montón de enanos bailando alrededor de la casa.

-¿Ah, sí? -respondió Tata, al tiempo que abría una alacena.

-¿Son ... ? Quiero decir, pregúntale si están cantando -dijo.

-¿Están cantando, Magrat?

-No sé, me parece oír algo -respondió la joven-. Suena algo así como "Dingdong, dingdong".

-Sí, desde luego es una canción de enanos -asintió Tata-. Son los únicos seres del mundo capaces de hacer que un "aibó" dure todo el día.

-Parece que están la mar de contentos -señaló Magrat, titubeante.

-Seguramente, la granja era suya y se alegran de recuperarla.

Alguien dio unos golpes en la puerta trasera. Magrat la abrió. Una multitud de enanos, vestidos con ropas brillantes y una expresión de vergüenza en los rostros, retrocedieron apresuradamente. Se la quedaron mirando.

-Eh... -dijo el que parecía ser el jefe-. ¿Está..., está muerta la vieja bruja?

-¿Qué vieja bruja? -preguntó Magrat.

El enano la miró boquiabierto unos instantes. Se dio media vuelta y consultó a sus colegas en susurros. Luego, se volvió de nuevo.

-¿Cuántas tienes?

-Podéis elegir entre dos -replicó Magrat. No se encontraba del mejor de los humores, y no sentía la necesidad de contribuir en la conversación más de lo imprescindible-. Son gratis -añadió, con una brusquedad poco característica en ella.

-Oh. -El enano meditó un instante-. Bueno, ¿sobre qué vieja bruja cayó la casa?

-¡Ah, Tata! No, no está muerta. Sólo un poco aturdida. Pero gracias por preguntar, son muy amables -respondió la joven.

Los enanos se quedaron algo desconcertados. Volvieron a formar un corrillo. Se oyeron varias discusiones sotto voce.

Luego, el jefe de los enanos se volvió de nuevo hacia Magrat. Se quitó el casco y empezó a darle vueltas entre las manos, nervioso.

_Eh... -empezó-, ¿podemos llevarnos sus botas?

-¿Qué?

-Las botas -repitió el enano, con el rostro como la grana-. ¿Nos da las botas de la vieja bruja, por favor?

-¿Para qué las quieren?

El enano la miró. Luego, volvió a reunirse en el corrillo con sus colegas. Una vez más, se volvió hacia Magrat.

-Pues es que... de repente tuvimos la sensación... de que necesitábamos las botas -dijo.

Se quedó allí, parpadeando.

-Bueno, iré a preguntárselo -replicó la joven-. Pero no creo que quiera.

Cuando iba a cerrar la puerta, el enano le dio unas cuantas vueltas más al casco.

-Porque son de color rubí, ¿verdad? -preguntó.

-Bueno, pues sí, son rojas -asintió Magrat- ¿Basta con que sean rojas?

-Tienen que ser rojas. -Los demás enanos asintieron-. Si no son rojas, no vale.

Magrat lo miró sin comprender, y cerró la puerta.

-Tata -dijo con voz pausada, una vez estuvo de vuelta en la cocina-, ahí fuera hay unos enanos que dicen que si les das las botas.

Tata alzó la vista. Había encontrado una hogaza de pan duro en la alacena y la estaba masticando como podía. Es increíble las cosas que puede comer uno en vez del pan de los enanos.

-¿Y para qué las quieren? -preguntó.

-No me lo han dicho. Sólo saben que, de repente, tuvieron la sensación de que necesitaban tus botas.

-Yo que tú desconfiaría -dijo Yaya.

-Al viejo Agitado Wistley, el de Riachuelo, también le gustaban las botas con locura -dijo Tata, al tiempo que dejaba el cuchillo del pan sobre la mesa-. Sobre todo las botas negras con botones. Las coleccionaba. Si te veía pasar con unas nuevas, tenía que ir a tumbarse un rato.

-Me parece que eso es un poco sofisticado para unos enanos -replicó Yaya.

Quizá quieran beber en las botas -sugirió Tata.

-¿Cómo? ¿Beber de las botas? -se asombró Magrat.

-Mira, son cosas que se hacen en el extranjero -asintió la anciana-. Beben vino espumoso en las botas de las señoras.

Todas bajaron la vista hacia las botas de Tata.

Ni la propia Tata podía imaginar qué querría nadie beber en ellas. 0 lo que haría después.

-Cielos. Eso es aún más sofisticado que lo del viejo Agitado Wistley -dijo Tata, meditabunda.

-Ellos también parecían bastante sorprendidos -señaló Magrat.

-Me parece de lo más normal. A uno no le entran ganas todos los días de ir a quitarle las botas a una bruja honrada. No sé, me da la sensación de que aquí se está tramando otro cuento -dijo Yaya Ceravieja-. Creo que deberíamos ir a hablar con esos

enanos.

Salió al pasillo y abrió la puerta.

-¿Sí? -gruñó.

Al verla, los enanos retrocedieron. Se oyeron muchos susurros, y codazos, y comentarios ahogados del tipo de "No, hazlo tú" o "Yo pregunté la última vez". Por fin, entre todos, empujaron a un enano hacia adelante. Quizá fuera el primero. Con los enanos, no era fácil saberlo.

-Eh... -dijo-. En ¿Botas?

-¿Para qué?

El enano se rascó la cabeza.

-Pues la verdad, ni idea -dijo-. Ya que lo menciona, nosotros también nos lo estamos preguntando. Salíamos de trabajar en la mina de carbón, hace cosa de media hora, y entonces vimos que la granja caía sobre..., sobre la bruja, y..., bueno...

-Y, sencillamente, supisteis que teníais que quitarle las botas --terminó Yaya.

El rostro del enano se iluminó con una sonrisa de alivio.

-¡Exacto! -exclamó-. Y cantar la canción esa de DingDong. Sólo que se suponía que la bruja estaría aplastada. Sin ánimo de ofender -se apresuró a añadir.

-Son los refuerzos de arce -dijo una voz desde detrás de Yaya-. Valen su peso en odro.

Yaya se los quedó mirando unos momentos, y luego sonrió.

-Creo que deberíais pasar, muchachos -dijo-. Quiero haceros unas cuantas preguntas.

Los enanos no parecían nada convencidos.

-Eh... -empezó el portavoz.

-¿Os pone nerviosos entrar en una casa donde hay brujas? -preguntó Yaya Ceravieja.

El portavoz asintió y enrojeció. Magrat y Tata Ogg intercambiaron una mirada a espaldas de Yaya. Allí había algo que iba mal, muy mal. En las montañas, los enanos no tenían ningún miedo de las brujas. Lo difícil era impedirles que se pusieran a excavar en tu suelo.

-Supongo que hace tiempo que bajasteis de las montañas -dijo Yaya.

-Sí, aquí había una veta de carbón muy prometedora -murmuró el portavoz, sin dejar de dar vueltas al casco entre las manos.

-Entonces, seguro que hace mucho tiempo que no coméis un buen pan de enano -siguió Yaya.

Los ojos del portavoz se empañaron.

-Cocido en la mejor arenisca, hecho como lo hacía vuestra madre, saltando horas y horas sobre él.

Los enanos dejaron escapar un suspiro colectivo.

-Aquí abajo no hay manera de hacerlo -dijo el portavoz, como si hablara con el suelo-. Debe de ser cosa del agua. Se hace migajas a los pocos años.

-Le ponen harina -aseguró otro enano con voz amarga.

-Y cosas peores. El panadero de Genua le echa fruta escarchada por encima -corroboró otro.

-Pues mirad -dijo Yaya, frotándose las manos-, quizá os pueda ayudar. Puede que tenga un poco de pan de enano de sobra.

-Imposible. No puede ser verdadero pan de enano -replicó el portavoz con tono sombrío-. El verdadero pan de enano tiene que haberse caído en un río, haberlo dejado secar. Hay que sacarlo de la bolsa y mirarlo todos los días, y luego volver a guardarlo. Aquí abajo no hay manera de conseguirlo.

-Quizá sea vuestro día de suerte -sonrió Yaya Ceravieja.

-En realidad -agregó Tata-, creo que el gato se meó encima.

El portavoz alzó la vista. Tenía los ojos iluminados.

-¿De verdad?

<<Querido Jason y los demás:

Qué cosas pasan. Anda que todo lo que está sucediendo, con lobos que hablan y mujeres dormidas en castillos, menudas historias que os voy a contar cuando vuelva, ya veréis. Además, no quiero ni oír hablar de granjas, eso me recuerda una cosa, por favor envíale algo al señor Vernissage, de la zona de Tajada, y preséntale los respetos de la Sra. 099 y dile que hace unos sombreros buenísimos, puede poner en las etiquetas "Aprobado por Tata Ogg, para hasta el golpe de una granja", además si escribes a la gente diciendo que hacen las cosas muy bien a veces te envían más gratis, así que igual me da un sombrero nuevo, encárgate de todo.>>

Lilith salió de su sala de los espejos. Las sombras de sus imágenes se demoraron un instante y luego se desvanecieron.

Cualquier bruja decente quedaría aplastada después de caerle una granja encima. Lilith lo sabía bien. Quedaría perfectamente aplastada, sólo sobresaldrían las botas.

A veces, se desesperaba. Es que algunas personas no sabían representar su papel.

Se preguntó si existiría lo contrario a un hada madrina. Al fin y al cabo, casi todas las cosas de este mundo tenían su contrario. Si lo hubiera, no sería una mala hada madrina, puesto que eso no es más que una buena hada madrina vista desde el ángulo opuesto.

Lo contrario sería alguien que envenenara los cuentos. La criatura más malévola del mundo, en opinión de Lilith.

Pues bien, aquí, en Genua, se había puesto en marcha un cuento que nadie podría detener. Éste llevaba impulso. Si intentabas detenerlo te absorbería, te haría pasar a ser parte de su argumento. Ella no tenía que hacer nada. El cuento se encargaría de todo. Y le reconfortaba saber que no podía perder. Al fin y al cabo, ella era la buena.

Recorrió los almenajes y bajó por la escalera hasta su habitación, donde la esperaban las dos hermanas. Se les daba muy bien esperar. Podían pasarse horas enteras sentadas sin pestañear.

El Duc se negaba a estar en la misma habitación que ellas.

Cuando Lilith entró, volvieron la cabeza.

No se había molestado en proporcionarles voces. No era necesario. Bastaba con que fueran hermosas y con que pudiera hacerlas comprender.

-Ahora, tenéis que volver a la casa -dijo-. Y esto es muy ¡mportante. Escuchadme bien. Mañana irán unas personas a ver a Enta. Tenéis que permitírselo, ¿comprendido?

Le miraban los labios. Miraban cualquier cosa que se moviera.

-Necesitamos a esas personas para el cuento. El cuento no funcionará bien a menos que intenten impedirlo. Y, después..., después puede que os dé voces. Os gustaría tener voz, ¿a que sí?

Se miraron la una a la otra, luego la miraron a ella. Después clavaron la vista en la jaula que había en un rincón de la habitación.

Lilith sonrió, metió la mano y sacó dos ratoncitos blancos.

-La bruja más joven es justo de vuestro tipo -dijo-. Tendré que ver qué se puede hacer con ella. Y ahora... abrid...

Las escobas volaban en el aire de la tarde.

Por una vez, las brujas no estaban discutiendo.

Los enanos les habían recordado su hogar. A cualquiera le hubiera enternecido el corazón ver la manera en que se sentaban y miraban el pan de enanos, como consumiéndolo con los ojos, que es la mejor manera de consumir el pan de enanos. Fuera lo que fuese lo que los había impulsado a buscar las botas color rubí, pareció desvanecerse ante su realista influencia. Y, como dijo Yaya, había pocas cosas en este mundo más reales que el pan de enano.

Luego, se había alejado con el jefe de los enanos para charlar con él.

No dijo a las otras dos lo que había descubierto, y ni Magrat ni Tata tuvieron el valor de preguntárselo. Ahora, volaba un poco por delante de ellas.

De cuando en cuando murmuraba entre dientes cosas como "¡Hadas madrinas!" o "¡Practicar!".

Pero hasta la propia Magrat, que no tenía demasiada experiencia, podía sentir a Genua como un barómetro siente la presión atmosférica. En Genua, los cuentos cobraban vida. En Genua, alguien se dedicaba a hacer realidad los sueños.

¿Recuerdas algunos de tus sueños?

Genua yacía en el delta del Vieux River, que era la fuente de sus riquezas. Y Genua era un reino muy rico. En el pasado, había controlado todo el tráfico de la desembocadura del río con unos impuestos que no se podían calificar de piratería porque los cargaba el gobierno de la ciudad, de manera que sonaban así como a economía, como a cosa legal. Y los pantanos y lagos del interior del delta proporcionaban los ingredientes reptantes, nadadores y voladores para una gastronomía que habría sido famosa en todo el mundo si, como ya se ha dicho, la gente viajara un poco más.

Genua era un reino rico, perezoso y confiado. Y en el pasado había dedicado buena parte de su tiempo a esa especie de política que parece brotar naturalmente en algunas ciudades-estado. Por ejemplo, en el pasado se había podido permitir la rama más importante del Gremio de Asesinos, después de la de Ankh-Morpork, y sus integrantes estaban tan solicitados que, en ocasiones, la víctima se veía obligada a aguardar meses enteros.[18]

Pero todos los asesinos se habían marchado hacía ya años. Hay cosas que repugnan hasta a los chacales.

La ciudad era una auténtica sorpresa. Desde lejos, parecía una enorme formación cristalina en medio de los verdes y ocres del pantano.

Más cerca, se diferenciaba primero un anillo exterior de edificios pequeños, luego un anillo interior de casas blancas, grandes, impresionantes. Y por último, en el centro mismo de la ciudad, un palacio. Era alto y hermoso, lleno de torreones, como un castillo de juguete o una extravagante golosina. Cada una de sus esbeltas torres parecía diseñada para albergar a una princesa cautiva.

Magrat se estremeció. Luego, pensó en la varita. Un hada madrina tenía sus responsabilidades.

-Me recuerda a otra de las de Aliss la Negra -dijo Yaya Ceravieja-. Tenía encerrada a esa chica, la de las trenzas tan largas, en una torre como ésas. Creo que se llamaba Raspauncielo, o algo así.

-Pero se escapó -señaló Magrat.

-Sí. A veces va muy bien soltarte el pelo -asintió Tata.

-Bah. Mitos rurales -bufó Yaya.

Se acercaron más aún a los muros de la ciudad.

-Hay guardias ante la puerta -señaló Magrat-. ¿Vamos a entrar volando?

Yaya escudriñó la más alta de las torres, con los ojos entrecerrados.

-No -replicó-. Aterrizaremos y seguiremos andando. Para no preocupar a la gente.

-Hay una zona verde y lisa ahí, entre esos árboles -señaló Magrat.

Yaya dio unos pasos a modo de experimento. Sus botas chapotearon y gorgotearon en protesta acuosa.

-Eh, ya he dicho que lo siento -insistió Magrat-. Parecía un lugar tan liso...

-Por lo general, el agua suele ser bastante lisa -señaló Tata, que estaba sentada sobre un tocón de árbol y se retorcía el vestido para escurrirlo.

-¡Pero si vosotras tampoco os disteis cuenta de que era agua! -protestó Magrat-. Había tanta hierba..., tantas cosas flotando por encima...

-Me da la sensación de que, en esta zona, el agua y la tierra no tienen muy claro quién es quién -asintió Tata.

Contempló el paisaje pantanoso que se extendía a su alrededor.

En el pantano crecían árboles. Tenían un aspecto retorcido, extraño, parecían irse pudriendo a medida que se desarrollaban. En los escasos lugares donde el agua resultaba visible, era de un color negro como la tinta. De cuando en cuando, llegaban a la superficie unas cuantas burbujas, como fantasmas de alubias en un baño nocturno. Y más a lo lejos discurría el río, aunque no había manera de estar muy seguro en aquel lugar de aguas espesas y tierra que se llenaba de ondulaciones en cuanto le ponías el pie encima.

Parpadeó.

-Qué cosa más rara -dijo.

-¿El qué? -quiso saber Yaya.

-Me ha parecido ver... algo que corría... -murmuró Tata-. Allí. Entre los árboles.

-Debía de ser un pato.

-No, era algo más grande que un pato -insistió Tata-. Lo curioso es que parecía una casita.

-Oh, sí. Iba corriendo y le salía humo de la chimenea -dijo Yaya con mordacidad.

Tata se animó un poco.

-¿También la has visto?

Yaya puso los ojos en blanco.

-Vamos -dijo-. Tenemos que volver a la carretera.

-Eh... -empezó Magrat-. ¿Cómo?

Contemplaron el supuesto terreno que se extendía entre su refugio actual, razonablemente seco, y la carretera. Tenía una apariencia amarillenta. Había ramitas que flotaban y matas de hierba sospechosamente verde. Yaya arrancó una ramita del árbol caído donde estaba sentada, y la lanzó a unos cuantos metros de distancia. Hizo un ruido húmedo al caer y se hundió con el mismo sonido de alguien que intenta apurar las últimas gotas de un granizado.

-Bueno..., iremos volando, claro -dijo Tata.

-Seréis vosotras dos -replicó Yaya-. Yo no puedo correr por aquí para poner en marcha la mía.

Al final, Magrat la llevó en su escoba mientras Tata remolcaba el errático vehículo de Yaya.

-Espero que no nos haya visto nadie -bufó Yaya, cuando hubieron llegado a la relativa seguridad de la carretera.

A medida que se acercaban a la ciudad, otros caminos confluían en la carretera del pantano. Había mucha gente formando una larga cola ante las puertas de la ciudad.

Vista desde tierra, la ciudad era aún más impresionante. Brillaba como un guijarro pulido contra el vaho que ascendía de los pantanos. De los muros exteriores pendían alegres banderas.

-Parece un lugar muy alegre -apuntó Tata.

-Y muy limpio -asintió Magrat.

-Eso es por fuera -replicó Yaya, que ya había visto una ciudad en el pasado-. En cuanto entremos, no habrá más que mendigos, y ruido, y alcantarillas llenas de vete a saber qué. Os lo digo yo.

-Están echando a mucha gente -dijo Tata.

-Sí, en el bote comentaron que muchas personas vienen por lo del Carnaval ese -asintió Tata-. Seguro que llegan muchos individuos poco recomendables.

Media docena de guardias las vieron acercarse.

-Unos uniformes muy bonitos -dijo Yaya-. Así me gusta. No es como en casa.

En todo Lancre, no había más que seis uniformes oficiales para la guardia, cotas de mallas fabricadas según el principio de la "talla antiúnica". Al ponérselos, tenían que hacer arreglos de última hora con alambres y cables, puesto que la guardia del palacio la formaban los ciudadanos que no tuvieran otra cosa que hacer en ese momento.

En cambio, ninguno de estos guardias bajaba del metro ochenta, y hasta Yaya hubo de reconocer que estaban impresionantes con sus alegres uniformes rojos y azules. Aparte de éstos, la única guardia de ciudad que había visto en su vida era la de Ankh-Morpork. Al contemplar a la guardia de Ankh-Morpork, los ciudadanos razonables se preguntaban quién podría atacar que fuera peor que ellos. Desde luego, no eran un espectáculo memorable por su belleza.

Para sorpresa de Yaya, dos picas le cortaron el paso cuando se dirigió al arco de entrada.

-Oiga, no somos un ejército invasor -dijo.

El cabo saludó marcialmente.

-No, señora -dijo-. Pero tenemos órdenes de detener a los casos dudosos.

¿Casos dudosos? -se sorprendió Tata-. ¿Qué tenemos nosotras de dudoso?

El cabo tragó saliva. No era fácil sostener la mirada de Yaya Ceravieja.

-Bueno -empezó-, van ustedes un poco... desastradas.

El silencio que siguió fue retumbante. Yaya tomó aliento.

-Es que hemos tenido un pequeño accidente en el pantano -se apresuró a intervenir Magrat.

-Seguro que lo solucionaremos enseguida -tartamudeó el cabo-. El capitán llegará de un momento a otro. Lo que pasa es que, si dejamos entrar a quien no debemos, nos buscamos un buen problema. No se creerían ustedes la gentuza que llega aquí a veces.

-No se puede dejar entrar a cualquiera -asintió Tata Ogg-. No nos gustaría que dejaran entrar a cualquiera. La verdad es que nosotras no querríamos entrar en una de esas ciudades donde dejan entrar a cualquiera. ¿A que no, Esme?

Magrat le dio una patada en el tobillo.

-Menos mal que nosotras no somos cualquiera -siguió Tata.

-¿Qué sucede, cabo?

El capitán de la guardia salió por una puerta situada en el interior del arco y se dirigió hacia las brujas.

-Estas.... estas damas quieren pasar, señor -dijo el cabo.

-¿Y qué?

-Pues que van un poco..., no sé cómo decirlo, no están cien por cien aseadas -siguió el cabo, temblando bajo la mirada de Yaya-. Una de ellas lleva el pelo todo enredado...

-¡Oiga! -exclamó Magrat.

-... y otra tiene pinta de usar un lenguaje poco apropiado.

-¿Qué? -exclamó Tata, perdiendo la sonrisa al instante-. ¡Te voy a dar una buena patada en el culo, guapito!

-Pero, cabo, llevan escobas -señaló el capitán-. El personal de limpieza no puede estar siempre tan aseado como querría.

-¿Personal de limpieza? -rugió Yaya.

-Seguro que ellas tienen tantas ganas como usted de ir a asearse -siguió el capitán.

-Disculpe -dijo Yaya, dotando a la palabra de los mismos matices que llevan -exclamaciones como "¡Al ataque!" o "¡Mátenlos!"-. Disculpe, pero... ¿no le sugiere nada este sombrero puntiagudo que llevo?

Los soldados la miraron con toda educación.

-¿Me da una pista? -pidió al final el capitán.

-Significa...

-Bueno. Pues si no les importa, nos vamos ya -se apresuró a intervenir Tata Ogg-. Tenemos mucho que limpiar. -Blandió la escoba-. ¡Vamos, chicas!

Magrat y ella agarraron a Yaya firmemente por los codos, y la empujaron para que atravesara el arco antes de que se le quemaran los fusibles. Yaya Ceravieja siempre había defendido que había que contar hasta diez antes de perder los estribos. Nadie sabía por qué, ya que esto sólo sirve para que suba la presión y para que la explosión resultante sea aún peor.

Las brujas no se detuvieron hasta que no perdieron de vista la puerta.

-Venga, venga, Esme -la tranquilizó Tata-, no deberías tomártelo tan a la tremenda. Y tienes que admitir que vamos algo cochinas. Esos pobres chicos sólo cumplían con su trabajo, ¿verdad? ¿Qué te parece?

-Nos han tratado como si fuéramos gente corriente -rugió Yaya.

-Estamos en el extranjero, Yaya -dijo Magrat-. Además, tú misma dijiste que aquellos hombres del barco tampoco habían reconocido el sombrero.

-Porque yo no quise que lo reconocieran -bufó Yaya-. Es diferente.

-No ha sido más que un..., un incidente, Yaya -insistió Magrat-. Sólo son unos soldados estúpidos. Ni siquiera son capaces de reconocer un peinado estilo libre, aunque lo tengan ante sus narices.

Tata se dio media vuelta. La gente pasaba junto a ellas, casi en silencio.

-Y tienes que admitir que es una ciudad muy bonita, muy limpia-dijo.

Las tres contemplaron lo que las rodeaba.

Desde luego, era el lugar más pulcro que habían visto en sus vidas. Hasta los guijarros de la calle parecían pulimentados.

-Una se podría beber el té en el suelo -dijo Tata mientras caminaban.

-Sí, pero se estaría bebiendo el té en el suelo -bufó Yaya.

-Bueno, tampoco lo apuraría hasta el fondo -replicó Tata-. Pero hasta las alcantarillas están cepilladas. Mirad, no se ve ni una llerda.[19]

-¡Gytha!

-Oye, si tú misma dijiste que en Ankh-Morpork...

-¡Esto no es Ankh-Morpork!

-Qué limpio está todo -dijo Magrat-. Te dan ganas de haberte limpiado las sandalias.

-Es verdad. -Tata Ogg recorrió la calle con la mirada-. Te dan ganas de ser mejor persona.

-¿Qué vais rezongando vosotras dos? -quiso saber Yaya.

Siguió la dirección de sus miradas. Había un guardia de pie, en una esquina de la calle. Cuando vio que lo miraban, se llevó la mano al casco y les dedicó una breve sonrisa.

-Hasta los guardias son educados -dijo Magrat.

-Y cuántos hay, ¿eh? -señaló Yaya.

-Es verdad, resulta extraño que hagan falta tantos guardias en una ciudad donde la gente es tan tranquila, tan limpia -asintió Magrat.

-Supongo que hay tanto encanto para repartir, que necesitan a mucha gente para que lo haga -dijo Tata Ogg.

Las brujas recorrieron las calles atestadas.

-Las casas son muy bonitas -señaló Magrat-. Muy decorativas, a su estilo antiguo.

Yaya Ceravieja, que vivía en una casa de estilo antiguo, tanto, que si fuera más antigua sería una roca metamórfica, no hizo ningún comentario.

Los pies de Tata Ogg empezaron a quejarse.

-Deberíamos buscar algún lugar donde pasar la noche -sugirió-. Ya intentaremos dar con esa chica mañana por la mañana. Todas nos encontraremos mejor después de dormir bien una noche.

-Y de bañarnos -añadió Magrat-. Con muchas hierbas en el agua.

-Buena idea, a mí también me irá de maravilla un buen baño -asintió Tata.

-Caray, qué pronto vuelve el otoño -replicó Yaya con amargura.

-¿Sí? ¿Cuándo fue la última vez que te bañaste, Esme?

-¿Cómo que "la última vez"?

-¿Lo ves? Así que no tienes nada que opinar sobre mis abluciones.

-Bañarse es antihigiénico -declaró Yaya-. Sabes que nunca he aprobado los baños. Eso de sentarte en tu propia suciedad es una porquería.

-Entonces, ¿qué haces tú? -quiso saber Magrat.

-Me lavo -replicó Yaya-. Parte por parte. A medida que van apareciendo.

No se proporcionó más información sobre la periodicidad con que iban apareciendo dichas partes, pero desde luego sería más fácil localizarlas que encontrar habitaciones en Genua durante las fiestas de Carnaval.

Todas las tabernas y posadas estaban más que abarrotadas. Poco a poco, la presión de las multitudes las fue alejando de las calles principales hacia las zonas menos elegantes de la ciudad. Ni aún así encontraron refugio para las tres.

Yaya Ceravieja ya había tenido más que suficiente.

-Nos quedaremos en el próximo lugar que encontremos -afirmó, apretando las mandíbulas con firmeza-. ¿Cómo se llama esa posada de ahí?

Tata Ogg escudriñó el cartel.

-Hotel No... Va... Cantes -murmuró. Se animó un poco-. Hotel Nova Cantes. Eso quiere decir "Nuevas... eh... Cantes". En extranjero -añadió, esperanzada.

-Nos conformaremos -asintió Yaya.

Abrió la puerta de golpe. Un hombre regordete, de rostro sonrosado, alzó la vista desde detrás del mostrador. Acababa de empezar en aquel empleo y estaba muy nervioso. El último encargado había desaparecido por no ser regordete ni tener el rostro lo suficientemente sonrosado.

Yaya no era de las que perdían el tiempo.

-¿Ve este sombrero? -le espetó-. ¿Ve esta escoba?

El hombre miró a Yaya, luego a la escoba, y después otra vez a Yaya.

-Sí -dijo-. ¿Qué significan?

-Significan que queremos tres habitaciones para esta noche -replicó Yaya, mirando a las otras dos con gesto orgulloso.

-Con salchichas -dijo Tata.

-Y un menú vegetariano -añadió Magrat.

El hombre se las quedó mirando a las tres. Luego, se dirigió hacia la puerta.

-¿Ven esta puerta? -dijo-. ¿Ven este cartel?

-A nosotras no nos importan los carteles -replicó Yaya.

-Bueno, bueno -dijo el hombre-. Me rindo. ¿Qué significan el sombrero puntiagudo y la escoba?

-Que soy una bruja -replicó Yaya.

El hombre inclinó la cabeza hacia un lado.

-¿Y qué quiere decir eso? -preguntó-. ¿Anciana idiota?

<<Querido Jason y todos los demás -escribió Tata Ogg-. No os lo vais a creer pero aquí no conocen a las brujas, así de atrasados están en el extranjero. Un hombre se puso borde con Esme y Esme se habría puesto como una fiera así que Magrat y yo la agarramos y nos la llevamos, porque si haces creer a alguien que lo has convertido en algo te da un montón de problemas, acuérdate de lo que pasó la última vez, que luego tuviste que excavar un estanque para que viviera el señor Wilkins...>>

Por fin habían conseguido una mesa para ellas solas en una taberna. Estaba abarrotada de gente de todas las especies. El ruido las obligaba a gritar, y el aire era denso por el humo.

-¿Quieres dejar de hacer garabatos, Gytha Ogg? -bufó Yaya. Me crispas los nervios.

-Tiene que haber brujas por aquí -dijo Magrat-. En todas partes hay brujas. Tiene que haber brujas en el extranjero. Las brujas están por todas partes.

-Como las cucarachas -añadió Tata Ogg alegremente.

-Deberíais haberme dejado que le hiciera creer que era una rana -refunfuñó Yaya.

-Eso no está bien, Esme. No puedes ir por ahí haciendo creer a la gente que son otra cosa, sólo porque se portan de manera antipática y no saben quién eres tú -le explicó Gytha-. Si te dejáramos salirte con la tuya, todo el mundo iría por ahí dando saltos.

A pesar de sus muchas amenazas, Yaya Ceravieja no había transformado a nadie en una rana. Desde su punto de vista se podía hacer algo que era, técnicamente, menos cruel, pero mucho más barato y satisfactorio. Podía dejar a la gente con forma humana, pero hacerles creer que eran ranas, cosa que además proporcionaba infinitas diversiones a los viandantes.

-Siempre me dio mucha pena el señor Wilkins -suspiró Magrat, que contemplaba con tristeza la superficie de la mesa-. Me parecía muy triste verlo intentando atrapar moscas con la lengua.

-No debió decir lo que dijo -replicó Yaya.

-¿El qué, que eres una vieja entrometida y dominante? -preguntó Tata con inocencia.

-Acepto las críticas -dijo Yaya-. Ya me conocéis. Nunca me he tomado a mal una crítica. Nadie puede decir que me tomo a mal una crítica...

-Al menos, no dos veces -dijo Tata-. No sin que termine lanzando burbujas por la boca.

-Lo que pasa es que no soporto la injusticia -siguió Yaya- ¡Y deja ya de sonreír! Además, tampoco entiendo a qué viene tanto jaleo. Se le pasó en un par de días.

-La señora Wilkins dice que aún le gusta mucho nadar -dijo Tata-. Según ella, su marido tiene ahora nuevos intereses.

-Es posible que en esta ciudad tengan otro tipo de brujas -dijo Magrat, sin demasiadas esperanzas-. A lo mejor van vestidas de otra manera.

-Sólo existe una clase de brujas -dijo Yaya-. Y somos nosotras.

Recorrió la habitación con la mirada. Por supuesto, pensó, si alguien mantenía alejadas a las brujas la gente no sabría nada de ellas. Alguien que no quisiera que nadie más se entrometiera. Pero a nosotras nos ha dejado pasar...

-Bueno, al menos estamos en un lugar seco -comentó Tata.

Uno de los parroquianos, de entre la multitud que había a su espalda, echó hacia atrás la cabeza para reírse y le derramó la cerveza sobre el vestido.

La anciana murmuró algo entre dientes.

Magrat vio cómo el hombre bajaba la vista para beber otro sorbo y contemplaba la jarra con los ojos abiertos de par en par. La soltó y echó a correr hacia la puerta, agarrándose la garganta.

-¿Qué has hecho con su bebida? -preguntó.

-No tienes edad para saberlo -replicó Tata.

En casa, si una bruja quería una mesa para ella sola, pues... sencillamente, la tenía. Bastaba con la visión de un sombrero puntiagudo. La gente se mantenía a una distancia educada, y de cuando en cuando le pagaban las bebidas. Hasta Magrat era respetada, no porque alguien la mirase con admiración y asombro, sino porque cometer un desliz con una bruja era cometer un desliz con todas las brujas, y nadie quería que Yaya Ceravieja fuera a explicárselo en persona. En cambio, allí las empujaban, como si fueran corrientes. Sólo la mano de Tata Ogg, posada en el brazo de Yaya Ceravieja en gesto de advertencia, impedía que una docena de joviales bebedores entraran en un estado de anfibiedad antinatural. Ella siempre se había preciado de ser tan corriente como el abono, pero es que hay corrienteces y corrienteces. Era como lo de ese príncipe comosellamara, el de los cuentos, al que le gustaba recorrer su reino vestido como un ciudadano corriente. Siempre había tenido la retorcida sospecha de que el muy pervertido se aseguraba de antemano que todo el mundo supiera quién era, por si acaso a alguien se le ocurría ponerse demasiado corriente. Era como mancharte de barro. Mancharte de barro, cuando sabes que te espera una estupenda bañera caliente, es divertido; mancharte de barro, cuando todo lo que te espera es más barro, no tiene nada de gracioso. Llegó a una conclusión.

-Eh, ¿por qué no bebemos algo? -sugirió Tata Ogg con animación-. A todas nos vendrá bien una copa.

-Ah, no, ni hablar -replicó Yaya- Ya me enredasteis la última vez con esa bebida de hierbas. Estoy segura de que llevaba alcohol. Me sentí un tanto mareada después del sexto vaso. No pienso beber más porquerías extranjeras.

-Algo tendrás que beber -la tranquilizó Magrat-. Además, tengo sed. -Examinó el bar abarrotado con gesto distraído-. Puede que tengan algún zumo de frutas o algo por el estilo.

-Seguro -asintió Tata Ogg.

Se levantó, recorrió el establecimiento con la mirada y, con todo disimulo, se quitó una de las horquillas del sombrero.

-Enseguida vuelvo.

Las dos se quedaron en un silencio sombrío. Yaya miraba fijamente al frente.

-No te deberías tomar tan mal que la gente no te muestre ningún respeto -dijo Magrat, tratando de calmar los fuegos internos-. A mí, nadie me ha mostrado nunca el menor respeto, y no me pasa nada.

-Si no tienes respeto, no tienes nada -replicó Yaya, distante.

-Pues la verdad, no sé. Siempre me las he arreglado -dijo Magrat.

-Eso es porque eres una mocosa, Magrat Ajostiernos -bufó Yaya.

Se hizo un silencio breve, ardiente, en el que retumbaban las palabras que no debieron pronunciarse, junto con algunos gemidos de dolor más cerca de la barra del bar.

Siempre supe que opinaba eso, se dijo Magrat, desde los muros gélidos de la vergüenza. Pero no pensaba que llegaría a decirlo. Y jamás me pedirá perdón, porque no es de las que piden perdón. Se limita a esperar que la gente olvide cosas como ésa. Sólo intentaba que volviéramos a llevarnos bien, a ser amigas. Como si ella tuviera amigas.

-Bueno, ya estoy aquí -exclamó Tata Ogg, saliendo de entre la multitud con una bandeja-. Bebidas de frutas.

Se sentó, y miró a sus compañeras.

-Son de banana -insistió, con la esperanza de despertar una chispa de interés en alguna de las dos-. Recuerdo que, una vez, mi Shane trajo una banana a casa. Caray, lo que nos llegamos a reír con aquello. Le he preguntado al camarero "¿Qué bebidas de frutas toma la gente por aquí?", y me ha dado esto. Es de banana. Una bebida de banana. Ya veréis como os gusta. Es lo que bebe aquí la gente. Es de banana.

-Desde luego, tiene un..., un sabor muy fuerte -dijo Magrat, bebiendo un sorbo con cautela-. ¿Lleva también azúcar?

-Me parece que sí -asintió Tata.

Miró a Yaya, que tenía el ceño fruncido y la mirada perdida en la distancia. Suspiró, sacó el lápiz y lamió la punta con gesto profesional.

<<Una de las cosas buenas que tienen aquí es que es muy barato beber, hay una cosa que se llama dairikiri de bananana, que consiste en ron con una bananananana[20] dentro. Noto que me hace mucho bien. Aquí el clima es de lo más húmedo. Espero que encontremos un lugar donde alojarnos. Lo espero porque Esme siempre cae de pie, o por lo menos siempre cae sobre los pies de alguien. Os he hecho un dibujo de un dairikiri de bananananana, que como podéis ver ya me lo he bebido hasta la última gota. Besos, MAMA XXXXX.>>

Al final, encontraron un establo. Según comentó alegremente Tata Ogg, probablemente fuera más cálido e higiénico que cualquiera de las posadas, y había millones de personas en el extranjero que darían el brazo derecho por tener un lugar tan calentito y seco donde dormir.

Para romper el hielo, era tan útil corno una sierra de jabón.

No hace falta gran cosa para hacer dormir a las brujas.

Magrat se quedó despierta, utilizando su bolsa de ropas a modo de almohada y escuchando el sonido suave de la lluvia contra el tej ado.

Todo esto ha ido mal desde el principio, pensó. No sé por qué permití que vinieran conmigo. Soy perfectamente capaz de hacer algo sola por una vez, pero ellas siempre me tratan como si fuera una..., una mocosa. No lo entiendo, no tengo por qué soportar que siempre me esté echando la bronca y poniéndome malas caras. A ver, ¿qué tiene ella de especial? Casi nunca hace nada que sea magia de verdad, diga lo que diga Tata. Lo único que hace es gritar mucho y avasallar a la gente. En cuanto a Tata, tiene buenas intenciones, pero ni el menor sentido de la responsabilidad. Creí que me iba a morir cuando empezó a cantar la Canción del Puercoespín en medio de la taberna. Espero que la gente no entendiera la letra.

Y el hada madrina soy yo, ¡yo! Ahora no estamos en casa. En el extranjero tiene que haber maneras diferentes de hacer las cosas.

Se levantó con la primera luz del día. Las otras dos dormían, aunque "dormir" es una palabra demasiado moderada para calificar los sonidos que emitía Yaya Ceravieja.

Magrat se puso su mejor vestido, el de seda verde, que ahora era un amasijo de arrugas. Sacó un paquetito envuelto en papel de seda, y desenvolvió con sumo cuidado sus joyas ocultistas. Magrat compraba joyería ocultista, en parte para distraerse del hecho de ser Magrat. Tenía tres cajas grandes llenas de baratijas, y seguía siendo exactamente la misma persona.

Hizo todo que pudo para quitarse la paja del pelo. Luego, desenvolvió la varita mágica.

Deseó tener un espejo en el que mirarse.

-Tengo la varita -dijo con tranquilidad-. No creo que necesite ayuda. Desiderata me pidió que les dijera que no me ayudaran.

Le pasó por la cabeza la idea de que Desiderata no había estado muy afortunada en ese aspecto. De una cosa se podía estar seguro: si decías a Yaya Ceravieja y a Tata Ogg que no te ayudaran, lo primero que harían sería lanzarse en tu ayuda. A Magrat no dejaba de sorprenderla que alguien tan inteligente como Desiderata hubiera cometido un error tan tonto. Seguramente, la pobre también había tenido una psicolología..., fuera eso lo que fuese.

Con todo cuidado, para no despertar a las otras dos, Magrat abrió la puerta y salió rápidamente al aire húmedo del exterior. Esgrimió la varita, y se dispuso a dar al mundo lo que el mundo desease.

Esperaba que fueran calabazas.

Tata Ogg abrió un ojo cuando la puerta crujió al cerrarse.

Se incorporó, bostezó y se rascó. Rebuscó en el sombrero hasta dar con la pipa. Atizó un buen codazo a Yaya en las costillas.

-No estoy dormida -replicó Yaya.

-Magrat se ha marchado.

-¡Ja!

-Voy a buscar algo de comer -murmuró Tata.

Cuando Esme estaba de aquel humor, era inútil intentar hablar con ella.

Cuando salió, Greebo se dejó caer suavemente desde la viga y aterrizó sobre su hombro.

Tata Ogg, una de las personas más optimistas del mundo, salió a recoger aquello que le ofreciera el futuro.

Esperaba que le ofreciera ron y bananas.

No le costó mucho encontrar la casa. Desiderata había dejado indicaciones muy precisas.

La mirada de Magrat se posó sobre las altas paredes blancas y las recargadas balconadas de metal. Trató de alisarse unas cuantas arrugas del vestido, se quitó unos trocitos recalcitrantes de heno que aún llevaba en el pelo, y luego echó a andar con resolución por el camino que llevaba a la entrada. Llamó a la puerta.

La aldaba se le rompió en la mano.

Miró a su alrededor con ansiedad, por si alguien había advertido aquella muestra de vandalismo, y trató de ponerla en su sitio. Se le cayó, arrancando un trozo de mármol de uno de los escalones.

Por fin, llamó suavemente con los nudillos. Una fina nube de pintura se desprendió de la puerta y bajó flotando hacia el suelo. Fue el único efecto que obtuvo.

Magrat calculó cuál debería ser su próximo movimiento. Estaba bastante segura de que dejar una tarjetita por debajo de la puerta, un papelito donde pusiera: "He pasado hoy, pero no había nadie en casa. Por favor, contacten con la remitente para concertar una cita", no era una actitud típica de un hada madrina. Además, esta casa no era de las que se quedan vacías. En un lugar así, debería de haber criados a toneladas.

Echó a andar por la gravilla, y rodeó la casa. Quizá por la puerta trasera... Las brujas siempre se han sentido más cómodas con las puertas traseras.

Desde luego, Tata Ogg prefería las puertas traseras. Se dirigió a una que correspondía al palacio. Era bastante sencillo entrar, esto no era como los castillos de

casa, que expresaban con toda claridad sus ideas sobre el interior y el exterior, y estaban construidos para mantenerlos bien diferenciados. Esto era..., bueno, era un castillo de cuento de hadas, todo almenajes de azúcar glaseado y delgados torreones. Además nadie se fijaba demasiado en las ancianitas menudas. Las ancianitas menudas eran inofensivas por definición, aunque en todo un reguero de pueblos y aldeas, a lo largo de varios miles de kilómetros del continente, estaban actualizando dicha definición.

Según la experiencia de Tata Ogg, los castillos eran como los cisnes. Parecían moverse con suavidad por las aguas del Tiempo, pero en realidad había una actividad caótica por debajo. Seguro que encontraría un laberinto de despensas, y cocinas, y lavanderías, y establos, y bodegas (le gustaba especialmente lo de las bodegas), y gente que ni siquiera repararía en una abuelita más por allí.

Además, era la mejor manera de enterarse de los chismorreos. A Tata Ogg también le encantaban los chismorreos.

Yaya Ceravieja vagaba desconsolada por las inmaculadas calles. No estaba buscando a las otras dos. De eso estaba casi segura. Por supuesto, siempre era posible que se las encontrara, así como por casualidad, y les dirigiera una mirada cargada de sentido. Pero, desde luego, no las estaba buscando. De eso, ni hablar.

Al final de la calle se había congregado una multitud. Partiendo de la razonable idea de que Tata Ogg bien podía encontrarse en el centro, Yaya Ceravieja encaminó sus pasos hacia allí.

No encontró a Tata. Lo que había en aquel lugar era una tarima. Y un hombrecillo cargado de cadenas. Y unos cuantos guardias con alegres uniformes. Uno de ellos esgrimía un hacha.

No era necesario haber recorrido mucho mundo para comprender que el objetivo de aquella escena no era entregar al hombre encadenado una tarjeta firmada y una colecta realizada entre sus compañeros.

Yaya dio un codazo a un espectador.

-¿Qué pasa?

El hombre la miró de soslayo.

Los guardias lo pescaron robando -dijo.

Ah. Bueno, la verdad es que parece culpable -asintió Yaya. La gente encadenada tiene tendencia a parecer culpable-. ¿Y qué le van a hacer?

-Enseñarle una lección.

-¿Qué tipo de lección?

-¿Ve esa hacha?

Los ojos de Yaya no se habían apartado del hacha ni un instante. Pero, ahora, permitió que su atención se desviara hacia la multitud para captar briznas de pensamientos.

La mente de una hormiga es fácil de leer. Sólo hay una cadena de pensamientos simples: Transportar, Transportar, Morder, Meterse En El Bocadillo, Transportar, Comer. En cierto modo, la de un perro es más complicada. Un perro puede estar albergando varios pensamientos a la vez. Pero una mente humana es una nube tormentosa, un relampagueante conjunto de pensamientos, todos ellos ocupando una cantidad limitada de tiempo de procesamiento cerebral. Es casi imposible averiguar qué piensa su propietario que está pensando, entre la contaminación de los prejuicios, los recuerdos, las preocupaciones, las esperanzas y los temores.

Pero cuando hay mucha gente pensando lo mismo a la vez es posible captarlo, y Yaya Ceravieja detectó al instante el miedo.

-Parece que será una lección que tardará mucho tiempo en olvidar -murmuró.

-Pues a mí me parece que la olvidará enseguida -replicó el espectador.

Acto seguido, se alejó unos pasos de Yaya, igual que la gente se aleja de los pararrayos cuando empieza una tormenta eléctrica.

Y fue en este momento cuando Yaya detectó la nota discordante en la orquesta de pensamientos. En medio de ella había dos mentes que no tenían nada de humanas.

Su forma era tan sencilla, limpia y directa como una navaja. Ya había palpado mentes como aquéllas, y no había sido una experiencia agradable.

Examinó la multitud y descubrió a las propietarias de las mentes. Miraban sin parpadear a las figuras de la tarima.

Eran dos mujeres. O, al menos en aquel momento, tenían forma de mujeres; más altas que ella, esbeltas como bastones, con anchos sombreros y velos que les cubrían los rostros. Sus vestidos centelleaban a la luz del sol..., podían ser azules, quizá amarillos, quizá verdes. Quizá estampados. Era imposible saberlo con certeza. Al menor movimiento, cambiaban todos los colores.

Y no alcanzaba a distinguir sus rostros.

Desde luego, había brujas en Genua. Al menos, había una bruja.

Un ruido en la tarima le hizo volverse.

Y supo por qué en Genua la gente era tan silenciosa, tan amable.

Yaya había oído comentar que, en algunos países del extranjero, cortaban las manos a los ladrones para que no volvieran a robar. Y la sola idea le había parecido verdaderamente repugnante.

En Genua no hacían semejante cosa. En Genua, les cortaban las cabezas para que ni siquiera pensaran en volver a robar.

Yaya supo perfectamente dónde estaban ahora las brujas de Genua.

Estaban al mando.

Magrat llegó a la puerta trasera de la casa. Estaba entreabierta.

Trató de recuperar la compostura.

Dio unos golpecitos educados, tímidos, en la madera.

-Eh... -empezó.

Un cuenco de agua sucia le dio directamente en la cara.

-Cielos, cuánto lo siento -oyó decir a alguien, entre el rugido de la marea en unas orejas llenas de porquería-. No sabía que hubiera nadie en la puerta.

Magrat se secó el agua de los ojos, y trató de enfocar la mirada en la figura nebulosa que tenía ante ella. En su mente se hizo una especie de certeza narrativa.

-¿Te llamas Enta? -preguntó.

-Pues sí. ¿Y tú, quién eres?

Magrat examinó de arriba abajo a su recién encontrada ahijada. Era la joven más atractiva que había visto en su vida. Tenía la piel tan marrón como una nuez y el cabello tan rubio que era casi blanco, una combinación no del todo inusual en una ciudad tan tolerante como había sido Genua en el pasado.

¿Qué se suponía que debía decir una en momentos como aquél? Se quitó una monda de patata de la nariz.

-Soy tu hada madrina -dijo-. Qué cosas. Ahora que se lo he dicho a alguien, me suena de lo más tonto.

Enta la miró.

-¿Tú?

-Eh..., pues sí. Mira, tengo la varita y todo.

Magrat agitó la varita por si servía de algo. No sirvió de nada.

Enta inclinó la cabeza hacia un lado.

-Pensaba que vosotras aparecíais en medio de una lluvia de lucecitas parpadeantes y con un tintineo de fondo -señaló con desconfianza.

-Oye, que sólo me han dado la varita -replicó Magrat a la desesperada-. No venía con libro de instrucciones, ¿sabes?

Enta la examinó de nuevo.

-En fin -dijo-. En ese caso, será mejor que entres. Llegas justo a tiempo. Estaba preparando una taza de té.

Las mujeres iridiscentes subieron a un carruaje descubierto. Pese a lo hermosas que eran, Yaya advirtió que caminaban de una manera extraña.

Sí, claro, era comprensible. No debían de estar acostumbradas a las piernas.

También se dio cuenta de que la gente evitaba mirar el carruaje. No era que no lo vieran. Sencillamente, dejaban que sus ojos pasaran de largo, como si con sólo apercibirse de su existencia fueran a meterse en un buen lío.

Y tampoco pudo dejar de fijarse en los caballos del carruaje. Tenían sentidos más aguzados que los de los seres humanos. Sabían lo que tenían detrás, y no les hacía la menor gracia.

Los siguió cuando emprendieron el trote, con los ojos enloquecidos y las orejas gachas, por las calles de la ciudad. Tras un rato, entraron por el camino que llevaba a una casa enorme y semiderruida, cerca del palacio.

Yaya remoloneó unos instantes junto a la puerta, tomando nota de los detalles. El yeso se caía a pedazos de los muros de la casa y hasta la aldaba se había desprendido.

Yaya Ceravieja no creía en los ambientes. No creía en las auras psíquicas. Siempre había pensado que ser bruja depende en buena medida de las cosas en las que no crees. Pero estaba más que dispuesta a creer que aquella casa tenía un algo muy desagradable. No que fuera malévola. Las dos no-exactamente-mujeres no eran malévolas, de la misma manera que una daga o un despeñadero no son malévolos. Ser malévolo implica que eres capaz de tomar decisiones. Pero la mano que esgrime la daga o que empuja el cuerpo por el despeñadero sí puede ser malévola, y algo semejante era lo que sucedía en aquel lugar.

Deseó con todas sus fuerzas no saber quién estaba detrás e aquello.

La gente como Tata Ogg aparece por todas partes. Es como si hubiera una especie de generador mórfico dedicado a la producción de ancianas a las que les gusta reír un rato y no hacen ascos a una jarrita de cuando en cuando, preferentemente de alguna bebida que se sirva en vasos muy pequeños. Las hay por todas partes y, por lo general, van de dos en dos.[21]

Tienen tendencia a atraerse unas a otras. Probablemente, emiten señales inaudibles que indican que aquí hay alguien dispuesto a exclamar "Ooooh" ante las fotos de los nietos de los demás.

Tata Ogg había encontrado una amiga. Era la señora Pleasant, que trabajaba como cocinera y además era la primera persona negra con que se encontraba Tata.[22] Además, era una de esas cocineras de tipo muy superior, de las que se pasan la mayor parte del tiempo sentadas en una silla en el centro de la cocina y no parecen prestar mucha atención a la actividad que tiene lugar a su alrededor.

De cuando en cuando, daba alguna orden. Sólo tenía que hacerlo de cuando en cuando porque, con los años, se había encargado de que la gente hiciera las cosas a su manera o no las hiciera en absoluto. En un par de ocasiones se levantaba con cierta ceremonia, probaba algo y, quizá, hasta añadía un pellizco de sal.

Este tipo de personas siempre se muestran dispuestas a charlar con cualquier vendedor ambulante, herborista o ancianita que lleve un gato sobre el hombro. Greebo cabalgaba sobre el hombro de Tata como si acabara de comerse al loro.

-Entonces, ¿ha venido a pasar aquí el Carnaval? -se interesó la señora Pleasant.

-Estoy ayudando a una amiga en un trabajo -asintió Tata-. Caray, estas galletitas son de lo más sabroso.

-Se le ve en la cara -dijo la señora Pleasant, empujando el plato hacia ella- que trata usted con el mundo de la magia.

-Pues ve usted mucho mejor que la mayor parte de la gente de por aquí -respondió Tata-. Oiga, ¿sabe cómo mejorarían mucho estas galletitas? Si hubiera algo con que mojarlas, ¿qué le parece?

-¿Qué le parece una bebida de bananas?

-Justo lo que estaba pensando -exclamó Tata alegremente.

La señora Pleasant hizo una señal imperiosa a una de las doncellas, que puso manos a la obra.

Tata se acomodó en la silla, balanceando sus piernas gordezuelas y contemplando la cocina con sumo interés. Había un montón de cocineros, que trabajaban con la determinación de un pelotón de artillería construyendo una barricada. Montaban enormes pasteles. En los hornos se asaban animales enteros. Un hombretón calvo, con el rostro cruzado por una cicatriz, se dedicaba pacientemente a clavar palillos en las salchichas.

Tata no había desayunado nada. Greebo sí, pero eso no importaba. Los dos estaban sufriendo una exquisita tortura culinaria.

Ambos siguieron con la vista, como hipnotizados, a dos doncellas que apenas podían con sus bandejas de canapés.

-Veo que es usted una mujer muy observadora, señora Ogg -dijo la señora Pleasant.

-Sólo una miguita -respondió Tata sin pensar.

-También me apercibo -siguió la señora Pleasant tras unos instantes de silencio- de que el gato que lleva sobre su hombro es de raza poco habitual.

-En eso tiene razón.

-Sé que tengo razón.

Un vaso rebosante de espuma amarilla apareció ante Tata. La anciana lo miró, reflexiva, y trató de volver al asunto más apremiante.

-Bien -empezó-, ¿adónde me aconsejaría usted ir para averiguar cómo se hace la magia en ... ?

-¿Quiere comer alguna cosita? -la interrumpió la señora Pleasant.

-¿Qué? ¡Cielos!

La señora Pleasant puso los ojos en blanco.

-Esto, ni hablar. Yo ni siquiera lo probaría -dijo con arnargura.

Tata se desanimó. -Pero si lo cocina usted... -Sólo porque me lo dicen. El viejo Barón sí que sabía lo que era comer bien, pero... ¿esto? Aquí no hay nada más que cerdo, y ternera, y cordero, y esas porquerías para gente que no ha probado nunca nada mejor. El único bicho de cuatro patas que vale la pena comer es el caimán. Yo me refería a comida de verdad.

La señora Pleasant recorrió la cocina con la mirada.

-¡Sara! -llamó.

Una de las subcocineras se volvió.

-¿Sí, señora?

-Esta amiga y yo vamos a salir. Encárgate de todo, ¿de acuerdo?

-Sí, señora.

La señora Pleasant se levantó e hizo una señal cargada de sentido a Tata Ogg.

-Las paredes tienen oídos -susurró.

-¡Canastos! ¿De verdad?

-Vamos a dar un paseo.

Ahora, a Tata Ogg le parecía que había dos ciudades en Genua. Por un lado estaba la blanca, toda casas nuevas y palacios con tejados azules. A su alrededor, incluso por debajo de ella, se extendía la antigua. Quizá a la nueva no le gustara la presencia de la antigua, pero no podía arreglárselas sin ella. Al fin y al cabo, alguien tenía que encargarse de cocinar.

A Tata Ogg le gustaba bastante cocinar, siempre y cuando hubiera alguien alrededor para encargarse de hacer cosas como cortar las verduras y lavar los platos después. Aseguraba que era capaz de hacer cosas con un trozo de carne, que ni el buey al que perteneció habría podido imaginar. Pero, ahora, se daba cuenta de que aquello no era cocinar. Al menos, comparado con la cocina de Genua. Aquello era sobrevivir de la manera más agradable posible. Cocinar fuera de Genua sólo era calentar trozos de animales, pájaros, pescados y verduras, todo junto, hasta que se ponían marrones.

Y lo más extraño era que los cocineros de Genua no tenían nada comestible que cocinar; al menos, no tenían lo que Tata habría calificado de comida. En su mundo, la comida iba por ahí sobre cuatro patas o, todo lo más, sobre dos patas y con un par de alas. O, como mínimo, tenía aletas. La idea de comida con más de cuatro patas era harina de otro co..., era un nuevo cereal molido, completamente desconocido.

En Genua no tenían gran cosa que cocinar, de manera que lo cocinaban todo. Tata nunca había oído hablar de gambas, cangrejos de río o langostas; le daba la sensación de que los habitantes de Genua dragaban el fondo del río y hervían lo que saliera.

Lo principal era que un buen cocinero de Genua podía coger lo que se retorciera en un puñado de barro, unas cuantas hojas secas y un pellizco o dos de algunas hierbas de nombre impronunciable, y hacer con todo ello una comida que haría que el mejor gourmet se echara a llorar de gratitud y prometiera ser bueno el resto de su vida con tal de que le dieran otro plato.

Tata Ogg siguió a la señora Pleasant por el mercado. Examinó las jaulas de serpientes y las hileras de hierbas misteriosas. Hurgó en las bandejas de bivalvos. Se detuvo a charlar con otras señoras como Tata Ogg, dueñas de tenderetes en los que, a cambio de un par de monedas, te daban extrañas sopas de pescado y bocadillitos de marisco. Lo probó todo. Se lo estaba pasando en grande. Genua, ciudad de cocineros, acababa de encontrar el apetito que merecía.

Terminó de comerse un plato de pescado, e intercambió un saludo y una sonrisa con la mujercita del tenderete.

-Canastos, todo esto es... -empezó, volviéndose hacia la señora Pleasant.

La señora Pleasant había desaparecido.

Otras personas se habrían lanzado a buscarla entre la multitud, pero Tata Ogg se quedó allí pensativa.

Le he preguntado por la magia, meditó, y me ha traído aquí. Por culpa de esas paredes con orejas, supongo. Así que quizá deba hacer el resto yo sola.

Miró a su alrededor. Había una tienda a cierta distancia de las demás, al lado del río. No se veía ningún cartel en el exterior, pero había un caldero cuyo contenido hervía suavemente sobre el fuego. Junto al caldero había unos cuantos cuencos de arcilla. De cuando en cuando, alguien salía de entre la multitud, se servía un cuenco de lo que fuera que hubiese en el caldero, y luego echaba un puñado de monedas en el plato situado ante la tienda.

Tata se acercó para echar un vistazo al caldero. En el interior, algunas cosas salían a la superficie para luego volver a hundirse. Los
colores imperantes eran los marrones y castaños. Las burbujas se formaban, crecían y se rompían con un "blop" orgánico, pegajoso. En aquel caldero podía estar sucediendo cualquier cosa. Quizá se estuviera creando la vida por generación espontánea.

Tata Ogg era de las que pensaban que había que probarlo todo. Algunas cosas, las probaba miles de veces.

Cogió el cucharón, eligió un cuenco y se sirvió.

Un momento más tarde, apartó la cortina de la tienda y miró hacia la oscuridad del interior.

Había una figura cruzada de piernas en la penumbra. Fumaba en pipa.

-¿Le importa si paso? -preguntó Tata.

La figura asintió.

Tata se sentó. Tras un intervalo razonable, sacó su propia pipa.

-Supongo que la señora Pleasant es amiga suya...

-Me conoce.

-Ah.

Fuera se oía de cuando en cuando un tintineo, después de que los clientes se sirvieran.

-Veo que no se va mucha gente sin pagar -señaló Tata.

-No.

Hubo otra pausa.

-Supongo -dijo Tata tras un rato- que alguien intentará pagar con oro, o joyas, o ungüentos perfumados y cosas así...

-No.

-Increíble.

Tata Ogg se quedó en silencio unos minutos, escuchando los sonidos lejanos del mercado y haciendo acopio de sus poderes.

-¿Córno se llama eso?

-Gumbo.

-Está bueno.

-Lo sé.

-Supongo que alguien que puede cocinar así es capaz de hacer cualquier cosa... -Tata se concentró-, señora Gogol.

Aguardó.

-Casi, casi, señora Ogg.

Las dos mujeres se miraron, o al menos miraron sus perfiles entre las sombras, como dos conspiradores que se acabaran de dar las contraseñas y esperasen a ver qué sucede a continuación.

-En el lugar de donde vengo, a eso lo llamamos brujería -dijo Tata entre dientes.

-En el lugar de donde vengo, a eso lo llamamos vudú -dijo la señora Gogol.

La frente arrugada de Tata se arrugó aún más.

-¿Eso no consiste en hacer cosas con muñecos, y con los muertos, y no sé qué más? -preguntó.

-¿Consiste la brujería en ir por ahí sin ropa y clavarle alfileres a la gente? -replicó la señora Gogol sin enfadarse.

-Ah -asintió Tata-. Ya la entiendo.

Se removió intranquila. Era una mujer sincera en el fondo.

-Pero he de admitir... -añadió-. La verdad es que..., a veces..., un pinchazo de nada...

La señora Gogol asintió con seriedad.

-De acuerdo. A veces..., un zombi de nada... -dijo.

-Pero sólo cuando no queda más remedio.

-Claro. Cuando no queda más remedio.

-Cuando..., ya sabe, cuando la gente no te muestra respeto, cosas así.

-Cuando hay que pintar la casa.

Tata sonrió, mostrando su diente. La señora Gogol también sonrió. La superaba en dientes, treinta a uno.

-Mi nombre completo es Gytha Ogg -dijo- La gente me llama Tata.

-Mi nombre completo es Erzulie Gogol -dijo la señora Gogol-. La gente me llama Señora Gogol.

-Pues mire, pensé que al ser esto el extranjero, debía de haber una magia diferente -comentó Tata- Parece lógico, ¿no? Los árboles son diferentes, la gente es diferente, las bebidas son diferentes y llevan bananas, así que la magia también debe de ser diferente. Y entonces, me dije ... : "Gytha, chica, nunca es tarde para aprender".

-Desde luego.

-En esta ciudad pasa algo malo. Lo supe en cuanto puse el pie aquí.

La señora Gogol asintió.

Durante un rato no se oyó más sonido que el "puf-puf" de las pipas.

Luego se escuchó un tintineo en el exterior, seguido de una pausa pensativa.

-¿Gytha Ogg? -dijo al final una voz- Sé que estás ahí dentro.

El perfil de la señora Gogol se quitó la pipa de la boca.

-Muy bien -dijo-. Buen sentido del gusto.

Una mano apartó la cortina de la tienda.

-Hola, Esme -saludó Tata.

-Que las bendiciones caigan sobre esta... tienda -dijo Yaya Ceravieja, escudriñando en la penumbra.

-Te presento a la señora Gogol -dijo Tata-. Es lo que se dice una dama vudú. O sea, una bruja de esta zona.

-No es el único tipo de brujas que hay por aquí -señaló Yaya,

-La señora Gogol se ha quedado muy impresionada de que supieras que estaba aquí.

-No ha sido tan difícil. En cuanto vi a Greebo lavándose ahí delante, el resto fue pura deducción.

En la penumbra de la tienda, Tata se había hecho una idea mental de una señora Gogol anciana. Desde luego, con lo que no esperaba encontrarse cuando la dama vudú salió al aire libre era con una mujer madura, atractiva, algo más alta que Yaya. La señora Gogol llevaba grandes aros de oro en las orejas, y vestía una blusa blanca y una amplia falda roja con volantes. Tata casi pudo palpar la desaprobación de Yaya Ceravieja. Lo que decían sobre las mujeres con faldas rojas debía de ser aún peor que lo que decían de las mujeres con botas rojas, fuera lo que fuese.

La señora Gogol se detuvo y alzó un brazo. Se escuchó un revoloteo.

Greebo, que se había estado restregando obsequiosamente contra la pierna de Tata, alzó la vista y siseó. El gallo más grande y más negro que Tata había visto en su vida, fue a posarse sobre el hombro de la señora Gogol. Clavó en ella la mirada más inteligente que había visto jamás en los ojos de un pájaro.

-Canastos -dijo, realmente sorprendida-. Es el pajarito más grande que he visto, y le garantizo que vi muchos en mi juventud.

La señora Gogol arqueó una ceja en gesto de desaprobación.

-No tuvo quien la educara -comentó Yaya.

-Porque vivía al lado de una granja de pollos, como iba a añadir -le espetó Tata.

-Éste es Legba, un espíritu oscuro y peligroso -les dijo la señora Gogol. Se acercó un poco más a ellas y susurró en voz baja-: Entre nosotras, no es más que un gallo negro un poco grande. Pero ya saben cómo funciona esto.

-Sí, la publicidad siempre viene bien -asintió Tata-. Éste es Greebo. Entre nosotras, es un diablo salido del infierno.

-Bueno, es que es un gato -dijo la señora Gogol con generosidad-. Era de esperar.

<<Querido Jason y todos los demás:

Es increíble la de cosas que pasan cuando menos te lo esperas, por ejemplo resulta que hemos conocido a la señora Gogol que trabaja como cocinera pero en realidad es una bruja vudú, no os creáis nunca más todas esas tonterías de la magia negra, es una tapadera, porque es como nosotras solo que diferente. En cambio lo de los zombis es verdad pero tampoco es lo que se dice...>>

Genua era una ciudad extraña, en opinión de Tata. Uno salía de las calles principales, avanzaba por una callejuela, atravesaba una puertecita, y de pronto se encontraba rodeado de árboles, llenos de musgo y de eso que se llamaba llamas, y el suelo empezaba a temblar bajo los pies y se convertía en pantano. A ambos lados del sendero había oscuros charcos, en los que se veía de vez en cuando, entre los lirios acuáticos, unos troncos que las brujas no conocían de nada.

-Hay que ver, qué tritones tan grandes -dijo.

-Son caimanes.

-Cielos. Menudos gorgojos deben de comer.

-¡Cierto!

La casa de la señora Gogol parecía un montón de troncos arrastrados por el río, con un tejado de musgo y elevada sobre el pantano gracias a cuatro fuertes pértigas. Estaban tan cerca del centro de la ciudad que Tata alcanzaba a oír el traqueteo de los carros. Pero la choza, en su trocito de pantano, estaba envuelta en silencio.

-¿No le molesta aquí la gente?

-No me molesta nadie que no quiera ver.

Los lirios acuáticos se movieron. Una ondulación en forma de V recorrió la charca más cercana.

-Independencia -dijo Yaya con tono de aprobación-. Eso es muy importante.

Tata examinó a los reptiles con mirada calculadora. Ellos intentaron pagarle con la misma moneda, pero tuvieron que rendirse cuando empezaron a llorarles los ojos.

-No me vendrían mal un par de bichitos de estos allá en casa -dijo pensativa, mientras avanzaban-. Mi Jason podría excavar otro estanque, por eso no hay problema. ¿Qué dice que comen?

-Lo que les da la gana.

-Me sé un chiste sobre caimanes -dijo Yaya, con tono de anunciar una gran verdad solemne.

-¡Pero si tú nunca ... ! -tartamudeó Tata Ogg-. ¡Jamás en la vida te he oído contar un chiste!

-El hecho de que no los cuente no quiere decir que no los sepa -replicó Yaya altivamente-. Éste va de un hombre...

-¿Qué hombre? -quiso saber Tata.

-Un hombre que entra en una taberna. Sí. Era en una taberna. Y ve un cartel que dice "Tenemos todo tipo de bocadillos", así que va y dice: "¡Póngame un bocadillo de caimán!", y el camarero dice: "¡Lo siento, señor, se nos ha acabado el pan!".

Se quedaron contemplándola.

Tata Ogg se volvió hacia la señora Gogol.

-Entonces, ¿vive usted aquí sola? -dijo con tono animado-. ¿Ni un alma cerca?

-En cierto modo -asintió la señora Gogol.

-Porque no es que no tuvieran caimán... -empezó a decir Yaya, en voz muy alta.

Pero se interrumpió.

La puerta de la choza se había abierto.

Esta cocina también era muy grande.[23]

Éranse una vez unos tiempos en que había proporcionado trabajo a media docena de cocineros. Ahora no era más que una cueva, los rincones estaban en sombras, el polvo había quitado el brillo a las sartenes y cazos que colgaban por doquier. Las grandes mesas estaban contra una pared, y sobre ellas se apilaba la antigua vajilla que llegaba casi hasta el techo. Los hornos, que parecían tan grandes como para asar vacas enteras y guisar para todo un ejército, estaban fríos.

En medio de toda esta desolación gris, alguien había puesto una mesita junto a la chimenea, sobre un cuadradito de alfombra de alegres colores. Un jarro contenía flores, colocadas siguiendo el sencillo método de coger un puñado y meterlas a presión. El efecto general era el de una pequeña zona de boba animación en medio de la tristeza y la oscuridad.

Enta cambió de lugar unas cuantas cosas a la desesperada, y luego se quedó mirando a Magrat con una especie de sonrisita vergonzosa.

-Vaya, qué tonta soy. Supongo que estás acostumbrada a estas cosas -dijo.

-Eh... Sí. Oh, sí. Es de lo más corriente -asintió Magrat.

-Lo que pasa es que creía que eras un poco más.... vieja. Por lo visto, estuviste en mi bautizo.

-Ah. ¿Sí? Bueno, verás, es que...

-Aunque claro, como puedes tener el aspecto que quieras... -la ayudó Enta.

-Ah. Sí. Eh...

Enta estaba un poco sorprendida. Parecía preguntarse por qué, si Magrat podía tener el aspecto que eligiera, elegía el aspecto de Magrat,

-Bueno, en fin -dijo-. ¿Qué hacemos ahora?

-Has mencionado una taza de té -respondió Magrat para ganar tiempo.

-Ah, claro.

Enta se volvió hacia la chimenea, donde una tetera ennegrecida colgaba sobre lo que Yaya Ceravieja solía denominar "un fuego optimista".[24]

-¿Cómo te llamas? -preguntó por encima del hombro.

-Magrat -dijo ésta, mientras tomaba asiento.

-Es un nombre... muy bonito -respondió Enta con educación. Ya sabes cómo me llamo yo, claro. Aunque la verdad es que me paso tanto tiempo aquí, cocinando, que a la señora Pleasant le ha dado por llamarme Brasas. Qué tontería, ¿verdad?

"Brasienta -pensó Magrat-. Soy hada madrina de una chica que te hace pensar en un bote de lavavajillas."

-Habría que pulirlo un poco -reconoció.

-No he tenido valor para decirle que no me gusta, a ella le parece un nombre muy alegre -suspiró-. A mí siempre me hace pensar en un bote de lavavajillas.

-Oh, yo no diría tanto -mintió Magrat-. Esto... ¿quién es la señora Pleasant?

-Es la cocinera del palacio. Suele venir por aquí a animarme cuando ellas no están...

Se dio media vuelta. Esgrimía la tetera ennegrecida como si fuera un arma.

-¡No pienso ir a ese baile! -le espetó- ¡Y no pienso casarme con el príncipe! ¿Entendido?

Las palabras cayeron como lingotes de hierro.

-¡De acuerdo, de acuerdo! -asintió Magrat, sorprendida ante tanta energía.

-Es un baboso. ¡Me pone la carne de gallina! -insistió Brasas, sombría-. Se dice que tiene unos ojos muy raros. ¡Y todo el mundo sabe lo que hace por las noches!

Todo el mundo menos yo, pensó Magrat. A mí nadie me dice nada.

-Bueno, no creo que cueste tanto arreglarlo -dijo en voz alta-. Por lo general, lo difícil es casarse con un príncipe.

-No, para mí no -suspiró Brasas-. Ya está todo preparado. Mi otra hada madrina dice que es lo que tengo que hacer. Que es mi destino.

-¿Otra hada madrina? -se sobresaltó Magrat.

-Todo el mundo tiene dos. -Enta la miró-. La buena y la mala. Ya lo sabes. ¿Tú cuál eres?

La mente de Magrat trabajó a toda velocidad.

-Oh, la buena -dijo-. Desde luego.

-Qué cosas -asintió Enta-. Es exactamente lo mismo que dijo la otra.

Yaya Ceravieja se sentó en su postura típica de rodillas juntas y codos para dentro, para tener el mínimo contacto posible con el mundo exterior.

-Canastos, qué bueno está esto -dijo Tata Ogg, mientras limpiaba el plato con lo que Yaya esperaba que fuera un trozo de pan. Deberías probarlo, Esme.

-¿Quiere un poco más, señora Ogg? -ofreció la señora Gogol.

-¿No le importa, señora Gogol? -Tata dio un codazo a Yaya en las costillas-. Está muy bueno, Esme. Es igual que el estofado.

La señora Gogol inclinó la cabeza hacia un lado y miró a Yaya.

-Creo que a la señora Ceravieja no le preocupa la comida -señaló-. Quizá a la señora Ceravieja le preocupa más el servicio.

Una sombra imponente apareció detrás de Tata Ogg. Una mano gris se llevó su plato.

Yaya Ceravieja carraspeó.

-No tengo nada contra los muertos -dijo-. Algunos de mis mejores amigos están muertos. Pero lo que no me parece correcto es eso de que los muertos vayan andando por ahí.

Tata Ogg alzó la vista hacia la figura que le servía en aquel momento una tercera ración de líquido misterioso en el plato.

-¿Qué opina usted, señor Zombi?

-Es una vida estupenda, señora Ogg -respondió el Zombi.

-Mira, Esme, ahí lo tienes. A él no le importa. Seguro que esto le parece mejor que estar todo el día encerrado en un ataúd.

Yaya miró también al zombi. Era (o, técnicamente, había sido) un hombre alto y atractivo. Aún lo era, sólo que ahora parecía haber atravesado una habitación llena de telarañas.

-¿Cómo se llama usted, hombre muerto? -preguntó.

-Me llaman Sábado.

-Hombre Sábado, ¿eh? -dijo Tata Ogg.

-No. Sábado a secas, señora Ogg. Sábado a secas.

Yaya Ceravieja le miró a los ojos. Eran unos ojos mucho más conscientes de los que había visto en otras personas que, objetivamente, estaban vivas.

Tenía la vaga idea de que había que hacer algunas cosas con una persona muerta para transformarla en un zombi, aunque era una rama de la magia que nunca había deseado investigar. Hacían falta montones de entrañas de peces raros y raíces extranjeras. Además, la persona en cuestión tenía que haber deseado volver. Debía tener algún sueño o deseo terrible, algún propósito que le permitiera superar hasta los confines de la tumba...

Los ojos de Sábado ardían.

Yaya tomó una decisión. Extendió la mano.

-Encantada de conocerle, señor Sábado -dijo-. Y estoy segura de que me gustará mucho su delicioso estofado.

-Aquí lo llaman gumbo -le explicó Tata-. Lleva cuescos de lobo.

-Sé perfectamente que los cuescos de lobo son un tipo de seta, muchas gracias -gruñó Yaya-. No soy tan ignorante como crees.

-Vale, vale, pero prueba también las cabezas de serpiente -insistió Tata Ogg-. Son lo mejor del guiso.

-¿Qué clase de planta son las cabezas de serpiente?

-Más vale que te las comas sin preguntar.

Estaban sentadas en la galería de madera que rodeaba la parte trasera de la choza de la señora Gogol, contemplando el pantano. Las ramas de todos los árboles estaban cargadas de musgo. Entre el follaje zumbaban criaturas que no alcanzaban a ver. Y ondulaciones en forma de V cortaban suavemente las aguas por doquier.

-Supongo que esto debe de estar precioso cuando se pone el sol -apuntó Tata.

Sábado entró en la choza, y volvió a salir con una caña de pescar hecha por él mismo. Puso el cebo y lanzó el anzuelo por encima de la baranda. Luego, fue como si se desconectara. Nadie tiene más paciencia que un zombi.

La señora Gogol se acomodó en su mecedora y encendió la pipa

-Antes, esta ciudad era maravillosa -dijo.

-¿Qué sucedió?

Greebo estaba teniendo un montón de problemas con Legba, el gallo.

Para empezar, el pájaro se negaba a dejarse aterrorizar. Greebo era capaz de aterrorizar a la mayor parte de las cosas que se movían sobre el Mundodisco, incluso a criaturas que, por lógica, eran mucho más grandes y fuertes que él. Pero, sin saber por qué, ninguna de sus afamadas tácticas (el bostezo, la mirada y, sobre todo, la sonrisa pausada) parecían funcionar. Legba se limitaba a mirarlo por encima del pico y fingía rascar el suelo de una manera que hacía destacar aún más sus espolones de cinco centímetros.

Así que a Greebo sólo le quedaba el salto volador. Aquello funcionaba con casi todas las criaturas. Había muy pocos animales que permanecieran tranquilos cuando les saltaba ante la cara una bola rabiosa de zarpas criminales. Pero, en el caso de este pájaro, Greebo tenía la sensación de que aquello podía acabar con él convertido en un peludo kebab.

Tenía que resolver el asunto. Si no, generaciones enteras de gatos se burlarían de él.

Gato y ave trazaron círculos por el pantano, sin que pareciera que se prestaban la menor atención el uno al otro.

Entre los árboles, se oían ruidos inidentificables. Pequeños pájaros iridiscentes surcaban el aire. Greebo alzó la vista para mirarlos. Ya se encargaría de ellos más adelante.

Y el gallo había desaparecido.

Greebo pegó las orejas contra la cabeza.

Los pájaros aún cantaban, los insectos aún zumbaban, pero estaban en otra parte. Aquí había silencio, un silencio caliente, oscuro y agobiante, y de repente los árboles estaban mucho más juntos de lo que recordaba.

Greebo miró a su alrededor.

Estaba en un claro. En los linderos del mismo había cosas colgadas de los arbustos o atadas a los árboles. Trozos de cintas. Huesos blancos. Calderos de latón. Cosas perfectamente normales que, en otro lugar, no habrían llamado la atención.

Y, en el centro del claro, había algo que parecía un espantapájaros. Consistía en una pértiga clavada en el suelo, con otra cruzada, en la que alguien había colgado una vieja chaqueta negra. Sobre la chaqueta, en la punta de la pértiga, había un sombrero de copa. Sobre el sombrero de copa, contemplándolo pensativo, estaba Legba.

Una brisa removió el aire tranquilo, sacudiendo suavemente la chaqueta.

Greebo recordó aquel día en que había perseguido a una rata hasta el molino del pueblo, para encontrarse de repente con que lo que le había parecido una simple habitación con muebles un tanto extraños era, en realidad, una enorme maquinaria que lo aplastaría al menor zarpazo en falso.

El aire crepitaba suavemente. Sintió como se le erizaba el pelo.

Greebo dio media vuelta y se alejó altivamente, hasta que consideró que estaba fuera de la vista. Entonces, echó a correr tan deprisa que las zarpas le resbalaban.

Luego se fue a sonreír a algunos caimanes, pero no ponía el corazón en ello.

En el claro, la chaqueta se agitó suavemente de nuevo y después quedó inerte. Eso era aún peor.

Legba observaba. El ambiente estaba cada vez más cargado, como si amenazara tormenta.

-Antes, esta ciudad era maravillosa. Un lugar feliz. Nadie intentaba que fuera feliz. Simplemente, lo era -dijo la señora Gogol-. Era en tiempos del viejo Barón. Pero el Barón fue asesinado.

-¿Quién lo mató? -preguntó Tata Ogg.

-Todo el mundo sabe que fue el Duc -replicó la señora Gogol-. Lo envenenó. Fue una noche espantosa. Y, por la mañana, el Duc ocupaba el palacio. También está el asunto del testamento.

-No me diga más -la interrumpió Yaya-. Seguro que había un testamento según el cual se lo dejaba todo a ese Duc. Y seguro que la tinta aún estaba húmeda.

-¿Cómo lo sabe?

-Es evidente -dijo Yaya.

-El Barón tenía una hijita -siguió la señora Gogol.

-Y seguro que aún está viva -asintió Yaya.

-Desde luego, señora, sabe usted muchas cosas. -La señora Gogol la miró-. ¿Cómo lo ha sabido?

-Bueno... -empezó Yaya.

Iba a añadir: porque sé cómo funcionan los cuentos. Pero Tata Ogg la interrumpió.

-Si ese Barón era tan estupendo como dice usted, seguro que debió de tener muchos amigos en la ciudad, ¿no? -preguntó.

-Es cierto. La gente lo quería.

-Bueno, si yo fuera un Duc que no tiene más aval para sus derechos que un testamento emborronado y un tintero todavía sin tapar, estaría buscando cualquier oportunidad para hacer las cosas un poco más oficiales -siguió Yaya. Como, por ejemplo, casarme con la auténtica heredera. Así podría dar un buen corte de mangas a todo el mundo. Me juego lo que sea a que la chica no sabe quién es en realidad, ¿a que no?

-Así es -asintió la señora Gogol-. El Duc tenía amigos. Más bien, guardianes. No son gente a la que convenga llevar la contraria. Ellos la han criado y no la dejan salir a menudo.

Las brujas se quedaron unos momentos en silencio.

No, pensó Yaya. Eso no es cierto. Así es como aparecería en un libro de historia. Pero no en un cuento.

-Disculpe, señora Gogol -dijo en voz alta-, pero... ¿dónde entra usted en todo esto? No quiero ofenderla, aunque, la verdad, estando aquí en el pantano, a usted debería darle igual quién gobierna y quién no.

Por primera vez desde que se habían conocido, la señora Gogol pareció intranquila durante un instante.

-El Barón era... amigo mío -dijo.

-Ah -asintió Yaya.

-La verdad era que no le gustaban mucho los zombis. Decía que a los muertos habría que dejarlos descansar en paz. Pero nunca insistió. En cambio, el nuevo...

-¿No es aficionado a las Artes? -preguntó Tata.

-Oh, claro que sí -replicó Yaya-. Seguro que lo es. Quizá no le guste nuestra magia, pero tiene mucha alrededor.

-¿Por qué dice eso, señora Ceravieja? -quiso saber la señora Gogol.

-Bueno -intervino Tata-, vemos que es usted una mujer valerosa, que no toleraría todo esto si no fuera imprescindible. Debe de haber muchas maneras de arreglar estos asuntos. Si a usted no le gustara alguien, quizá a ese alguien se le caerían las piernas de repente, por ejemplo, o encontraría serpientes misteriosas en las botas...

-Caimanes debajo de la cama... -sugirió Yaya.

-Sí. El Duc tiene protección -asintió la señora Gogol.

-Ah.

-Magia poderosa.

-¿Más poderosa que usted? -quiso saber Yaya.

Se hizo un silencio largo, atormentado.

-Sí.

-Ah.

-Por ahora -añadió la señora Gogol.

Hubo otra pausa. A ninguna bruja le gustaba admitir que su poder era poco menos que absoluto, ni siquiera oír a una colega que lo admitiera.

-Supongo que se está tomando usted su tiempo -señaló amablemente Yaya.

-Reuniendo sus fuerzas -contribuyó Tata.

-Es una protección poderosa -dijo la señora Gogol.

Yaya se acomodó en la silla. Cuando volvió a hablar, era como una persona que tiene ciertas ideas muy claras en mente, y quiere averiguar qué saben los demás.

-¿De qué tipo, concretamente? -preguntó.

La señora Gogol rebuscó entre los cojines de su mecedora y, tras mucho revolver, sacó una bolsita de piel y una pipa. Encendió la pipa y lanzó una nube de humo azulado al aire matutino.

-¿Se mira mucho al espejo estos últimos días, señora Ceravieja? -inquirió.

La silla de Yaya se inclinó hacia atrás, casi hasta el punto de tirarla de la galería a las aguas negruzcas. El sombrero se le voló y fue a caer entre los lirios acuáticos.

Tuvo tiempo de verlo posarse suavemente sobre el agua. Flotó allí un instante, y luego...

... desapareció. Un caimán gigantesco lo devoró de un solo bocado, y luego tuvo la osadía de mirar a Yaya con presunción.

Era un alivio tener algo por lo que gritar.

-¡Mi sombrero! ¡Se ha comido mi sombrero! ¡Uno de sus caimanes se ha comido mi sombrero! ¡Era mi sombrero! ¡Que me lo devuelva ahora mismo!

Arrancó un buen trozo de liana del árbol más cercano, y azotó las aguas.

Tata Ogg retrocedió.

-¡No deberías hacer eso, Esme! -gimió.

El caimán sacudió las aguas.

-¡Puedo golpear a esos caimanes descarados tanto como como quiera!

-Sí que puedes, sí... -trató de tranquilizarla Tata-, pero no... con una... serpiente...

Yaya inspeccionó la liana más de cerca. Una serpiente venenosa de tamaño medio le devolvió la mirada con ojos asustados. Consideró por un momento la posibilidad de morderla en la nariz, pero pensó mejor, y cerró bien la boca con la esperanza de que la anciana captara el mensaje. Yaya abrió la mano. La serpiente cayó sobre tablones del suelo, y se alejó a toda velocidad.

La señora Gogol ni siquiera se había movido de su silla. En aquel momento, se dio media vuelta. Sábado seguía observando pacientemente su sedal.

-Sábado, ve a recuperar el sombrero -dijo.

-Sí, señora.

Hasta la propia Yaya titubeó un instante.

-¡No le puede pedir que haga eso! -exclamó.

-Pero si está muerto -señaló la señora Gogol.

-Sí, y ya es bastante malo estar muerto como para encima también en pedacitos -replicó Yaya-. ¡No baje al agua, señor Sábado!

-Pero, señora, es su sombrero -insistió la señora Gogol

-Sí, pero... -titubeó Yaya-. No..., no era... más que un sombrero. Yo no echaría a nadie a los caimanes por un sombrero, sea el que sea.

Tata Ogg la miró, horrorizada.

Nadie sabía mejor que Yaya Ceravieja lo importantes que eran los sombreros. No eran simplemente una prenda de vestir. Los sombreros definían la cabeza. Definían a quien los llevaba. Nadie había oído hablar jamás de un mago sin su sombrero puntiagudo. No sería un mago. Y, desde luego, no se sabía de ninguna bruja que no llevara sombrero. Hasta Magrat tenía el suyo, aunque apenas lo usaba, porque era una mocosa. Eso tampoco tenía demasiada importancia. Lo importante no era usar el sombrero, sino el hecho de tenerlo. Cada gremio, cada profesión, tenía su propio sombrero. Por eso mismo tenían sombreros los reyes. Si a un rey le quitas la corona, sólo te queda un tipo sin barbilla que saluda tontamente a la gente. Los sombreros tenían poder. Los sombreros eran importantes. Pero las personas también.

La señora Gogol aspiró otra bocanada de humo.

-Sábado, ve a buscar mi mejor sombrero, el de fiesta -dijo.

-Sí, señora Gogol.

Sábado desapareció un momento en el interior de la choza, y volvió con una caja grande, destartalada, atada con juncos.

-No puedo aceptarlo -dijo Yaya-. No puedo dejarla sin su mejor sombrero.

-Oh, sí, claro que puede -dijo la señora Gogol-. Tengo otro.

Yaya dejó la caja en el suelo.

-Me parece que en usted hay mucho más de lo que los ojos ven, señora Gogol -dijo.

-Por supuesto que no, señora Ceravieja. Sólo soy lo que soy, igual que usted.

-¿Fue usted quien nos trajo aquí?

-No, vinieron solas. Por su propia voluntad. Para ayudar a alguien, ¿verdad? Lo decidieron ustedes, ¿verdad? Nadie las obligó, ¿verdad? Fue su propia decisión.

-En eso tiene razón -corroboró Tata-. Si hubiera sido cosa de magia, lo habríamos notado.

-Es cierto -asintió Yaya-. Nadie nos ha obligado, hemos venido por nuestra cuenta. ¿Cuál es su juego, señora Gogol?

-No estoy jugando a nada, señora Ceravieja. Sólo quiero recuperar lo que me pertenece. Quiero que se haga justicia. Y quiero que la detengan a ella.

-¿A ella? ¿Qué ella? -quiso saber Tata.

El rostro de Yaya estaba rígido.

-La mujer que está detrás de todo esto -respondió la señora Gogol-. El Duc tiene menos cerebro que una gamba, señora Ogg. Yo me refiero a ella. La del espejo mágico. La que lo quiere controlar todo. La que lo quiere dominar todo. La que juega con el destino. La persona que tan bien conoce la señora Ceravieja.

Tata Ogg no se enteraba de nada.

-¿De qué está hablando, Esme? -preguntó.

Yaya murmuró algo.

-¿Qué? No te he entendido.

Yaya Ceravieja alzó la vista, con el rostro enrojecido por la ira.

-¡Se refiere a mi hermana, Gytha! ¿Vale? ¿Te enteras? ¿Lo entiendes? ¿Has oído? ¡Mi hermana! ¿Quieres que te lo repita otra vez ¿Quieres saber de quién habla? ¿Hace falta que te lo ponga por escrito? ¡Mi hermana! ¡Nada menos! ¡Mi hermana!

-¿Son hermanas? -dijo Magrat.

El té se había quedado frío.

-No lo sé -respondió Enta-. Son... muy parecidas. Casi nunca se meten en nada. Pero noto que me miran. Es lo que mejor hacen, mirar.

-¿Y te obligan a hacer a ti todo el trabajo? -preguntó.

-Bueno, la verdad es que sólo tengo que cocinar para mí y para el personal -dijo la chica-. Y tampoco me importa tanto hacer la limpieza y la colada.

-¿Ellas se preparan su propia comida?

-En realidad, no. Por las noches, cuando ya me he acostado, las oigo recorrer la casa. La madrina Lilith me dice que debo ser buena con ellas, que deberían darme pena porque no pueden hablar, y que me encargue de que no falte nunca queso en la despensa.

-¿Sólo comen queso? -se sorprendió Magrat.

-No lo sé -respondió Enta.

-Caray, qué cosas. Pensaba que, en una casa tan vieja como ésta, el queso se lo comían las ratas y los ratones.

-Ahora que lo dices, es raro, pero creo que nunca he visto un ratón en esta casa.

Magrat se estremeció. Se sentía observada.

-Oye, ¿por qué no te limitas a marcharte? Es lo que haría yo.

-¿Adónde? Además, siempre me encuentran. O envían a los cocheros y a los mozos de cuadra a buscarme.

-¡Es espantoso!

-Supongo que creen que, tarde o temprano, me casaré con quien sea con tal de dejar de hacer la colada -suspiró Enta-. Aunque dudo que haya que lavar la ropa del príncipe -añadió con amargura-. Seguro que queman la ropa después de que la usa una vez.

-Lo que deberías hacer es elegir una profesión, seguir tu vocación -trató de animarla Magrat-. No dependas de nadie más que de ti misma. Debes emanciparte.

-La verdad es que no es eso lo que quiero -respondió Magrat con cautela, por si acaso era pecado ofender a un hada madrina.

-En tu interior, sí.

-¿Sí?

-Sí.

-Ah.

-No tienes que casarte con quien no quieres.

Enta se acomodó en la silla.

-¿Qué tal se te da tu trabajo? -preguntó.

-Bueno.... esto, yo... creo que... -El vestido llegó ayer -siguió la chica- Está arriba, en la habitación grande, colgado de una percha para que no se arrugue. Para que esté perfecto. Y han sacado brillo al carruaje. También han contratado a más lacayos. -Sí, pero quizá... -Creo que voy a tener que casarme con quien no quiero -dijo Enta.

Yaya Ceravieja recorrió la galería de madera a zancadas. La choza entera temblaba con sus pisadas. El agua se llenaba de ondulaciones.

-¡Claro que no la recuerdas! -gritó-. ¡Nuestra madre la echó a patadas cuando cumplió trece años! ¡Tanto tú como yo éramos unas crías! ¡Pero recuerdo muy bien las peleas! ¡Las oía desde la cama! ¡Era una libertina!

-Cuando yo era joven, también me llamabas libertina -señaló Tata.

Yaya titubeó, desconcertada por un momento. Luego agitó la mano en gesto de irritación.

-Porque lo eras, claro -dijo, descartando el tema-. Pero nunca utilizaste la magia para ello, ¿a que no?

-No me hacía falta -replicó Tata alegremente-. Casi siempre me bastaba con enseñar un poco el hombro.

-Con enseñar el hombro y con tumbarte en la hierba, si mal, no recuerdo -bufó Yaya- Pero ella no. Ella utilizaba la magia. Y no sólo la magia corriente, no. ¡Era premeditado!

Tata Ogg estuvo a punto de decir: ¿Qué? ¿Quieres decir que no era complaciente y modesta como tú, Esme? Pero se contuvo a tiempo. Uno no hace malabarismos con cerillas en una fábrica de fuegos artificiales.

-Los padres de los chicos venían a casa a quejarse -murmuró Yaya, sombría.

-De mí nadie tuvo queja nunca -señaló Tata alegremente.

-Y siempre se estaba mirando en los espejos -siguió Yaya-. Era tan vanidosa como una gata. Prefería mirar un espejo a asomarse por la ventana.

-¿Cómo se llama?

-Lily.

-Es un nombre muy bonito -dijo Tata.

-Ahora no se hace llamar así -dijo la señora Gogol.

-¡Me apuesto lo que sea a que no!

-Entonces, ¿ella es la que manda en la ciudad? -preguntó Tata.

-¡Siempre fue una dominante!

-¿Y para qué quiere mandar en una ciudad? -se sorprendió Tata.

-Tiene planes -respondió la señora Gogol.

-¡Y vanidosa! ¡Vanidosa hasta límites increíbles! -siguió Yaya, dando explicaciones al mundo en general.

-¿Sabías que estaba aquí? -preguntó Tata.

-¡Lo presentía! ¡Espejos!

-La magia de espejos no es mala -protestó Tata-. Yo también he hecho muchas cosas con espejos. Un espejo puede ser muy divertido.

-Ella no se limita a utilizar un espejo -dijo la señora Gogol.

-Oh.

-Usa dos.

-Oh. Eso es diferente.

Yaya contempló la superficie del agua. Su propio rostro le devolvió la mirada desde la oscuridad.

Al menos, esperaba que fuera su propio rostro.

-He sentido cómo nos observaba durante todo el camino hasta aquí -dijo-. Ahí es donde más feliz se siente, en el interior de los espejos. Dentro de los espejos, metiendo a la gente en los cuentos.

Agitó la imagen con un palito.

-Hasta tuvo la desfachatez de mirarme en casa de Desiderata, justo antes de que llegara Magrat. No tiene ninguna gracia ver a otra persona en tu reflejo...

Hizo una pausa.

-Por cierto, ¿dónde está Magrat? -preguntó.

-Creo que ha ido a hacer de hada madrina -replicó Tata-. Dijo que no necesitaba ayuda.

Magrat estaba molesta. También tenía miedo, cosa que la hacía estar aún más molesta. Cuando Magrat estaba molesta, la gente lo pasaba mal. Era como que te atacara un pañuelo de papel mojado.

-Te doy mi palabra, te lo garantizo yo -insistió-. Si no quieres ir a ese baile, no tienes que ir.

-No podrás detenerlos -suspiró Enta, triste-. Yo sé cómo funcionan las cosas en esta ciudad.

-¡Oye, te he dicho que no tienes que ir! -casi gritó Magrat.

Se quedó pensativa unos instantes.

-No habrá otro joven con el que quieras casarte, ¿verdad? -preguntó.

-No. La verdad es que no conozco a mucha gente. No tengo ocasión.

-Bien -asintió Magrat-. Eso nos facilita las cosas. Sugiero que te saquemos de aquí y... y te llevemos a otro sitio.

-No hay otro sitio. Ya te lo he dicho. Sólo está el pantano. Lo he intentado un par de veces, y han enviado a los cocheros a buscarme. No es que no fueran amables. Los cocheros, digo. Pero tienen miedo. Aquí todo el mundo tiene miedo. Creo que hasta las hermanas.

Magrat contempló las sombras que las rodeaban.

-¿De qué? -preguntó.

-Se dice que la gente desaparece. Si molestan al Duc. Les sucede algo. En Genua, todo el mundo es muy educado -suspiró Enta con amargura-. Y nadie roba, y nadie levanta la voz, y todo el mundo se queda en casa de noche, excepto el Martes de Carnaval.-Suspiró de nuevo-. Mira, a eso sí que me gustaría ir. A las fiestas de Carnaval. Pero siempre me hacen quedarme en casa. Oigo pasar a la gente por la ciudad, y pienso que así era Genua antes. No sólo unas cuantas personas bailando en los palacios, sino todo el mundo bailando por las calles.

Magrat se estremeció. Se sentía muy lejos de casa.

-Creo que, en esta ocasión, voy a necesitar un poco de ayuda -dijo.

-Tienes la varíta -señaló Enta.

-En algunas ocasiones, no basta con tener una varita -respondió Magrat.

Se levantó.

-Pero te garantizo una cosa -dijo-. No me gusta esta casa. No me gusta esta ciudad. ¿Enta?

-¿Sí?

-No irás al baile. De eso me encargo yo.

Se dio media vuelta.

-Ya te lo dije -murmuró Enta, bajando la vista-. Nunca las oyes llegar.

Una de las hermanas estaba en la cima de la escalera que llevaba a la cocina. Tenía la mirada clavada en Magrat.

Se dice que toda persona tiene alguna característica animal. Seguramente, Magrat poseía un enlace mental directo con alguna criatura pequeña y peluda. Sintió el terror que sienten todos los pequeños roedores ante el rostro de una muerte que no parpadea. Aquella mirada transmitía todo tipo de mensajes codificados: lo inútil de la huida, lo estúpido de la resistencia, lo inevitable del final...

Supo que no podía hacer nada. No tenía control sobre sus piernas. Era como si las órdenes de aquella mirada le llegaran directamente a la columna vertebral. La sensación de impotencia era casi tranquilizadora...

-Que las bendiciones caigan sobre esta casa.

La hermana se dio media vuelta, a una velocidad muy superior a la que podría desarrollar un ser humano.

Yaya Ceravieja terminó de abrir la puerta de golpe.

-Oh, pobre de mí -rugió-. Y canastos.

-Eso -corroboró Tata Ogg, que también trataba de cruzar la puerta-. Canastos, también.

-Sólo somos un par de ancianas mendigas -dijo Yaya mientras se acercaba a zancadas.

-Vamos pidiendo de puerta en puerta -asintió Tata Ogg-. No hemos venido aquí directamente, ni mucho menos.

Cada una cogió a Magrat por un codo, y la levantaron en volandas. Yaya volvió la cabeza.

-¿Y usted, qué, señorita?

Sin levantar la vista, Enta sacudió la cabeza.

-No -dijo-. No debo ir.

Yaya entrecerró los ojos.

-Supongo que no -admitió-. Cada uno tenemos un camino que recorrer, o eso se dice, aunque yo no lo he dicho en mi vida. Vamos, Gytha.

-Nos marchamos ya -dijo Tata, animada.

Se dieron la vuelta.

Otra hermana apareció ante la puerta.

-Caray -dijo Tata Ogg-. ¡Si ni siquiera la he visto moverse!

-Nos íbamos ya -dijo Yaya Ceravieja, en voz alta-. Si a usted no le importa, señorita.

Las miradas chocaron.

El aire chisporroteó.

Yaya Ceravieja apretó los dientes.

-Cuando diga ya, echa a correr, Gytha...

-A tus órdenes.

Yaya tanteó a su espalda y dio con la tetera que había usado Magrat. La sopesó con movimientos lentos, pausados.

-¿Preparada, Gytha?

-Cuando digas, Esme.

-¡Ya!

Yaya lanzó la tetera al aire. Las cabezas de las dos hermanas se volvieron en un movimiento brusco.

Tata Ogg sacó a la temblorosa Magrat por la puerta. Yaya la cerró de golpe justo cuando la hermana más cercana se lanzaba hacia adelante, con la boca abierta, demasiado tarde.

-¡Nos hemos dejado a la chica! -gritó Tata mientras salían al camino.

-La están vigilando -replicó Yaya-. No le harán ningún daño.

-¡En mi vida había visto a una persona con semejantes dientes! -dijo Tata.

-¡Porque no son personas! ¡Son serpientes!

Llegaron a la seguridad relativa de la calle, y se apoyaron contra una pared.

-¿Serpientes? -jadeó Tata.

Magrat abrió los ojos.

-Es cosa de Lily -asintió Yaya-. Eso se le daba muy bien, me acuerdo perfectamente.

-¿Serpientes de verdad?

-Sí -replicó Yaya, sombría-. Siempre tuvo facilidad para hacer amigos.

-¡Caray! ¡Yo no podría hacer eso!

-Antes ella tampoco podía, su hechizo sólo duraba unos segundos. Eso es lo que pasa por usar espejos.

-Yo..., yo... -tartamudeó Magrat.

-Tú estás perfectamente -le dijo Tata.

Alzó la vista hacia Esme Ceravieja.

-Digas lo que digas, no deberíamos haber dejado ahí a la chica ¡Está en una casa llena de serpientes que andan y se creen humanas!

-No, es mucho peor. Andan y creen que son serpientes -replicó Yaya.

-Bueno, tanto da. Tú nunca has hecho semejante cosa. Todo lo más, has dejado a alguien un poco confuso con respecto a su identidad...

-Eso es porque soy la buena -dijo Yaya con amargura.

Magrat se estremeció.

-Entonces, ¿qué, la sacamos de ahí? -preguntó Tata.

-Todavía no. Ya llegará el momento adecuado -respondió Yaya-. ¿Me has oído, Magrat Ajostiernos?

-Sí, Yaya -asintió la joven.

-Tenemos que ir a algún sitio para hablar -siguió Yaya-. Sobre los cuentos.

-¿Sobre qué cuentos? -preguntó Magrat.

-Lily los está utilizando. ¿Es que no te das cuenta? Están por todo el país. Los cuentos se han acumulado porque aquí encuentran una salida. Ella los alimenta. Mira, Lily no quiere que tu Enta se case con ese tal Duc por política, ni nada por el estilo. Eso es simplemente una..., una explicación. Pero no es el motivo. Quiere que la chica se case con el príncipe porque así lo exige el cuento.

-¿Y ella, qué gana con esto? -preguntó Tata.

-En el centro de todo, está el hada madrina o la malvada bruja.... ¿recuerdas? Ahí es donde quiere estar Lily, como..., como... -Hizo una pausa, tratando de dar con la palabra adecuada-. ¿Te acuerdas el año pasado, cuando vino aquel circo a Lancre?

-Sí que me acuerdo -asintió Tata-. Había chicas con leotardos brillantes, y los muchachos se echaban cal por los pantalones. Pero lo que no vi fue el elefante. Decían

que había elefantes, y era mentira. En los carteles sí que había elefantes. Me gasté nada menos que dos peniques, y no vi ni un solo ele...

-Sí, pero, lo que quiero decir -se apresuró a interrumpirla Yaya, mientras recorrían la calle- es que había un hombre en medio de todo, no sé si te acuerdas. El del bigote y el sombrero de copa...

-¿Aquel tipo? Sí, pero no hacía gran cosa -replicó Tata-. Se limitaba a estar ahí, en el centro de la carpa, y de vez en cuando chasqueaba el látigo, y todos los actos se desarrollaban a su alrededor.

-Por eso era la persona más importante del circo -asintió Yaya-. Lo que lo hacía importante era que todo se desarrollaba a su alrededor.

-¿Con qué alimenta Lily los cuentos? -quiso saber Magrat.

-Con gente -respondió Yaya.

Frunció el ceño.

-¡Cuentos! -dijo-. Bueno, nos encargaremos de eso...

El crepúsculo cayó sobre Genua. La niebla empezó a subir desde el pantano.

En las calles, brillaban las antorchas. Figuras en sombras se movían en docenas de patios, quitando las cubiertas a las carrozas. En la oscuridad se veía el brillo de las lentejuelas, y se oía el tintinear de los cascabeles.

Durante todo el año, los habitantes de Genua eran gente amable y tranquila. Pero la historia siempre ha permitido a los oprimidos una noche en cualquier lugar del calendario para devolver temporalmente el equilibrio al mundo. Puede denominarse Fiesta de Bufones, o Rey de la Habichuela. O incluso Samedi Nuit Mort, cuando hasta los que llevan las cargas más duras pueden mandarlo todo a hacer gárgaras, y divertirse.

Al menos, casi todos...

Los cocheros y los lacayos estaban sentados en su cobertizo, a un lado del patio de los establos, devorando su cena y quejándose por tener que trabajar la Noche de los Muertos. También estaban poniendo en práctica antiquísimos rituales propios de la ocasión, que consisten sobre todo en averiguar lo que les han puesto para cenar sus esposas, y en envidiar a otros hombres cuyas esposas, evidentemente, los querían más.

El lacayo jefe alzó una rebanada de pan con cautela.

-Tengo pollo con encurtidos -dijo-. ¿Alguien tiene algo de queso?

El segundo cochero inspeccionó su cesta.

-Lo mío es panceta cocida otra vez -se quejó-. Siempre me pone panceta cocida. Y sabe que no me gusta. Ni siquiera le quita la grasa.

-¿Es grasa blanca, gordita? -se interesó el primer cochero.

-Sí. Un asco. ¿Os parece que está bien esto, un día de fiesta?

-Te lo cambio por lechuga con tomate.

-Hecho. ¿Qué llevas tú, Jimmy?

El más joven de los cocheros abrió con timidez su paquete, perfectamente envuelto. Había cuatro sandwiches, con el pan sin corteza. Los adornaba una ramita de perejil. Incluso llevaba una servilleta.

-Salmón ahumado y queso crema -dijo.

-Y también un trocito del pastel de boda -señaló el primer cochero-. ¿Aún no os lo habéis terminado?

-Comemos todas las noches -dijo el joven.

El cobertizo se estremeció con las carcajadas subsiguientes. Es un hecho sabido en todo el universo que cualquier comentario inocente, hecho por el miembro joven recién casado de cualquier equipo de trabajo, provoca al instante una salva de alegres carcajadas entre sus colegas más viejos y más cínicos. Eso sucede incluso cuando los implicados tienen nueve patas y viven en el fondo de un océano de amoníaco, en un enorme planeta gélido. Es una de esas cosas que pasan.

-Aprovéchate mientras puedas -sugirió el segundo cochero con tono lúgubre, cuando las risas hubieron cesado-. Se empieza con besos y pastel, y quitándole la corteza al pan de los sandwiches, y pronto te encuentras con empanada de lengua, el trasero frío y el rodillo de cocina.

-Mira, en mi opinión -empezó el primer cochero-, todo depende de cómo...

Alguien llamó a la puerta.

El cochero más joven se levantó y fue a abrir.

-Es una anciana -dijo-. ¿Qué quieres, anciana?

-¿Os apetece beber algo? -preguntó Tata Ogg.

Alzó una jarra, sobre la que pendía la neblina perceptible del alcohol al evaporarse, y sopló un matasuegras.

-¿Qué? -se sorprendió el cochero.

-Es una vergüenza que unos jóvenes estén trabajando. ¡Es fiesta! ¡Yupiii!

-¿Qué pasa aquí? -preguntó el cochero jefe. Entonces, entró en la nube de alcohol-. ¡Dioses! ¿Qué es eso?

-Huele a ron, señor Travis.

El cochero jefe titubeó. Desde las calles les llegó el sonido de la música y las risas, cuando las primeras cabalgatas se pusieron en marcha. Los fuegos artificiales iluminaban el cielo. No era una noche para estar sin beber ni un sorbo de alcohol.

-¡Qué anciana tan amable! -exclamó.

Tata Ogg blandió la jarra de nuevo.

-¡Arriba, abajo, al centro y p'adentro! -dijo.

Lo que se podría denominar «bruja clásica» se presenta en dos variedades, la complicada y la sencilla. 0, por decirlo de otra manera, las que tienen una habitación llena de parafernalia, y las que no la tienen. Magrat, por naturaleza y por inclinación, pertenecía a la primera categoría. Tomemos como ejemplo los cuchillos mágicos. Ella poseía una colección completa de cuchillos mágicos, todos con los mangos de colores apropiados y llenos de runas complicadas.

Habían hecho falta muchos años bajo la tutela de Yaya Ceravieja para que Magrat comprendiera que un vulgar cuchillo de cocina, de los que se usan para cortar el pan, era mejor que el más recargado de los cuchillos mágicos. Podía hacer lo mismo que un cuchillo mágico, y además servía para cortar el pan.

En toda cocina que se preciara había un cuchillo antiguo, con el mango desgastado, la hoja tan curvada como un plátano, y tan inexplicablemente afilado que buscar en el cajón de noche era como tratar de pescar una manzana con la boca en un tanque de pirañas.

Magrat llevaba el suyo en el cinturón. En aquel momento, se encontraba a diez metros por encima del suelo, agarrada con una mano a la escoba y sujetando la cañería con la otra, con las dos piernas colgando. Entrar en cualquier casa debería ser cosa fácil cuando uno tiene una escoba voladora. Pero a ella no se lo parecía.

Por fin, consiguió rodear la cañería con las dos piernas, y se agarró a una gárgola oportuna. Insertó el cuchillo entre las hojas de la ventana y levantó la tranca de la ventana. Tras no pocos esfuerzos, entró en la habitación, y se apoyó jadeante contra la pared. Unas lucecitas azules le bailaban ante los ojos, como un eco de los fuegos artificiales que llenaban el cielo nocturno en el exterior.

Yaya no había dejado de preguntarle si estaba segura de quere hacer aquello. Y ella misma se había sorprendido al descubrir que sí que estaba segura. Aunque las mujeres serpiente estuvieran ya me rodeando por la casa. Ser bruja significa entrar en lugares donde no te apetece nada entrar.

Abrió los ojos.

Allí estaba el vestido, en medio de la habitación, sobre un maniquí de modista.

Una Vela Klatchiana estalló sobre Genua. Las estrellas verdes rojas iluminaron la oscuridad aterciopelada, e hicieron resaltar la sed y las gemas que Magrat tenía ante ella.

Era la cosa más hermosa que había visto en su vida.

Dio un paso adelante, con la boca seca.

Unas nieblas cálidas cubrían el pantano.

La señora Gogol removió el caldero.

-¿Qué hacen? -preguntó Sábado.

-Están deteniendo el cuento -dijo ella-. O..., o quizá no...

Se irguió.

-Bien, sea como sea, ha llegado nuestro momento. Vamos al claro.

Alzó la mirada hacia el rostro de Sábado.

-¿Tienes miedo?

-Sé.... sé lo que sucederá después -dijo el zombi-. Aunque ganemos.

-Yo también lo sé. Pero hemos tenido doce años.

-Sí. Hemos tenido doce años.

-Y Enta gobernará la ciudad.

-Sí.

En el cobertizo de los cocheros, Tata Ogg y los muchachos se lo estaban pasando de maravilla.

El cochero más joven sonrió distraídamente a la pared, y se derrumbó.

-Ashí shon los jóvenesh de hoy -dijo el jefe de los cocheros, mientras intentaba pescar la peluca, que se le había caído en la jarra-. No shaben... beber...

-¿Quiere otro chupito, señor Travis? -preguntó Tata al tiempo que le llenaba la jarra-. U otro traguito. O como quiera que lo llamen aquí.

-La verdad -tartamudeó el jefe de los cocheros- esh que deberíamosh eshtar preparando ya el coche.... me parece...

-Bueeeno, pero aún le queda tiempo para otra copita... -lo animó Tata Ogg.

-Esh ushted muy generosha -dijo el cochero-. Muy generosha, sheñora Ogggg...

Magrat había soñado con vestidos como aquél. En lo más profundo de su alma, en las primeras horas de la noche, había bailado con príncipes. No con príncipes tímidos y trabajadores como Verence, el de casa, sino príncipes de verdad, con ojos azules como el cristal y dientes blanquísimos. Y ella llevaba vestidos como aquél. Y le quedaban bien.

Contempló las mangas rizadas, el corpiño bordado, los finos encajes blancos. Todo aquello estaba a un mundo de distancia de sus..., bueno..., Tata Ogg seguía llamándolos «Magrats», pero eran pantalones, y muy prácticos, por cierto.

Como si el hecho de ser prácticos sirviera de algo.

Miró el vestido un buen rato.

Luego, con el rostro lleno de lágrimas que cambiaban de color con cada nueva luz de los fuegos artificiales, sacó el cuchillo y empezó a romper el vestido en trozos muy pequeños.

La cabeza del jefe de los cocheros cayó suavemente sobre sus bocadillos.

Tata Ogg se levantó, algo insegura. Puso la peluca del cochero más joven bajo su cabeza inerte, porque no era una mujer carente de bondad. Luego, salió a la noche.

Una figura se movió cerca de la pared.

-¿Magrat? -susurró Tata.

-¿Tata?

-¿Te has encargado del vestido?

-¿Te has encargado de los cocheros?

-Entonces, todo perfecto -dijo Yaya Ceravieja, que salía en aquel momento de entre las sombras-. Ya sólo queda el carruaje.

De puntillas, con pose teatral, se acercó al carruaje y abrió la puerta. Las bisagras chirriaron.

-¡Shhh! -dijo Tata.

En una cornisa había un trocito de vela y unas cuantas cerillas. Magrat consiguió encender la vela a tientas.

El carruaje brilló como un adorno navideño.

Tenía muchos adornos, demasiados, como si alguien hubiera cogido una carroza perfectamente vulgar y se hubiera vuelto loco poniendo purpurina y ornamentos.

Yaya Ceravieja la examinó.

-Demasiado pomposa -dictaminó.

-Me parece una auténtica pena destrozarla -dijo Tata con tristeza.

Se arremangó y se metió el dobladillo de la falda entre las medias. -Bueno, seguro que por aquí hay algún martillo -dijo al tiempo que investigaba en las mesas adosadas a las paredes.

-¡No! ¡Armaríamos mucho ruido! -susurró Magrat- Esperad un momento...

Se sacó del cinturón la olvidada varita, la asió con todas sus fuerzas y la agitó en dirección a la carroza.

Se oyó una brusca inhalación de aire.

-Que me aspen -dijo Tata Ogg-. A mí no se me habría ocurrido en la vida.

En el suelo, había una gran calabaza anaranjada.

-No ha sido nada -respondió Magrat, arriesgándose a sentir un puntito de orgullo.

-¡Ja! He aquí un carruaje que no volverá a rodar -señaló Tata.

-Eh.... ¿puedes hacer lo mismo con los caballos? -preguntó Yaya.

Magrat sacudió la cabeza.

-No, la verdad, me parecería demasiado cruel.

-Tienes razón, tienes razón -asintió Yaya-. Ningún motivo es suficiente como para ser cruel con estos estúpidos animales.

Los dos corceles la contemplaron con curiosidad equina mientras les soltaba los arreos.

-Venga, largaos -dijo-. Seguro que ahí fuera os esperan praderas verdes. -Miró por un momento a Magrat-. Ha llegado la hora de la emancipación del caballo -añadió.

Aquello no pareció servir de mucho.

Yaya suspiró. Se subió a la caja de madera que separaba a los caballos, los agarró por las orejas, a uno con cada mano, y les bajó las cabezas suavemente hasta que quedaron a la altura de su boca.

Susurró algo.

Los corceles se volvieron y se miraron el uno al otro.

Luego miraron a Yaya.

Ésta sonrió, y asintió.

Entonces...

Es imposible que un caballo esté quieto y emprenda el galope al instante siguiente, pero ellos casi lo lograron.

-¿Qué diantres les has dicho? -quiso saber Magrat.

-La palabra mágica del herrero -replicó Yaya-. Heredada por Jason, el de Gytha, que a su vez me la ha legado a mí. No falla nunca.

-¿Te la ha confesado? -se sorprendió Tata.

-Sí.

-¿A ti?

-Sí.

-¿Toda?

-Sí -asintió Yaya con orgullo.

Magrat volvió a meterse la varita en el cinturón. Cuando lo hizo, un trocito de tela blanca cayó al suelo.

Las piedras preciosas y la seda blanca brillaron a la luz de la vela antes de que pudiera recogerlo rápidamente. Pero a Yaya Ceravieja no se le escapaba gran cosa.

Suspiró.

-Magrat Ajostiernos... -empezó.

-Sí -gimoteó Magrat en un sollozo-. Sí. Lo sé. Soy una mocosa.

Tata le dio unas palmaditas cariñosas en el hombro.

-No importa, mujer -dijo-. Ya hemos trabajado bastante por una noche. Esa tal Enta tiene tantas posibilidades de ir al baile como yo de..., de ser la reina.

-Sin vestido, sin lacayos, sin caballos y sin carroza -asintió Yaya-. A ver cómo se las apaña ella para salir de ésta. ¿Cuentos? ¡Bah!

-Bueno, ¿y qué hacemos ahora? -quiso saber Magrat mientras salían del patio.

-¡Estamos en Carnaval! -exclamó Tata- ¡Vamos de juerga!

Greebo salió de entre las sombras y se frotó contra sus piernas.

-Creía que Lily intentaba acabar con esta fiesta -señaló Magrat.

-Tanto le daría intentar poner freno a una inundación -replicó Tata alegremente-. ¡Venga, de marcha!

-No apruebo eso de bailar por las calles -gruñó Yaya-. ¿Cuánto ron de ése has bebido ya?

-¡Venga ya, Esme! -protestó Tata- Se dice que, si no te lo pasas bien en Genua durante el Carnaval, es que estás muerto. -Pensó en Sábado-. Seguramente, aunque estés muerto, también puedes echar una canita al aire.

-Pero ¿no sería mejor que nos quedásemos aquí? -sugirió Magrat-. Aunque sólo sea para estar seguras.

Yaya Ceravieja titubeó.

-¿A ti qué te parece, Esme? -rió Tata Ogg-. ¿Crees que va a ir al baile en una calabaza? ¿Eh? ¡Tirada por unos ratones, supongo! ¡Je, je, je!

Yaya recordó un instante a las mujeres serpiente, y titubeó. Pero, al fin y al cabo, había sido un día muy largo, de trabajo muy duro. Y, si uno se paraba a pensarlo, realmente era ridículo...

-Bueno, de acuerdo -concedió-. Pero no pienso hacer ninguna juerga, entérate bien.

-Hay todo tipo de bailes -sugirió Tata.

-Y también bebidas de banana, seguro -murmuró Magrat.

-Pues mira, ahora que lo mencionas... -replicó Tata alegremente.

Lilith de Tempscire se sonrió a sí misma ante el doble espejo.

-Ay, pobre de mí -dijo-. Sin carroza, sin vestido, sin caballos..., ¿qué puede hacer una vieja hada madrina como yo? Pobre de mí. Y canastos, además.

Abrió una cajita de cuero, como la que llevaría un músico para transportar su mejor flautín.

Allí dentro había una varita, idéntica a la de Magrat. La sacó y la agitó a modo de experimento, colocando los anillos dorados y plateados en lugares diferentes.

El «clic-clac» sonó como el desagradable mecanismo de una bomba.

-Y yo sólo tengo una calabaza -dijo Lilith.

Por supuesto, la diferencia entre los seres conscientes y los seres inconscientes consistía en que, aunque costaba mucho cambiar de forma a los primeros, no era imposible. Sólo se trataba de modificar una conexión mental. En cambio, cuando se trata de cosas no conscientes, como una calabaza, y cuesta imaginar algo menos consciente que una calabaza, no es posible hacerlas cambiar más que con una magia que linde con la hechicería.

A menos que sus moléculas recordaran otros tiempos, tiempos en los que no eran una calabaza...

Se echó a reír, y mil millones de Liliths rieron con ella por toda la curvatura del universo de espejos.

El Carnaval ya no se celebraba en el centro de Genua. Pero, en la ciudad de casuchas que rodeaba los edificios altos y blancos, las antorchas poblaban las calles. Había fuegos artificiales. Había bailarines, y tragafuegos, y plumas, y lentejuelas. Las brujas, cuyo concepto de la diversión era un baile regional en la plaza del pueblo, observaban boquiabiertas desde entre la multitud que bordeaba las calles para ver el paso de los desfiles.

-¡Hay esqueletos bailando! -exclamó Tata al ver pasar una fila de figuras huesudas por la calle.

-Qué va -la corrigió Magrat-. Sólo son hombres con leotardos negros y huesos pintados.

Alguien dio un codazo a Yaya Ceravieja. Ésta alzó la vista hacia el rostro amplio y sonriente de un hombre negro. El hombre le pasó una vasija de barro.

-Aquí tienes, guapa.

Yaya la cogió, titubeó un instante, y luego bebió un sorbo. Dio un codazo a Magrat y le pasó el recipiente.

-¡¡Grghtft!! ¡Daslaella! -dijo.

-¿Qué? -tuvo que gritar Magrat, para hacerse oír por encima del ruido de la orquesta que pasaba en aquel momento.

-¡Ese hombre dice que la pasemos! -respondió Yaya.

Magrat examinó el cuello de la botella. Trató de limpiarla disimuladamente con el vestido, pese al hecho más que evidente de que cualquier germen se habría achicharrado con la sola proximidad del líquido. Se aventuró a beber un sorbito, y luego dio un codazo a Tata Ogg.

-¡Kgislingoo! -dijo mientras se frotaba los ojos.

Tata empinó la botella. Tras un rato, Magrat volvió a darle otro codazo.

-Creo que se supone que debíamos pasarla -sugirió.

Tata se secó la boca y pasó la botella, que ahora pesaba bastante menos, a la esbelta figura que había a su izquierda.

-Aquí tiene, amigo -dijo.

GRACIAS.

-Lleva un disfraz muy bonito. Los huesos están muy bien pintados.

Tata se volvió para mirar el desfile de tragafuegos malabaristas. Instantes más tarde, en el fondo de su mente se hizo una conexión. Alzó la vista. El desconocido se había marchado.

Se encogió de hombros.

-¿Qué hacemos ahora? -quiso saber.

Yaya Ceravieja estaba mirando fijamente a un grupo de bailarines. Muchos de los bailes del desfile tenían algo en común: expresaban con toda claridad cosas que las abejas y las flores sólo sugerían. Y, además, con lentejuelas.

-Nunca te volverás a sentir a salvo en el excusado, ¿eh? -dijo alegremente Tata Ogg.

A sus pies, Greebo observaba atentamente a unas bailarinas que iban vestidas sólo con plumas, y se preguntaba qué debía hacer con ellas.

-No, la verdad es que estaba pensando en otra cosa. Pensaba en..., en cómo funcionan los cuentos. Ahora... Me parece que debería comer algo -dijo Yaya

débilmente-. Comida de verdad -se apresuró a añadir-, no algo pescado en el fondo de un pantano. Y no quiero nada de gastronomía local de ésa, te lo advierto.

-Tendrías que ser más atrevida y probar más cosas, Yaya -le dijo Magrat.

-No tengo nada en contra de probar cosas, siempre que se haga con moderación -replicó Yaya-. Pero no cuando estoy comiendo.

-Aquí cerca hay un sitio donde preparan bocadillos de caimán -las informó Tata, alejándose del desfile-. Es increíble, ¿verdad? ¡Caimanes en un bocadillo!

-Eso me recuerda un chiste -dijo Yaya Ceravieja, distraída.

Algo le estaba arañando las puertas de la consciencia.

-Esto es un hombre que entra en una taberna -empezó Yaya, tratando de hacer caso omiso de la creciente incomodidad- y ve el cartel, el cartel que dice «Hacemos todo tipo de bocadillos», y pide: «Pónganme un bocadillo de caimán, ¡pero con pan!».

-No creo que los bocadillos de caimán sean muy ecológicos -dijo Magrat, dejando caer la observación en la gélida pausa subsiguiente.

-Es bueno reírse de vez en cuando -dijo Tata.

Lilith sonrió a la pobre Enta, que se erguía melancólica entre las mujeres serpiente.

-Y qué desastre, lo del vestido -dijo-. Increíble, porque la puerta de la habitación estaba cerrada. Tch, tch. ¿Cómo puede haber sucedido?

Enta se contempló los pies.

Lilith sonrió a las hermanas.

-Bueno -siguió-, habrá que hacer lo que se pueda con lo que tenemos a mano, ¿no? A ver.... traedme dos ratas, y dos ratones. Sé perfectamente que os las arreglaréis para encontrar ratas y ratones. Y traedme también esa calabaza tan grande.

Se echó a reír. No era la risa estridente, enloquecida, del hada mala que acaba de ser derrotada, sino la carcajada agradable de quien acaba de comprender un buen chiste.

Examinó la varita con gesto reflexivo.

-Pero antes -dijo, pasando a mirar el rostro pálido de Enta- será mejor que me traigáis a esos chicos tan malos, que se han dejado emborrachar hasta ese punto. No han mostrado mucho respeto. Y si no tienes respeto, no tienes nada.

El tintineo de la varita era lo único que se oía en la cocina.

Tata Ogg hurgó en el vaso alto que tenía ante ella.

-Que me aspen si sé por qué le ponen una sombrillita dentro -dijo al tiempo que chupaba la guinda del cóctel-. No sé, no querrán que no se moje, digo yo.

Sonrió a Magrat y a Yaya, que contemplaban con gesto lúgubre la fiesta que se desarrollaba a su alrededor.

-Animaos -dijo-. ¡En mi vida había visto unas caras tan largas! -Estás bebiendo ron a palo seco -señaló Magrat.

-Y que lo digas. -Tata bebió un sorbito-. ¡Chin chin!

-Ha sido demasiado fácil -murmuró Yaya Ceravieja.

-Ha sido fácil porque lo hemos hecho nosotras -replicó Tata-. Cuando hay que hacer algo, somos las personas adecuadas, ¿eh, chicas? A ver, decidme quién si no habría podido entrar en el juego y chafarle el plan justo a tiempo, ¿eh? Sobre todo lo del carruaje.

-No es un buen cuento -insistió Yaya.

-Bah, a la porra con los cuentos -bufó Tata-. Eso siempre se puede cambiar.

-Sólo en el momento adecuado -siguió Yaya-. Además, quizá puedan conseguir un nuevo vestido, y caballos, y un cochero, y todo eso.

-¿Dónde? ¿Cuándo? -preguntó Tata-. Hoy es fiesta. Y además, no hay tiempo. El baile empezará de un momento a otro.

Yaya tamborileaba con los dedos contra la mesita de café.

Tata suspiró.

-Bueno, ¿qué hacemos? -dijo.

-Las cosas no son así -murmuró Yaya.

-Oye, Esme, la única magia que funciona esta noche es la magia de varita. Y la varita la tiene Magrat. -Tata hizo una señal a Magrat-. ¿A que sí?

-Mmm... -empezó la joven.

-No la habrás perdido, ¿verdad?

-No, pero...

-Pues mira, ahí lo tienes.

-Sólo que.... eh..., Enta dijo que tenía dos hadas madrinas...

Yaya Ceravieja pegó un puñetazo a la mesa. La bebida de Tata salió disparada.

-¡Eso es! -rugió Yaya.

-Estaba casi lleno. Era un vaso casi lleno -le reprochó Tata.

-¡Vamos!

-Quedaba casi todo un vaso de...

-¡Gytha!

-Ya voy, ¿acaso he dicho que no fuera? Me limitaba a señalar que...

-¡Vamos! -¿Te esperas un momento a que pida otro ... ?

-¡Gytha!

Las brujas estaban ya a medio camino calle arriba cuando un carruaje pasó traqueteando. -¡Es imposible! -exclamó Magrat-. ¡Nos libramos de él! -Debimos hacerlo pedacitos -dijo Tata-. Con una calabaza aún se puede...

Magrat.

-Se nos han adelantado -dijo Yaya, deteniéndose en seco.

-¿Os podéis meter en las mentes de los caballos? -preguntó.

Las brujas se concentraron.

-No son caballos -casi gritó Tata-. Más bien parecen...

-Ratas transformadas en caballos -terminó Yaya, a quien se le daba aún mejor ponerse en la cabeza de la gente que ponerse en sus pellejos-. Me recuerdan a aquel pobre lobo. Son mentes que parecen fuegos artificiales.

Entrecerró los ojos, notando todavía el sabor de aquellos pensamientos.

-Me apuesto lo que sea -dijo Tata pensativa, mientras el cochero doblaba una esquina- a que puedo hacer que se le caigan las ruedas.

-¡Ésa no es la solución! -exclamó Magrat-. ¡Además, Enta va en el carruaje!

-Tiene que haber otro sistema -insistió Tata-. Sé de alguien que podría meterse en sus mentes en un momento.

-¿Quién? -quiso saber Magrat.

-Bueno, aún nos quedan las escobas -dijo Tata-. Será fácil adelantar al carruaje, ¿no?

Las brujas aterrizaron en un callejón, con varios minutos de ventaja sobre el carruaje.

-Yo no apruebo esto -bufó Yaya-. Es el tipo de cosa que haría Lily. No podéis pedirme que lo haga. ¡Pensad en aquel lobo!

Tata levantó a Greebo de su lecho entre las cerdas.

-Pero Greebo es casi humano -dijo.

-¡Ja!

-Y sólo será temporal, aunque participemos las tres -insistió Tata-. Además, será interesante ver si funciona.

-Sí, pero no está bien -replicó Yaya.

-En este país, parece que sí -replicó Tata.

-Además -corroboró Magrat-, si lo hacemos nosotras, no puede estar mal. Nosotras somos las buenas.

-Ah, vaya, es cierto -se mofó Yaya-. Mira qué tonta, se me había olvidado.

Tata retrocedió un paso. Greebo, consciente de que esperaban, algo de él, se incorporó.

-Tendrás que admitir que no se nos ocurre nada mejor, Yaya -señaló Magrat.

Yaya titubeó. Pero, pese a lo repulsivo que le resultara, ardía también la llamita traicionera de lo fascinante. Además, Greebo y ella se habían detestado cordialmente desde hacía años. Casi humano, ¿eh? Bien, pues que lo probara, a ver si le gustaba... Se sintió un poco avergonzada ante la idea. Pero no mucho.

-Bien, de acuerdo.

Se concentraron.

Como bien sabía Lily, cambiar la forma de un objeto es una de las magias más difíciles que existen. Pero es mucho más sencillo si el objeto está vivo. Al fin y al cabo, una cosa viva ya sabe qué forma tiene. Lo único que hace falta es hacer que cambie de opinión.

Greebo bostezó y se estiró. Para su propia sorpresa, se siguió estirando.

Por todos los senderos de su cerebro felino, corrió una oleada de credulidad. De repente, creyó que era humano. No era sencillamente, que le pareciera que era humano. Lo creía implícitamente. La fuerza demoledora de esta fe inundó su campo mórfico, superando todas las objeciones, reescribiendo los diagramas de su ser.

Surgieron en él nuevas instrucciones.

Si era humano, maldita la falta que le hacía todo aquel pelo. Además, tenía que ser más grande...

Las brujas observaron, fascinadas.

-No creía que pudiéramos hacerlo -dijo Tata.

... las orejas eran innecesarias, llevaba los bigotes demasiado largos...

... necesitaba más músculos, los huesos debían tener formas diferentes, las patas tenían que ser más largas...

Y, pronto, todo terminó.

Greebo se irguió en toda su estatura, algo inseguro.

Tata se lo quedó mirando boquiabierta.

Luego, bajó la vista.

-Cielos -dijo.

-Creo -se apresuró a intervenir Yaya Ceravieja- que será mejor que lo imaginemos con un poco de ropa, y ahora mismo.

Eso era bastante sencillo. Cuando Greebo estuvo satisfactoriamente vestido, Yaya asintió y dio un paso hacia atrás.

-Ya puedes abrir los ojos, Magrat -dijo.

-No los tenía cerrados.

-Pues deberías.

Greebo se giró lentamente, con una sonrisa esbozada, perezosa, en su rostro surcado de cicatrices. Como humano, tenía la nariz rota, y un parche le tapaba el ojo inútil. Pero el otro brillaba como los pecados de los ángeles, y su sonrisa era la caída de los santos. Al menos, la de las santas.

Quizá fueran sus feromonas, o la manera en que sus músculos se enroscaban bajo la piel negra como el cuero. Greebo proyectaba un aura de diabólica sexualidad que sólo se podía medir en megawatios. Tan sólo con mirarlo, ya se oían aleteos oscuros en la noche escarlata.

-Eh.... Greebo... -empezó Tata.

Él abrió la boca. Los incisivos centellearon.

-Grrrlll -dijo.

-¿Me entiendes?

-Ssssí, Tataaa.

Tata Ogg se apoyó contra la pared para impedir que le temblaran las piernas.

Se oyó el ruido de los cascos de los caballos. El carruaje acababa de entrar en aquella calle.

-¡Venga, detén ese coche!

Greebo sonrió de nuevo, y se salió del callejón disparado como una flecha.

Tata se abanicó con el sombrero.

-Uuuufff... -dijo-. Y yo que me pasaba horas rascándole la barriguita..., ahora sí que no me extraña lo que gritan las gatas por las noches.

-¡Gytha!

-Venga, Esme, que tú también te has puesto colorada.

-Lo que pasa es que me he quedado sin aliento -replicó Yaya. -Pues es raro, porque no hemos estado corriendo.

El carruaje traqueteó calle abajo.

El cochero y los lacayos no estaban nada seguros de quiénes eran. Sus mentes oscilaban sin parar. En un momento dado eran hombres que pensaban en queso y en cortezas de panceta. Al siguiente, eran ratones que se preguntaban qué hacían con unos pantalones.

En cuanto a los caballos..., bueno, los caballos siempre han estado un poco locos, y ser ratas no les era de mucha ayuda.

Así que ninguno de ellos estaba en las mejores condiciones de estabilidad mental cuando Greebo salió de entre las sombras y les sonrió.

-Grrrlll -dijo.

Los caballos trataron de detenerse, cosa que resulta prácticamente imposible cuando se lleva un carruaje detrás. Los cocheros se quedaron paralizados de terror.

-¿Grrrlll?

El carruaje derrapó y se estrelló de costado contra una pared, haciendo caer a los cocheros. Greebo cogió a uno de ellos por el cuello de la camisa, y lo sacudió de un lado a otro mientras los caballos, enloquecidos, trataban de liberarse del varal.

-¿Te essscapabass, juguetito peludo? -sugirió.

Tras los ojos aterrados, hombre y ratón luchaban por la supremacía. Pero no hacía falta que se molestaran. Cualquiera de los dos habría perdido. La consciencia que palpitaba entre las dos entidades veía, o bien a un gato sonriente, o a un matón tuerto de metro ochenta.

El cocherorratón se desmayó. Greebo le dio unos cuantos golpecitos, por si acaso se movía...

-Despierta, ratoncito...

... y luego perdió todo el interés.

La puerta del carruaje se sacudió, y por fin se abrió.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó Enta.

-¡Grrrlll!

La bota de Tata Ogg acertó a Greebo en el cogote.

-Ah, no, muchachito, ni hablar -dijo.

-Quieroooo -refunfuñó Greebo.

-Eso es lo malo, que siempre quieres -le regañó Tata. Se volvió hacia Enta con una sonrisa-. Venga, queridita, sal de ahí.

Greebo se encogió de hombros, y luego se alejó, llevándose al aturdido cochero a rastras.

-¿Qué pasa aquí? -se quejó Enta-. Oh, Magrat. ¿Ha sido cosa tuya?

Magrat se permitió un momento de orgullo.

-Te dije que no tendrías que ir al baile, ¿verdad?

Enta contempló el carruaje destrozado. Volvió a mirar a las brujas.

-No irían ahí también las mujeres serpiente, ¿verdad? -preguntó Yaya.

Magrat esgrimió la varita.

-No, se fueron antes -respondió Enta. Su rostro se nubló al recordar algo-. Lilith transformó a los auténticos cocheros en escarabajos -susurró-. O sea.... ¡bueno, no eran tan malos! Pidió a las hermanas que le llevaran unos ratones, y los transformó en seres humanos, y luego dijo, tiene que haber equilibrio, y las hermanas trajeron a los cocheros, y ella los transformó en escarabajos, y luego... los pisoteó...

Se detuvo, horrorizada.

Un ramillete de fuegos artificiales ardió en el cielo, pero abajo, en la calle, una burbuja de silencio espantado pendía en el aire.

-Las brujas no matan a la gente -dijo Magrat.

-Esto es el extranjero -replicó Tata, apartando la vista.

-Creo que tendrías que alejarte de aquí, jovencita -dijo Yaya Ceravieja.

-... Crujieron...

-Tenemos las escobas -intervino Magrat-. Podríamos marcharnos todas.

-Enviaría algo a por nosotras -replicó Enta, sombría-. La conozco. Enviaría algo de un espejo.

-Pues lo combatiríamos.

-No -zanjó Yaya-. Sea lo que sea, tiene que suceder aquí. Enviaremos a la jovencita a algún lugar seguro, y entonces... ya veremos.

-Pero, si me voy a cualquier sitio, ella lo sabrá -gimió la chica-. ¡Espera verme esta noche en el baile! ¡Me estará mirando!

-A mí me parece bien, Esme -dijo Tata Ogg-. Es mejor que te enfrentes a ella donde tú elijas. A mí no me gustaría que viniera a buscarnos una noche como ésta. Prefiero verla, venir.

Sobre ellas, en la oscuridad, se escuchó un aleteo. Una pequeña forma negra planeó y aterrizó sobre los guijarros. Incluso en la noche, sus ojos centelleaban. Miró a las brujas con gesto expectante y con mucha más inteligencia de la que cabría esperar en un ave.

-¡Es el gallo de la señora Gogol! -exclamó Tata Ogg-. ¿Verdad?

-Aún no sé muy bien qué es -dijo Tata-. Me gustaría saber de qué lado está esa mujer.

-¿Quieres decir si es buena o mala? -preguntó Magrat.

-Es una excelente cocinera -señaló Tata-. No creo que nadie que cocine como ella pueda ser tan malo.

-¿Es la mujer que vive en los pantanos? -quiso saber Enta-. He oído montones de cosas sobre ella.

-Muestra demasiada disposición a transformar a la gente en zombis -replicó Yaya-. Y eso no está bien.

-Bueno, nosotras acabamos de transformar a un gato en persona. En persona humana, quiero decir -se corrigió Tata, la inveterada amante de los gatos-. Y eso tampoco se puede decir que sea muy correcto. Probablemente se pueda decir que no es nada correcto.

-Sí, pero lo hemos hecho por un buen motivo -dijo Yaya.

-No sabemos cuáles son los motivos de la señora Gogol...

En aquel momento, se oyó un gruñido procedente del callejón. Tata echó a correr hacia allí, y escucharon su voz imperiosa.

-¡No! ¡Suéltalo ahora mismo!

-¡Mío! ¡Mío!

Legba se adentró un tramo en la calle, y luego se volvió hacia ellas para mirarlas con gesto expectante.

Yaya se rascó la barbilla. Se alejó un poco de Magrat y de Enta, y las midió con la mirada. Luego, se dio media vuelta.

-Mmm -dijo-. Así que Lily espera verte, ¿eh?

-Me puede buscar con los reflejos -asintió Enta, nerviosa.

-Mmm -repitió Yaya. Se metió el dedo en la oreja y lo retorció un instante-. Bueno, Magrat, pues tú eres el hada madrina. ¿Qué es lo más importante que debemos hacer?

Magrat no había jugado a las cartas en su vida.

-Mantener a salvo a Enta -se apresuró a responder, admirada de que Yaya admitiera de repente que ella era, al fin y al cabo, la portadora de la varita-. En eso consiste ser su hada madrina.

-¿Sí?

Yaya Ceravieja frunció el ceño.

-¿Sabes? -siguió-. Las dos tenéis más o menos la misma talla...

La expresión de asombro de Magrat duró casi un segundo, antes de que la sustituyera una máscara de espanto.

Retrocedió un paso.

-Alguien tiene que hacerlo -insistió Yaya.

-¡Oh, no! ¡No! ¡Eso no funcionará! ¡Es descabellado! ¡No!

-Magrat Ajostiernos -dijo Yaya Ceravieja con tono triunfal-, ¡irás al baile!

El carruaje tomó la curva sobre dos ruedas. Greebo iba en el pescante, con una sonrisa enloquecida, haciendo chasquear el látigo. Esto era incluso mejor que aquella bolita de pelo con un cascabel...

Dentro del coche, Magrat iba encasquetada entre las dos ancianas brujas. Se tapaba la cara con las manos.

-¡Pero Enta puede perderse en el pantano!

-Imposible, la guía ese gallo. Estará más segura en el pantano de la señora Gogol que en el baile, te lo garantizo -respondió Tata.

-¡Muchas gracias!

-No hay de qué -dijo Yaya.

-¡Todo el mundo se dará cuenta de que no soy ella!

-No, porque llevarás puesta la máscara -insistió Yaya.

-¡Pero es que tenemos el pelo de color diferente!

-Te lo puedo teñir en un instante, no hay problema -la tranquilizó Tata.

-¡Pero es que tenemos cuerpos diferentes!

-Te lo puedo... -Yaya titubeó-. ¿No puedes..., no sé, hincharte un poco?

-¡No!

-¿Tienes un pañuelo se sobra, Gytha?

-No, Esme, pero puedo arrancarme un trozo de combinación.

-¡Aay!

-¡Aquí tienes!

-¡Y estos zapatitos de cristal no son de mi número!

-Pues a mí me quedan bien -se ufanó Tata-. Me los he probado.

-Sí, ¡pero yo tengo los pies más pequeños!

-No pasa nada -replicó Yaya-. Ponte un par de calcetines de los míos, ya verás qué bien vas.

Ya sin excusas, Magrat se refugió en la desesperación más absoluta.

-¡Pero es que no sé comportarme en un baile!

Yaya Ceravieja hubo de reconocer que ella tampoco sabría. Arqueó las cejas y miró a Tata.

-Tú ibas mucho a bailar cuando eras joven -dijo.

-Bueno -empezó Tata Ogg, dama de alta sociedad-, lo que tienes que hacer es dar golpecitos a los jóvenes con el abanico..., ¿llevas un abanico?.... y decir cosas como «estimado caballero». También es muy útil reírse en plan tontito. Y un buen aleteo de pestañas. Y poner morritos.

-¿Cómo se ponen los morritos?

Tata Ogg hizo una demostración.

-¡Puaj!

-No te preocupes -dijo Yaya-. Nosotras también estaremos allí.

-¿Y se supone que eso ha de hacerme sentir mejor?

Tata estiró el brazo por detrás de Magrat y agarró a Yaya por el hombro. Sus labios formaron las palabras: es inútil. Está hecha pedazos. No tiene confianza.

Yaya asintió.

-Quizá sería mejor que me encargara yo -dijo Tata en voz alta-. Tengo experiencia con esto de los bailes. Seguro que si llevara el pelo largo, y me pusiera la máscara y esos zapatos brillantes, y le metiéramos treinta centímetros de dobladillo al vestido, nadie notaría la diferencia. ¿Qué te parece?

Magrat estaba tan alucinada con sólo imaginarse a Tata de aquella guisa, que obedeció sin pensar cuando Yaya Ceravieja dijo: Mírame, Magrat Ajostiernos.

El carruaje calabaza entró por el camino del palacio a toda velocidad, haciendo que caballos y viandantes se apartaran de un salto y frenó bruscamente junto a las escaleras entre una lluvia de gravilla

-Ha sido divertido -dijo Greebo.

Luego, perdió todo el interés.

Un par de lacayos corrieron a abrir la puerta, y casi cayeron de espaldas ante la fuerza bruta de la arrogancia que emanaba del interior.

-¡Más deprisa, plebeyos!

Magrat bajó del carruaje, empujando al mayordomo que pretendía ayudarla. Se recogió la falda y subió corriendo por la alfombra roja. En la cima de las escaleras, un muchacho cometió la estupidez de pedirle la entrada.

-¡Lacayo impertinente!

El criado, reconociendo al instante los malos modales de los que han recibido una esmerada educación, retrocedió a toda velocidad.

-¿No crees que te has pasado un poquitín? -Preguntó Tata Ogg abajo, en el coche.

-Era necesario -asintió Yaya-. Conozco muy bien a Magrat.

-¿Y cómo vamos a entrar nosotras? No tenemos invitaciones. Y además, tampoco vamos vestidas para las circunstancias.

-Coge las escobas del pescante -replicó Yaya-. Iremos directas a la cima.

Tomaron tierra entre los almenajes de una torre desde donde se divisaban los alrededores del palacio. Los acordes de música les llegaban desde abajo, y de cuando en cuando los fuegos artificiales iluminaban el cielo sobre el río.

Yaya abrió la puerta que mejor le pareció, y descendieron por la escalera de caracol hasta llegar a un rellano.

-Qué alfombra tan cursi hay en el suelo -dijo Tata-. ¿Por qué ponen también alfombras en las paredes?

-Se llaman tapices -le aclaró Yaya.

-Caray -asintió Tata-, nunca te acostarás sin saber una cosa más. Bueno, al menos yo.

Yaya se detuvo con la mano sobre el pestillo de la siguiente puerta.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Que no sabía que tuvieras una hermana.

-Es que nunca hablamos de ella.

-Es una pena que las familias se rompan de esa manera -suspiró

-¡Ja! Tú decías que tu hermana Beryl era una ingrata avariciosa con tanto cerebro como una ostra.

-Sí, pero es mi hermana.

Yaya abrió la puerta.

-Vaya, vaya -dijo.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa? No te quedes ahí en medio.

Tata trató de mirar hacia la habitación.

-Vayaaa... -dijo.

Magrat se detuvo en la gran antesala de terciopelo rojo. En su cabeza, extraños pensamientos estallaban como fuegos artificiales. No se había vuelto a sentir así desde que bebió el vino de hierbas. Pero, entre todo aquello, como una prosaica patatita en medio de un ramo de psicodélicos crisantemos, había una tenue voz interior que le gritaba que ella ni siquiera sabía bailar. Sólo en corros.

Pero no podía ser tan difícil si la gente vulgar aprendía enseguida.

La diminuta Magrat interior, que luchaba por mantener el equilibrio en medio de aquella avalancha de seguridad, se preguntó si Yaya Ceravieja se sentiría siempre así.

Se subió ligeramente el borde del vestido, y se miró los zapatos.

No podían ser de cristal de verdad, si no en aquellos momentos ya estaría cojeando hacia cualquier clínica de primeros auxilios. Ni siquiera eran transparentes. El pie humano es un apéndice muy útil, pero no es, más que para algunas personas con intereses muy concretos, particularmente atractivo.

Los zapatos eran espejos. Docenas de facetas reflejaban la luz.

Dos espejos en los pies. Magrat recordó vagamente algo sobre..., sobre que una bruja nunca debía ponerse entre dos espejos, ¿era eso? ¿O que no había que confiar en

los hombres con cejas rojas? Algo que le habían enseñado en otros tiempos, cuando era una persona vulgar. Algo como que..., como que una bruja no debía ponerse entre dos espejos, porque.... porque..., porque la persona que saliera podía no ser la misma que había entrado. O algo por el estilo. Como que..., como que te distribuyes entre las imágenes, te roban cachitos del alma, y en las imágenes más lejanas puede cobrar forma una parte oscura de ti, que luego te persigue si no andas con mucho cuidado. O algo por el estilo.

Desechó la idea. No tenía importancia.

Dio un paso al frente, hacia donde un grupito de invitados aguardaba para hacer su entrada.

-¡Lord Henry Gota y Lady Gota!

La sala de baile no era en absoluto una sala de baile, sino más bien un patio abierto al tibio aire de la noche. Unas escaleras descendían hacia él. Al otro extremo, una escalinata mucho más amplia, bordeada por antorchas parpadeantes, llevaba al palacio en sí. En otra pared, enorme, a la vista de todos, había un reloj.

-¡El Honorable Douglas Incesante!

Eran las ocho menos cuarto. Magrat recordaba vagamente algo sobre una anciana gritando no sé qué sobre la hora, pero... aquello tampoco tenía importancia.

-¡Lady Volentia D'Acuerdo!

Llegó su turno en la cima de las escaleras. El mayordomo que anunciaba a los recién llegados la miró de arriba abajo, y luego, con el tono de quien ha recibido instrucciones detalladas durante toda la tarde sobre este momento en concreto, gritó:

-Eh... ¡Una bella y misteriosa desconocida!

En el patio, el silencio se esparció como un bote de pintura derramada. Quinientas cabezas se volvieron para mirar a Magrat.

Un día antes, la sola idea de tener a quinientas personas mirándola habría hecho que Magrat se fundiera como la mantequilla en un horno. En cambio, ahora, devolvió la mirada, sonrió y alzó la barbilla con altivez.

Su abanico se abrió como un pistoletazo.

La bella y misteriosa desconocida, Hija de Simplicia Ajostiernos, nieta de Araminta Ajostiernos, rebosante de autoconfianza...

... dio un paso al frente.

Un momento después, otro invitado pasó junto al mayordomo.

El mayordomo titubeó. Aquella figura tenía un algo preocupante. No conseguía distinguirla bien. Ni siquiera estaba del todo seguro de estarla viendo.

Luego, su sentido común, que se había ido a esconder debajo de la cama durante un rato, volvió a entrar en acción. Al fin y al cabo, era la Samedi Nuit Mort. La gente siempre se disfrazaba de cosas raras. Era posible ver a personas así.

-Disculpe, señor -dijo-. ¿A quién anuncio?

ESTOY AQUí DE INCóGNITO.

El mayordomo estaba seguro de que nadie había dicho nada, pero también de que había oído las palabras.

-Eh..., bueno... -titubeó-. Bueno, pues... pase. -Se animó un poco-. Es una máscara estupenda, señor.

Vio cómo la oscura figura descendía por los escalones, y se apoyó contra una columna.

Bueno, pues ya había terminado. Se sacó un pañuelo del bolsillo, se quitó la peluca empolvada y se secó la frente. Se sentía como si acabara de escapar por los pelos. Y, peor aún, no sabía de qué.

Miró a su alrededor con cautela. Luego, se dirigió a la antesala para ocupar su lugar tras los cortinajes de terciopelo, donde podría disfrutar de un cigarrito tranquilo.

Casi se lo tragó cuando otra figura recorrió en silencio la alfombra roja. Vestía como un pirata que acabara de abordar un barco con un cargamento de cuero negro para el cliente selectivo. Llevaba un ojo cubierto por un parche. El otro brillaba como una esmeralda malévola. Y nadie tan corpulento tenía derecho a caminar de manera tan silenciosa.

El mayordomo se colocó la colilla detrás de la oreja.

-Disculpe, señor -dijo, echando a correr tras el hombre y agarrándolo firme pero respetuosamente por el brazo-, tiene que dejarme su invi..., su invi...

El hombre transfirió la mirada a la mano que le sujetaba el brazo. El mayordomo lo soltó a toda velocidad.

-¿Grrrllll?

-Su... entrada...

El hombre abrió la boca y siseó.

-Por supuesto -dijo el mayordomo, al tiempo que retrocedía con la eficiente velocidad de aquellos a los que no se les paga lo suficiente como para hacer frente a

locos de dientes como agujas vestidos de cuero negro-. Debe de ser usted un amigo del Duc, ¿verdad?

-Grrrlll.

-Por supuesto..., por supuesto.... pero el señor ha olvidado... la máscara... Tenga, señor...

-¿GrrrIll?

El mayordomo señaló con mano temblorosa una mesita lateral, donde se amontonaban máscaras variadas.

-El Duc ha pedido que todo el mundo vaya enmascarado -susurró-. Eh..., espero que el señor encuentre algo de su gusto...

Siempre hay gente así, pensó. En la invitación pone «Masque» en grandes letras góticas, y doradas, encima, pero siempre hay unos cuantos imbéciles que se creen que ése es el nombre del remitente. En este caso concreto, el individuo debía de haber estado saqueando ciudades en la época en que los demás aprendían a leer.

El hombre alto examinó las máscaras. Los invitados más madrugadores se habían llevado todas las buenas, pero eso no pareció importarle

Señaló.

-Quiero ésa.

-Eh .... una.... una excelente elección, señor. Si me permite que le ayude a ...

-¡Grrrlll!

El mayordomo retrocedió, agarrándose el brazo.

El hombre lo miró. Luego, se colocó la máscara sobre la cabeza, y se miró al espejo a través del agujero del ojo bueno.

Qué extraño, pensó el mayordomo. No es del tipo de máscaras que eligen los hombres. Les gustan más los cráneos, los pájaros, los toros y esas cosas. Pero no los gatos.

Lo más extraño era que la máscara había sido un adorable gatito color naranja mientras estaba sobre la mesa. Cuando se la puso aquel hombre pasó a ser... una cabeza de gato, sí, todavía lo era, sólo que mucho más.... mucho más felina, y mucho más salvaje.

-Ssssiempgeee dessseé ssserg anaranjado -dijo el hombre.

-A usted le queda muy bien, señor -tartamudeó el mayordomo.

El hombre con cabeza de gato movió la cara a un lado y a otro, evidentemente encantado con lo que veía.

Greebo ronroneó suavemente, satisfecho consigo mismo, y deambuló hacia la sala de baile. Quería algo que comer, alguien con quien pelear, y después.... bueno, después ya vería.

Para los lobos, los cerdos y los osos, creer que son humanos es una tragedia. Para un gato, es toda una experiencia.

Además, esta nueva forma era mucho más divertida. Hacía más de diez minutos que nadie le tiraba una bota vieja.

Las dos brujas escudriñaron la habitación.

-Qué extraño -dijo Tata Ogg-. No es exactamente lo que una espera encontrar en un dormitorio real.

-¿Esto es un dormitorio real?

-Hay una coronita dibujada en la puerta.

-Oh.

Yaya examinó la decoración.

-¿Qué sabes tú de dormitorios reales? -preguntó, más que nada por decir algo-. Nunca has estado en un dormitorio real.

-Puede que sí -replicó Tata.

-¡Seguro que no!

-¿Te acuerdas de la coronación del joven Verence? ¿Cuando nos invitaron a todas al palacio? -dijo Tata-. Bueno, pues cuando tuve que ir al.... a empolvarme la nariz, vi una puerta abierta, y me metí por ahí, y estuve un rato cotilleando.

-Eso es traición. Te podrían meter en la cárcel -dijo Yaya con severidad-. ¿Cómo era aquello? -añadió.

-Muy acogedor. La tonta de Magrat no sabe lo que se está perdiendo. Y era mucho mejor que esto, desde luego -replicó Tata.

El color imperante era el verde. Paredes verdes, suelo verde. Había un armario y una mesita de servicio. Hasta una alfombra junto a la cama, también verde. La luz se filtraba a través de una ventana de cristal verdoso.

-Es como estar en el fondo de un estanque -señaló Tata. Se sacudió un insecto. ¡Y hay moscas por todas partes! -Hizo una pausa, como si estuviera muy concentrada-. Mmm...

-Sí, es como un estanque -asintió Tata.

Había moscas por todas partes. Zumbaban, se estrellaban contra la ventana, zigzagueaban sin rumbo bajo el techo.

-Como un estanque -insistió Tata, a quien, a falta de nada mejor, no le importaba oír muchas veces el sonido de su propia voz.

-Ya te he oído -replicó Yaya.

Dio un manotazo a un moscardón azul.

-Además, en un dormitorio real no tendría que haber moscas -refunfuñó Tata.

-Y cabría pensar que encontraríamos una cama por algún lado -asintió Yaya.

Pero no había ninguna cama. Lo que sí había, y empezaba a picarles la curiosidad, era una enorme tapadera de madera en el suelo Medía cosa de metro ochenta de diámetro. Tenía unas asas muy útiles.

La rodearon. Las moscas zumbaban por todas partes.

-Estoy recordando un cuento -dijo Yaya, muy despacio.

-Yo también -corroboró Tata, con una voz un poco más aguda que de costumbre-. Va sobre una chica que se casa con un tipo, y él le dice que puede ir a donde le dé la gana dentro del palacio, pero que no debe abrir tal puerta, pero ella va y la abre y se encuentra con que el tipo ha asesinado a todas sus anteriores...

Se quedó sin voz.

Yaya contemplaba fijamente la tapadera del suelo, y se rascaba la barbilla.

-Míralo de esta manera -empezó Tata, tratando de ser razonable pese a todas las posibilidades en contra-. ¿Qué podemos encontrar ahí abajo que sea peor que lo que nos estamos imaginando?

Agarraron un asa cada una.

Cinco minutos más tarde, Yaya Ceravieja y Tata Ogg salieron del dormitorio del Duc. Yaya cerró la puerta, lo más silenciosamente posible.

Se miraron.

-Canastos -dijo Tata, con la cara aún pálida.

-Sí -asintió Yaya-. ¡Cuentos!

-Había oído hablar de.... ya sabes, de gente como él. Pero nunca me lo había creído. Puaj. Me gustaría saber qué aspecto tiene.

-Seguro que, a simple vista, no se le nota -replicó Yaya.

-Bueno, al menos ahora se entiende lo de las moscas -dijo Tata Ogg.

De pronto, se llevó la mano a la boca, horrorizada.

-¡Y nuestra Magrat está ahí abajo, con él! -exclamó-. ¡Y ya sabes lo que va a suceder! Se conocerán, y se...

-Hay cientos de personas con ellos -la tranquilizó Yaya-. No es lo que se dice un encuentro íntimo.

-Sí, pero..., no sé, sólo con pensar en él, sólo con pensar en que la toca..., mira, es como coger un...

-¿Crees que Enta sirve como princesa? -preguntó Yaya.

-¿Qué? Ah, sí. Probablemente. Esto es el extranjero. ¿Por qué?

-Entonces, eso quiere decir que aquí hay más de un cuento en marcha ahora mismo. Lily está dejando que se desarrollen varios a la vez -respondió Yaya-. Piénsalo bien. Lo que importa no es que se toquen. Lo definitivo es que se besen.

-¡Tenemos que ir ahí abajo! -exclamó Tata-. ¡Tenemos que impedirlo! Oye, tú ya me conoces, no soy ninguna mojigata, pero.... puaj...

-¡Eh! ¡Anciana!

Se volvieron. Una mujer regordeta, que llevaba un vestido rojo y una imponente peluca blanca, las miraba con arrogancia desde detrás de una máscara de zorro.

-¿Sí? -replicó Yaya.

-Sí, mi señora -la corrigió la mujer gorda-. ¿Es que no tiene educación? Le ordeno que me guíe inmediatamente a los aseos! ¿Qué demonios se cree que hace?

Esta última frase iba dirigida a Tata Ogg, que caminaba en torno a ella y examinaba su vestido con ojo crítico.

-¿Qué talla usa, la 20 o la 22? -prtguntó Tata.

-¿Eh? ¿Qué significa esta impertinencia?

Tata Ogg se rascó la barbilla con gesto pensativo.

-No sé, no sé -dijo-. Nunca me ha sentado muy bien el color rojo en los vestidos. No tendrá nada azul, ¿verdad?

La mujer, colérica, se volvió para golpear a Tata con el abanico, pero una mano huesuda le dio unos golpecitos en el hombro.

Alzó la vista hacia el rostro de Yaya.

Mientras perdía el conocimiento en medio de una neblina onírica, oyó una voz, muy lejos, que decía: «Bueno, no me queda mal. Pero a mí que no me diga que usa una talla 20. Y si yo tuviera una casa como la suya, no se me ocurriría vestirme de rojo ... ».

Lady Volentia D'Acuerdo se relajó en el santuario de los aseos de señoras. Se quitó la máscara, y pescó un lunar postizo de las profundidades de su escote. Luego se dedicó a intentar ajustarse el polisón, un ejercicio especialmente útil para provocar la forma de gimnasia femenina más ridícula en cualquier mundo, excepto en aquellos donde se han inventado los pantys.

Aparte de ser un parásito tan adaptado al medio ambiente como el cornezuelo del centeno, Lady Volentia D'Acuerdo era, en general una persona bondadosa. Siempre asistía a las fiestas para recoger fondos con fines caritativos, y estaba empeñada en conocer a casi todos sus criados por su nombre. Al menos, a los criados más limpios. Casi siempre era bondadosa con los animales, incluso con los niños, siempre que se hubieran lavado y no organizaran mucho jaleo. En resumidas cuentas, no se merecía lo que estaba a punto de sucederle, que era el destino que la Madre Naturaleza tenía reservado para cualquier mujer que se encontrara en aquella habitación esa noche, y que tuviera casualmente unas medidas semejantes a las de Yaya Ceravieja.

Se dio cuenta de que había alguien detrás de ella.

-Disculpe, señora.

Resultó que era una repulsiva mujercita menuda, de clase baja, que lucía una amplia sonrisa.

-¿Qué quiere, anciana? -preguntó Lady Volentia.

-Disculpe -repitió Tata Ogg-, pero es que mi amiga querría decirle una cosita.

Lady Volentia volvió la vista con altanería hacia...

... el vacío gélido, hipnótico, de unos ojos azules.

-¿Qué es esta cosa con forma de cu.... con forma de trasero?

-Es un polisón, Esme.

-Es una auténtica molestia, eso es lo que es. Me da la sensación de que me sigue alguien.

-Bueno, pero el traje te queda bien.

-No me queda bien. El negro es el único color decente para una bruja. Y esta peluca da un calor de mil diablos. ¿Por qué demonios se ponen medio metro de pelo sobre la cabeza?

Yaya se ajustó la máscara. Era una cara de águila, con plumas blancas salpicadas de lentejuelas.

Tata se arregló un apuntalado innombrable por debajo de la crinolina, y se irguió.

-Canastos, qué pinta tenemos -dijo-. Esas plumas del pelo te quedan de maravilla.

-Nunca he sido vanidosa -replicó Yaya Ceravieja-. Tú lo sabes bien, Gytha. Nadie puede decir que yo sea vanidosa.

-No, Esme -asintió Tata Ogg.

Yaya dio un par de pasos.

-Bien, Lady Ogg, ¿está preparada? -preguntó.

-Sí. Adelante, Lady Ceravieja.

La pista de baile estaba abarrotada. Los ornamentos colgaban de todas las columnas, pero eran negros y plateados, los colores del festival de la Samedi Nuit Mort. Una orquesta tocaba desde la galería. Los bailarines se deslizaban por la pista. El bullicio era terrible.

Un camarero con una bandeja de bebidas se encontró de repente con que era un camarero sin una bandeja de bebidas. Miró a su alrededor, y luego bajó la vista hacia un pequeño zorro bajo una enorme peluca blanca.

-Venga, largo, mueve el culo, ve a traernos más -dijo amablemente Tata-. ¿La ves, Lady Ceravieja?

-Hay demasiada gente.

-Bueno, ¿y ves al Duc?

-¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Todo el mundo va enmascarado!

-Oye, ¿eso de allí es comida?

Gran parte de la nobleza de Genua, la que tenía menos energía más apetito, se había arremolinado en torno a la larga mesa del buffet. Todos se apercibieron de que entraban en juego un par de eficaces codos a la altura del pecho, y de frases atentas del estilo de «... aparta, que mancho.... a un lado..., cuidado, que voy ... ».

Tata se abrió camino hasta la mesa, e incluso hizo espacio a codazos para Yaya Ceravieja.

-Canastos, qué fiesta, ¿eh? -dijo-. Oye, qué pollos tan pequeñitos tienen aquí, en el extranjero.

Cogió un plato.

-Son codornices.

-Me tomaré tres. ¡Eh, charlie chan, aquí!

Un lacayo la miró.

-¿Tenéis encurtidos?

-Mucho me temo que no, señora.

Tata Ogg examinó atentamente la mesa, donde había cisnes asados, un pavo real braseado que seguramente no se habría sentido mejor aunque supiera que las plumas de su cola iban a adornar el plato, y más frutas, langostas cocidas, frutos secos, pasteles, cremas y dulces que en el sueño de un ermitaño.

-Bueno, ¿algún condimento?

-No, señora.

-¿Ni siquiera ketchup?

-No, señora.

-¡Y dicen que esto es el paraíso de los grumetes! -refunfuñó Tata, mientras la orquesta atacaba la siguiente pieza.

Dio un codazo a una alta figura que se estaba sirviendo langosta.

-Qué lugar, ¿eh?

MUY AGRADABLE.

-Lleva una máscara preciosa.

GRACIAS.

Tata se volvió al sentir la mano de Yaya Ceravieja en el hombro.

-¡Ahí está Magrat!

-¿Dónde? ¿Dónde?

-Allí..., sentada bajo los potos.

-Ah, sí. En la cheslón -asintió Tata-. Así se dice sofá en extranjero, ¿sabes? -añadió.

-¿Qué hace?

-Creo que está siendo atractiva para los hombres.

-¿Quién? ¿Magrat?

-Sí. Se te da de maravilla el hipnotismo, chica.

Magrat agitó el abanico y alzó la vista hacia el Compte de Yoyo.

-Por supuesto, gentil caballero -decía-. Si se empeña, puede traerme usted otro plato de huevos de alondra.

-¡Voy como el rayo, mi querida señorita!

El anciano se precipitó hacia la mesa del buffet.

Magrat examinó a su legión de admiradores, y luego tendió una mano lánguida hacia el Capitán de Vere, de la Guardia del Palacio. El hombre se puso firme.

-Mi querido capitán -dijo ella-, tendrá usted el honor de que le conceda el próximo baile.

-Se comporta como una pícara -dijo Yaya con tono desaprobador.

Tata la miró.

-No es para tanto -dijo-. Además, un poco de picardía nunca ha matado a nadie. Por lo menos, ninguno de esos hombres tiene pinta de ser el Duc. Oiga, ¿qué hace?

La última parte de la frase iba dirigida a un hombrecillo menudo y calvo, que intentaba discretamente poner un pequeño caballete delante de ellas.

-Eh..., si las señoras me hacen el favor de estarse quietas un instante -pidió con timidez-. Ya saben, es para el grabado.

-¿Qué grabado? -quiso saber Yaya Ceravieja.

-Ya saben -repitió el hombre, al tiempo que sacaba una navajita-. A todo el mundo le gusta ver su grabado en los bandos después de un baile como éste. «Lady Nosequé compartiendo un chiste con Lord Nosecuántos», y todas esas cosas.

Yaya Ceravieja abrió la boca para replicar algo, pero Tata Ogg le puso la mano suavemente sobre el brazo. Se relajó un poco, y buscó algo más adecuado que responder.

-Me sé un chiste sobre bocadillos de caimanes -ofreció, al tiempo que se sacudía la mano de Tata-. Va un hombre que está en una taberna y dice: «¿Venden bocadillos de caimán?», y el otro hombre le dice que sí, y el primero dice: «¡Pues póngame mucho pan en el bocadillo!».

Los miró con gesto triunfal.

-¿Sí? -dijo el grabador, sin dejar de trabajar a toda velocidad-. ¿Y qué pasa luego?

Tata Ogg se apresuró a llevarse a Yaya, buscando cualquier cosa que la distrajera.

-Hay gente que no entiende los chistes -se quejó Yaya.

Mientras la orquesta daba comienzo a otra pieza, Tata Ogg rebuscó en el bolso y dio con el carnet de baile que había pertenecido a una mujer que ahora dormía tranquilamente en una habitación lejana,

-Le toca a... -entrecerró los ojos para leer la caligrafía diminuta-. A Sir Roger el Cubrecamas.

-¿Señora?

Yaya Ceravieja miró a su alrededor. Un militar regordete, con grandes bigotes, le estaba dedicando una reverencia. Tenía pinta de ser un hombre risueño.

-¿Sí?

-Me prometió usted el honor de este baile, señora.

-Seguro que no.

El hombre pareció desconcertado.

-Pero, Lady D'Acuerdo, le aseguro que... su carnet.... soy el Coronel Moutarde...

Yaya lo miró con desconfianza, y luego leyó la tarjetita que llevaba prendida en el abanico.

-Oh.

-¿Sabes bailar? -le susurró Tata.

-Por supuesto.

-Pues nunca te he visto en un baile.

Yaya Ceravieja había estado a punto de darle al coronel la excusa más educada que se le ocurriera. Pero, ahora, echó los hombros hacia atrás con gesto desafiante.

-Una bruja puede hacer todo lo que se proponga, Gytha Ogg. Vamos, señor coronel.

Tata observó a la pareja que desaparecía entre la multitud.

-Hola, señora zorro -dijo una voz tras ella.

Se volvió. Allí no había nadie.

-Aquí abajo.

Bajó la vista.

Un hombrecillo diminuto, que vestía el uniforme de capitán de la guardia de palacio, con una peluca empolvada, le dirigió una amplia sonrisa.

-Mi nombre es Casavieja -dijo-. Se dice que soy el amante más grande del mundo. ¿A usted qué le parece?

Tata Ogg lo miró de arriba abajo, o mejor dicho, de abajo a aún más abajo.

-Es un enano -señaló.

-El tamaño no importa.

Tata Ogg consideró su situación. Una colega, famosa por su timidez y mutismo, se comportaba en aquellos momentos como una comosellamara, como aquella reina que siempre estaba jugando con los hombres y bañándose en leche de burra; la otra se comportaba de la manera más extraña, bailaba con un hombre, aunque no sabía distinguir un pie del otro. Tata Ogg sintió que se debía una pequeña recompensa, un poco de tiempo para ser ella misma.

-¿Sabe bailar? -preguntó, algo cansada.

-Oh, sí. ¿Quiere salir conmigo?

-¿Qué edad cree que tengo? -preguntó Tata.

Casavieja meditó un instante.

-Bien, de acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

Tata suspiró y bajó la mano para coger la del hombrecillo.

-Venga, a la pista.

Lady Volentia D'Acuerdo se tambaleaba por un pasillo. Era una silueta flaca, melancólica, envuelta en complicada corsetería y ropa interior que le llegaba a los tobillos.

No sabía a ciencia cierta qué había pasado. Primero estaba aquella espantosa mujer, y luego tuvo esa sensación de felicidad absoluta, y después.... después se encontró sentada en la alfombra, sin el vestido. En su aburrida vida, Lady Volentia había asistido a suficientes bailes como para saber que a veces te despiertas en habitaciones extrañas y sin el vestido, pero eso solía ser más avanzada la noche, y al menos conservabas cierto recuerdo de los motivos que te habían llevado a tal situación...

Caminó como pudo, apoyándose en la pared. Alguien tendría que darle muchas explicaciones.

Una figura dobló la esquina del pasillo. Se iba pasando un muslo de pavo de una mano a otra.

-Perdone -empezó Lady Volentia-, ¿tendría usted la amabilidad de ... ?

Alzó la vista hacia la figura vestida de cuero, con un parche en el ojo y una sonrisa de corsario en los labios.

-¡Grrrlll!

-¡Oh, cielos!

Esto de bailar no tiene nada de difícil, se decía Yaya Ceravieja. Sólo hace falta moverse al ritmo de la música.

También le servía de gran ayuda la posibilidad de leer la mente de su pareja. Una vez superada esa etapa en la que te miras los pies, bailar es cuestión de instinto, y a las brujas se les da muy bien leer los instintos. Hubo unos segundos de confusión cuando el coronel intentó llevarla, pero el hombre se rindió pronto, en parte ante la negativa pura y simple de Yaya Ceravieja, pero sobre todo por las botas que llevaba.

Los zapatos de Lady Volentia D'Acuerdo no habían sido de su número. Además, Yaya sentía un gran apego hacia sus botas. Tenían complicadas hebillas de hierro, y

punteras como arietes de batalla. Cuando se trataba de bailar, las botas de Yaya iban únicamente a donde les daba la gana.

Hizo dar vueltas a su impotente y ahora algo tullido acompañante, para llevarlo hacia Tata Ogg, que había conseguido un buen corro de espacio vacío a su alrededor. Lo que Yaya conseguía con un kilo de síncopa claveteada, Tata lo lograba con tan sólo su delantera.

Era una delantera amplia, experimentada, incontenible. Cuando Tata Ogg bajaba, la delantera subía. Cuando la bruja giraba hacia la derecha, aún no había terminado de describir un arco hacia la izquierda. Además, los pies de Tata se movían trazando complicadas figuras, al margen del ritmo de la música, de manera que, aunque su cuerpo se mecía a la velocidad del vals, sus pies hacían algo mucho más adecuado para una música de gaita. El efecto en general obligaba a su acompañante a bailar a varios metros de distancia, y muchas de las parejas que los rodeaban se habían detenido para observar con fascinación aquel espectáculo.

Yaya y su impotente acompañante pasaron girando junto a Tata.

-Deja de exhibirte -susurró Yaya justo antes de volver a desaparecer entre la multitud.

-¿Quién es su amiga? -preguntó Casavieja.

-Es... -empezó Tata.

Se oyó el sonido de las trompetas.

-Eso ha estado un poco desafinado -dijo Tata.

-No, significa que llega el Duc -le explicó Casavieja.

La orquesta dejó de tocar. Todas las parejas se giraron al unísono hacia la escalinata principal.

Dos figuras descendían por ella majestuosamente.

Cielo santo, qué tipo tan atractivo, se dijo Tata. Eso demuestra lo que siempre dice Esme, que no se debe uno fiar de las apariencias.

Y ella...

... ¿ésa era Lily Ceravieja?

La mujer no llevaba máscara.

Aparte de alguna que otra arruga o línea de personalidad, era el vivo retrato de Yaya Ceravieja.

Casi...

Tata se descubrió a sí misma buscando la cabeza de águila blanca entre la multitud. Todos estaban mirando en dirección a la escalinata, pero una persona concreta lo hacía como si sus ojos fueran lanzallamas.

Lily Ceravieja vestía de blanco. Hasta aquel día, a Tata Ogg no se le había ocurrido que pudiera haber diferentes colores blancos. Ahora, lo sabía. El blanco del vestido de Lily Ceravieja parecía luminoso. Tenía la sensación de que, si se apagaran todas las velas, el vestido de Lily brillaría. Tenía clase. Centelleaba, las mangas eran abombadas, y llevaba ribetes de encaje.

Y Tata Ogg hubo de admitirlo, Lily Ceravieja parecía más joven. Tenía la misma estructura ósea, la misma complexión delgada de los Ceravieja, pero parecía como menos..., menos gastada.

Si eso es lo que te pasa cuando eres mala, pensó Tata, podría habérseme ocurrido hace años. El precio del pecado es la muerte, pero la virtud se paga con idéntica moneda, y los malos por lo menos llegan pronto a casa los viernes.

En cambio, los ojos eran los mismos. En algún lugar del pasado genético de los Ceravieja había un zafiro. Quizá una mina entera.

El Duc era increíblemente atractivo. Pero claro, eso era comprensible. Iba de negro. Hasta sus ojos iban de negro.

Tata recuperó la compostura, y se abrió camino entre la multitud hasta llegar junto a Yaya Ceravieja.

-¿Esme?

Agarró a Yaya por el brazo.

-¿Esme?

-¿Mmm?

Tata se dio cuenta de que la gente se estaba moviendo, se abría como un mar, dejando un camino entre la escalinata y la chaiselongue al otro extremo de la sala.

Yaya Ceravieja tenía los nudillos tan blancos como el vestido.

- ¿Esme? ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo? -preguntó Tata.

-Intento... detener... el... cuento... -respondió Yaya.

-Entonces, ¿qué hace ella?

-¡Está... dejando... que... continúe!

La multitud se separaba tras ellas. No parecía un gesto consciente. Era como si estuvieran formando un pasillo.

El príncipe lo recorrió con pasos lentos. Detrás de Lily, unas imágenes tenues se formaban en el aire, de manera que parecía que la siguiera una procesión de fantasmas.

Magrat se levantó.

Tata se dio cuenta de que el aire se teñía de un color iridisado. Hasta le pareció oír el trinar de los ruiseñores.

El príncipe tomó la mano de Magrat.

Tata alzó la vista hacia Lily Ceravieja, que se había quedado en la escalinata, y sonreía.

Luego, intentó concentrarse para ver el futuro.

Le resultó espantosamente fácil.

Por lo general, el futuro se ramifica constantemente, y sólo se puede tener una idea nebulosa de lo que quizá vaya a suceder, aunque uno sea tan sensible a las distorsiones temporales como lo son las brujas. Pero aquí había cuentos enroscados en el árbol de los acontecimientos, y le estaban dando nueva forma.

Yaya Ceravieja no habría sabido lo que era una pauta de inevitabilidad cuántica ni aunque se la encontrara comiéndose su cena. Si alguien le mencionara las palabras «paradigmas espaciotemporales», ella se limitaría a replicar «¿Qué?». Pero eso no quería decir que fuera una ignorante. Sólo quería decir que no tenía ningún trato con las palabras, y menos con la jerigonza. En cambio, sabía perfectamente que ciertas cosas suceden siempre en la historia humana, se repiten como clichés tridimensionales. Son los cuentos.

-¡Y ahora formamos parte de él! -dijo Yaya-. ¡Y no lo puedo detener! ¡Tiene que haber un lugar donde pueda interrumpirlo, pero no lo encuentro!

La banda empezó a tocar. Ahora sonaba un vals.

Magrat y el príncipe giraron por la pista de baile, sin dejar de mirarse el uno al otro. Después, unas cuantas parejas se atrevieron a imitarlos. Y luego, como si el baile entero fuera una maquinaria a la que acabaran de dar cuerda de nuevo, la pista se llenó de parejas, y los sonidos de las conversaciones volvieron a poblar el ambiente.

-¿No me va a presentar a su amiga? -dijo Casavieja, desde la altura del codo de Tata.

Los invitados pasaban a su alrededor.

-Todo esto tiene que suceder -siguió Yaya, sin hacer caso de la interrupción-. Todo. El beso, el reloj que da la medianoche, el hecho de que ella huya y pierda la zapatilla de cristal... Todo.

-Puaj. -Tata puso cara de asco y se apoyó sobre la cabeza de su acompañante-. Preferiría lamer a un sapo.

-Es justo mi tipo -insistió Casavieja, con voz algo ahogada-. Siempre me he sentido atraído por las mujeres dominantes.

Las dos brujas observaron a los dos jóvenes que bailaban sin dejar de mirarse a los ojos.

-No me costaría nada ponerles la zancadilla -sugirió Tata.

-No, no es así como debe suceder.

-Bueno, Magrat es una muchacha sensata..., más o menos sensata -se corrigió Tata-. Puede que se dé cuenta de que algo va mal.

-Lo que hago, lo hago bien, Gytha Ogg -replicó Yaya-. No se dará cuenta de nada hasta que el reloj dé las doce.

Ambas se volvieron y alzaron la vista. Apenas eran las nueve.

-¿Sabes? -empezó Tata Ogg-. Los relojes no dan la medianoche. A mí me parece que dan las doce. O sea, en mi opinión, es cuestión del número de «bongs».

Miraron de nuevo el reloj.

En el pantano, Legba, el gallo negro, cacareó. Siempre cacareaba al anochecer.

Tata Ogg subió apresuradamente otro tramo de escaleras, y se apoyó contra la pared para recuperar el aliento.

Tenía que estar en algún lugar, por allí cerca.

-Así aprenderás a tener la boca cerrada, Gytha Ogg -murmuró.

-Supongo que nos alejamos del jaleo del baile para tener un tête-à-tête íntimo por aquí -dijo un esperanzado Casavieja, que trotaba tras ella.

Tata intentó hacer caso omiso del hombrecillo, y siguió corriendo por un pasillo polvoriento. A un lado había una galería desde donde se divisaba la pista de baile. Y al fondo...

... una pequeña puerta de madera.

La abrió bruscamente de un codazo. En la habitación, el mecanismo funcionaba con un ruido suave, al ritmo de las figuras que bailaban abajo, como si el reloj las estuviera moviendo. Cosa que era cierta, al menos en un sentido metafórico.

Relojes, pensó Tata. Una vez comprendes los relojes, lo comprendes todo.

Maldita sea, ojalá supiera yo algo de relojes.

-Un lugar muy íntimo -dijo Casavieja con aprobación.

Tata se metió entre la maquinaria del reloj. Los engranajes giraban a la altura de su nariz.

Se los quedó mirando un instante.

Canastos. Y todo aquello para cortar el Tiempo en pedacitos.

-Quizá no sea de lo más acogedor -siguió Casavieja, desde debajo de su sobaco-. Pero no se preocupe, señora. Recuerdo una ocasión en Quirm, fue en un palanquín...

Veamos, pensó Tata. Esto de aquí está conectado con eso de allá, esto gira, y eso otro gira aún más deprisa, esta ruedecita se mueve adelante y atrás...

Oh, demonios. Retuerce lo primero que encuentres, como dijo el sumo sacerdote a la virgen vestal.[25]

Tata Ogg se escupió en las manos, agarró el engranaje más grande que encontró, y lo retorció en su eje.

El engranaje siguió girando, arrastrándola en su movimiento.

Rayos. Oh, bueno...

Entonces, hizo algo en lo que ni Yaya Ceravieja ni Magrat Ajostiernos habrían pensado jamás en aquellas circunstancias. Pero los viajes de Tata Ogg por el mar de las relaciones intersexuales habían dado un par de vueltas al Mundodisco, y ella no veía nada de humillante en pedir ayuda a un hombre.

Sonrió afectadamente a Casavieja.

-Estaríamos mucho más cómodos en nuestro pequeño pie-deterre si pudiera usted hacer girar un poco esta ruedecita -dijo-. Estoy segura de que podrá, con lo fuerte que es -añadió.

-Oh, por supuesto que sí, mi querida señora -asintió Casavieja.

Alzó una mano. Los enanos son terriblemente fuertes para su estatura. El engranaje no pareció ofrecerle la menor resistencia.

En algún lugar del complicado mecanismo, algo defendió su terreno unos instantes, y luego hizo clonk. Unas enormes ruedas se pusieron a girar de mala gana. Otras más pequeñas chirriaron en sus ejes. Una pieza, diminuta pero vital, se soltó y fue a golpear la cabeza de Casavieja.

Y, mucho más deprisa de lo que había pretendido la naturaleza, las manecillas giraron en el reloj.

Un nuevo ruido sonó en la parte superior, e hizo que Tata Ogg alzara la vista.

Su expresión de satisfacción se desvaneció al instante. El martillito que daba las horas retrocedía lentamente. Tata cayó en la cuenta de que se encontraba justo debajo de la campana..., en el momento en que la campana empezó a sonar.

Bong..

-¡Oh, mierda!

... bong...

... bong..

... bong...

La niebla serpenteaba sobre el pantano. En su interior se movían sombras, sus formas resultaban difusas en esta noche en que la diferencia entre los vivos y los muertos no era más que cuestión de tiempo.

La señora Gogol podía sentirlos entre los árboles. Sin hogar. Hambrientos. Silenciosos. Olvidados por los hombres y por los dioses. Eran los habitantes de las nieblas y del barro, cuya única fuerza yacía pasada la debilidad, cuyas creencias eran tan desvencijadas como sus techos. Y la gente de la ciudad..., no la que vivía en las grandes casas blancas e iba a los bailes en hermosos carruajes. La otra gente. Eran las personas de las que nunca se habla en los cuentos. A los cuentos no les importan en absoluto esos porqueros que siguen siendo pobres, ni los humildes zapateros cuyo destino es morir un poco más pobres y mucho más humildes.

Ésa era la gente que hacía funcionar el reino mágico, que cocinaba sus comidas y barría sus suelos, la que se llevaba la basura por la noche, la que aportaba los rostros para la multitud cuyos deseos y sueños, pese a su pequeñez, no tenían la menor importancia. Eran los invisibles.

Y aquí estoy yo, pensó ella. Tendiendo trampas a los dioses.

En el multiverso, existen diferentes formas de vudú, porque es una religión que se puede construir con los ingredientes que se tengan más a mano. Pero todas esas formas tienen en común que intentan meter a un dios en el cuerpo de un ser humano.

Eso era estúpido, pensó la señora Gogol. Eso era peligroso.

El vudú de la señora Gogol funcionaba exactamente al contrario. ¿Qué era un dios? El punto focal de la fe. Si la gente tenía fe, el dios empezaba a crecer. Al principio era débil, pero si algo se aprendía del pantano era a tener paciencia. Y cualquier cosa servía como punto focal para un dios. Un puñado de plumas atadas con una cinta roja, una chaqueta y un sombrero colgados de unos palos.... cualquier cosa. Porque, cuando todo lo que tenía la gente era prácticamente nada, cualquier cosa podía ser prácticamente todo. Y luego había que alimentarlo, y mimarlo, como una oca destinada a páté, y dejar que el poder creciera muy despacio, y cuando llegaba el momento había que abrir el sendero... hacia atrás. Era más fácil que un ser humano hiciera de dios que al contrario. Sí, más tarde habría que pagar el precio, pero eso era inevitable. Que la señora Gogol supiera, todo el mundo moría al final.

Bebió un sorbo de ron y pasó la jarra a Sábado.

Sábado bebió un trago, y pasó la jarra a algo que quizá tuviera manos.

-Empecemos -dijo la señora Gogol.

El hombre muerto cogió tres pequeños tambores, y empezó a tocarlos con un ritmo semejante a los latidos rápidos de un corazón.

Tras un rato, algo dio unos golpecitos a la señora Gogol en el hombro, y le pasó la jarra. Estaba vacía.

Era hora de comenzar...

-Lady Bon Anna me sonríe. El Señor Camino Seguro me protege. El Hombre que Camina a Zancadas me guía. Hotaloga Andrews me sostiene.

«Estoy entre la luz y la oscuridad, pero no importa, porque soy lo que hay entre la luz y la oscuridad.

»Aquí hay ron para vosotros. Aquí hay tabaco para vosotros. Aquí hay comida para vosotros. Aquí hay un hogar para vosotros.

»Ahora, escuchadme bien ... »

... bong.

Para Magrat, fue como despertar de un sueño para encontrarse en medio de un sueño. Había estado soñando que bailaba con el hombre más guapo de la habitación, y... estaba bailando con el hombre más guapo de la habitación.

Lo único malo era que llevaba dos círculos de cristal ahumado ante los ojos.

Aunque Magrat era un corazón tierno, una soñadora compulsiva y, según Yaya Ceravieja, una mocosa, no sería bruja si no tuviera ciertos instintos y el suficiente sentido común como para confiar en ellos. Extendió el brazo y apartó aquellos cristales.

Magrat había visto ojos como aquéllos en otras ocasiones, pero nunca en alguien que caminara sobre dos piernas.

Los pies de la joven, que hasta hacía un momento se habían estado moviendo grácilmente por la pista, se enredaron.

-Eh... -empezó.

Se dio cuenta de que las manos del hombre, rosadas, con una manicura perfecta, eran también frías y húmedas.

Magrat se dio media vuelta y echó a correr. El vestido se le enredaba entre las piernas. Aquellos estúpidos zapatos la hacían resbalar.

Un par de lacayos bloqueaban las escaleras que daban a la salida.

Magrat entrecerró los ojos. Lo único que le importaba era salir de allí.

-¡Kiaaa!

-¡Aaay!

Siguió corriendo, pero resbaló en la cima de las escaleras. Una zapatilla de cristal bajó tintineando por los peldaños de mármol.

-¿Cómo demonios se puede mover nadie con estas cosas? -gritó a quien quisiera oírla.

Saltando frenética a la pata coja, consiguió deshacerse de la otra zapatilla, y salió corriendo a la noche.

El príncipe caminó pausadamente hasta la cima de las escaleras, y recogió la zapatilla.

La sostuvo entre sus manos. La luz se reflejaba en las facetas.

Entre las sombras, Yaya Ceravieja se apoyó contra la pared. Todos los cuentos tenían un momento vital, y el de éste debía de estar próximo.

Se le daba bien entrar en las mentes de otras personas, pero ahora debía sumergirse en la suya propia. Se concentró. Más abajo, más al fondo.... más allá de los pensamientos cotidianos, de las pequeñas preocupaciones.... más deprisa, más deprisa..., a través de las capas de meditaciones profundas.... más al fondo..., más allá de cosas encerradas y olvidadas, de viejas culpabilidades y temores reprimidos, no, ahora no tenía tiempo para ellos.... más abajo..., allí.... el hilo plateado del cuento. Ella había formado parte de él, era parte de él, o sea que el cuento tenía que formar parte de ella.

Asió el hilo.

Yaya detestaba todo aquello que predestinaba a la gente, que engañaba a las personas, que las hacía un poco menos humanas.

El cuento culebreaba como un cable de acero. Lo aferró.

Abrió los ojos, conmocionada. Dio un paso adelante.

-Disculpad, alteza. Cogió el zapato de manos del Duc y lo alzó por encima de su cabeza.

Su expresión de malévola satisfacción era espantosa.

Entonces, dejó caer el zapato.

Se hizo añicos contra los peldaños.

Un millar de fragmentos brillantes se dispersaron sobre el mármol.

Pese a lo retorcido que estaba a todo lo largo del espaciotiempo en forma de tortuga que conocemos por el nombre de Mundodisco, el cuento se estremeció. Un cabo suelto se agitó libre, restallando en la noche, tratando de dar con alguna secuencia de la que alimentarse...

En el claro, los árboles se movieron. También se movieron las sombras. Las sombras no deberían ser capaces de moverse, a menos que se moviera la luz. Pero éstas sí podían.

El sonido del tambor se interrumpió.

En el silencio, se oía de cuando en cuando el crepitar de la energía en la chaqueta colgada.

Sábado dio un paso adelante. En sus manos brillaron chispas cuando cogió la chaqueta y se la puso.

Su cuerpo se estremeció.

Erzulie Gogol dejó escapar una bocanada de aire.

-Estás aquí -dijo-. Sigues siendo tú. Eres tú mismo.

Sábado alzó las manos, con los puños apretados. De cuando en cuando un brazo o una pierna del zombi sufrían sacudidas, como si la energía contenida en su interior buscara una vía de escape. Pero la señora Gogol sabía que era él quien la controlaba.

-Pronto te resultará más fácil -lo tranquilizó con voz amable.

Sábado asintió.

La señora Gogol pensó que, con la energía que fluía por su interior, ahora tenía el mismo fuego que cuando estaba vivo. Ella sabía que no había sido un hombre particularmente bueno. Genua nunca fue un modelo de virtud cívica. Pero, al menos, jamás dijo a los ciudadanos que querían que los oprimiera, ni que todo lo hacía por su propio bien.

En torno al círculo, los habitantes de Nueva Genua -la antigua Nueva Genua- se arrodillaron o hicieron reverencias.

Él no había sido un gobernante magnánimo. Pero estaba bien en su lugar. Y cuando se había mostrado arbitrario, o arrogante, o cuando se había equivocado, nunca intentó dar a entender que existía alguna justificación para aquello, aparte del hecho de que era más importante, más fuerte y a menudo más cruel que los demás. Nunca trató de decir que se debía a que él era mejor. Y nunca intentó obligar a su pueblo a que fuera feliz, ni les impuso ningún tipo de felicidad. El pueblo invisible sabía que la felicidad no es el estado natural del ser humano, y que nunca se puede adquirir desde el exterior.

Sábado asintió de nuevo, esta vez satisfecho. Cuando abrió la boca, entre sus dientes había chispas. Y cuando vadeó el pantano, los caimanes se peleaban por apartarse de su camino.

Las cocinas del palacio estaban ahora en silencio. Las enormes bandejas de los asados, las cabezas de cerdos con manzanas dentro, las tartas de múltiples pisos, habían sido transportadas al piso superior hacía ya largo rato. Se oía un tintineo en los enormes fregaderos, al fondo de la habitación, donde algunas de las doncellas empezaban a lavar los platos.

La señora Pleasant, la cocinera, se había preparado un plato de mantarraya con salsa de cangrejos de río. No era la mejor cocinera de Genua (nadie podía ni empezar a compararse con el gumbo de la señora Gogol, la gente casi volvería de entre los muertos para probar el gumbo de la señora Gogol), pero la comparación era tan sutil como, por ejemplo, la diferencia entre diamantes y zafiros. Había hecho lo posible por cocinar un buen banquete, ya que tenía su orgullo profesional, pero no creía que se pudiera hacer gran cosa con unos simples trozos de carne.

La cocina típica de Genua, como la mejor cocina en cualquier lugar del multiverso, había evolucionado gracias a gente que se veía obligada a usar a la desesperada los ingredientes que sus amos no querían. A nadie se le habría ocurrido probar un nido de golondrina a menos que fuera imprescindible. Sólo el hambre más

espantosa pudo hacer que alguien hincara el diente a su primer caimán. Nadie querría comer aleta de tiburón si tuviera otro trozo del tiburón para elegir.

Se sirvió un vaso de ron, y estaba a punto de coger la cuchara cuando presintió que alguien la observaba.

Era un hombre corpulento, con un traje de cuero negro, que la miraba desde el quicio de la puerta. Llevaba una máscara de gato en la mano.

La suya era una mirada muy directa. La señora Pleasant se descubrió a sí misma deseando haberse arreglado un poco el pelo, y llevar un vestido mejor.

-¿Sí? -preguntó-. ¿Qué desea?

-Quierrro cooomida, sssseñora Pleasssant -dijo Greebo.

La señora Pleasant se lo quedó mirando. últimamente había unos tipos muy raros por Genua. Éste en concreto debía de ser uno de los invitados para el baile, pero algo en él le resultaba muy..., muy familiar.

Greebo no era un gato feliz. La gente se había puesto de muy mal humor, total porque se había llevado un pavo asado de la mesa. Luego, la hembra delgada aquella no había dejado de sonreírle estúpidamente, diciéndole que lo vería más tarde en el jardín de rosas, y así no era cómo hacían las cosas los gatos, así que se había quedado todo confuso. Porque ni su cuerpo ni el de la mujer eran tampoco los cuerpos adecuados. Además, había muchos otros machos alrededor, demasiados.

Entonces, le había llegado el olor de la cocina. Los gatos gravitan hacia las cocinas igual que las rocas gravitan hacia la gravedad.

-¿No nos hemos visto en alguna parte? -inquirió la señora Pleasant.

Greebo no dijo nada. Había seguido a su nariz hasta un cuenco, sobre una de las mesas grandes.

-Quierrro -ronroneó.

-¿Cabezas de pescado? -se extrañó la cocinera.

En realidad, se suponía que eran basura, aunque ella tenía planes que incluían arroz y unas cuantas salsas especiales, y que las convertirían en uno de esos platos por los que los reyes van a la guerra.

-Quierrro -repitió Greebo.

La señora Pleasant se encogió de hombros.

-Si quiere usted cabezas crudas de pescado, puede cogerlas, joven -dijo.

Greebo cogió el cuenco, inseguro. Tampoco se le daba bien usar los dedos. Miró a su alrededor y, después, se metió bajo la mesa.

Desde la altura del suelo le llegaron a la señora Pleasant los sonidos de los mordiscos, y de unas uñas rascando el plato.

Greebo asomó un instante.

-¿Leeecheee? -sugirió.

La cocinera, fascinada, cogió la jarra de leche y una taza...

-Plllatooo -pidió Greebo.

... y un plato.

La señora Pleasant se lo quedó mirando.

Greebo se bebió hasta la última gota de leche, y lamió los restos que le quedaron en los bigotes. Ahora se encontraba mucho mejor. Y allí ardía un buen fuego. Caminó hacia él como si andara sobre almohadas, se sentó, se escupió en la zarpa e intentó lavarse las orejas, cosa que no logró, porque, inexplicablemente, ni las orejas ni la zarpa tenían la forma acostumbrada. Así que se acurrucó lo mejor que pudo. Que no fue muy bien, ya que por lo visto también le pasaba algo en la columna vertebral.

Tras unos instantes, la señora Pleasant oyó un ruido grave, asmático.

Greebo estaba intentando ronronear.

Y, con aquella garganta, no había manera.

De un momento a otro iba a despertarse de muy mal humor, y querría pelearse contra lo que fuera.

La señora Pleasant siguió cenando. Pese al hecho de que un joven corpulento acababa de comerse un cuenco de cabezas de pescado, antes de beber a lametones un plato de leche, pese a que ese mismo joven estuviera incómodamente tumbado ante el fuego, se dio cuenta de que no sentía el menor miedo. De hecho, tenía que contenerse para no rascarle la barriguita.

Mientras corría por la alfombra roja que llevaba hacia la salida del palacio, hacia la libertad, Magrat se quitó la otra zapatilla. Ahora lo más importante era salir de allí. El "de" era mucho más importante que el "a".

Y entonces, dos figuras salieron de entre las sombras y se enfrentaron a ella. Magrat alzó la zapatilla en un gesto patético cuando se le acercaron en silencio absoluto. Pero, pese a la oscuridad, pudo sentir sus miradas.

La multitud se abrió para dejar paso a Lily Ceravieja, que se deslizaba entre el suave susurrar de las sedas.

Miró a Yaya de arriba abajo, sin la menor expresión de sorpresa.

-Vaya, toda de blanco -dijo con tono seco-. Cielos, debes de ser la buena.

-Pero te he detenido -replicó Yaya, que aún jadeaba por el esfuerzo-. La he roto.

Lily Ceravieja miró más allá de ella. Las hermanas serpiente subían en aquel momento por las escaleras, arrastrando a una inerte Magrat.

-Que los dioses nos libren de la gente tan literal -sonrió Lily-. No sé si lo sabías, pero esas cosas vienen por pares.

Se acercó a Magrat y le arrancó la segunda zapatilla de la mano.

-Lo del reloj ha sido muy interesante -siguió, al tiempo que se volvía de nuevo hacia Yaya-. Sí, lo del reloj me ha impresionado. Pero no sirve de nada. No hay manera de detener este tipo de cosas. Tienen el impulso de la inevitabilidad. No se puede estropear un buen cuento. A estas alturas, ya deberías saberlo.

Tendió la zapatilla al Príncipe, pero sin apartar la vista de Yaya.

-A ella le quedará bien -dijo.

Dos de los cortesanos sostuvieron la pierna de Magrat mientras el príncipe le encajaba la zapatilla a la fuerza.

-Ya está -siguió Lily sin bajar la vista-. Y olvídate de esa tontería del hipnotismo, Esme. Conmigo no te servirá de nada.

-Le encaja -señaló el Príncipe, aunque sin demasiado convencimiento.

-Sí, yo creo que le encajaría cualquier cosa -dijo una voz alegre desde entre la multitud-. Siempre y cuando le pongas antes un par de calcetines de lana.

Lily bajó la vista. Luego, miró la máscara de Magrat. Se la quitó de un tirón.

-¡Aay!

-No es la chica -dijo-. Pero, aun así, no importa, Esme. Porque la zapatilla sí es la zapatilla. Ahora sólo tenemos que encontrar a la joven en cuyo pie...

Se oyó un jaleo entre la gente. Los cortesanos se separaron para dejar paso a Tata Ogg, cubierta de grasa de maquinaria y de telarañas.

-Si es un treinta y cinco de horma estrecha, soy tu hombre -dijo-. Ya verás, en cuanto me quite las botas...

-No me refería a ti, anciana -replicó Lily con frialdad.

-Oh, y tanto que sí -rió Tata-. Es que este cuento ya nos lo sabemos. El Príncipe recorre toda la ciudad con la zapatilla, en busca de una chica a la que le valga. Eso es lo que estás planeando. Así que he venido a ahorrarte tanta molestia, ¿qué te parece?

Un atisbo de inseguridad cruzó por el rostro de Lily.

-Una chica -dijo-, en edad de casarse.

-No hay problema -respondió Tata alegremente.

El enano Casavieja dio un codazo orgulloso en las rodillas a un cortesano.

-Es amiga mía, una amiga muy íntima -fanfarroneó.

Lily miró a su hermana.

-Tú estás haciendo esto. No te creas que no me doy cuenta -dijo.

-Yo no hago nada -replicó Yaya-. Es la vida real, que sucede solita.

Tata cogió la zapatilla de manos del príncipe y, antes de que nadie pudiera impedirlo, se la colocó en el pie.

Luego, lo lució ante todos.

Le quedaba perfectamente.

-¡Ahí tiene! -dijo-. ¿Qué tal? De la otra manera, habrían perdido todo el día.

-Sobre todo porque debe de haber cientos de personas que calcen un treinta y cinco...

-... de horma estrecha...

-... de horma estrecha en la ciudad -terminó Yaya- A menos, por supuesto, que supieras por qué casa empezar. No sé, por intuición, por suerte...

-Pero eso sería hacer trampas -la regañó Tata.

Dio un codazo al Príncipe.

-Sólo quiero añadir -dijo-, que no me importa encargarme de todo eso de saludar al pueblo, e inaugurar cosas, y todas esas tonterías regias, pero no tengo la menor intención de compartir la cama con este baboso.

-Sobre todo porque él no duerme en una cama -asintió Yaya.

-No, duerme en un estanque -corroboró Tata-. Le hemos echado un vistazo. Un estanque cubierto, muy grande.

-Porque es una rana -siguió Yaya.

-Y tiene moscas por toda la habitación, por si se despierta de noche y le apetece comer algo -terminó Tata.

-¡Justo lo que pensaba! -exclamó Magrat al tiempo que se libraba de los guardias-. Tiene las manos húmedas y frías.

-Hay muchos hombres que tienen las manos húmedas y frías -replicó Tata-. Pero, en el caso de éste, se debe a que es una rana.

-¡Soy un príncipe de sangre real! -gritó el Príncipe.

-Y una rana -insistió Yaya.

-A mí no me importa --dijo Casavieja desde abajo-. Me gustan las relaciones abiertas. Si quieres salir con una rana, estás en tu derecho...

Lily contempló la multitud que los rodeaba. Entonces, chasqueó los dedos.

Yaya Ceravieja se dio cuenta de que, de repente, se había hecho el silencio.

Tata Ogg miró a la gente que tenía a ambos lados. Movió una mano ante el rostro de un guardia.

-Vayaaa -dijo.

-No podrás aguantar eso mucho tiempo -señaló Yaya-. No puedes inmovilizar demasiado rato a un millar de personas.

Lily se encogió de hombros.

-No tienen importancia. ¿Quién recordará a la gente que estaba en el baile? Sólo recordarán la huida, y la zapatilla, y el final feliz.

-Ya te lo he dicho. No puedes empezar de nuevo. Y ese tipo es una rana. Ni tú puedes mantener su forma todo el día. Por las noches, vuelve a ser lo que era. En su dormitorio hay un estanque. Es una rana -se limitó a señalar Yaya.

-Pero sólo por dentro -replicó Lily.

-Lo de dentro es lo que importa.

-Bueno, lo de fuera también tiene su valor -discrepó Tata.

-Hay muchas personas que, por dentro, son animales. Hay muchos animales que son personas por dentro -dijo Lily-. ¿Qué tiene de malo?

-Es una rana.

-Sobre todo de noche -asintió Tata.

Se le acababa de ocurrir que un marido que fuese hombre toda la noche y rana todo el día sería casi aceptable. Habría que prescindir del salario, pero no te estropearía los muebles. Además, tampoco podía quitarse de la cabeza ciertas especulaciones privadas sobre la longitud de su lengua.

-Y tú mataste al Barón -dijo Magrat.

-¿Crees que era una buena persona? -rió Lily-. Además, no me mostraba el menor respeto. Si no tienes respeto, no tienes nada.

Tata y Magrat se dieron cuenta de que se acababan de volver hacia Yaya.

-Es una rana.

-Lo encontré en el pantano -asintió Lily-. Enseguida me di cuenta de que era bastante inteligente. Yo necesitaba a alguien... sensible a la persuasión. ¿Qué pasa, que las ranas no se merecen una oportunidad? No será peor marido que muchos. Basta un beso de una princesa para sellar el hechizo.

-Hay muchos hombres que son animales -dijo Magrat, que no recordaba de dónde había sacado aquella idea.

-Sí. Pero éste es una rana -insistió Yaya.

-Míralo desde mi punto de vista -replicó Lily-. ¿Ves este país? Todo está cubierto de pantanos y nieblas. Aquí no hay una dirección como debe ser. Pero yo puedo hacer que sea una gran ciudad. No un lugar desperdigado, como Ankh-Morpork, sino un lugar que funcione.

-La chica no quiere casarse con una rana.

-¿Qué importará eso dentro de cien años?

-Ahora importa mucho.

Lily alzó las manos.

-¿Y qué queréis entonces? Vosotras elegís. O yo.... o esa mujer del pantano. La luz o la oscuridad. La niebla o el sol. El caos oscuro o los finales felices.

-Es una rana, y tú mataste al viejo Barón -dijo Yaya.

-Tú habrías hecho lo mismo -replicó Lily.

-No -negó Yaya-. Yo habría pensado lo mismo, pero jamás lo habría hecho.

-En el fondo, ¿qué diferencia hay?

-¿Quieres decir que no lo sabes? -preguntó Tata Ogg.

Lily se echó a reír.

-No tenéis más que miraros a vosotras tres -dijo-. Rebosantes de buenas intenciones que no sirven de nada. La doncella, la madre y la vieja.

-¿A quién estás llamando doncella? -se enfureció Tata Ogg.

-¿A quién estás llamando madre? -se enfureció Magrat.

Yaya Ceravieja se sonrojó un instante, como alguien que acaba de descubrir que sólo queda una pajita y todos los demás han sacado una larga.

-Bueno, bueno, ¿y qué hago ahora con vosotras? -se preguntó Lily-. De verdad, no estoy a favor de matar a nadie a no ser que sea imprescindible, pero tampoco puedo permitir que vayáis por ahí haciendo tonterías...

Se contempló las uñas.

-Así que tendré que encerraros en cualquier lugar, hasta que esto haya seguido su curso. Y luego..., ¿adiviináis lo que haré luego?

«Albergaré la esperanza de que intentéis escapar. Porque, al fin y al cabo, soy la buena.»

Enta caminaba con cautela por el pantano iluminado por la luna, siguiendo la forma pavoneante de Legba. Se daba cuenta de que había movimientos en las aguas, pero no salía nada.... y es que hasta los caimanes conocían bien a Legba.

Una luz anaranjada apareció a lo lejos. Resultó pertenecer a la choza de la señora Gogol, o al bote, o a lo que fuera. En el pantano, la diferencia entre tierra y agua era prácticamente cuestión de gustos.

-¿Hola? ¿Hay alguien?

-Adelante, niña. Siéntate. Descansa un poco.

Enta entró con cautela en la temblorosa balconada. La señora Gogol estaba sentada en su silla, con una muñeca de trapo vestida de blanco en el regazo.

-Magrat dice...

-Ya lo sé todo. Ven con Erzulie.

-¿Quién eres?

-Soy tu... amiga, niña.

Enta se acercó, pero siempre preparada para salir corriendo.

-No serás otra hada madrina, ¿verdad?

-No. Dioses, no. Sólo una amiga. ¿Te ha seguido alguien?

-Creo que no...

-Aunque te hubieran seguido, no tendría importancia, niña. No tendría importancia. De todos modos, quizá sería mejor adentrarnos en el río y lanzar un hechizo. Estaremos mucho más seguras rodeadas de agua.

La choza se estremeció.

-Será mejor que te sientes. Cuando entremos en aguas profundas, te costará mantener el equilibrio.

Enta se arriesgó a echar un vistazo.

La choza de la señora Gogol se movía sobre cuatro grandes patas palmeadas, que en aquellos momentos se elevaban del pantano. Chapotearon por los bajíos y, suavemente, entraron en el río.

Greebo se despertó y se estiró.

¡Los brazos y las piernas también estaban mal!

La señora Pleasant, que lo había estado observando desde su silla, dejó el vaso sobre la mesa.

-¿Qué le apetece ahora, señor Gato? -preguntó.

Greebo caminó suavemente hacia la puerta que daba al mundo exterior, y la arañó.

-Quierrro salirrr, sseñorrra Pleasssant

-No tienes más que girar el pestillo -indicó ella.

Greebo contempló la manija de la puerta como quien intenta reconciliarse con un instrumento de tecnología avanzada. Tuvo que rendirse, y dirigió una mirada suplicante a la mujer.

Ésta le abrió la puerta y se apartó a un lado, mientras Greebo se escabullía fuera. Luego la cerró, echó el pestillo y se apoyó contra ella.

-Brasas debe de estar a salvo con la señora Gogol -dijo Magrat.

-¡Ja! -bufó Yaya.

-A mí me cae bastante bien -dijo Tata Ogg.

-No confío en nadie que beba ron y fume en pipa -replicó Yaya.

-Tata Ogg fuma en pipa y bebe de todo -señaló Magrat.

-Sí, pero eso se debe a que es una vieja repugnante -contestó Yaya sin alzar la vista.

Tata Ogg se quitó la pipa de la boca.

-Es verdad -asintió sin inmutarse-. Si no mantienes la imagen, no eres nada.

Yaya apartó la vista de la cerradura.

-No puedo cambiarla -dijo-. Es octihierro. No puedo abrirla con magia.

-Ha cometido una tontería al encerrarnos -dijo Tata-. Yo nos hubiera hecho matar.

-Eso es porque, en el fondo, eres buena -le respondió Magrat-. Los buenos son inocentes y crean la justicia. Los malos son culpables, y por eso inventan la piedad.

-No, yo sé por qué lo ha hecho -replicó Yaya, lúgubre-. Para que sepamos que hemos perdido.

-Pero también dijo que íbamos a escapar -insistió Magrat-. No lo entiendo. ¡Debe saber que, al final siempre ganan los buenos!

-Sólo en los cuentos -contestóYaya mientras examinaba las bisagras de la puerta-. Y ella cree que controla los cuentos. Los hace girar en torno a su persona. Cree que es la buena.

-La verdad -suspiró Magrat-, a mí tampoco me gustan los pantanos. Si no fuera por lo de la rana y todo lo demás, comprendería a Lily...

-Entonces no eres más que una estúpida hada madrina -le espetó Yaya sin dejar de hurgar en la cerradura-. No se puede ir por la vida construyendo un mundo mejor para la gente. Sólo la gente puede construir un mundo mejor para la gente. De lo contrario, no se trata más que de una jaula. Además, no se puede construir un mundo mejor cortando cabezas y haciendo que chicas inocentes se casen con ranas.

-Pero el progreso... -empezó Magrat.

-A mí no me vengas con eso del progreso. El progreso sólo significa que las cosas malas suceden más deprisa. ¿Tenéis otra horquilla? Ésta no sirve.

Tata, que tenía la habilidad de Greebo de ponerse cómoda al instante en cualquier lugar donde estuviera, se sentó en un rincón de la celda.

-Una vez me contaron un cuento -dijo-. Iba sobre un tipo que estuvo encerrado años y años, y aprendió cosas increíbles sobre el universo y todo eso de otro prisionero que era la mar de listo, y luego se escapó y buscó venganza.

-¿Qué cosas increíbles sabes tú sobre el universo, Gytha Ogg? -preguntó Yaya.

-Que es una birria -replicó Tata alegremente.

-Pues más vale que intentemos escapar ahora lo antes posible.

Tata sacó un trozo de cartulina de su sombrero, encontró también en el interior un trocito de lápiz, lamió la punta y meditó unos instantes. Luego escribió:

<<Querido Jason unt so witer (como dicen aquí, en el extranjero):

Bueno, pues no os lo vais a creer pero vuestra querida Mamá está encerrada en la carcel otra vefz, con lo viejecita que soy, me tendríais que enviar un pastel con una lima, jeje, es una broma. Os he hecho un dibujo de la mazmorra y he puesto una X en donde estamos, que es dentro. Magrat lleva un vestido que es una maravilla, se ha estado portando como una fresca. También os he pintado a Esme toda cabreada porque no puede abrir la cerradura, pero supongo que todo va OK porque al final siempre ganan los buenos y nosotras somos las buenas. Y todo esto es porque una chica no se quiere casar con un Duque que en realidad es una rana, y yo la verdad es que la comprendo, una no quiere empezar a tener descendientes con jenes que quieran vivir en una jarra y luego vayan saltando por ahí y a lo mejor los pisas...>>

La interrumpió el sonido de una mandolina, que alguien tocaba bastante bien al otro lado del muro. Una voz tenue, pero decidida, atacó una canción.

... si consuenti d'amoure, ventre dimo roendreturoooo...

-«Cómo consiento el amor de tu vientre, dime roedor ... » -tradujo Tata sin alzar la vista.

... della della t'ozentro, autri t'dre vontarieeee...

-«La tienda, la tienda, tengo algo dentro, el cielo es rosa.»

Yaya y Magrat se miraron.

... guarunto del tari, bella pore di larientos...

-«Barrunto que estás del tarro, y tienes un enorme ... »

-No me creo ni una palabra -se apresuró a interrumpirla Yaya-. Te lo estás inventando todo.

-He traducido palabra por palabra -replicó Tata-. Hablo el extranjero como una nativa, para que te enteres.

-¿Señora Ogg? ¿Es usted, amada mía?

Todas se volvieron hacia los barrotes de la ventana. Un pequeño rostro se acababa de asomar.

-¿Casavieja? -se sorprendió Tata.

-En persona, señora Ogg.

-Amada mía -refunfuñó Yaya.

-¿Cómo se ha subido hasta la ventana? -preguntó Tata, haciendo caso omiso de su compañera.

-Yo siempre sé dónde encontrar una buena escalera, señora Ogg.

-Supongo que no sabrá dónde encontrar unas buenas llaves...

-No servirían de nada. Hay demasiados guardias ante su puerta, señora Ogg. Hasta para un famoso espadachín como yo. Lady Lilith ha dado órdenes muy estrictas. Nadie debe escucharlas, ni siquiera mirarlas.

-¿Cómo es que está usted en la guardia de palacio, Casavieja?

-Un soldado de fortuna acepta los trabajos que se le ofrecen, señora Ogg -respondió con prontitud el enano.

-Pero el resto de los guardias miden metro ochenta, y usted es.... usted es de un estilo más menudo.

-Mentí sobre mi estatura, señora Ogg. Tengo fama como mentiroso.

-¿Es verdad eso?

-No.

-¿Y lo de que es el amante más grande del mundo?

Se hizo el silencio unos instantes.

-Bueno, de acuerdo, puede que sea el número dos -suspiró Casavieja-. Pero hago lo que puedo.

-¿No puede ir a buscarnos una lima, o algo por el estilo, señor Casavieja? -preguntó Magrat.

-Veré qué puedo hacer, señorita.

El rostro desapareció.

-También podríamos hacer que viniera alguien a visitarnos, y luego fugarnos con su ropa -sugirió Tata Ogg.

-Mira lo que has hecho, me he clavado la horquilla en el dedo -refunfuñó Yaya Ceravieja.

-O también podríamos hacer que Magrat sedujera a uno de los guardias -insistió Tata.

-¿Por qué no lo seduces tú? -replicó la joven con el tono más antipático que pudo conseguir.

-De acuerdo, trato hecho.

Callaos las dos de una vez -rugió Yaya-. Estoy tratando de pensar...

Se oyó otro ruido junto a la ventana.

Era Legba.

El gallo negro miró entre los barrotes un instante, y luego se alejó revoloteando.

-Ese bicho me pone los pelos de punta -dijo Tata-. No puedo mirarlo sin que me vengan a la cabeza ideas sobre salvia, cebollas y puré de patatas.

Su rostro arrugado se arrugó aún más.

-¡Greebo! -exclamó-. ¿Dónde lo hemos dejado?

-Oh, no es más que un gato -replicó Yaya Ceravieja-. Los gatos saben cuidarse solos.

-En realidad, es un grandullón blandengue... -empezó a decir Tata justo antes de que alguien derribara la pared.

Apareció un agujero. Una mano gris apartó otra piedra. Les llegó el olor pungente del lodo del río.

La roca se hizo arena entre los fuertes dedos.

-¿Señoras? -inquirió una voz retumbante.

-Vaya, señor Sábado -exclamó Tata-. Vivito y coleando.... bueno, más o menos, ya me entiende.

Sábado gruñó algo y se alejó a zancadas.

Se oyeron unos golpes contra la puerta, y alguien empezó a trastear con las llaves.

-No hace falta que nos quedemos aquí más tiempo -dijo Yaya-. Vamos.

Se ayudaron unas a otras a salir por el agujero.

Sábado estaba ya al otro lado del pequeño patio, y se dirigía hacia los sonidos del baile.

Y alguien lo seguía, como la cola de un cometa.

-¿Qué es eso?

-Es cosa de la señora Gogol -replicó Yaya Ceravieja con voz sombría.

Detrás de Sábado, ensanchándose a medida que serpenteaba por los terrenos del palacio, en dirección a la puerta, había en el aire un reguero de oscuridad cada vez más profunda. A primera vista, parecía que contenía formas, pero una inspección más detallada indicaba que no eran formas en absoluto, sino una simple sugerencia de formas que nacían y desaparecían. Entre los jirones de oscuridad, brillaban de cuando en cuando unos ojos. Se oía el chirriar de los grillos y el zumbar de los mosquitos, les llegaba el olor del musgo y el hedor del lodo del río.

-Es el pantano -dijo Magrat.

-Es el concepto del pantano -la corrigió Yaya-. Es lo que hay que tener para que haya un pantano.

-Oh, cielos -suspiró Tata. Se encogió de hombros- Bueno, Enta ha escapado, nosotras también, así que ahora viene cuando nos marchamos, ¿verdad? Es lo que toca.

Ninguna de las tres se movió.

-Esa gente de ahí dentro no es la mejor del mundo -dijo Magrat tras unos momentos-. Pero no se merecen que les caigan encima los caimanes.

-Quedaos donde estáis, brujas -dijo una voz tras ellas.

Media docena de guardias acababan de salir por el agujero de la pared.

-Desde luego, la vida de la ciudad es muy movidita -señaló Tata al tiempo que se quitaba otra horquilla del sombrero.

-Llevan ballestas -les advirtió Magrat-. No se puede hacer gran cosa contra las ballestas. Las armas con proyectiles vienen en la Lección Siete, y todavía no he llegado.

-No podrán apretar los gatillos si creen que tienen aletas en vez de dedos -amenazó Yaya.

-Vamos, vamos -dijo Tata-. No empecemos con eso, ¿eh? Todo el mundo sabe que los buenos ganan, sobre todo cuando son menos que sus enemigos.

Los guardias se acercaron.

En aquel momento, una forma alta, negra, saltó sin ruido desde el muro situado tras ellos.

-Ahí está -sonrió Tata-. Ya os dije que no iría muy lejos sin su mamaíta, ¿a que sí?

Uno o dos de los guardias se dieron cuenta de que la anciana miraba con orgullo hacia un punto situado tras ellos, y se volvieron.

Por lo que a ellos respectaba, lo que tenían enfrente era un hombre alto, de hombros anchos, con una melena negra, un parche en el ojo y una sonrisa muy amplia.

Estaba allí, de pie, con los brazos cruzados en gesto desdeñoso.

Aguardó hasta que contó con toda la atención de los guardias. Después Greebo separó los labios muy despacio.

Muchos de los hombres dieron un paso hacia atrás.

-¿Por qué nos preocupamos? -dijo uno de ellos-. No es como si tuviera arm...

Greebo alzó una mano.

Las garras no hacen ruido cuando salen a la luz, pero deberían hacerlo. Deberían hacer un ruido como «snikt».

La sonrisa de Greebo se hizo aún más amplia.

¡Ah! Al menos eso aún funcionaba...

Uno de los hombres fue lo suficientemente inteligente como para alzar la ballesta, pero lo suficientemente estúpido como para hacerlo cuando tenía detrás a Tata Ogg, armada con una horquilla de sombrero. La mano de la mujer se movió tan deprisa que cualquier joven buscador de la verdad vestido con una túnica naranja habría iniciado en aquel momento el Camino de la Señora Ogg. El guardia gritó y dejó caer el arma.

-Grrrrlll...

Greebo saltó.

Los gatos son como las brujas. No luchan para matar, sino para ganar. Existe una diferencia. Es inútil matar a un adversario. Así no saben que han perdido, y para ser un

auténtico vencedor necesitas tener un adversario derrotado, y que lo sepa. No existe el triunfo sobre un cadáver. Pero un oponente vencido, que se sepa vencido durante el resto de su triste vida, es un auténtico tesoro.

Evidentemente, los gatos no lo racionalizan tanto. Lo que pasa es que les gusta ver cómo el otro se aleja cojeando, sin el rabo y sin unos cuantos centímetros cuadrados de pelo.

La técnica de Greebo era poco científica, y no habría podido hacer nada contra cualquier espadachín medio bueno. Pero tenía a su favor el hecho de que es casi imposible manejar la espada medio bien cuando ves que se te viene encima una picadora de carne y que te está mordiendo la oreja.

Las brujas observaron con interés.

-Creo que podemos dejarlo solo -sugirió Tata-. Me parece que se lo está pasando bien.

Corrieron hacia la sala de baile.

La orquesta estaba en medio de una complicada pieza cuando dio la casualidad de que al primer violinista se le ocurrió mirar hacia la puerta. Se le cayó el arco. El violonchelista se volvió para ver qué había causado aquello, siguió la mirada fija de su colega y en un momento de confusión trató de tocar su instrumento hacia atrás.

Tras una sucesión de chirridos y notas desafinadas, la orquesta dejó de tocar. Los bailarines siguieron moviéndose unos instantes por el mero impulso, y luego también se detuvieron, confusos. Después, uno a uno, también ellos alzaron la vista.

Sábado había llegado a la cima de la escalera.

En el silencio, se empezó a oír el sonido de los tambores que hacían que la música anterior pareciera tan insignificante como el criar de los grillos. Ésta era la auténtica música de la sangre. Todo el resto de la música que se ha escrito alguna vez es un simple y patético intento de acompañamiento.

La música se derramó por la habitación, y con ella llegaron el calor y la humedad, el olor vegetal del pantano. Había una sugerencia de caimanes en el aire. No una presencia, sino una promesa.

Los tambores tocaron más fuerte. Eran ritmos complejos, se sentían más que se oían.

Sábado se quitó una mota de polvo del hombro de su antigua chaqueta y extendió un brazo.

El sombrero de copa apareció en su mano.

Extendió el otro brazo.

El bastón negro con empuñadura de plata apareció en el aire. Lo agarró con gesto triunfal.

Se puso el sombrero. Hizo girar el bastón.

Los tambores retumbaron. Pero..., pero quizá ya no fueran tambores, quizá fuera un ritmo que sonaba en el mismo suelo, o en las paredes, o en el aire. Era rápido, y caliente, y la gente que había en la sala se encontró con que sus pies se iban tras él, porque el sonido de aquellos tambores parecía llegar a los dedos de los pies a través del cerebelo, sin siquiera pasar por las orejas.

Los pies de Sábado también se movían. Marcaban su propio staccato sobre el suelo de mármol.

Bajó la escalera bailando.

Giró. Saltó. La cola de su frac azotó el aire. Y cuando aterrizó tras salvar el último peldaño, sus pies golpearon contra el suelo como el gong de la condenación.

Sólo entonces se movió la gente.

-¡No puede ser él! -croó el Príncipe-. ¡Está muerto! ¡Guardias! ¡Matadlo!

Sábado miró a su alrededor con ojos enloquecidos. Los clavó en los guardias situados junto a la escalera.

El capitán se puso pálido.

-Esto..., ¿otra vez? Es decir, me parece que no... -empezó.

-¡Ahora mismo!

El capitán alzó nervioso la ballesta. El punto de mira describía ochos ante sus ojos.

-¡He dicho que lo mates!

La flecha salió disparada.

Alcanzó su objetivo.

Sábado bajó la vista para contemplar las flechas enterradas en su pecho. Luego, sonrió y alzó el bastón.

El capitán lo miró con el pavor de la muerte segura dibujado en el rostro. Dejó caer la ballesta y se volvió para echar a correr. Hasta consiguió dar un par de pasos antes de desplomarse hacia adelante.

-No -dijo una voz detrás del Príncipe-. A un hombre muerto se lo mata así.

Lily Ceravieja dio un paso al frente, con el rostro lívido de ira.

-Éste ya no es tu lugar -siseó-. No eres parte del cuento.

Alzó una mano.

Tras ella, las imágenes fantasmales se definieron repentinamente en su persona, de manera que se hizo más iridiscente. Una llamarada plateada recorrió la habitación.

El Barón Sábado extendió el bastón hacia adelante. La magia lo golpeó, lo recorrió y fue a enterrarse en el suelo, dejando pequeños regueros plateados que chisporrotearon unos instantes antes de desaparecer.

-No, señora -dijo-. No hay manera de matar a un hombre muerto.

Las tres brujas observaban desde la puerta.

-Hasta yo he notado eso -susurró Tata-. ¡A él debería haberlo hecho pedacitos!

-¿Qué se debería haber hecho pedacitos? -replicó Yaya-. ¿El pantano? ¿El río? ¿El mundo? ¡Es todo eso! ¡Oh, qué mujer tan inteligente es la señora Gogol!

-¿Qué? -se sorprendió Magrat-. ¿Cómo que es todo eso?

Lily retrocedió. Alzó la mano de nuevo y envió otra bola de fuego en dirección al Barón. Le dio en el sombrero, y estalló como si fueran fuegos artificiales.

-¡Qué idiota! -murmuró Yaya-. ¡Ya ha visto que no funciona, pero lo sigue intentando!

-Creía que no estabas de su parte -señaló Magrat.

-¡Y no lo estoy! Pero no me gusta ver a nadie haciendo idioteces. Todo eso no sirve de nada, Magrat Ajostiernos, hasta tú puedes..., oh, no, otra vez no...

El Barón se echó a reír cuando el tercer intento fracasó sin causarle el menor daño. Después, alzó su bastón. Dos cortesanos se tambalearon hacia adelante.

Lily Ceravieja, que no había dejado de retroceder, llegó al pie de la escalinata principal.

El Barón avanzó hacia ella.

-¿Quiere intentar alguna otra cosa, señora? -preguntó.

Lily alzó las dos manos.

Las tres brujas lo sintieron, era casi palpable la terrible succión cuando Lily intentó concentrar toda la energía disponible en los alrededores.

Fuera, el único guardia que quedaba en pie se encontró con que, de repente, ya no peleaba contra un hombre sino contra un gatazo rabioso, aunque esto no le sirvió de mucho consuelo. Sólo significaba que, ahora, Greebo tenía dos garras más.

El Príncipe gritó.

Fue un grito largo, descendente, que terminó con un croar a la altura del suelo.

Los tambores cesaron de repente.

-Gracias, señoras -dijo una voz detrás de las brujas ¿Les importa echarse a un lado, por favor?

Miraron a su espalda. Allí estaba la señora Gogol, que llevaba a Brasas de la mano. De su hombro colgaba una bolsa grande, decorada con alegres bordados.

Las tres contemplaron a la mujer vudú, que guiaba a la chica hacia la sala de baile entre la multitud silenciosa.

-Eso tampoco está bien -dijo Yaya entre dientes.

-¿El qué? -preguntó Magrat-. ¿El qué?

El Barón Sábado dio un golpe en el suelo con el bastón.

-Me conocéis -dijo-. Todos me conocéis. Sabéis que me asesinaron. Y ahora estoy aquí. Me asesinaron, ¿Y qué hicisteis vosotros...?

-¿Qué hizo usted, señora Gogol? -susurró Yaya-. No, esto no lo vamos a tolerar.

-Calla, que no oigo lo que dice -le indicó Tata.

-Les está diciendo que ahora pueden tenerlo a él gobernando de nuevo. O a Brasas -dijo Magrat.

-Tendrán a la señora Gogol -murmuró Yaya-. Será una de esas inminencias grasas.

-Bueno, tampoco está tan mal -replicó Tata.

-No está tan mal en el pantano -la corrigió Yaya- No está tan mal mientras haya alguien que sirva de contrapeso a su poder. Pero si la señora Gogol empieza a decir a toda una ciudad lo que deben hacer... No, eso no está bien. La magia es muy importante, demasiado como para que la usen para gobernar a la gente. Además, Lily sólo mataba a la gente. La señora Gogol haría lo mismo y luego, encima, los usaría para cortar leña y limpiar las casas. En mi opinión, después de trabajar toda una vida, te mereces un poco de descanso cuando estás muerto.

-Sí, algo como relajarte y disfrutar -asintió Tata.

Yaya se contempló el vestido blanco.

-Me gustaría llevar mi ropa de bruja -dijo-. El negro es el único color apropiado para una bruja.

Bajó por la escalera, y luego se llevó las manos a la boca para formar bocina.

-¡Eeeh! ¡Señora Gogol!

El Barón Sábado dejó de hablar. La señora Gogol hizo un gesto de asentimiento a Yaya.

-¿Sí, señorita Ceravieja?

-Señora -la corrigió Yaya.

Luego, suavizó de nuevo su tono.

-Esto no está bien, y usted lo sabe. Enta es la que debe gobernar. Usted ha utilizado la magia para hacerla llegar hasta aquí, y también eso está bien. Pero ahí se acabó. Ahora, lo que suceda a continuación depende de ella. No se pueden arreglar las cosas con la magia. Lo único que se puede hacer es impedir que vayan mal.

La señora Gogol se irguió en toda su impresionante estatura.

-¿Quién es usted para decir qué puedo y qué no puedo hacer aquí?

-Somos sus hadas madrinas -dijo Yaya.

-Exacto -corroboró Tata Ogg.

-Hasta tenemos la varita y todo -asintió Magrat.

-Pero si usted detesta a las hadas madrinas, señora Ceravieja -señaló la señora Gogol.

-Nosotras somos de las otras -replicó Yaya- Somos de las que dan a las personas lo que saben que necesitan, no lo que creen que deberían querer.

Entre la fascinada multitud, muchos labios se movieron intentando aclarar aquello.

-En ese caso, ya han cumplido con su trabajo -replicó la señora Gogol, que pensaba más deprisa que la mayoría- Y lo han hecho muy bien.

-No me está escuchando -insistió Yaya-. No es cuestión de hadamadrinaje. Puede que Enta sea buena gobernante, puede que sea mala. Pero tendrá que descubrirlo por ella misma. Sin que nadie se entrometa.

-¿Qué pasará si me niego?

-En ese caso, supongo que tendremos que seguir haciendo de hadas madrinas -respondió Yaya.

-¿Tiene idea de cuánto tiempo he trabajado para ganar? -inquirió la señora Gogol con altanería-. ¿Tiene idea de lo que he perdido?

-Ahora ya ha ganado y se acabó el asunto -replicó Yaya.

-¿Me está desafiando usted, señora Ceravieja?

Yaya titubeó. Luego, irguió los hombros. Apartó los brazos de los costados, de manera casi imperceptible. Tata y Magrat retrocedieron un poquito.

-Si es eso lo que quiere...

-¿Mi vudú contra su... cabezología?

-Como guste.

-¿Y qué hay en juego?

-Se acabó la magia en los asuntos de Genua -contestó Yaya-. Se acabaron los cuentos. Se acabaron las hadas madrinas. Sólo habrá personas que decidirán por sí mismas. Para bien o para mal. Acertando o equivocándose.

-Muy bien.

-Y yo me encargaré de Lily Ceravieja.

El sonido que hizo la señora Gogol al tomar aliento se oyó en toda la sala.

-¡Jamás!

-¿Mmm? -dijo Yaya-. Cree que va a perder, ¿no es así?

-No quiero hacerle daño, señora Ceravieja -replicó la señora Gogol.

-Perfecto -asintió Yaya-. Yo tampoco quiero hacerle daño a usted.

-No quiero que haya ninguna pelea -dijo Enta.

Todos la miraron.

-Ella es la que manda ahora, ¿verdad? -señaló Yaya-. Deberíamos hacer lo que dice.

-Me mantendré al margen de la ciudad -dijo la señora Gogol, haciendo caso omiso-. Pero Lilith me pertenece.

-No.

La señora Gogol metió la mano en la bolsa, y sacó la muñeca de trapo.

-¿Ve esto?

-Sí -asintió Yaya.

-Iba a ser ella. No me obligue a que sea usted.

-Lo siento, señora Gogol -replicó Yaya por firmeza-, pero mi deber está muy claro.

-Es usted una mujer inteligente, señora Ceravieja. Pero se encuentra muy lejos de su casa.

Yaya se encogió de hombros. La señora Gogol sujetó la muñeca por la cintura. Tenía los ojos de color azul zafiro.

-¿Conoce la magia de los espejos? Pues éste es mi tipo de espejo, señora Ceravieja. Puedo hacer que sea usted. Y luego puedo hacerla sufrir. No me obligue a eso. Se lo ruego.

-Haga lo que quiera, señora Gogol. Pero yo me encargaré de Lily.

-Yo que tú me andaría con cuidado, Esme -murmuró Tata Ogg-. Esto se le da muy bien.

-Creo que puede ser despiadada -corroboró Magrat.

-Siento el mayor de los respetos hacia la señora Gogol -respondió Yaya-. Es una gran mujer. Pero creo que habla demasiado. Si yo fuera ella, ya habría clavado un par de alfileres grandes en ese trasto.

-Te creo, te creo -asintió Tata-. Menos mal que eres la buena, ¿eh?

-Cierto -dijo Yaya. Alzó la voz de nuevo-. ¡Voy a buscar a mi hermana, señora Gogol! Esto es un asunto familiar.

Se dirigió con paso seguro hacia la escalera.

Magrat sacó la varita.

-Si le hace algo malo a Yaya, se pasará el resto de su vida siendo naranja, redonda y con pepitas por dentro -amenazó.

-No creo que a Esme le hiciera la menor gracia que te entrometieras -replicó Tata-. No te preocupes. Ella no cree en eso de los alfileres y las muñecas.

-No cree en nada. ¡Pero eso no importa! -gimió Magrat-. ¡La señora Gogol sí que cree! ¡Es su poder! ¡Lo que ella crea es lo que importa!

-¿No te parece que Esme también sabe eso?

Yaya Ceravieja llegó al pie de la escalera.

-¡Señora Ceravieja!

Yaya se volvió.

La señora Gogol tenía una larga astilla de madera en la mano. Sacudió la cabeza con gesto desesperado y la clavó en un pie de la muñeca.

Todo el mundo pudo ver que Esme Ceravieja parpadeaba.

Otra astilla penetró en el brazo de trapo.

Muy despacio, Yaya alzó su otra mano y se estremeció al tocarse la manga. Luego, con un ligero cojeo, siguió subiendo por la escalera.

-¡Puedo clavar la próxima en el corazón, señora Ceravieja! -gritó la señora Gogol.

-Estoy segura de que puede. Se le da muy bien. Se le da muy bien -repitió Yaya sin volver la vista.

La señora Gogol clavó otra astilla en una pierna. Yaya se tambaleó y se agarró a la baranda. A un lado ardía una de las grandes antorchas.

-¡La próxima vez! -gritó la señora Gogol-. ¿Entiende? ¡La próxima vez! ¡Puedo hacerlo!

Yaya se dio media vuelta.

Contempló los cientos de rostros que la miraban.

Cuando habló, su voz era tan suave que había que esforzarse para oírla.

-Sé muy bien que puede hacerlo, señora Gogol. Usted lo cree de verdad. Pero, a ver si lo recuerdo bien..., nos estamos jugando a Lily, ¿verdad? Y la ciudad.

-¿Qué importa eso ahora? -replicó la señora Gogol-. ¿No se va a rendir?

Yaya Ceravieja se metió el meñique en la oreja y lo retorció pensativa.

-No -dijo-. Me parece que no voy a rendirme, no. ¿Me está mirando, señora Gogol? ¿Me está mirando con atención?

Sus ojos recorrieron la habitación, y se posaron en Magrat tan sólo una fracción de segundo.

Luego extendió la mano y, lentamente, metió el brazo hasta el codo en el fuego de la antorcha.

Y la muñeca que Erzulie Gogol tenía entre las manos empezó a arder.

Siguió ardiendo, incluso después de que la mujer vudú gritara y la dejara caer al suelo. Siguió ardiendo hasta que Tata Ogg se acercó con una jarra de zumo de frutas que acababa de coger del buffet y, silbando entre dientes, la apagó.

Yaya Ceravieja retiró la mano. Ni siquiera se le había enrojecido.

-Eso es cabezología -dijo-. Es lo único que importa. Todo lo demás son pamplinas. ¡Espero no haberle hecho daño, señora Gogol!

Siguió subiendo por la escalera.

La señora Gogol se quedó mirando las cenizas húmedas. Tata Ogg le dio unas palmaditas amistosas en el hombro.

-¿Cómo lo ha hecho? -se preguntó la señora Gogol.

-No ha sido ella. Ha dejado que lo hiciera usted -dijo Tata-.

Con Esme Ceravieja, hay que andar con cuidado. Me gustaría verla frente a frente algún día con uno de esos cretinos Zen.

-¿Y ella es la buena? -quiso saber el Barón Sábado.

-Sí -asintió Tata-. Hay que ver cómo son las cosas, ¿verdad?

Contempló pensativa la jarra de zumo vacía que tenía en la mano.

-Aquí, lo que hace falta -dijo como quien llega a una conclusión tras largo rato de meditaciones- son unas cuantas bananas, y ron, y todo eso...

Magrat agarró a Tata por el vestido cuando ésta echó a andar con decisión en dirección al dairikiri más cercano.

-Ahora no -la apremió-. ¡Tenemos que ir con Yaya! ¡Puede que nos necesite!

-Ni se me pasaría por la cabeza -replicó Tata-. No me gustaría estar en el pellejo de Lily cuando Esme la coja por su cuenta.

-Pero nunca había visto a Yaya tan alterada -insistió Magrat-. Puede suceder cualquier cosa.

-Por mí, estupendo -asintió Tata.

Hizo un gesto cargado de sentido a un lacayo, que era de los que reaccionaban más deprisa y se puso en marcha rápidamente.

-Es que a lo mejor hace algo... terrible.

-Bien. Es lo que siempre ha deseado. -Tata sonrió al criado-. Otro dairikiri de banana, mahatma gandi chopchop.

-No, no me parece bien -se empecinó Magrat.

-Oh, de acuerdo -suspiró Tata.

Tendió la jarra vacía al Barón Sábado, que la cogió en medio de una especie de neblina hipnótica.

-Bueno, vamos a arreglar las cosas -sonrió Tata-. Adelante con los faroles.

Cuando las brujas se hubieron marchado, la señora Gogol se agachó y recogió los restos húmedos de la muñeca.

Dos o tres personas tosieron.

-¿Eso es todo? -dijo el Barón- ¿Después de doce años?

-El Príncipe ha muerto -anunció la señora Gogol-. Fuera lo que fuese.

-Pero, prometiste que podría vengarme de ella -protestó el Barón.

-Creo que habrá venganza -respondió la señora Gogol. Tiró la muñeca al suelo-. Lilith ha estado combatiéndome durante doce años y nunca se salió con la suya. Esa mujer no tendrá ni que sudar. Así que supongo que habrá venganza.

-¡No tienes por qué mantener tu palabra!

-Sí. Tengo que mantener algo.

La señora Gogol pasó su brazo sobre el hombro de Enta.

-Ahí están, chica -dijo-. Tu palacio, tu ciudad. Nadie te los disputará.

Contempló a los invitados. Uno o dos retrocedieron un paso.

Enta miró a Sábado.

-Tengo la sensación de que debería conocerte -dijo, antes de volverse hacia la señora Gogol-. Y a ti -añadió-. Os he visto a los dos... antes, hace mucho tiempo.

El Barón Sábado abrió la boca para hablar. La señora Gogol alzó la mano.

-Lo prometimos -advirtió-. Sin interferencias.

-¿Ni siquiera nosotros?

-Ni siquiera nosotros. -Se volvió hacia Enta-. Sólo somos gente corriente.

-¿Queréis decir... -aventuró Enta-... que he estado esclavizada en una cocina durante años, y que ahora... se supone que debo gobernar la ciudad? ¿Así de fácil?

-Así están las cosas.

Enta bajó la mirada mientras pensaba intensamente.

-¿Y la gente tendrá que hacer todo lo que yo diga? -añadió con inocencia.

La multitud dejó escapar unas cuantas toses nerviosas.

-Sí -confirmó la señora Gogol.

Enta siguió contemplando el suelo ociosamente, mordiéndose una uña. Después, alzó los ojos.

-Entonces, lo primero que ordeno es que termine el baile. ¡Ahora mismo! Voy a ir al Carnaval. Siempre he querido bailar durante el Carnaval. -Contempló los rostros preocupados, antes de añadir-: Pero no obligo a nadie a que venga conmigo.

Los nobles de Genua tenían la suficiente experiencia como para saber qué significaba que su gobernante dijera que algo «no es obligatorio».

Segundos después, en el salón sólo quedaban tres personas.

-Pero..., pero..., ¡yo quería venganza! -aulló el Barón-. ¡Quería muertes! ¡Quería que nuestra hija ocupase el trono!

DOS DE TRES NO ESTÁ TAN MAL.

La señora Gogol y el Barón se dieron media vuelta. La Muerte dejó su copa y avanzó hacia ellos.

El Barón Sábado se irguió.

-Estoy preparado para ir contigo.

La Muerte se encogió de hombros, dando a entender que a él le daba igual que estuviera preparado o no.

-Pero... me he resistido a ti -añadió el Barón-. ¡Durante doce años!

Rodeó los hombros de Erzulie con el brazo.

-¡Cuando me mataron y me tiraron al río, te robamos una vida!

DEJASTE DE VIVIR, PERO NO MORISTE. NO VINE A POR TI.

-¿Ah, no?

ESTA NOCHE TENÍA UNA CITA CONTIGO.

El Barón pasó su bastón a la señora Gogol. Se quitó el sombrero negro de copa. Se despojó del abrigo.

La energía chisporroteó en los pliegues de la prenda.

-Se acabó el Barón Sábado -suspiró.

QUIZÁ. Es UN SOMBRERO MUY BONITO.

El Barón se volvió hacia Erzulie.

-Creo que tengo que irme.

-Sí.

-¿Qué piensas hacer?

La mujer vudú contempló el sombrero que tenía entre sus manos.

-Creo que volveré al pantano -dijo.

-Podrías quedarte aquí. No me fío de esa bruja extranjera.

-Yo sí, así que volveré al pantano. Algunos cuentos tienen que terminar. Sea lo que sea en lo que termine convirtiéndose. Enta, tendrá que hacerlo sola.

El paseo hasta las espesas aguas sucias del río fue breve.

El Barón se detuvo en la ribera.

-¿Vivirá feliz para siempre? -preguntó.

PARA SIEMPRE NO. PERO QUIZÁ DURANTE MUCHO TIEMPO.

Y aquí termina el cuento.

La bruja mala ha sido derrotada. La princesa harapienta recupera su trono. El reino ha sido restaurado. Han vuelto los días felices. Felices para siempre jamás. Y eso significa que la vida se detiene aquí.

Los cuentos quieren terminar. No les importa lo que pase a continuación...

Tata Ogg, jadeante, recorrió el pasillo.

-Nunca había visto así a Esme -dijo-. Está de un humor muy extraño. Hasta podría ser un peligro para sí misma.

-Es un peligro para todo el mundo -rectificó Magrat-. Es...

Las mujeres serpiente aparecieron en el pasillo frente a ellas.

-Míralo por el lado bueno -dijo Tata, recuperando el aliento-. ¿Qué pueden hacernos?

-No soporto las serpientes -comentó Magrat tranquilamente.

-Tienen esos dientes, claro -dijo Tata, como si dirigiera un seminario-. Bueno, colmillos más bien. Vamos, chica, busquemos otro camino.

-Las detesto.

Tata tiró de Magrat, pero ésta no se movió.

-¡Vamos!

-Las detesto de verdad.

-¡Podrás detestarlas mucho mejor cuando estés muy lejos! -rugió.

Las hermanas estaban casi sobre ellas. No caminaban, se deslizaban. Quizá Lily no se estaba concentrando, porque parecían más serpientes que nunca. Tata creyó percibir escamas bajo su piel. Las mandíbulas parecían francamente extrañas en sus rostros.

-¡Magrat!

Una de las hermanas las alcanzó. Magrat se estremeció.

La serpiente abrió la boca.

Entonces, Magrat la miró fijamente y, casi como en sueños, le dio tal puñetazo que la hizo retroceder varios metros por el pasillo.

No fue un puñetazo producto de ningún Camino o Sendero. Ni siquiera lo había visto en ningún diagrama, ni practicado frente a un espejo con una cinta alrededor de la cabeza. Fue un puñetazo fruto del más puro y aterrorizado instinto de supervivencia.

-¡Utiliza la varita! -gritó Tata- ¡Déjate de ninjadas y utiliza la varita! ¡Sirve para eso!

La otra serpiente se volvió instintivamente para seguir el movimiento, lo cual demuestra que el instinto no siempre es la clave de la supervivencia, porque Magrat le golpeó la nuca. Con la varita. La serpiente se dobló sobre sí misma, perdiendo su forma mientras caía.

El problema con las brujas es que nunca huyen de las cosas que detestan con todas sus fuerzas.

Y el problema con los animalitos peludos arrinconados es que, a veces, uno de ellos resulta ser una mangosta.

Yaya Ceravieja siempre se había preguntado qué tenía de especial la luna llena. Sólo era un enorme círculo de luz. Y la luna nueva sólo era oscuridad.

Pero, a mitad de camino entre las dos, cuando la Luna estaba entre ambos mundos de luz y oscuridad, cuando incluso la Luna vivía en el límite.... quizá entonces una bruja podía creer en la Luna.

Ahora, una media luna flotaba sobre la niebla del pantano.

El nido de espejos de Lily reflejaba la fría luz, tal como reflejaba todo lo demás. Las tres escobas estaban apoyadas contra el muro.

Yaya cogió la suya. No vestía del color adecuado, ni llevaba un sombrero: necesitaba algo con lo que sentirse ella misma.

Nada se movió.

-¿Lily? -susurró Yaya.

Su propia imagen la contempló desde los espejos.

-Esto tiene que terminar -dijo Yaya-. Puedes quedarte con mi escoba y yo usaré la de Magrat. Ella puede compartir la de Gytha. Y la señora Gogol no vendrá a por ti, ya lo he arreglado. Y nos vendría bien tener más brujas, allá en casa. Y se acabó el hacer de hada madrina. Basta de matar a la gente para que sus hijas puedan formar parte de un cuento. Sé que lo hiciste. Vuelve a casa. Es una oferta que no puedes rechazar.

El espejo se deslizó hacia atrás sin hacer ruido.

-¿Estás intentando ser buena conmigo? -preguntó Lily.

-No creas, lo mío me cuesta -respondió Yaya en un tono de voz más normal.

El vestido de Lily susurró en la oscuridad cuando dio un paso adelante.

-Así que has derrotado a la mujer del pantano -comentó.

-No.

-Pero has venido tú, en lugar de ella.

-Sí.

Lily tomó la escoba de las manos de Yaya, y la examinó.

-Nunca he usado una de estas cosas -dijo-. ¿Te sientas sobre ella y te lleva, así sin más?

-Bueno, con ésta tienes que correr bastante rápido para que despegue concedió Yaya-. Pero sí, ésa es la idea.

-Mmm. ¿Conoces la simbología de las escobas?

-Tiene algo que ver con eso de las abejas y las flores, las canciones populares y cosas así?

-¡Oh, sí!

-Entonces, no quiero saberla.

-Ya me lo imaginaba -asintió.

Le devolvió la escoba.

-Me quedo -anunció Lily-. Puede que la señora Gogol se haya sacado un nuevo truco del sombrero, pero eso no quiere decir que haya ganado.

-No. Esto ha terminado, ¿entiendes? -replicó Yaya-. Es lo que pasa cuando conviertes el mundo real en un cuento. Nunca debiste hacerlo. No debes convertir el mundo real en un cuento. No debes tratar a la gente como si fueran personajes, como si fueran cosas. Pero, si lo haces, tienes que saber cuándo se ha terminado el cuento.

-¿Vas a ponerte tus botas rojas y bailar toda la noche? -preguntó Lily.

-Sí, algo así.

-¿Mientras todo el mundo vive feliz para siempre?

-Eso no lo sé -admitió Yaya-. Es cosa suya. Lo que sí sé es que no se te permite que lo intentes una vez más. Has perdido.

-Sabes que una Ceravieja nunca pierde -replicó Lily.

-Pues, esta noche, una va a aprender a hacerlo.

-Nosotras estamos al margen de los cuentos. Yo, porque..., porque soy el medio gracias al cual existen; y tú, porque luchas contra ellos. Estamos en medio, somos las únicas libres...

Hubo un sonido tras ellas. Los rostros de Magrat y Tata Ogg aparecieron en lo alto de la escalera.

-¿Necesitas ayuda, Esme? -preguntó Tata con cautela.

Lily se rió.

-Aquí están tus serpientes, Esme. En el fondo eres como yo, ¿sabes? No he tenido una sola idea que tú no hayas tenido también. No he hecho una sola cosa que tú no hayas deseado hacer, pero que nunca tuviste valor para hacerlas. Ésa es la diferencia entre los que son como tú y los que son como yo. Nosotros tenemos el valor de hacer aquello que vosotros querríais hacer.

-¿Ah, sí? -dijo Yaya-. ¿Eso es lo que piensas? ¿Crees que yo querría hacer lo mismo que tú?

Lily movió un dedo. Magrat se separó de la escalera flotando, luchando. Agitó su varita frenéticamente.

-Me encanta -admitió Lily-. Los deseos de la gente. Nunca he deseado nada en mi vida. Siempre he hecho que las cosas sucedan. Es mucho más satisfactorio.

Magrat rechinó los dientes.

-Estoy segura de que no me sentaría bien ser una calabaza, querida -dijo Lily.

Alzó una mano, y Magrat ascendió.

-Te sorprenderías de las cosas que puedo hacer -exclamó Lily, soñadora, mientras la bruja más joven flotaba suavemente sobre las losas-. Debiste haber probado con los espejos, Esme. Hacen maravillas por una chica. Dejé que la mujer del pantano sobreviviera porque su odio es vigorizante. Me gusta ser odiada, ¿sabes? Sí, lo sabes. Es una especie de respeto. Demuestra que tus actos influyen en la gente. Es como darse un baño frío un día caluroso. Cuando la gente estúpida se encuentra indefensa, impotente en su futilidad. Cuando están derrotados y lo único que les queda en el ácido pozo de sus estómagos es hambre... Bueno, para ser sincera, es como una plegaria. Y los cuentos... dominarlos, absorber su poder, su calidez..., esconderse en ellos... ¿Puedes comprenderlo? ¿Puedes comprender el puro placer de ver cómo se repiten las mismas pautas? Siempre me han gustado las pautas. Por cierto, si esa mujer, la tal Ogg, sigue intentando deslizarse detrás de mí, dejaré que su joven amiga flote sobre el patio. Y entonces, Esme, puede que pierda interés en ella.

-Sólo estaba moviéndome -se quejó Tata-. No está prohibido.

-Cambiaste el cuento a tu estilo, y ahora lo cambiaré al mío -anunció Lily-. Todo lo que tienes que hacer es marcharte. Lo que pase aquí no te incumbe. Ésta es una

ciudad muy alejada de tu aldea. No estoy segura de poder superar tus trucos -añadió-, pero estas dos... No tienen lo que hay que tener. Podría hacerlas papilla, supongo que lo sabes. Así que, ¿qué Ceravieja va a saber esta noche lo que es perder?

Yaya permaneció silenciosa un rato, apoyada en su inútil escoba.

-Está bien. Bájala y reconoceré que has vencido.

-Ojalá pudiera creérmelo -sonrió Lily-. Pero, claro, tú eres la buena, ¿no? Tienes que mantener tu palabra.

-Mírame.

Yaya caminó hasta el parapeto y miró hacia abajo. La luna de dos caras todavía brillaba lo suficiente como para iluminar la ondulante niebla que rodeaba el palacio como un mar.

-Magrat, Gytha, lo siento. Has ganado, Lily. No puedo hacer nada.

Y saltó.

Tata Ogg corrió hasta el borde y miró, justo a tiempo de ver una oscura figura que se desvanecía entre la niebla.

Las tres mujeres que quedaban en la torre respiraron profundamente.

-Es un truco para pillarme desprevenida -dijo Lily.

-¡No lo es! -gritó Magrat, cayendo sobre las losas.

-Tenía su escoba -les recordó Lily.

-¡No funcionaba! ¡No la había arrancado! -gritó Tata, acercándose amenazadora a la delgada figura de Lily-. Está bien, vamos a borrar esa presuntuosa expresión de tu cara.

Se detuvo, cuando un dolor agudo y frío recorrió todo su cuerpo.

Lily rió.

-Entonces, ¿es verdad? Sí, puedo verlo en vuestras caras. Esme era lo bastante inteligente como para saber que no podía vencer. No seáis estúpidas. Y no apuntes esa tonta varita contra mí, señorita Ajostiernos. De haber podido, haría tiempo que la vieja Desiderata me hubiera derrotado. La gente no comprende nada.

-Deberíamos bajar -gimió Magrat-. Puede que esté ahí, tirada...

-Eso es, sed buenas -dijo Lily, mientras ambas brujas corrian hacia la escalera-. Es para lo único que servís.

-¡Volveremos! -rugió Tata Ogg- ¡Aunque tengamos que vivir en el pantano con la señora Gogol, y tengamos que comer cabezas de serpiente!

-Por supuesto -admitió Lily, arqueando una ceja-. Eso es lo que he dicho. Una necesita gente como vosotras. Si no, nunca se asegura de estar en forma. Es un modo de saber que se sigue en plenitud de facultades.

Observó como desaparecían escalera abajo.

Una ráfaga de viento sopló sobre la torre. Lily se recogió la falda y avanzó hasta el borde para mirar los jirones de niebla que reptaban sobre los tejados, allá a lo lejos. Escuchó débiles retazos de música del lejano baile de Carnaval que recorría las calles.

Pronto sería medianoche. La medianoche de verdad, no la versión barata de una anciana que intentaba apañar los relojes.

Lily intentó ver algo a través de las sombras del fondo de la torre.

-Caray, Esme -susurró-, qué mal te has tomado lo de perder.

Tata alcanzó a Magrat y la sujetó, mientras descendían por la escalera de caracol.

-Frena un poco -le dijo.

-¡Pero, puede que esté herida ... !

-Y tú también lo estarás si te caes -replicó Tata-. De todas formas, no creo que Esme esté tirada ahí abajo, toda ensangrentada. No es su estilo. Supongo que lo hizo para asegurarse de que Lily nos dejara en paz y no nos hiciera nada. Supongo que pensó que éramos... ¿Cómo era aquello del tipo tsortiano, ese al que sólo se le podía herir si le pegabas en el sitio exacto? Nadie pudo derrotarlo hasta que se descubrió. La rodilla, creo que era. Nosotras éramos su rodilla tsortiana, ¿verdad?

-¡Pero sabemos que hay que correr muy deprisa para que su escoba arranque! -gritó Magrat.

-Sí que lo sabemos, sí -asintió Tata-. Eso mismo pensé yo al principio. Pero lo que estoy pensando ahora es... ¿a qué velocidad vas cuando estás cayendo, así en picado?

-Ni..., ni idea -titubeó Magrat.

-Supongo que Esme pensó que era un buen momento para averiguarlo -replicó Tata-. Eso es lo que supongo.

Una figura apareció en la curva de la escalera, ascendiendo. Se hicieron amablemente a un lado para dejarla pasar.

-Ojalá pudiera recordar qué parte tenías que golpear -meditó Tata-. Ahora voy a estar despierta toda la noche.

EL TALóN.

-¿De verdad? ¡Oh, gracias!

NO HAY DE QUÉ.

La figura siguió ascendiendo.

-Llevaba una buena máscara, ¿verdad? -comentó Magrat.

Tata y ella buscaron confirmación en el rostro de la otra.

Magrat se quedó pálida. Miró hacia lo alto de la escalera.

-Creo que deberíamos volver y...

Tata Ogg era mucho más vieja.

-Creo que deberíamos irnos -sugirió.

Lady Volentia D'Acuerdo se sentó en su jardín de rosas, bajo la gran torre, y se sonó la nariz.

Llevaba media hora esperando y estaba harta.

Había deseado un romántico tête-à-tête. Parecía un hombre muy agradable, lanzado y tímido al mismo tiempo. Pero, en vez de eso, una anciana en una escoba y llevando lo que parecía, por lo poco que pudo verla debido a la velocidad, el vestido de Lady Volentia, había surgido de la niebla gritando y casi chocado con su cabeza. Sus botas habían arrasado las rosas, antes de que la curva del vuelo la hiciera desaparecer de nuevo.

Y un asqueroso gatazo se empeñaba en frotarse contra sus piernas.

Y eso que la noche había empezado tan bien...

-Hola, hermosa dama.

Buscó con la mirada entre los arbustos.

-Me llamo Casavieja -dijo una voz esperanzada.

Lily se volvió al oír el tintinear del cristal en su laberinto de espejos.

Frunció el ceño. Corrió por las baldosas de la sala y abrió la puerta que daba al mundo de los espejos.

No escuchó nada, excepto el susurro de su vestido y el siseo de su propia respiración. Se deslizó entre los espejos.

La miríada de yoes le devolvió la mirada aprobadoramente. Se relajó.

Entonces, su pie tropezó con algo. Bajó la vista y vio en el suelo, negra a la luz de la luna, una escoba en medio de un montón de cristales rotos.

Su mirada horrorizada se alzó para encontrarse con su propio reflejo.

Que le devolvió la mirada, por supuesto.

-¿Dónde está el placer de ganar, si el que pierde no está vivo para saber que ha perdido?

Lilith retrocedió, abriendo y cerrando la boca.

Yaya Ceravieja cruzó el marco vacío. Lily miró hacia abajo, más allá de su hermana vengadora.

-¡Has roto mi espejo!

-¿A esto se reduce todo? -preguntó Yaya-. ¿A jugar a ser reina de una húmeda ciudad? ¿A ser la esclava de los cuentos? ¿Qué clase de poder es ése?

-No lo entiendes.... ¡has roto mi espejo!

-Se dice que no se debe hacer -concedió Yaya-. Pero ¿qué importan siete años más de mala suerte?

Imagen tras imagen se van quebrando a todo lo largo de la enorme curva del mundo espejo, se rompen más deprisa de lo que puede viajar la luz...

-Para estar a salvo, has de romper los dos... Has acabado con el equilibrio...

-¡Ja! ¿Sí? -Yaya avanzó un paso, con sus ojos brillando de amargura como dos zafiros- Voy a darte lo que Mamá nunca te dio, Lily Ceravieja. No con magia, no con cabezología, no con un palo como Papá, sí, que lo usaba a menudo si mal no recuerdo..., sino con piel. Y no porque seas la mala, ni porque trastees con los cuentos. Todos tenemos un camino que recorrer. Sino porque, y quiero que lo entiendas, porque a mí, cuando te fuiste, me tocó el papel de buena. Te quedaste con toda la diversión. Y eso es algo que jamás podrás terminar de pagar, Lily, pero voy a empezar a cobrarte ahora mismo...

... moviéndose como un cometa, la grieta de los espejos llega al extremo más alejado y vuelve, recorriendo incontables mundos...

-Tienes que ayudarme..., las imágenes tienen que estar equilibradas... -susurró Lily débilmente, dirigiéndose hacia el espejo intacto.

-¿Buena? ¿Buena? ¿Por echar de comer gente a los cuentos? ¿Por retorcer las vidas de las personas? ¿Te crees que por eso eres la buena? -dijo Yaya-. ¿Quieres decir que ni siquiera te has divertido? Si yo hubiera sido tan mala como tú, hubiera sido mucho peor, mejor de lo que puedas imaginar.

Movió la mano hacia atrás.

... la grieta de los espejos volvía hacia su punto de origen, llevándose con ella todos los volátiles reflejos...

Sus ojos se abrieron de par en par.

El cristal se hizo pedazos tras Lily Ceravieja.

Y, en el espejo, la imagen de Lily se dio media vuelta, sonriendo beatíficamente. Y salió del marco para tomar a Lily Ceravieja en sus brazos.

-¡Lily!

Todos los espejos explotaron en mil pedazos y sus fragmentos envolvieron la parte superior de la torre. Por un instante, se vio coronada por un parpadeante polvo mágico.

Tata Ogg y Magrat llegaron a la cima como ángeles vengadores nacidos tras un período de escaso control de calidad celestial.

Se detuvieron.

Allí donde había estado el laberinto de espejos, sólo se veían marcos vacíos. Los pedazos de cristal cubrían el suelo. Yaciendo entre ellos, vieron una figura ataviada con un vestido blanco.

Tata empujó a Magrat tras ella y se adelantó con precaución. Tocó a la figura con la punta de su bota.

-Hay que arrojarla desde lo alto de la torre -exclamó Magrat.

-Vale -aceptó Tata-. Hazlo.

Magrat dudó.

-Bueno... Cuando dije que hay que arrojarla, no me refería a que tenga que hacerlo yo personalmente. Es decir, que si hubiera justicia tendría que ser arrojada de...

-Entonces, yo que tú, cerraría el pico -aconsejó Tata, arrodillándose con cuidado sobre los crujientes pedazos-. Además, tenía razón yo. Ésta es Esme. Reconocería su cara en cualquier parte. Quítate las enaguas.

-¿Por qué?

-¡Mírale los brazos, niña!

Magrat los miró. Y se llevó las manos a la boca.

-¿Qué ha estado haciendo?

-Según parece, intentando meter las manos entre los cristales. Ahora, quítatelas y ayúdame a rasgarlas en tiras. Y después, ve a buscar a la señora Gogol por si tiene algún ungüento que nos sea útil. Y dile que, si no lo tiene, será mejor que esté muy lejos de aquí cuando amanezca. -Tata cogió la muñeca de Yaya Ceravieja-. Quizá Lily puede hacernos papilla, pero si hay algo de lo que estoy segura, es de que yo puedo encargarme de la señora Gogol con una mano atada a la espalda.

Tata se quitó su sombrero, claramente indestructible, y rebuscó por el interior de la punta. Sacó un pedacito de terciopelo y lo desenrolló, dejando a la vista un pequeño estuche de agujas y un carrete de hilo.

Chupó un extremo del hilo y enhebró la aguja contra la luz de la luna, guiñando los ojos.

-¡Oh, Esme, Esme! -susurró, mientras empezaba a coser-. ¡Qué mal te has tomado lo de ganar!

Lily Ceravieja recorrió con la mirada el mundo plateado de múltiples capas.

-¿Dónde estoy?

DENTRO DEL ESPEJO.

-¿Estoy muerta?

LA RESPUESTA A ESO -dijo la Muerte- ESTÁ EN ALGúN LUGAR ENTRE EL Sí Y EL NO.

Lily se volvió, y mil milllones de figuras se volvieron a la vez.

-¿Cuándo podré salir de aquí?

CUANDO ENCUENTRES LA QUE ES DE VERDAD.

Lily Ceravieja corrió a través de sus infinitos reflejos.

Un buen cocinero es el primero en entrar cada mañana en la cocina y el último en marcharse cada noche.

La señora Pleasant apagó los fogones. Hizo un rápido inventario de la cubertería de plata y contó los pucheros.

Era consciente de estar siendo observada.

En el portal había un gato. Era enorme y gris, con un ojo amarilloverdoso y otro blanco perlado. Lo que quedaba de sus orejas parecía el reborde de un sello. No obstante, tenía una cierta arrogancia y generaba una sensación de puedo-vencerte-con-una-sola-pata que le parecía extrañamente familiar.

La señora Pleasant lo contempló largo rato. Era una buena amiga de la señora Gogol y sabía que la forma sólo es cuestión de hábito personal muy arraigado, y que si estás en Genua durante el Samedi Nuit Mort aprendes a confiar en tu buen juicio mucho más que en tus sentidos.

-Bueno, espero que te gusten las piernas de pescado -dijo, con apenas un rastro de temblor en su voz-. Quiero decir, cabezas, las cabezas de pescado... ¿Qué te parece?

Greebo se estiró, arqueando el lomo.

-Y hay un poco de leche en la fresquera -añadió la señora Pleasant.

Greebo bostezó, feliz.

Después, se rascó la oreja con la pata trasera. La Humanidad era un buen lugar para ir de visita, pero no valía la pena vivir allí.

Un día después.

-El ungüento curativo de la señora Gogol parece que funciona -dijo Magrat.

Sostenía una jarra medio llena de algo color verde pálido y extrañamente grumoso, con un sutil olor que parecía impregnar el mundo entero.

-Contiene cabezas de serpiente -aclaró Tata Ogg.

-No intentes darme asco -replicó Magrat-. Sé que la Cabeza de Serpiente es una especie de flor. Una orquidácea, creo. Ess increíble todo lo que se puede hacer con las flores, ¿sabes?

Tata Ogg, que había pasado media hora muy instructiva aunque algo repugnante viendo a la señora Gogol preparar la mezcla, no tuvo corazón para contradecirla.

-Exacto, flores -aceptó-. Ya veo que nada te pasa por alto.

Magrat bostezó.

Les habían ofrecido toda clase de comodidades en el palacio, pero no estaban seguras de encontrarse cómodas en ninguna parte. Yaya había sido instalada en la habitación contigua.

-Ve a dormir un poco -dijo Tata-. Iré a relevar a la señora Gogol enseguida.

-Pero, Tata... Gytha...

-¿Mmmm?

-Todo..., todo eso que decía mientras viajábamos... Era tan..., tan frío, ¿verdad? No desear cosas, no usar la magia para ayudar a la gente, no ser capaz de encender un fuego.... ¡y después, va y hace todas esas cosas! ¿Qué se supone que debo deducir de eso?

-Oh, bueno -respondió Tata-. Todo depende de lo general y de lo específico, ¿no?

-¿Qué significa eso? -preguntó Magrat desde su cama.

-Significa que, cuando Esme utiliza palabras como «todos» o «nadie», no se incluye a sí misma.

-Cuando uno lo piensa bien... es terrible, ¿no?

-En eso, hijita, es en lo que consiste ser una bruja. Y ahora, duérmete.

Magrat estaba demasiado cansada como para discutir. Se estiró, y pronto estaba roncando a su manera suave.

Tata se sentó y fumó en su pipa un buen rato, contemplando la pared.

Entonces, se levantó y abrió la puerta.

La señora Gogol la miró desde el taburete situado junto a la cama,

-Váyase y duerma usted también un poco -le dijo Tata-. Me quedaré un rato.

-Algo no va bien -objetó la señora Gogol-. Sus manos están curadas, pero no se despierta.

-Todo está en su mente. Con Esme.

-Podría crear algunos nuevos dioses y lograr que todo el mundo creyera en ellos. ¿Qué le parece?

Tata sacudió la cabeza.

-No creo que a Esme le gustara eso. No le caen bien los dioses. Cree que son un desperdicio de espacio.

-Entonces, podría cocinar un poco de gumbo. La gente viene desde muy lejos para probarlo.

-Quizá valga la pena intentarlo -admitió Tata-. Como siempre digo, todo ayuda. ¿Por qué no va a hacerlo? Déjeme aquí la botella de ron...

Cuando la dama vudú se hubo ido, Tata fumó pensativa un poco más en su pipa y bebió un poco de ron, sin dejar de mirar a la figura que yacía en la cama.

Entonces, se acercó a la oreja de Yaya Ceravieja y susurró:

-No vas a perder, ¿verdad?

Yaya Ceravieja recorrió con la mirada el mundo plateado de múltiples capas.

-¿Dónde estoy?

DENTRO DEL ESPEJO.

-¿Estoy muerta?

LA RESPUESTA A ESO -dijo la Muerte- ESTÁ EN ALGúN LUGAR ENTRE EL Sí Y EL NO.

Esme se volvió, y mil millones de figuras se volvieron a la vez.

-¿Cuándo podré salir de aquí?

CUANDO ENCUENTRES LA QUE ES DE VERDAD.

-¿Es una pregunta con trampa?

No.

Yaya se miró a sí misma.

-Ésta -dijo.

Los cuentos quieren tener finales felices. No les importa un rábano para quién lo sean.

<<Querido Jason ekseterá:

Bueno pues se acabó lo de Genua pero he aprendido medicina zombi de la señora Gogol y me dio la rreceta rezeta me dijo como hacer dairikiris de bananananana y me dio una cosa llamada banjo que te sorpenderá al fin y al cabo no es mala persona, lo reconozco pero más vale tenerla vigilada. Parece que Esme vuelve a estar entre nosotros y no sé porque actua deforma rara y tranquila y no como suele ser normalmente, así que no le quito el ojo de encima por si Lily le ha hecho alguna marranada en el espejo. Pero creo que ya está mejorando porque cuando se despertó le pidió a Magrat que le dejara ver la varita y entonces se dedicó a mover y a dar vueltas a los anillos y luego transformó un palo en un ramo de flores, y Magrat dijo que ella nunca había logrado que la varita hiciera algo así y Esme dijo que no porque se había pasado todo el tiempo deseando cosas en vez de trabajar para que se hagan. Y yo digo que menos mal que Esme nunca tuvo una varita cuando era joven, porque en comparación Lily hubiera sido como un día de campo. Incluyo un dibujo del sementerrio para que veais que aquí meten a la gente en cajas encima de la tierra porque el suelo es tan húmedo que nadie quiere estar muerto y ahogado al mismo tiempo, dicen que viajar ensancha la mente y creo que la mía me va a salir por las orejas de un momento a otro, dentro de nada me la voy a poder anudar bajo mi barbilla. Besos para todos, MAMA.>>

En el pantano, la señora Gogol, la bruja vudú, puso la chaqueta del frac sobre la pértiga, encajó el sombrero en la punta, y colocó el bastón en un extremo del palo cruzado, atándolo con un trozo de liana.

Retrocedió un paso.

Hubo un revuelo de alas. Legba descendió del cielo y aterrizó en el sombrero. Entonces, cacareó. Normalmente sólo cacareaba al anochecer, porque era un pájaro de la magia. Pero, por una vez, estuvo dispuesto a reconocer la llegada del nuevo día.

Se dice que cada año, durante la Samedi Nuit Mort, cuando el Carnaval está en su apogeo, y los tambores resuenan, y el ron casi se ha terminado, un hombre vestido de frac y con un sombrero de copa, con la energía de un demonio, aparece como salido de la nada y dirige el baile.

Al fin y al cabo, incluso los cuentos tienen que empezar por algo.

Hubo un chapoteo y, después, las aguas del río volvieron a cerrarse.

Magrat se alejó.

La varita se depositó sobre el rico barro, donde sólo volvieron a tocarla los pies de los ocasionales cangrejos que no tienen hadas madrinas y no se les permite desear nada.

En el transcurso de los meses se fue hundiendo y, como la mayoría de las cosas, dejó de formar parte de la historia. Que era lo que todo el mundo habría deseado.

Las tres escobas se elevaron sobre Genua, con las nieblas que ondulaban hacia el amanecer.

Los brujas miraron hacia abajo, hacia los verdes pantanos que rodeaban la ciudad. Genua dormitaba. Los días después del Carnaval eran siempre tranquilos, mientras la gente recuperaba el sueño perdido. Esto incluía a Greebo, que iba acurrucado en su lugar habitual entre las cerdas. Dejar a la señora Gogol había sido un verdadero golpe para él.

-Bueno, se acabó la douche vita -dijo Tata filosóficamente.

-No nos hemos despedido de la señora Gogol -apuntó Magrat.

-Me parece que sabe muy bien que nos marchamos -dijo Tata-. Una mujer muy lista esa señora Gogol.

-¿Podemos confiar en que mantendrá su palabra? -preguntó Magrat.

-Sí -respondió Yaya Ceravieja.

-Es muy honrada... a su manera -añadió Tata Ogg.

-Bueno, pues ya está -suspiró Yaya-. También es verdad que le dije que yo podría volver.

Magrat miró la escoba de Yaya. Una enorme caja redonda se hallaba entre el equipaje atado a las cerdas.

-No has llegado a probarte el sombrero que te dio -dijo Magrat.

-Le eché un vistazo. No me cabía.

-Supongo que la señora Gogol no le hubiera dado a nadie un sombrero que no le cupiera -se extrañó Tata-. ¿Le echamos un vistazo?

Yaya bufó y levantó la tapa de la caja. Las bolas de papel de seda cayeron hacia las nieblas de abajo cuando cogió el sombrero.

Magrat y Tata Ogg se lo quedaron mirando.

Por supuesto, las dos estaban familiarizadas con la idea de adornos frutales en un sombrero. La propia Tata Ogg tenía uno negro, de paja, con fresitas de cera, que reservaba para las ocasiones especiales en su inmensa familia. Pero en éste no había sólo fresas. Probablemente, la única fruta que no incluía era el melón.

-Desde luego, es muy..., muy extranjero -apuntó Magrat.

-Venga -la alentó Tata-. Pruébatelo.

Yaya lo hizo con cierta timidez. Su altura pareció incrementarse medio metro, la mayor parte del cual estaba constituido por una piña.

-Muy pintoresco. Muy... moderno -le aseguró Tata-. No todo el mundo puede llevar un sombrero así.

-Los pomelos te quedan muy bien -dijo Magrat.

-Y los limones -añadió Tata Ogg.

-¿Eh? Os estáis riendo de mí, ¿verdad? -inquirió Yaya Ceravieja, desconfiada.

-¿Quieres mirarte? -le ofreció Magrat-. Debo de llevar un espejo...

El silencio cayó como un hacha. Magrat se puso colorada. Tata la miró.

Las dos volvieron la vista hacia Yaya.

-S-sí -dijo ésta tras lo que pareció un lapso de tiempo muy largo-. Creo que debería mirarme a un espejo.

Magrat se obligó a moverse, rebuscó en sus bolsillos y sacó un espejito de mano con marco de madera. Se lo pasó a la anciana bruja.

Yaya Ceravieja contempló su reflejo. Tata Ogg maniobró la escoba disimuladamente para acercarse un poco más a ella.

-Mmm -dijo Yaya tras unos segundos.

-Lo mejor son esas uvas que te cuelgan sobre la oreja -siguió Tata, alentadora-. Te garantizo que es un auténtico sombrero de autoridad.

-Mmm.

-¿No crees? -inquirió Magrat.

-Bueno... -respondió Yaya de mala gana-. No está mal para el extranjero, para cuando no vaya a ver a nadie que me conozca. A nadie importante, quiero decir.

-Y cuando vuelvas a casa, siempre te lo puedes comer -señaló Tata Ogg.

Se relajaron un poco. Ascendieron para salvar una colina, sortearon un peligroso valle.

Magrat bajó la vista hacia las aguas marrones del río, hacia los sospechosos troncos que poblaban las orillas.

-Yo me sigo preguntando... -empezó-. La señora Gogol, ¿era buena o mala? Es decir, con todo eso de los muertos, los caimanes...

Yaya contempló el sol del amanecer, que ascendía entre la niebla. -Es difícil distinguir entre el bien y el mal -dijo-. Nunca estoy segura de dónde está la gente. Quizá no se trate tanto del bando en que estén como de hacia dónde miran... ¿Sabéis una cosa? -añadió-. Me parece que desde aquí alcanzo a ver el borde...

-Qué cosas -dijo Tata-. Se dice que, en algunos sitios del extranjero, tienen elefantes. No os lo vais a creer, pero siempre he deseado ver un elefante. Y hay un lugar en Klatch o no sé dónde, en el que unos hombres trepan por cuerdas y desaparecen arriba.

-¿Para qué? -quiso saber Magrat.

-Ni idea. Seguro que tienen algún astuto motivo extranjero.

-En uno de los libros de Desiderata -dijo Magrat- cuenta algo muy interesante sobre eso de ver elefantes. Dice que, en las llanuras de Sto, cuando alguien empieza diciendo que se va a ver al elefante, significa que sale de viaje porque ya está hasta las narices de seguir en el mismo lugar.

-Lo malo no es estar en el mismo lugar -dijo Tata-. Lo malo es no dejar que viaje tu mente.

-A mí, personalmente, me gustaría ir al Eje -suspiró Magrat-. Para ver los templos antiguos que se describen en el Capítulo Uno de El Camino del Escorpión.

-Y allí te enseñarán todo lo que todavía no sabes, ¿verdad? -replicó Tata Ogg, con brusquedad poco habitual.

Magrat miró a Yaya.

-Probablemente, no -reconoció humildemente.

-Bueno -suspiró Tata-. ¿A ti qué te parece, Esme? ¿Volvemos a casa? ¿O vamos a ver al elefante?

La escoba de Yaya se meció suavemente con la brisa.

-Eres una vieja repugnante, Gytha Ogg -dijo.

-La misma que viste y calza -replicó Tata alegremente.

-Y tú, Magrat Ajostiernos...

-Lo sé -dijo Magrat, aliviada-. Soy una mocosa.

Yaya volvió la vista hacia el Eje, hacia las altas montañas. Allí, en alguna parte, había una vieja casita cuya llave colgaba en el excusado. Probablemente estarían pasando montones de cosas. Lo más seguro era que el reino se encontrara al borde del caos y la ruina, ahora que ella no estaba allí para que la gente hiciera lo que debía. Era su trabajo. Los habitantes de Lancre podían estar haciendo infinitas estupideces mientras ella no vigilaba...

Tata entrechocó alegremente los tacones de las botas rojas.

-Bueno, supongo que no hay nada como el hogar -dijo.

-No -replicó Yaya Ceravieja, todavía pensativa-. Hay montones de lugares que son igual que el hogar. Pero sólo uno de ellos es el lugar donde vives.

-Entonces, ¿volvemos? -preguntó Magrat.

-Sí.

Pero volvieron dando un rodeo. Y vieron al elefante.

NOTAS A PIE DE PÁGINA

---

[1]

Por ejemplo, dar con esa maldita mariposa cuyas alas, al revolotear, provocan todas las tormentas que han estado cayendo últimamente, a ver si la pueden parar de una vez.

[2]

Y por cierto, la gente está muy equivocada en lo que respecta a los mitos urbanos. La lógica y la razón dictan que son creaciones de ficción, narradas una y otra vez por personas hambrientas de pruebas de la existencia de coincidencias extraordinarias, justicia natural y todo eso. Pues no lo son. Suceden una y otra vez, constantemente, en todas partes, a medida que los cuentos rebotan aquí y allá en su viaje por el Universo. En cualquier momento dado, cientos de abuelas muertas son llevadas en las bacas de coches robados, y leales alsacianos se asfixian en las garras de ladrones nocturnos. Y no es algo confinado a un solo mundo: cientos de "jivpts" mercurianas vuelven sus cuatro ojillos hacia sus salvadores y dicen: "Mi marido se pondrá lívido.... ése era su módulo de viaje". Los mitos urbanos están vivos.

[3]

Es decir, consideradas primitivas por pueblos de gente que lleva más ropa que ellos.

[4]

Los errores ortográficos pueden llegar a ser letales. Por ejemplo, el avariento Serif de Al-Ybi fue maldecido por una deidad un tanto ignorante, y durante algunos días todo lo que tocaba se convertía en Odro. Dio la casualidad de que Odro era el nombre de un

pequeño enano de cierta aldea de la montaña, que se vio mágicamente arrastrado al reino y duplicado implacablemente una y otra vez. Unos dos mil Odros más tarde, el hechizo se desvaneció. Hoy en día, los habitantes de Al-Ybi tienen fama de ser desacostumbradamente bajitos y malhumorados.

[5]
Esto explica muchas cosas sobre las brujas.

[6]
Desiderata había enviado una nota con la Madre Dismass, pidiendo que la disculparan por no asistir a la reunión y alegando que estaba muerta. Lo de ver el futuro te permite controlar de maravilla tu vida social.

[7]
Probablemente, Tata Ogg no sabía lo que era ser coqueta, pero podría aventurar una suposición no demasiado errada.

[8]
Por ejemplo, el Camino de la Señora Cosmopolita, muy popular entre los jóvenes que viven en los valles ocultos, por encima de la demarcación de las nieves perpetuas, en lo más alto de las Montañas del Carnero. Desdeñando las enseñanzas de sus propios ancianos vestidos con túnicas color azafrán y que hacen girar sus molinetes de oraciones, viajan de vez en cuando hasta el número tres de la Calle Quirm, en la lejana y brumosa Ankh-Morpork, para buscar la sabiduría a los pies de la señora Marietta Cosmopolita, una costurera. Nadie ha podido comprender jamás los motivos, aparte del atractivo ya mencionado que presenta una sabiduría distante, ya que los jóvenes no comprenden ni una palabra de lo que la mujer les dice o, más a menudo, les grita. Más de un joven monje de cráneo rapado ha vuelto a su refugio de alta montaña para meditar sobre un extraño mantra que le ha sido concedido, como por ejemplo "¡Lárgate de una vez!", o "Si vuelvo a ver a un diablillo anaranjado más dando la tabarra, se enterará de lo que es bueno, ¿comprendido?>>, o bien "¿Qué hacéis todos ahí mirándome los pies, idiotas?>>, Hasta han llegado a desarrollar una rama especial de las artes marciales, en la que los contendientes se gritan cosas incomprensibles mientras tratan de golpearse unos a otros con el palo de una escoba.

[9]
En cierta ocasión, Yaya lo había presionado para obtener información. Y para una bruja no hay secretos. El joven respondió con timidez: "Bueno, señora, yo lo que hago es lo siguiente, cojo al bicho por las riendas y le doy un martillazo entre los ojos antes de que tenga tiempo de reaccionar, y luego le digo al oido "Si se te ocurre hacerme algo, so canalla, te pongo las pelotas sobre el yunque, y a ver cómo me lo impides".

[10]
Muchas de las tribus de enanos más tradicionales no tienen pronombres femeninos, como "ella". Por tanto. el ritual del cortejo entre los enanos requiere un tacto increíble.

[11]
Bueno, no es que se suela decir. Al menos, no es cosa que se diga todos los días, ni en todas partes. Pero, probablemente, en algunos países fríos, la gente dice a menudo:

<<¡Caray con esos esquimales! ¡Qué gente tan rara! ¡Cincuenta palabras diferentes para denominarla nieve! ¿Te lo imaginas? ¡Increíble!".

[12]

Por supuesto, la habían descubierto mucho antes montones de enanos, trolls, nativos de la zona, tramperos, cazadores y gente de lo más extraviada. Hacía miles de años que no pasaba un día sin que alguien la descubriera. Pero no eran exploradores, y no contaban.

[13]

Tata Ogg envió un buen montón de postales a su familia, ni una sola de las cuales llegó antes de que ella volviera. Esto es tradicional, y sucede a lo largo Y ancho de todo el universo.

[14]

"Three Witches Airborne", en inglés.

[15]

Tata Ogg siempre acababa resultando contagiosa.

[16]

El Budismo Yen es la secta religiosa más acaudalada del Universo. Defienden que la acumulación de dinero es un mal terrible, una carga pesada para el alma. Por tanto, sin pensar en el riesgo personal que corren, han acometido la desagradable tarea de conseguir todo el dinero posible para así reducir el riesgo que corren personas inocentes.

[17]

Aliss la Negra tampoco tenía una ortografía demasiado correcta. Tuvieron que darle un montón de dinero para que se marchara sin montar una escena.

[18]

En cambio, en Ankh-Morpork el negocio iba tan mal que algunos de los miembros más emprendedores del Gremio ponían anuncios en los escaparates de las tiendas, con ofertas como "Pague dos apuñalamientos, y le regalamos un envenenamiento".

[19]

Ilerda III de Lancre, de quien se dice que fue una reina de lo más desagradable, sólo ha pasado a la posteridad por esta oscura alusión en la jerga popular rimada.

[20]

Tata Ogg sabía empezar a escribir "banana". Lo que no sabía era cuándo detenerse.

[21]

Para empezar, siempre están delante de ti en cualquier cola.

[22]

En el Mundodisco, no había problemas de racismo. Con tantos enanos, trolls, etc., el especiesismo era mucho más interesante. Blancos y negros convivían en perfecta armonía, y se aliaban contra los verdes.

[23]
Como bien dijo Desiderata, las hadas madrinas siempre han tenido mucho que ver con las cocinas.

[24]
Dos troncos y mucha esperanza.

[25]
Es la última frase de un antiguo chiste del Mundodisco, que, por desgracia, no ha pasado a la posteridad.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Terry Pratchett es el autor cómico más popular y cotizado de Inglaterra. Nació en Buckingharnshire en 1948 y publicó su primer libro en 1971, una novela destinada al público juvenil. Estuvo escribiendo a ratos libres hasta que el éxito sin precedentes de todas y cada una de las novelas de la secuencia del Mundodisco le reportaron mucho más dinero del que puede ganarse honradamente. En la actualidad reside en Somerset con su mujer y su hija, escribe un par de novelas cada año (aunque últimamente amenaza con bajar la dosis a una sola cada año) y, por lo demás, cultiva plantas carnívoras, que según asegura son mucho menos interesantes de lo que se cree.

El autor lleva publicados hasta la fecha los siguientes libros:

SERIE DEL MUNDODISCO:

1983- The Colour of Magic (El color de la magia, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 23, Barcelona, 1989).

1986- The Light Fantastic (La luz fantástica, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 29, Barcelona, 1991).

1987- Equal Rites (Ritos iguales, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1991).

-Mort (íd., Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1991).

1988- Sourcery (Rechicero, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1992).

- Wyrd Systers (Brujerías, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1992).

1989- Pyramids (Pirómides, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1992).

-Guards! Guards! (¡Guardias! ¡Guardias!, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1993).

1990- Eric, ilustrado por Josh Kirby.

1991- Moving Pictures (Imágenes en acción, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1993).

-The Reaper Man (El segador, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1993).

-Witches Abroad (Brujas de viaje, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1994).

1992- Small Gods. Lords and Ladies.

EL ÉXODO DE LOS GNOMOS:

1989 - Truckers (Camioneros, Ed. Timun-Mas, Barcelona, 1991). 1990 Diggers (Cavadores, Ed. Timun-Mas, Barcelona, 1991). - Wings (La nave, Ed. Timun-Mas, Barcelona, 1991).

OTRAS NOVELAS:

1971- The Carpet People, juvenil. 1976- The Dark Side of the Moon. 1981Strata. 1990- The Unadulterated Cat, con Gray Jolliffe. - Good Omens, con Neil Gaiman. 1992- Only You Can Save Mankind.

PREMIOS:

1989 - Gigamesh de fantasía (España) por El color de la magia.
